

Wilkie Collins

EL
LEGADO
DE CAÍN

Lectulandia

Un asesinato. Un juicio. Una condena. Una mujer, madre de una niña, es ahorcada. Así se disponen las primeras piezas del engranaje que constituye «El legado de Caín». Helena y Eunice no son hermanas, aunque no lo saben. Una es la hija de la asesina; la otra de un predicador. Ambas se adoran. El destino, sin embargo, les deparará una sorpresa: ambas se enamorarán del mismo hombre. ¿Puede el amor trocarse en odio? ¿Puede ese odio conducir al crimen? ¿Y si es así, cuál de ellas se sentirá impulsada a cometerlo, la que lleva en sus genes las características que quizá impulsaron a su madre al asesinato, o la hija de un clérigo obsesionado por la piedad y la rectitud de conciencia?

A Wilkie Collins se le ha denominado, con toda justicia, «rey de la intriga y el misterio». Creador de personajes inolvidables, algunas de sus obras están entre las más leídas de todos los tiempos. El autor de *La dama de blanco* y *La piedra lunar* juega aquí nuevamente utilizando todas sus bazas: las del suspense y la sorpresa, las del amor y el delito, en una suerte de síntesis de melodrama y novela de crímenes que atrapa al lector y lo inmoviliza hasta que ha concluido la lectura.

Lectulandia

Wilkie Collins

El legado de Caín

ePUB v1.2

Oxobuco 11.07.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *The legacy of Cain*

Wilkie Collins, 1889.

Traducción: Esther Pérez

Diseño/retoque portada: Oxobuco

Editor original: Oxobuco (v1.0 a v1.2)

Corrección de erratas: Oxobuco

ePub base v2.0

A la señora de Henry Powell Bartley:
Permítame asociar mi nombre al suyo al publicar esta novela.
No encuentro empleo más placentero para la pluma que he
utilizado para escribir mis libros, que el de reconocer lo
que le debo a la pluma que con habilidad y paciencia
ha copiado mis manuscritos para la imprenta.

WILKIE COLLINS
Wimpole Street
6 de diciembre de 1888

PRIMER PERÍODO: 1858-1859

*Acontecimientos ocurridos en la prisión, relatados por el
Alcaide*

CAPÍTULO I

El Alcaide explica

A petición de alguien que tiene unos derechos sobre mí que no puedo dejar de reconocer, consiento en volver la vista a lo sucedido hace muchos años, y en describir acontecimientos que tuvieron lugar entre los muros de una prisión inglesa durante el periodo en que desempeñé en ella el cargo de Alcaide.

Al examinar mi tarea a la luz de lo que después supe, creo que procederé sabiamente si ejerzo cierto control sobre la libertad de mi pluma.

Me propongo mantener en silencio el nombre del pueblo en el cual se ubica la prisión confiada en una época a mi cuidado. Observaré una discreción similar en lo que concierne a los individuos involucrados, algunos de los cuales ya han muerto, mientras que otros aún viven en la actualidad.

Como me veo obligado a escribir acerca de una mujer sobre la que se descargó con justicia todo el peso de la ley, opino que basta identificarla como la Prisionera. De las cuatro personas presentes la noche previa a su ejecución, tres pueden distinguirse entre sí mediante la mención de sus profesiones. Las llamaré el Capellán, el Ministro y el Doctor. La cuarta era una joven. No estoy obligado a guardarle consideración alguna, así que cuando la mencione lo haré por su nombre. Si estas reservas despiertan recelos, declaro de antemano que ellas no ejercen ninguna influencia sobre el sentido de responsabilidad que le exige a un hombre honesto expresarse con veracidad.

CAPÍTULO II

La asesina pregunta

El primer acontecimiento que debo relatar es la condena de la Prisionera por el asesinato de su esposo.

Habían vivido juntos en matrimonio poco más de dos años. El esposo, un caballero por nacimiento y por educación, había ofendido mortalmente a su familia al casarse con una mujer de inferior condición social. En el momento en que encontró la muerte a manos de su esposa, su imprudente extravagancia lo arrastraba velozmente a la pobreza.

No intento excusarlo, pero opino que merecía cierto tributo de compunción. No se puede negar que era de hábitos disolutos y temperamento violento. Pero es igualmente cierto que se mostraba afectuoso en el círculo doméstico, y que cuando lo conmovía una reconvención sabiamente aplicada daba muestras de sentirse sinceramente arrepentido de los pecados que cometía bajo el influjo de las tentaciones que lo dominaban. Si su esposa lo hubiera matado en medio de un ataque de celos —provocados por él, recuérdese, como declararon los testigos— quizás la habrían condenado por homicidio y habría recibido una sentencia leve. Pero las evidencias revelaron de manera tan inequívoca una premeditación deliberada e inmisericorde que la única defensa que intentó su abogado fue la de declararla demente, y la única alternativa que le quedó a un jurado justiciero fue la de emitir un veredicto que la condenaba a muerte. Aquellos miembros dañinos de la comunidad, cuyas simpatías trastocadas se inclinan hacia el criminal vivo y olvidan a la víctima muerta, trataron de salvarla mediante fatuas peticiones y una despreciable correspondencia enviada a los periódicos. Pero el Juez se mantuvo firme; y el Ministro de Gobernación se mantuvo firme. Estaban absolutamente en lo cierto; y el público estaba escandalosamente errado.

Nuestro Capellán se esforzó por ofrecer a la infeliz condenada los consuelos de la religión. Ella se negó a aceptar sus servicios con un lenguaje que lo sobrecogió de pena y horror.

La noche previa a la ejecución ese reverendo caballero puso sobre mi mesa el registro escrito de una conversación que había sostenido con la Prisionera.

—Abrigo alguna esperanza, caballero —dijo— de inclinar el corazón de esta mujer hacia la fe religiosa antes de que sea demasiado tarde. ¿Consentiría usted en leer mi informe y decir si concuerda conmigo?

Lo leí, por supuesto. Su título era «Un Memorándum» y decía lo siguiente:

«En su última entrevista con la Prisionera, el Capellán le preguntó si había

asistido alguna vez a algún local dedicado al culto. Contestó que había concurrido ocasionalmente a los servicios de una Iglesia Congregacional de su pueblo, atraída por la reputación de buen predicador del Ministro.

—No logró hacer de mí una cristiana —dijo— pero me conmovió su elocuencia. Además, me sentí interesada en su persona: era un hombre apuesto.

Dada la horrible situación en la cual se encontraba la mujer, ese lenguaje estremeció al Capellán; apeló en vano al sentido del decoro de la Prisionera.

—No comprende usted a las mujeres —respondió ella—. La más santa representante de mi sexo gusta de contemplar a un predicador, además de prestarle oído. Si es un hombre bien parecido, el efecto que ejercerá sobre ella será mayor. La voz de ese predicador me dijo que tenía un corazón compasivo; y no tuve más que mirar sus hermosos ojos para ver que era confiable y veraz.

Resultaba inútil repetir una protesta que ya había tenido poco éxito. Aunque había descrito el episodio con ligereza e impertinencia, lo cierto es que le había producido una impresión. Al Capellán se le ocurrió que podría al menos hacer el intento de aprovechar ese resultado para beneficio de la mujer en materia religiosa. Le preguntó si recibiría al Ministro en caso de que ese reverendo fuera a la prisión.

—Depende —dijo— de si está usted dispuesto a responder algunas preguntas que quiero hacerle antes.

—El Capellán consintió, siempre que pudiera contestar sin faltar al decoro. La primera pregunta se refería sólo a él mismo.

La Prisionera dijo:

—Las mujeres que me vigilan me informan de que es usted viudo y de que tiene hijos. ¿Es cierto?

El Capellán respondió que era muy cierto.

A continuación la Prisionera aludió a una información, muy comentada en el pueblo, según la cual el Ministro había renunciado a su parroquia. Como lo conocía personalmente, el Capellán estuvo en condiciones de informarle de que su renuncia aún no había sido aceptada. Al oírlo, la mujer pareció ganar confianza. Sus próximas preguntas se sucedieron con rapidez, en el orden siguiente:

—¿Mi apuesto predicador está casado?

—Sí.

—¿Tiene hijos?

—Nunca ha tenido hijos.

—¿Cuánto tiempo ha estado casado?

—Creo que unos siete u ocho años.

—¿Qué clase de mujer es su esposa?

—Una dama respetada por todos.

—No me importa si es respetada o no. ¿Es bondadosa?

—Sin duda.

—¿Su esposo es acaudalado?

—Dispone de ingresos suficientes.

Después de esa respuesta, la curiosidad de la Prisionera pareció quedar satisfecha.

Dijo:

—Tráigame a su amigo el predicador si lo desea —y así concluyó la conversación.

Parece imposible adivinar cuál puede haber sido su objetivo al plantear esas preguntas. Después de informar con exactitud sobre todo lo ocurrido, el Capellán declara, con sentido pesar, que no puede ejercer ninguna influencia religiosa sobre esta mujer obcecada. Deja en manos del Alcaide decidir si podría triunfar el Ministro de la Iglesia Congregacional donde ha fracasado el Capellán de la Prisión. ¡En ello reside la última esperanza de salvar el alma de la Prisionera sobre la que pende una condena a muerte!»

El Memorándum terminaba con esas graves palabras. Aunque no conocía personalmente al Ministro, había oído a todos manifestar que era un hombre excelente. Estimé que en la emergencia que enfrentábamos tenía el derecho sagrado de venir a la prisión, siempre que estuviera dispuesto a aceptar lo que sentí que era una muy seria responsabilidad. Lo primero era averiguar si podíamos confiar en contar con sus servicios. Con mi total aprobación, el Capellán fue a explicarle las circunstancias a su reverendo colega.

CAPÍTULO III

La niña hace su aparición

Durante la ausencia de mi amigo un lamentable incidente no totalmente imprevisto reclamó mi atención.

Supongo que es de conocimiento general que se permite a los familiares cercanos de los criminales condenados a muerte despedirse de ellos. En el caso de la Prisionera que esperaba ahora la ejecución, nadie solicitó permiso a las autoridades para verla. Yo mismo le pregunté a la mujer si vivía alguno de sus familiares y si deseaba verlo. Me respondió:

—Ninguno a quien quiera ver, o que quiera verme a mí, excepto el más cercano de todos.

Con esas últimas palabras la infortunada aludía a su única hija, una niña (debería decir una criatura) que había cumplido su primer año hacía pocos meses. La entrevista de despedida debía celebrarse durante la última noche de permanencia de la madre en la tierra. En ese momento la nodriza trajo a la niña a mis habitaciones.

Pocas veces he visto una niña más resplandeciente y más linda. Acababa de aprender a caminar y disfrutaba del placer de moverse de un lado a otro. Se dirigió hacia mí por su propia voluntad, atraída, creo, por el brillo de la cadena de mi reloj. La ayudé a subirse a mis rodillas, le mostré las maravillas del reloj y se lo acerqué al oído. En esa época la muerte ya me había arrebatado a mi buena esposa; mis dos hijos habían partido a la Harrow School; mi vida doméstica era la de un hombre solitario. No puedo decir si fue por el recuerdo de días pasados, cuando mis hijos eran pequeños y se subían a mis rodillas para escuchar el tictac del reloj, o por la situación desvalida en que se encontraba la pobre criaturita, que había perdido a su padre y estaba a punto de perder a su madre de muerte violenta, lo cierto es que despertó en mí una conmiseración tan profunda como pocas veces he experimentado con posterioridad. Sólo sé lo siguiente: se me encogió el corazón mientras la niña reía y escuchaba; y sobre el reloj cayó algo que no niego que puede haber sido una lágrima. Todavía guardo algunos de los juguetes, en su mayoría rotos, con los que mis hijos solían jugar; los conservo, como las joyas favoritas de mi esposa, porque constituyen recuerdos queridos. Los saqué del trastero cuando la atracción que ejercía el reloj dio muestras de disminuir. La niña se abalanzó sobre ellos con sus manitas regordetas y gritó de placer. ¡Y el verdugo esperaba a su madre, y, lo que es aún más horrendo, su madre lo merecía!

El deber me exigía que le hiciera saber a la Prisionera que su hijita había llegado. ¿Se ablandaría al fin ese corazón de piedra? Puede que haya sucedido o puede que no; el mensaje de respuesta no revelaba el secreto. Todo lo que me mandaba decir

era: «Haga esperar a la niña hasta que envíe a alguien a buscarla.»

El Ministro había consentido en ayudarnos. A su llegada a la prisión lo recibí en privado en mi estudio.

Sólo tuve que echar una ojeada a su rostro —lastimosamente pálido y agitado— para saber que era un hombre sensible, no siempre capaz de controlar sus nervios cuando su fortaleza moral se veía sometida a una prueba. Un rostro compasivo, casi diría que noble, y una voz persuasiva y sin afectación de inmediato me predispusieron favorablemente. Las pocas palabras de bienvenida que le dirigí tenían la intención de tranquilizarlo. No lograron producirle el efecto con el cual había contado.

—Mi labor —dijo— ha incluido muchos tristes deberes y ha puesto a prueba mi serenidad con escenas terribles; pero aún no me he encontrado en presencia de un criminal impenitente, sentenciado a muerte, que es, además, mujer y madre. Admito, caballero, que me estremece la tarea que me aguarda.

Sugerí que esperara unos momentos, con la esperanza de que el tiempo y la tranquilidad lo ayudaran. Me dio las gracias y se negó.

—Como me conozco —dijo—, sé que los terrores de la anticipación dejan de atormentarme cuando afronto un grave deber. Mientras más tiempo permanezca aquí, menos merecedor pareceré de la confianza que se me ha otorgado, confianza que, con el favor de Dios, aspiro merecer.

Mi conocimiento de la naturaleza humana me confirmó la sabiduría de sus palabras. Lo conduje de inmediato a la celda.

CAPÍTULO IV

El Ministro dice sí

La Prisionera estaba sentada en la cama hablando en tono sosegado con la mujer encargada de vigilarla. Cuando se incorporó para recibirnos fui testigo del sobresalto del Ministro. En mi opinión, el rostro que se ofrecía a sus ojos habría tomado por sorpresa a cualquier hombre que lo viera por primera vez entre los muros de una prisión.

Los visitantes de las galerías de pintura italianas, cuando comienzan a hartarse de una sucesión infinita de Sagradas Familias, observan que para los pintores medianos de esa nación la idea de la Virgen se limita a un arquetipo familiar e inmutable. Aunque puede resultar difícil creerlo, la apariencia personal de la asesina recordaba ese arquetipo. Tenía el fino cabello claro, los ojos tranquilos, los rasgos finamente cincelados y la forma perfectamente oval del rostro que se repite en cientos y cientos de esas obras de arte convencionales a las que he aludido. Para aquéllos que duden de mis palabras, sólo me resta declarar que lo que aquí he escrito es la absoluta y patente verdad. Permítaseme añadir que la observación diaria durante un prolongado período de tiempo de toda clase de criminales ha disminuido considerablemente mi fe en que la fisonomía sea una guía segura para descifrar el carácter. La trepidación nerviosa se asemeja a la culpa. La culpa, firmemente sostenida por la insensibilidad, parece inocencia. Uno de los seres más viles encomendados a mi cargo se ganó las simpatías (mientras esperaba el juicio) de todos los que lo vieron, incluidos los empleados de la prisión. Hace pocos días, una partida de damas y caballeros que venía a visitarme pasó junto a un grupo de hombres que trabajaba en el camino. Los que eran expertos en fisonomía se sintieron horrorizados por la atrocidad criminal que revelaba cada uno de los rostros que vieron. Me expresaron su condolencia por la extrema proximidad de tantos convictos a mi lugar oficial de residencia. ¡Miré por la ventana y vi a un grupo de honestos jornaleros (cuyo único crimen era la pobreza) empleados por la parroquia!

Después de darle instrucciones a la celadora de abandonar la habitación —pero de aguardar a una distancia que le permitiera oír mi llamada— volví a observar al Ministro.

Enfrentado a la seria responsabilidad que había asumido, justificó las palabras que me había dicho. Aún pálido, aún afligido, era ya, sin embargo, dueño de sí mismo. Me dirigí a la puerta para dejarlo a solas con la Prisionera. Ésta me llamó.

—Antes de que este caballero trate de convertirme —dijo— quiero pedirle que permanezca aquí y sea testigo de lo que acontezca.

Después de asegurarse de que ambos estábamos dispuestos a satisfacer su

petición, se dirigió directamente al Ministro.

—Supongamos que yo prometa prestar oído a sus exhortaciones —comenzó—, ¿qué promete usted hacer por mí a cambio?

Su voz era firme y clara; un marcado contraste con la trémula seriedad con la que el Ministro le contestó.

—Prometo instarla a que se arrepienta y confiese su crimen. Prometo implorar la bendición divina para mi empeño de salvar su pobre alma culpable.

La Prisionera lo miró y escuchó como si le hablara en una lengua desconocida, y después siguió hablando con la misma tranquilidad de siempre.

—Supongamos que cuando me ahorquen mañana muera sin confesar, sin arrepentirme; ¿es usted de los que creen que me veré condenada a un castigo eterno en la otra vida?

—Creo en la misericordia de Dios.

—Por favor, responda a mi pregunta. ¿Un pecador impenitente recibe un castigo eterno? ¿Lo cree así?

—La Biblia no me deja otra alternativa.

La mujer hizo una pausa, evidentemente considerando lo que diría a continuación.

—En su condición de religioso —continuó—, ¿estaría dispuesto a hacer algún sacrificio para impedir que uno de sus prójimos se enfrentara al tormento eterno tras una muerte infamante?

—No imagino ningún sacrificio que esté en mi poder realizar —dijo con fervor—, al que no me sometería para impedir que usted muera en su terrible estado actual.

La Prisionera se volvió hacia mí.

—¿La persona que me vigila espera afuera?

—Sí.

—¿Sería usted tan amable de llamarla? Tengo un mensaje para ella.

Era obvio que todo lo que había dicho hasta el momento había sido una mera preparación para ese mensaje, fuera el que fuese. Eso, y no más, me permitía adivinar mi débil capacidad de penetración.

Apareció la celadora y recibió su mensaje.

—Dígale a la mujer que ha venido con mi hijita que quiero ver a la niña.

Tomado completamente por sorpresa, le hice una señal a la celadora de que esperara instrucciones adicionales.

Un momento después me había recobrado lo suficiente para comprender la improcedencia de permitir que se interpusiera cualquier obstáculo entre el Ministro y su misericordiosa misión. Le recordé con delicadeza a la Prisionera que tendría una oportunidad posterior de ver a su hija.

—Su primer deber —le dije—, consiste en escuchar y permitir que llegue a su corazón lo que el pastor tiene que decirle.

Por segunda vez intenté abandonar la celda. Por segunda vez esa mujer impenetrable me pidió que regresara.

—Llévese consigo al clérigo —dijo—. Me niego a escucharlo.

El paciente Ministro se sometió y me instó a seguir su ejemplo. Contra mi voluntad aprobé que se transmitiera el mensaje.

Tras un breve intervalo nos trajeron a la niña, cansada y soñolienta. La nodriza logró despertarla unos momentos poniéndola de pie. La niña advirtió primero la presencia del Ministro. Sus ojos brillantes se posaron en él, con mirada de grave interrogación. El Ministro la besó, y tras una vacilación momentánea, se la entregó a la madre. El horror de la situación lo sobrecogió: volvió el rostro. Comprendí lo que sentía; casi logró hacerme perder a mí también el control de mí mismo.

La Prisionera se dirigió a la nodriza en tono poco amistoso:

—Puede retirarse.

La nodriza se volvió hacia mí, haciendo caso omiso de manera ostensible de las palabras a ella dirigidas.

—¿Debo quedarme, caballero, o irme?

Le sugerí que regresara a la sala de espera. De inmediato se retiró en silencio. La Prisionera la miró marcharse con tal expresión de odio en los ojos que el Ministro la notó.

—¿Qué ha hecho esa persona para ofenderla?

—Es la última persona en el mundo que habría elegido para hacerse cargo de mi hija, de haber tenido posibilidad de escoger. Mas he estado en prisión, privada de todo contacto con un ser humano que me representara o estuviera de mi parte. Pero basta; mis problemas terminarán en unas pocas horas. Quiero que mire a mi hijita, cuyos problemas están todos aún por venir. ¿Diría usted que es linda? ¿No lo conmueve?

El pesar y la lástima del rostro del Ministro fueron su respuesta.

La pobre niña, que dormía tranquila, descansaba sobre el pecho de su madre. ¿Ablandó el corazón de la asesina la divina influencia del amor maternal? Las manos que sostenían a la niña experimentaron un leve temblor. Por primera vez pareció costarle un esfuerzo recuperar la serenidad antes de poder dirigirse de nuevo al Ministro.

—Al morir mañana —dijo—, dejaré a mi hija desvalida y sin amparo, deshonrada por la muerte infamante de su madre. La acogerá el hospicio, o un asilo de caridad —hizo una pausa; cubrió su rostro un primer matiz de color rosa; experimentó un acceso de furia—. ¡Piense en mi hija criada por la caridad! Puede hundirse en la pobreza, pueden tratarla con desprecio, pueden emplearla personas brutales para que realice trabajos serviles. No puedo soportarlo; me enloquece. Si no se salva de esa suerte desgraciada, moriré en medio de la desesperación, moriré maldiciendo...

El Ministro la hizo callar con severidad antes de que pudiera decir otra palabra. Para mi sorpresa, la Prisionera adoptó un aire humilde, pareció incluso avergonzada; le pidió disculpas.

—Perdone; no volveré a perder los estribos. Me dicen que usted no tiene hijos. ¿Ha sido ello motivo de pena para usted y su esposa?

Su nuevo tono lo conmovió. Le respondió con pesar y bondad:

—Es la única pena de nuestras vidas.

Ya no era un misterio el propósito que perseguía la Prisionera desde el momento en que el Ministro entrara en su celda. ¿Debí intervenir? Permítaseme confesar una debilidad, quizás indigna de mi cargo. Sentía mucha pena por la niña: vacilé.

Mi silencio alentó a la madre. Avanzó hacia el Ministro con la niña dormida en los brazos.

—Me atrevo a asegurar que alguna vez habrán pensado en adoptar un niño —dijo—. ¿Quizás adivina ahora lo que tenía en mente cuando le pregunté si consentiría en hacer un sacrificio? ¿Llevará consigo a su hogar a esta desgraciada criaturita inocente? —volvió a perder la serenidad—. Una criatura huérfana mañana —exclamó—. Piense en eso.

¡Dios sabe cuán difícil me resultaba aún! Pero ya no quedaba otra alternativa; estaba obligado a recordarle mi deber al hombre excelente cuya crítica posición en ese momento se debía al menos hasta cierto punto a mi titubeo en el ejercicio de mi autoridad. ¿Podía acaso permitirle a la Prisionera que se aprovechara de la natural compasión que despertaba y lo forzara a tomar una decisión apresurada que, en momentos de más calma, podría encontrar razones para lamentar? Me dirigí a él. ¿Existe acaso el hombre que teniendo que expresar lo que yo me veía obligado a decir se habría podido dirigir a la madre, condenada a una suerte terrible?

—Lamento haber dejado que esto prosiguiera —dije—. ¡Hágase usted mismo justicia, caballero, y no responda!

La Prisionera se volvió hacia mí con una mirada de furia.

—Responderá —gritó.

Vi, o creí ver, en el rostro del Ministro, signos de que cedía.

—Tómese su tiempo —insistí—, tómese su tiempo para considerarlo antes de decidir.

La Prisionera avanzó hacia mí.

—¿Qué se tome su tiempo? —repitió—. ¿Es usted tan inhumano como para hablar de tiempo en mi presencia?

Depositó a la niña dormida sobre la cama y cayó de rodillas ante el Ministro.

—Prometo oír sus exhortaciones, prometo hacer todo lo que puede una mujer para creer y arrepentirse. ¡Ah, me conozco bien! No hay ser humano que pueda llegarme al corazón cuando éste se abroquela. La única manera de alcanzar mi mejor

naturaleza, si es que la tengo, es a través de esa pobre niña. ¡Sálvela del hospicio! ¡No permita que la conviertan en una indigente! —se dejó caer postrada a sus pies y presa de un frenesí golpeó el suelo con las manos—. Quiere usted salvar mi alma culpable —le recordó con pasión—. Hay sólo una manera de hacerlo. ¡Salve a mi hija!

El Ministro la ayudó a incorporarse. Los ojos fieros de la mujer, sin una lágrima, interrogaron su rostro con muda expectación, terrible de contemplar. De repente, un regusto anticipado de la muerte —¡esa muerte que ya estaba tan próxima!— la asaltó con unos temblores: su cabeza se desplomó sobre el hombro del Ministro. Otros hombres habrían evitado el contacto. Ese auténtico cristiano la dejó reposar allí.

Bajo el imperio enloquecedor del suspenso, la mujer recuperó por un instante sus energías debilitadas. En un susurro, sólo alcanzó a pronunciar la pregunta suprema.

—¿Sí? ¿O no?

El Ministro respondió:

—Sí.

Una leve expiración de alivio, casi inaudible en medio del silencio, me indicó que lo había oído. Fue su último esfuerzo. El Ministro la depositó, sin sentido, en la cama, junto a su hija dormida.

—Mírelas —fue todo lo que dijo—. ¿Cómo negarme?

CAPÍTULO V

La señorita Chance hace valer sus derechos

Se solicitaron los servicios del oficial médico a fin de que la Prisionera recobrará el sentido con más rapidez.

Cuando el Doctor y yo abandonamos la celda ya estaba recobrada y lista (en cumplimiento de su promesa) para prestar oído a las exhortaciones del Ministro. Según los deseos expresados por la madre, se dejó dormir a la niña. ¡Si el Ministro llegaba a lamentar lo que había hecho, allí estaba aquella influencia candorosa capaz de impedir que se volviera atrás! Cuando salimos al corredor le di instrucciones a la celadora de que permaneciera en el lugar y de que regresara a su puesto cuando viera salir al Ministro.

Mientras tanto, mi acompañante se había alejado un tanto.

Habilidoso y experimentado en lo que toca a su profesión, en otros sentidos era un hombre excéntrico, osado hasta bordear la temeridad en la expresión de sus opiniones, y en posesión de un dominio del lenguaje que arrasaba con lo que se le oponía. Permítaseme añadir que en su trato con los demás era recto y misericordioso y habré resumido con bastante justeza su persona. Cuando me reuní con él parecía estar absorto en sus reflexiones.

—¿Piensa en la Prisionera? —dije—. Pienso en lo que está sucediendo en estos momentos en la celda de la condenada —respondió—, y me pregunto si de todo ello saldrá algo bueno.

Yo no carecía de esperanzas de que se lograra un buen resultado, y así lo dije.

El Doctor no se mostró de acuerdo conmigo.

—No creo en el arrepentimiento de esa mujer —señaló— y opino que el pastor es un ser apocado y débil. ¿Qué sucederá con la niña?

No tenía ninguna razón para ocultarle a mis colaboradores la benévola decisión del Ministro de la cual había sido testigo. El Doctor me escuchó con la primera muestra de absoluto asombro que pude observar en su rostro. Cuando concluí, su respuesta fue extraordinaria:

—Alcaide, retiro lo que acabo de afirmar sobre el pastor. Es uno de los hombres más osados que haya pisado un púlpito.

¿Hablabá en serio el Doctor? Muy en serio; no cabía ninguna duda. Antes de que pudiera preguntarle qué quería decir, se requirieron sus servicios para atender a un paciente en el otro extremo de la prisión. Al separarnos ante la puerta de mis habitaciones, le pedí a mi amigo médico que regresara para explicarme lo que acababa de decir.

—Para ser el alcaide de una prisión —respondió—, es usted un hombre

singularmente irreflexivo. Si regreso, ¿cómo sabré que no lo aburro?

—Mi irreflexión acepta el riesgo —contesté.

—Dígame algo antes de permitirle arriesgarse —dijo—, ¿es usted una de esas personas que piensa que el carácter de los niños se forma debido a las influencias accidentales que los rodean por azar? ¿O está de acuerdo conmigo en que los niños heredan el carácter de sus progenitores?

El Doctor (concluí) era presa todavía de la fuerte impresión que le produjera la decisión del Ministro de adoptar a la niña cuya malvada madre había cometido el más atroz de los crímenes. ¿Se habría enseñoreado de su mente una grave premonición? Mi curiosidad por escucharlo se había multiplicado. Le respondí sin vacilaciones:

—Estoy de acuerdo con usted.

Me miró con ojos en los que relumbraba su sentido del humor.

—¿Sabe que esperaba esa respuesta? —dijo con sorna—. Muy bien, regresaré.

Una vez estuve a solas tomé el periódico del día.

No podía concentrarme; mis pensamientos volvían a la celda donde se encontraban el Ministro y la Prisionera. ¿Cómo terminaría el asunto? En ocasiones me inclinaba a dudar como el Doctor. En otras, me refugiaba en mi propia opinión, más optimista. Estas reflexiones ociosas se vieron agradablemente interrumpidas por la aparición de mi amigo el Capellán.

—Usted siempre es bienvenido —dije—; y en este momento es doblemente bienvenido. Me siento un tanto preocupado y ansioso.

—Y, naturalmente —añadió el Capellán— no está en disposición de recibir a un desconocido.

—¿Es un amigo suyo?

—No. Sucede que acabo de pasar por la sala de espera y me encontré allí con una joven que me preguntó si podía verlo. Piensa que usted la ha olvidado y está cansada de esperar. Sólo me comprometí, por supuesto, a mencionarle a usted lo que me dijo.

Habiéndome sido recordada de esta forma la nodriza, sentí cierto interés en verla, después de lo que había ocurrido en la celda. Dicho de manera más clara, quería juzgar por mí mismo si merecía los sentimientos hostiles que la Prisionera había mostrado hacia ella. Le expresé mi agradecimiento al Capellán antes de que se marchara y le di a la sirvienta las instrucciones necesarias. Cuando la nodriza entró en la habitación, la miré con atención por primera vez.

Juventud y una tez hermosa, buena figura y gracia natural de movimientos: esos eran sus atractivos personales hasta donde pude apreciarlos. En mi opinión, sus defectos eran igualmente evidentes. Bajo una frente maciza, los ojos penetrantes contemplaban a las personas y las cosas con una expresión que no era de mi agrado. El juicio de muchos hombres habría disculpado su boca grande —otro defecto, en mi opinión— en atención a sus dientes magníficos; blancos, bien formados,

implacablemente regulares. Los creyentes en la fisonomía tal vez habrían considerado que la prolongación y firmeza de su barbilla delataban un natural obstinado. No debo olvidar su vestido en esta descripción. El vestido de una mujer es el espejo en el cual podemos apreciar el reflejo de su naturaleza. Teniendo en cuenta la desazón y las impresionantes circunstancias en medio de las cuales había conducido a la niña a la prisión, el colorido de su traje y su toca implicaban una total ausencia de sentimientos o una carencia absoluta de tacto. En cuanto a su situación en la vida, permítaseme confesar que me sentí, después de un examen más atento, incapaz de determinarla. Era obvio que no se trataba de una dama. La Prisionera había hablado de ella como de una sirvienta doméstica que hubiera perdido todo derecho a que se le guardara consideración y respeto. Y había ingresado en la prisión, como lo habría hecho una nodriza, al cuidado de un niño. Hice lo que hacemos todos cuando no somos lo bastante sagaces para encontrar la respuesta a un enigma: me rendí.

—¿Qué puedo hacer por usted? —pregunté.

—Quizás pueda informarme —respondió— cuánto más se me hará aguardar en esta prisión.

—Esa decisión —le recordé— no depende de mí.

—¿De quién depende entonces?

No había dudas de que el Ministro había adquirido el derecho exclusivo a decidir. Le correspondía a él decir si esa mujer debía o no permanecer a cargo de la niña que él había adoptado. En el ínterin, la sensación de desconfianza que se había enseñoreado de mi mente me advirtió que recordara el valor de la discreción en una conversación con una desconocida.

Mi silencio pareció irritarla.

—Si la decisión no le corresponde —preguntó—, ¿por qué me dijo que aguardara en la sala de espera?

—Usted trajo a la pequeña a la prisión —dije—. ¿No era acaso natural suponer que su ama podría necesitar que usted...?

—¡Un momento, caballero!

Era evidente que la había ofendido; me callé de inmediato.

—No hay nadie sobre la faz de la tierra —declaró con arrogancia— que haya tenido el derecho de llamarse mi ama. Me hice cargo de la niña por mi propia voluntad.

—¿Porque le tiene cariño? —insinué.

—La odio.

Fue poco juicioso por mi parte: protesté.

—¡Odiar a una niña de poco más de un año de edad! —dije.

—¡La hija de ella!

Lo dijo con el aire de una mujer que menciona una razón indiscutible.

—A nadie le debo explicaciones —continuó—. Si consentí en ocuparme de la niña fue en recuerdo de mi amistad, y observe, por favor, que digo amistad, con su desdichado padre.

Juntando lo que acababa de oír con lo que había visto en la celda, llegué por fin a la conclusión acertada. La mujer cuya situación en la vida había sido hasta ese momento un misterio impenetrable para mí, ahora se me revelaba como uno de los objetos de los celos de la Prisionera durante su desastrosa vida conyugal. Me asaltaron serias dudas acerca de la autoridad a cuyo amparo actuaba la amante del esposo tras la muerte de este último. De inmediato la puse a prueba.

—¿Debo entender que no reclama usted a la niña? —pregunté.

—¿Reclamarla? —repitió—. No conozco a la niña más que usted. Supe por primera vez de la existencia de esa criatura cuando su padre asesinado me envió a buscar en su agonía. A sus ruegos prometí hacerme cargo de ella mientras su vil madre se encontrara en manos de la ley. He cumplido mi promesa. Si se espera de mí (después de haberla traído a la prisión) que me la vuelva a llevar, quiero que entienda lo siguiente: no tengo ninguna obligación, incluso si me lo permitieran mis medios económicos, de cargar con esa niña; la entregaré a las autoridades del hospicio.

Una vez más, olvidé mi propia estima y perdí los estribos.

—Salga de esta habitación —dije—. Sus manos indignas no volverán a tocar a esa pobre niña. Ya tiene quien cuide de ella.

—¡No le creo! —exclamó la desventurada—. ¿Quién se ha llevado a la niña?

Una voz sosegada respondió:

—Me la he llevado yo.

Ambos volvimos la vista y vimos al Ministro de pie en el umbral, con la niña en brazos. La prueba terrible que había atravesado en la celda de la condenada resultaba perceptible en su rostro; se veía deplorablemente ojeroso y quebrantado. Yo sentía ansias de saber si su misericordioso interés por la Prisionera había purificado el alma culpable, pero al mismo tiempo temía, después de que era evidente que había sufrido, pedirle que entrara en detalles.

—Sólo una palabra —dije—. ¿Se ha calmado su angustia?

—La misericordia de Dios me ha auxiliado —respondió—. No he hablado en vano. Cree; se arrepiente; ha confesado su crimen.

Después de entregarme la confesión escrita y firmada, se acercó a la ponzoñosa criatura que aún permanecía en la habitación para oír lo que hablábamos. Antes de que yo pudiera evitarlo le dirigió la palabra, en la creencia natural de que hablaba con la sirvienta de la Prisionera.

—Temo que se sentirá decepcionada —dijo—, cuando le informe de que ya no se requerirán sus servicios. Tengo razones que me inclinan a poner a la niña al cuidado de una nodriza de mi propia elección.

La señorita Chance lo escuchó con una sonrisa de maldad.

—Sé quién le proporcionó esas razones —respondió—. Las excusas son totalmente innecesarias en lo que a mí respecta. Si me hubiera propuesto cuidar del nuevo miembro de su familia, me habría visto obligada a negarme. No soy una nodriza, sino una dama soltera e independiente. Veo por su hábito que es usted clérigo. Permítame presentarme, como señal de respeto a su condición. Soy la señorita Elizabeth Chance. ¿Podría hacerme el favor de decirme su nombre?

Demasiado exhausto y preocupado para percatarse de la insolencia de los modales de la señorita Chance, el Ministro le dijo su nombre.

—Estoy ansioso por saber —dijo—, si la niña ya ha sido bautizada. ¿Quizás pueda usted aclarármelo?

Aún insolente, la señorita Elizabeth Chance negó con un gesto negligente de la cabeza.

—Nunca supe, y a decir verdad, nunca me interesé por saber, si había sido bautizada o no. La llame por el nombre que la llame, una cosa sí le puedo asegurar: va a percatarse de cuán pesada carga le resulta su hija adoptiva.

El Ministro se volvió hacia mí.

—¿Qué quiere decir?

—Trataré de explicárselo —se interpuso la señorita Chance—. Como es clérigo, sabe quién era Débora, ¿no es cierto? Muy bien. Ahora yo soy Débora, y soy yo quien profetiza —apuntó con un dedo a la niña—. ¡Recuerde mis palabras, reverendo! La cachorra de tigresa saldrá a su madre.

Tras esas palabras de despedida nos obsequió con una reverencia y abandonó la habitación.

CAPÍTULO VI

El Doctor duda

El Ministro me miró con aire ausente; parecía no poder centrar su atención.

—¿Qué ha dicho la señorita Chance? —preguntó.

Antes de que yo pudiera hablar, una voz amiga nos interrumpió desde la puerta. El Doctor, que regresaba, como me había prometido, respondió a la pregunta del Ministro con las siguientes palabras:

—Al pasar junto a la persona a la que se refiere, caballero, en mi camino hacia aquí, la oí decir: «La cachorra de tigresa saldrá a su madre». Si hubiera sabido expresarse correctamente, la señorita Chance (creo que ese es el nombre que usted mencionó) podría haberle dicho que los hijos heredan los vicios de sus progenitores. Y el progenitor específico que tenía en mente —continuó el Doctor palmeando con suavidad la mejilla de la niña—, era sin duda la madre de esta infortunada criaturita, cuya vida quizás le demostrará, o tal vez no, que sus orígenes son malos y que ha heredado una naturaleza perversa.

Estaba yo a punto de protestar por la interpretación de mi amigo cuando el Ministro me contuvo.

—Le agradezco su explicación, caballero —le dijo al Doctor—. En cuanto mi mente se calme, reflexionaré sobre lo que me ha dicho. Perdóneme, señor Alcaide —continuó—, si me marcho ahora que he puesto en sus manos la confesión de la Prisionera. Decir lo poco que he dicho desde que entré en esta habitación ha representado para mí un gran esfuerzo. No puedo dejar de pensar en esa infortunada criminal y en la muerte que debe enfrentar mañana.

—¿Desea que esté usted presente?

—Lo prohíbe expresamente. «Después de lo que ha hecho por mí», dijo, «lo menos que puedo hacer a cambio es evitar que se angustie usted innecesariamente.» Se despidió de mí; besó por última vez a la pequeña; ¡ah, no me pida que se lo cuente! Me desplomaré si lo intento. ¡Ven, querida! —besó con ternura a la niña y se la llevó consigo.

—Ese hombre es una extraña mezcla de fortaleza y debilidad —comentó el Doctor—. ¿Vio usted su rostro ahora mismo? Nueve de cada diez hombres que hubieran sufrido lo que él ha sufrido habrían sido incapaces de mantener el control de sí mismos. Una resolución como la que posee tal vez logre vencer las dificultades que le aguardan en el futuro.

Escuchar cómo mi talentoso colega corroboraba, de esta manera, las ignorantes predicciones de una mujer insolente constituyó una prueba para mi talante.

—Toda regla tiene excepciones —insistí—. ¿Y por qué no tendrían los hijos tanta

probabilidad de heredar las virtudes de los padres como sus vicios? Le aseguro que había un fondo de bondad en el padre de esa pobre niña, aunque no niego que era un hombre disoluto. E incluso la horrible madre, como acaba usted de oír, guarda en sí suficiente virtud para sentirse agradecida con el hombre que se ha hecho cargo de su hija. Esos son hechos; no puede usted negarlos.

El Doctor sacó su pipa.

—¿Me permite fumar? —preguntó—. El tabaco me ayuda a ordenar las ideas.

Le facilité los medios para que ordenara sus ideas; en otras palabras, le pasé los fósforos. Exhaló algunas nubes de humo preliminares y después me respondió:

—Durante los últimos veinte años, amigo mío, he estudiado la cuestión de la transmisión hereditaria de las facultades, y he encontrado que los vicios y las enfermedades se transmiten a los hijos con más frecuencia que la virtud y la salud. No me detengo a preguntar por qué: ese tipo de curiosidad nos conduce a un camino sin fin. Le digo lo que he observado; ni más ni menos. Dirá usted que éste es un resultado horriblemente desalentador de mi experiencia, porque tiende a demostrar que los niños vienen al mundo con una terrible desventaja desde el día de su nacimiento. Por supuesto que es así. Nacen niños con deformidades; nacen niños sordos, mudos y ciegos; nacen niños con las simientes de enfermedades mortales. ¿Quién puede elucidar las crueldades de la creación? ¿Por qué se nos concede la vida sólo para acabar en la muerte? ¿Y nunca se ha preguntado, cuando trincha su cordero a la hora de la cena, y su gato caza un ratón, y su araña asfixia una mosca, que todos, los grandes y los pequeños, nacemos con una herencia cierta: el privilegio de devorarnos los unos a los otros?

—Es muy lamentable —admití—. Pero todo se arreglará en el otro mundo.

—¿Está absolutamente seguro? —preguntó el Doctor.

—¡Absolutamente seguro, gracias a Dios! Y sería mejor para usted si creyera lo mismo que yo.

—No discutamos, señor Alcaide. No me burlo de esperanzas reconfortantes; no niego la existencia de compensaciones ocasionales. Pero, no obstante, reparo en que el Mal lleva las de ganar entre nosotros, en este pequeño y curioso planeta. A juzgar por mis observaciones y mi experiencia, las probabilidades de esa infortunada pequeña de heredar las virtudes de sus progenitores no admiten comparación con sus probabilidades de heredar sus vicios; sobre todo si sale a su madre. En ella la virtud no es conspicua y el vicio es un hecho innegable. Cuando pienso en el desarrollo de esa ponzoñosa tara hereditaria, que puede producirse con el tiempo, cuando pienso en pasiones desatadas y tentaciones acechantes, veo peligros que me estremecen, emboscados bajo la tersa superficie de la vida doméstica del Ministro. ¡Dios mío! Cómo sería mi vida de aquí a unos años si estuviera yo en su lugar. Supongamos que dijera o hiciera algo (en el justo ejercicio de mi autoridad paterna) que ofendiera a mi

hija adoptiva. ¿Qué imagen se alzaría de lo profundo de mi memoria cuando la joven saliera de la habitación presa de un ataque de cólera? La imagen de su madre sería la que vería. Recordaría lo que hizo su madre cuando fue ella la disgustada; pasaría el cerrojo a la puerta de mi cuarto, en mi propia casa, por la noche. Bajaría a desayunar sólo para desconfiar de mi taza de té si descubriera que había sido mi hija adoptiva quien la sirvió. Ah, sí; es muy cierto que todo el tiempo podría estar siendo cruelmente injusto con la joven; pero, ¿cómo estar seguro? La única seguridad que tendría es la de que su madre fue ahorcada por uno de los crímenes más horrendos cometidos en nuestros tiempos. Páseme los fósforos. Mi pipa se ha apagado y mi confesión ha llegado a su fin.

Era inútil discutir con un hombre que poseía tal dominio del lenguaje. Al mismo tiempo, las perspectivas del pobre Ministro tenían un costado optimista que el Doctor no había alcanzado a ver. Existía una pequeña posibilidad de que lograra demostrarle a mi convencido amigo que se equivocaba. Al menos intenté el experimento.

—Parece haber olvidado —le recordé— que la pequeña gozará de todas las ventajas de una buena educación, y que desde sus primeros años se acostumbrará a las influencias purificadoras y moderadoras del hogar de un clérigo.

Ahora que disfrutaba de los efluvios del tabaco, el doctor se mostraba tan plácido y afable como el que más.

—Muy cierto —dijo.

—¿Duda de la influencia de la religión? —le pregunté con firmeza.

Me contestó con mansedumbre:

—De ninguna manera.

—¿O de la influencia de la bondad?

—¡Ah, por supuesto que no!

—¿O de la fuerza del ejemplo?

—No la negaría por nada del mundo.

No había esperado esta extraordinaria docilidad. El Doctor llevaba las de ganar de nuevo, estado de cosas que me habría resultado difícil soportar de no ser porque se requirieron nuestros servicios, y ello puso fin a nuestra plática. Una de las celadoras hizo su aparición con un mensaje procedente de la celda de la condenada. La Prisionera deseaba ver al Alcaide y al Doctor.

—¿Se siente mal? —preguntó el médico.

—No, señor.

—¿Está histérica? ¿O tal vez agitada?

—Está tan tranquila y compuesta como el que más.

Emprendimos la marcha hacia la celda de la condenada a muerte.

CAPÍTULO VII

La asesina consulta a las autoridades

El carácter de mi amigo tenía un lado amable que salió a la superficie cuando nos dejó la celadora.

Sentía especial preocupación por mostrarse solícito ante las palabras de una mujer colocada en la terrible situación de la Prisionera; sobre todo en el caso de que se hubiera sometido realmente a la influencia de la fe. Sobre la base de la autoridad del Ministro, declaré que existían todas las razones para asumir esa conclusión; y para apoyar lo que decía, le mostré la confesión. Esta sólo contenía unas pocas líneas en las cuales la Prisionera reconocía que había cometido el asesinato y que merecía la sentencia. «Desde la planificación hasta la ejecución del crimen estuve en posesión de mis facultades mentales. Sabía lo que hacía.» Con esa extraordinaria desautorización de la defensa planteada por su abogado terminaba la confesión.

Mi compañero leyó la hoja y me la devolvió sin ningún comentario. Le pregunté si sospechaba que la Prisionera había fingido convertirse para complacer al Ministro.

—Si lo sospecho —me respondió con tono grave— ella no lo sabrá.

No sería acertado decir que la obstinación del Doctor había hecho vacilar mi fe en los buenos resultados de la actuación del Ministro. No obstante, debo reconocer que sentía ciertos celos, que no desaparecieron cuando me vi en presencia de la Prisionera.

Esperaba encontrarla absorta en la lectura de la Biblia. El buen libro permanecía cerrado y ni siquiera estaba a su alcance. La ocupación a la que se entregaba me sorprendió y me produjo repulsión.

El descuido de la celadora había hecho que quedaran sobre la mesa los artículos de escritorio que habían resultado necesarios para que redactara su confesión. ¡Ahora los usaba —cuando sólo la separaban unas horas de la muerte en la horca— para bosquejar un retrato de la celadora de guardia! El Doctor y yo nos miramos, y yo también empecé a dudar de la sinceridad de su arrepentimiento.

La Prisionera hizo a un lado la pluma y procedió a explicarse.

—Incluso el poco tiempo que me queda resulta difícil de pasar —dijo—. Hago uso por última vez del talento para dibujar y reproducir rostros del natural, que ha sido una de mis dotes desde la infancia. Su mirada me dice que no aprueba esta actividad en una mujer que va a ser ahorcada. Pues bien, caballero, no tengo dudas de que tiene usted razón —hizo una pausa y rasgó el retrato—. Si mi comportamiento no ha sido el mejor —continuó—, lo rectifico. En este momento necesito de su indulgencia. Debo pedirle un favor. ¿Podría la celadora abandonar la celda unos minutos?

Le di permiso a la mujer para que se retirara y esperé con cierta ansiedad lo que la Prisionera quería de mí.

—Tengo algo que decirle —continuó—, sobre el asunto de las ejecuciones. Me han dicho que el rostro de las personas que van a ser ahorcadas se oculta con una capucha blanca. ¿Es cierto?

No puedo, por supuesto, saber cómo se habría sentido otro hombre en mi lugar. A mí, la pregunta —proveniente de sus labios— me resultó demasiado chocante para responderla con palabras. Hice una inclinación.

—¿Y el cuerpo se entierra —añadió— en la prisión?

No pude seguir guardando silencio.

—¿No queda en usted ningún sentimiento humano? —exclamé—. ¿Qué significan estas horrendas preguntas?

—No se irrite conmigo, caballero; ya llego al punto. Quiero saber antes si me enterrarán en la prisión.

Contesté, como antes, con una inclinación.

—Ahora —dijo— ya puedo decirle lo que quiero. El año pasado, en otoño, me llevaron a visitar un museo de cera. Entre las figuras estaban las de varios criminales. Había una... —vaciló; al fin se derrumbaba su serenidad infernal. Su rostro palideció; ya no podía mirarme con firmeza—. Había una figura —continuó—, realizada después de la ejecución. El rostro era espantoso; era de una pavorosa deformidad debido a la hinchazón. ¡Ay, caballero, no permita que me vean en ese estado, ni siquiera los desconocidos que me enterrarán! Use su influencia; prohíbalos que me quiten la capucha del rostro cuando muera; ordéneles que me entierren con ella y ¡le juro que afrontaré la muerte mañana con tanta frialdad como el hombre más valiente que haya subido a la horca! —antes de que pudiera hacerla callar me tomó una mano y la apretó con una fuerza tan apasionada que me dejó un moretón durante varios días—. ¿Lo hará? —exclamó—. Usted es un hombre honorable; mantendrá su palabra. ¡Prométamelo!

Se lo prometí.

El alivio de su espíritu torturado se expresó de manera horrible con una carcajada frenética.

—No puedo evitarlo —dijo con voz entrecortada—. Soy tan feliz.

Cuando obtuve mi puesto mis enemigos afirmaron que era yo un hombre demasiado excitable para ser el alcaide de una prisión. Quizás no estaban del todo equivocados. De cualquier modo, el perspicaz Doctor percibió un cambio en mí del que yo no era consciente. Me tomó del brazo y me hizo salir de la celda.

—Déjemela a mí —susurró—. Mis nervios ya se acostumbraron a estas cosas en el hospital desde hace tiempo.

Cuando nos volvimos a encontrar le pregunté cómo había sido su conversación

con la Prisionera.

—Le di tiempo para que se recobrará —me contó—, y a no ser porque se veía un poco más pálida que de costumbre, no le quedaron trazas del frenesí que usted recuerda. «Debo disculparme por causarle tantos problemas», me dijo; «pero quizás resulte natural que piense de vez en cuando en lo que me ocurrirá mañana por la mañana. Dado que es usted médico, podrá aclarármelo. ¿La muerte por ahorcamiento es dolorosa?» Lo preguntó con tanta mesura que me sentí obligado a responderle. «Si se parte el cuello», le dije, «la muerte por ahorcamiento es instantánea; el miedo y el dolor (si es que hay dolor) terminan en un momento. En cuanto a la otra forma de muerte que resulta también posible (me refiero a la muerte por asfixia) debo reconocer con toda honestidad que no sé más de ella que usted misma.» Tras considerar mis palabras un momento, hizo un comentario sensato seguido de una petición embarazosa. «Mucho», dijo, «debe depender del verdugo. No temo a la muerte, Doctor. ¿Por qué habría de temerla? Mi ansiedad por mi pequeña ya ha sido apaciguada; no me queda nada por lo cual vivir. Pero no me gusta el dolor. ¿Podría usted decirle al verdugo que fuera cuidadoso? ¿O quizás sería mejor que se lo pidiera yo misma?» Le dije que ella resultaría más convincente. Me entendió de inmediato y dejamos el tema. ¿Le sorprende su frialdad después de lo que ha visto de ella?

Me confesé sorprendido.

—Reflexione un poco —dijo el Doctor—. El único punto sensible en la naturaleza de esa mujer es su propia autoestima.

Objeté que había demostrado querer a su hija.

Mi amigo se deshizo de mi objeción con su acostumbrada prontitud.

—El instinto maternal —dijo—. La gata ama a sus gatitos; la vaca ama a su ternero. No, caballero, la única causa del arrebato de pasión que tanto lo conmovió —un auténtico arrebato, qué duda cabe— es la vanidad de una mujer hermosa sobrecogida por el horror de verse repulsiva, incluso después de muerta. ¿Quiere creer que me resulta simpática esa mujer?

—¿Será posible que hable usted en serio? —pregunté.

—Sé tan bien como usted —respondió— que éste no es ni el momento ni el lugar para bromas. Lo cierto es que la Prisionera confirma una de mis teorías. Creo firmemente que los peores asesinatos (me refiero a asesinatos planeados con deliberación) los cometen personas que carecen de esa parte de la disposición moral que tiene que ver con el sentir. Duermen la noche antes de que los ahorquen. Desayunan en su última mañana. Incapaces de percatarse del horror de un asesinato, son también incapaces de percibir el horror de la muerte. ¿Recuerda al último asesino ahorcado aquí, el cochero de un caballero, que mató a su esposa? Sólo dos cosas ansiaba mientras esperaba la ejecución. La primera era que le duplicaran su cuota de cerveza, la otra que lo colgaran con su librea de cochero. ¡No! ¡No!, esos

desgraciados son todos iguales; son seres humanos nacidos con el temperamento de tigres. Créame, no tenemos que preocuparnos por el día de mañana. La Prisionera se enfrentará a la multitud en torno a la horca con compostura, y los asistentes dirán: «Murió con valentía».

CAPÍTULO VIII

El Ministro se despide

La Pena Capital sufrida por la Prisionera no guarda ninguna relación con mis propósitos al escribir la presente narración. Y tampoco deseo ensombrecer estas páginas describiendo en detalle un acto de justo castigo que, por su naturaleza, constituye una escena de horror. Por esas razones pido que se me excuse si limito a unas pocas palabras lo que me veo obligado a decir de la ejecución, y sigo adelante.

La única persona serena de todos nosotros era la infortunada que sufrió la pena de muerte.

Opino que, con poca discreción, el Capellán le preguntó si estaba verdaderamente arrepentida. Ella respondió:

—Caballero, he confesado mi crimen. ¿Qué más quiere de mí?

Yo, que aún vacilaba entre creer con el Ministro o dudar con el Doctor, consideré que esa respuesta dejaba una puerta abierta a la esperanza de su salvación. Las últimas palabras que me dirigió, mientras subía los escalones de la horca, fueron:

—Recuerde su promesa.

Me resultaba fácil mantenerme fiel a mi palabra. En esos tiempos mis decisiones no se veían obstaculizadas por las precauciones que ahora se observan en las ejecuciones que se llevan a cabo entre los muros de la prisión. Desde el momento de su muerte hasta el de su entierro, nadie vio su cara. Descansa en su tumba de la prisión con el rostro velado.

Permítaseme ahora volver a los intereses de los vivos y a escenas muy lejanas de los nubarrones del crimen.

Al día siguiente recibí una visita del Ministro.

Sus primeras palabras fueron para rogarme que no mencionara el terrible acontecimiento del día anterior.

—No puedo dejar de pensar en él —dijo—, pero puedo evitar hablar sobre él.

En mi opinión, su posición era la del hombre débil que deposita erróneamente su confianza en el refugio del silencio. Para cambiar de tema le hablé de la niña. Tendría que afrontar serias dificultades (me aventuré a insinuarle), si permanecía en el pueblo y permitía que sus nuevas responsabilidades se convirtieran en pasto de los comentarios públicos.

Su respuesta me sorprendió agradablemente. No había que temer ninguna dificultad.

El estado de salud de su esposa lo había obligado (por consejo de los médicos) a buscar la influencia del aire de su tierra natal. Podrían transcurrir varios meses antes de que se manifestara el efecto beneficioso de ese traslado; y una vuelta al peculiar

clima del pueblo podría producir una recaída. De ahí que no hubiera tenido más alternativa que renunciar a su cargo. Ese mismo día había sido aceptada la renuncia, con expresiones de pesar mutuas. Se proponía abandonar el pueblo de inmediato, y uno de los objetivos de su visita era decirme adiós.

—Mi próximo lugar de residencia —dijo—, queda a más de cien millas de aquí. A esa distancia confío en mantener ocultos acontecimientos que sólo nosotros debemos conocer. No creo que quede aquí agazapado ningún riesgo de que nos descubran. Mis sirvientas, sólo dos, nacieron aquí, y ambas le han manifestado a mi esposa que no desean marcharse. En cuanto a la persona que se me presentó con el nombre de señorita Chance, ayer por la tarde la vieron dirigirse a la estación del ferrocarril y comprar un boleto para Londres.

Felicité al Ministro por la buena fortuna que hasta el momento lo había acompañado.

—Comprenderá cuántas precauciones he tomado —continuó—, cuando le diga cuáles son mis planes. Las personas con las que compartiré mi vida futura, y la propia niña, por supuesto, no deben sospechar nunca que el nuevo miembro de la familia no es realmente hija mía. Admito que se trata de un engaño; pero es un engaño que no lastima a nadie. Espero que comparta usted conmigo la necesidad de ponerlo en práctica.

No cabía ninguna duda sobre esa necesidad.

Si se admitía que la niña era adoptada, habría curiosidad acerca de las circunstancias de la adopción, y preguntas relativas a sus progenitores. Las respuestas mentirosas despiertan sospechas, y las sospechas conducen a las revelaciones. De no ser por el sabio curso que el Ministro había decidido adoptar, la vida de la pobre niña se habría visto ensombrecida por el horror del crimen y la infamia de la muerte de su madre.

Una vez que aquieté los innecesarios escrúpulos de mi amigo mediante la expresión perfectamente sincera de esa opinión, me aventuré a referirme a la figura central de su círculo doméstico mediante una pregunta relativa a su esposa. ¿Cómo había recibido esa dama a la infortunada pequeña, cuya aparición en la escena hogareña la debió tomar totalmente por sorpresa?

El Ministro mostró cierta turbación; preludivió su respuesta con elogios a su esposa, de los cuales, sin dudas, eran ambos igualmente merecedores. La belleza de la niña y su simpatía, dijo, habían fascinado desde el primer momento a esa admirable mujer. No había que negar que cuando supo las circunstancias en que el Ministro había llevado a cabo su acción misericordiosa había sentido y expresado recelos. Pero su mente era demasiado equilibrada para dejarse llevar por esos sentimientos, una vez que su esposo llevó a cabo una defensa de su propia conducta. Entendió entonces que el verdadero mérito de una buena acción consiste en afrontar pacientemente los

sacrificios que impone. De esa forma, ennoblecido su interés en su nueva hija por el sentimiento de su deber cristiano, no se había producido ninguna otra diferencia de opinión entre los miembros de la pareja.

Escuché con interés esta plausible explicación, pero, al mismo tiempo, experimenté dudas acerca de la naturaleza permanente de la conformidad de la dama; me las sugería, quizás, la incomodidad que evidenciaba el Ministro. Ambos nos sentimos más cómodos cuando cambiamos de tema. El Ministro me recordó el desalentador punto de vista sobre sus futuras perspectivas expresado por el Doctor.

—No intentaré decidir si su amigo acierta o se equivoca —dijo—. Como confío en la misericordia divina, miro con esperanzas un tiempo futuro cuando todo lo mejor y más luminoso de la naturaleza de la niña adoptada se desarrollará al amparo de mi atento cuidado. Si salieran a la luz tendencias al mal, depositaré mi confianza en los ejemplos piadosos, en la instrucción religiosa y, sobre todo, en la intercesión de la oración. Repítale a su amigo —concluyó— lo que acaba de oírme decir. Que se pregunte a sí mismo si puede afrontar el futuro con mi gozosa mansedumbre y mi firme esperanza.

Me confió ese mensaje y me estrechó la mano. Así nos separamos.

Concordaba con él, lo admiraba; pero mi fe parecía requerir una fuerza que la sostuviera cuando la comparaba con la suya. Sus propias palabras (me parecía) dejaban ver que en la naturaleza de la niña, al crecer, habría dos fuerzas en conflicto: la maldad heredada en lucha con la bondad inculcada. Por más que lo intenté, no pude experimentar la reconfortante convicción del Ministro acerca de cuál de las dos triunfaría.

CAPÍTULO IX

El Alcaide recibe una visita

Pocos días después de la partida del buen hombre sufrí un grave accidente causado por un peldaño traicionero de las escaleras de piedra de la prisión.

La larga enfermedad que siguió a ese percance y mi posterior traslado (con el propósito de recuperarme) a un clima más benigno que el de Inglaterra, me obligaron a confiar los deberes de alcaide de la prisión a un sustituto. Estuve ausente de mi puesto durante más de un año. Durante ese tiempo no me llegó ninguna noticia de mi amigo el reverendo.

Una vez que regresé a los deberes de mi cargo, pensé en escribir al Ministro. Cuando esa carta no era aún más que un proyecto, se me informó que una dama deseaba verme. Me enviaba su tarjeta. Mi visitante resultó ser la esposa del Ministro.

La observé con mucha atención cuando entró en la habitación.

Su vestido era sencillo; su pelo claro y ralo, hasta donde pude apreciarlo bajo su toca, estaba peinado con gusto. La palidez de sus labios y el color apagado de su rostro indicaban que no gozaba de buena salud. Me impresionaron dos peculiaridades de su apariencia personal. No recuerdo haber visto a ninguna otra persona con una frente tan singularmente estrecha y huidiza como la de esa dama; y me produjo una impresión decididamente desfavorable la expresión relampagueante y evasiva de sus ojos. Por otro lado, debo reconocer que me sentí fuertemente conmovido y atraído por la belleza de su voz. Su agradable variedad de tonos y la resonancia musical de su timbre producían tal encanto al oído que me habría gustado ponerle entre las manos un libro de poemas y escucharla leer en verano al son de la música de un arroyuelo que corriera entre las rocas.

El objetivo de su visita —hasta donde lo explicó al principio— parecía ser el de felicitarme por mi recuperación y contarme que su esposo había asumido la responsabilidad de una iglesia en un pueblo de grandes dimensiones no lejos de su lugar natal.

Incluso esas palabras banales se tornaban interesantes en su deliciosa voz. Pero por más sensible que sea un hombre a los sonidos dulces, hay límites a su capacidad para engañarse, sobre todo cuando lo ilumina el conocimiento de la humanidad adquirido entre los muros de una prisión. Hay que recordar que yo ya había dudado de la buena disposición de carácter de la dama, desconfiando del elogio excesivo de sus virtudes por parte de su esposo. Sus ojos me miraban con expresión furtiva; y sus maneras, a pesar de estar dotadas de una graciosa serenidad, revelaban que tenía que decirme algo de naturaleza delicada o desagradable y que no encontraba la manera de abordar el tema para producir la impresión deseada en mi mente desde el inicio. Se

produjo entre nosotros un silencio momentáneo. Sólo para romperlo, le pregunté si a ella y al Ministro les gustaba su nuevo lugar de residencia.

—Nuestro lugar de residencia —contestó— ha cobrado nuevo encanto gracias a un acontecimiento inesperado; un acontecimiento (¿cómo describirlo?) que ha aumentado nuestra felicidad y ampliado nuestro círculo familiar.

En ese punto se detuvo, con la esperanza, imaginé, de que yo adivinara a qué se refería. Una mujer, sobre todo de haber sido madre, habría podido satisfacer sus expectativas. Un hombre, sobre todo uno que no la escuchaba con demasiada atención, se sintió simplemente perplejo.

—Le ruego que excuse mi torpeza —dije—; no alcanzo a entenderla.

El carácter de la dama relumbró en sus ojos evasivos y volvió a ocultarse de inmediato. Se hizo digna de mi estimación al aceptar sobre sus hombros inocentes toda la culpa de nuestro pequeño malentendido.

—Debí haberme expresado con más claridad —dijo—. Permítame intentarlo ahora. Después de muchos años de decepciones en mi vida conyugal, la Providencia ha tenido a bien concederme la felicidad, la inexpresable felicidad, de la maternidad. Soy la madre de una dulce niña, y mi único pesar es no poder cuidar de ella por mí misma.

Mi desmayado interés en la esposa del Ministro no se vio estimulado por el anuncio de ese acontecimiento doméstico.

No sentí ningún deseo de ver a la «dulce niña»; ni siquiera vino a mi mente otro ejemplo de maternidad largamente diferida ocurrido en los límites de mi propio círculo familiar. Todas mis simpatías fueron destinadas a la triste pequeña, la niña adoptada. Recordé a la pobre criatura sentada en a mis rodillas, encantada con el tictac de mi reloj, pensé en ella graciosa y plácidamente dormida al amparo horrible de la celda de los condenados, y no exagero si afirmo que mi corazón se apesadumbró cuando comparé sus perspectivas futuras con las de la niña rival. Aun con toda su bondad y su sentido del deber, ¿podía esperarse que el Ministro admitiera que su cariño se repartiera por igual entre la niña a la que quería por ser su padre y la que sólo le recordaba una acción misericordiosa? En cuanto a su esposa, parecía una simple pérdida de tiempo someter el estado de sus sentimientos (colocada entre las dos niñas) a la prueba de una indagación. No obstante, intenté realizar el inútil experimento.

—Resulta agradable pensar —comencé—, que su otra hija...

Me interrumpió con la mayor amabilidad:

—¿Se refiere usted a la niña que mi esposo fue tan tonto como para adoptar?

—Digamos que tan afortunado como para adoptar —insistí.

Cuando su pequeña crezca, querrá tener una compañera de juegos. Y encontrará a esa compañera de juegos en la otra niña que el buen Ministro ha hecho suya.

—No, mi estimado caballero; no si yo puedo evitarlo.

El contraste entre la crueldad de sus intenciones y la belleza musical de su voz, que las expresaba cortésmente con esas palabras, me sobresaltó. No supe cómo responderle en el preciso instante en que debí haber hablado con más presteza.

—Debe sin dudas entender —continuó—, que no queremos a la hija de otros ahora que tenemos a una adorable pequeña que es nuestra.

—¿Su esposo comparte esa opinión? —pregunté.

—¡Ah, no! El dijo lo que usted acaba de decir, y (resulta extraño) casi con las mismas palabras. Pero no desespero de persuadirlo a cambiar de idea; y usted puede ayudarme.

Pronunció esa afirmación audaz con tal apariencia de sentirse perfectamente segura de mí, que mi cortesía cedió ante la tensión a la que se veía sometida.

—¿Qué quiere usted decir? —pregunté con tono abrupto.

Sin que mi cambio de actitud le hiciera la menor impresión, sacó un impreso del bolsillo de su vestido.

—Ahí verá lo que quiero decir —contestó, y me puso la hoja entre las manos.

Era un llamamiento al público caritativo en ocasión de la ampliación de un orfanato con el cual yo había sostenido relaciones durante muchos años. Ahora ya me resultaba muy claro lo que quería decir. No hice ningún comentario: me limité a mirarla.

Complacida al percatarse de que en esta ocasión era yo lo bastante sagaz como para adivinar qué quería decir, la esposa del Ministro me informó que todas las circunstancias obraban a nuestro favor. Insistía en considerarme su cómplice: las circunstancias obraban a nuestro favor.

—En un plazo de dos años —explicó—, la hija de ese ser detestable que ahorcaron (¿creerá usted que no puedo mirar a la infeliz sin pensar en la horca?) tendrá edad suficiente (unida al interés de usted en ayudarnos) para ingresar en el asilo. ¡Qué alivio será deshacerse de esa niña! ¡Y cuánto esfuerzo dedicaré a procurar donativos! Su nombre será un poderoso apoyo cuando lo use como referencia. Perdóneme, no parece usted de buen humor. ¿Advierte algún obstáculo en nuestro camino?

—Advierto dos obstáculos.

—¿Cuáles pueden ser?

Por segunda vez mi cortesía cedió ante la tensión a la que estaba sometida.

—Sabe perfectamente bien —dije— cuál es uno de los obstáculos.

—¿Debo entender que prevé una seria resistencia por parte de mi esposo?

—¡Sin duda!

Mi simplicidad le resultó claramente divertida.

—¿Es usted soltero? —preguntó.

—Soy viudo.

—Entonces su experiencia debería hacerle entender que conozco todos los puntos débiles del carácter del Ministro. A él puedo decirle, recurriendo a la autoridad de usted, que la odiosa niña será confiada al cuidado de personas bondadosas y competentes; y tengo a mi propia hija para respaldar mis súplicas. Con estas ventajas a mi favor, ¿supone realmente que puedo fracasar en hacer que mi manera de pensar se convierta en su manera de pensar? ¡Debe haber olvidado usted su propia vida de casado! Prosigamos al segundo de sus obstáculos. Confío en que merezca más consideración que el primero.

—Mi segundo obstáculo no la defraudará —respondí—. Esta vez soy yo el obstáculo.

—¿Se niega a ayudarme?

—Definitivamente.

—¿Tal vez concederle un tiempo de reflexión al asunto pueda hacer cambiar su decisión?

—Ninguna reflexión me hará cambiar de opinión.

—¡Es usted grosero, caballero!

—Para hablar con usted, señora, no tengo otra alternativa que decir las cosas con claridad.

La esposa del Ministro se puso de pie. Esta sola vez sus ojos evasivos me miraron fijamente.

—¿Qué clase de enemigo me he buscado? —preguntó—. ¿Un enemigo pasivo que se contentará con negarse a ayudarme? ¿O un enemigo activo que le escribirá a mi esposo?

—Depende por completo —le dije— de lo que haga su esposo. Si me pregunta por usted, le diré la verdad.

—¿Y si no lo hace?

—En ese caso, confío en olvidar que me obsequió usted con su visita.

Al responderle así no era yo culpable de ninguna intención malsana. Me resulta imposible comprender la interpretación perversa que dio a mis palabras; sólo puedo afirmar que algún intolerable sentimiento de ofensa la hizo caer presa de un ataque de ira. Su voz, forzada por vez primera, perdió la melodiosa belleza de su timbre.

—Venga a vernos dentro de dos años —exclamó—, ¡y trate de descubrir en nuestro hogar, si puede, a la huérfana de la horca! Si su Asilo no la acepta, alguna otra institución de caridad lo hará. ¡Ja, señor Alcaide, merezco mi fracaso! Debí haber recordado que, después de todo, no es usted más que un carcelero. ¿Y qué es un carcelero? Un completo bruto. ¿Me oyó? ¡Un bruto!

De repente le fallaron las fuerzas. Se dejó caer con un desmayado grito de dolor en la silla de la cual se había levantado. Una palidez fantasmal cubrió su rostro. Había

vino en la repisa; llené un vaso. Se negó a tomarlo. A esa hora del día los deberes del Doctor demandaban su presencia en la prisión. Al instante mandé traerlo. Después de mirarla por un momento, tomó el vino de mis manos y le acercó el vaso a los labios.

—Beba —dijo. La esposa del Ministro volvió a negarse—. Beba —reiteró—, o morirá.

Eso la atemorizó; bebió el vino. El Doctor esperó un momento con un dedo sobre su pulso.

—Ahora estará bien —dijo.

—¿Puedo irme? —preguntó la dama.

—Vaya adonde desee, señora, siempre que no sea a subir una escalera a toda prisa.

La dama sonrió:

—Lo comprendo, caballero, y gracias por el consejo.

Cuando nos quedamos a solas, le pregunté al Doctor por qué le había dicho que no subiera una escalera a toda prisa.

—Por lo que sentí —respondió— cuando le puse el dedo sobre el pulso. Oyó usted que decía que me comprendía.

—Sí, pero no sé qué quería decir.

—Quería decir, probablemente, que su propio médico la ha alertado como hice yo.

—¿Tiene algún problema grave de salud?

—Sí.

—¿De qué se trata?

—Del corazón.

CAPÍTULO X

La señorita Chance reaparece

Había pasado una semana desde la visita de la esposa del Ministro cuando recibí una carta del propio Ministro.

Después de darme la sorpresa, como suponía en su ignorancia, del anuncio del nacimiento de su hija, mencionaba ciertas circunstancias relacionadas con ese acontecimiento que eran nuevas para mí.

«A una corta distancia del populoso escenario de mis actuales labores», escribía, «hay una aislada aldea campestre llamada Low Lanes. El pastor del lugar es hermano de mi esposa. Antes del nacimiento de nuestra hija le había pedido a su hermana que fuera a visitarlo por un tiempo, y el médico pensó que no había peligro en acceder a la invitación. Supongo que por algún error en los cálculos usuales, la niña nació de manera inesperada en casa del hermano de mi esposa; y la ceremonia de bautismo se celebró en su iglesia, en circunstancias que me veo imposibilitado de describir en los límites de una carta: diré tan solo que aludo a ese incidente sin amargura sectaria, porque no soy enemigo de la Iglesia Anglicana. No tiene usted idea de cuántos tesoros de virtud y de belleza ha puesto de manifiesto la maternidad en el dulce natural de mi esposa. Otras madres, a partir del orgullo que produce esa condición, habrían sentido enfriarse su amor por la pobre niña que adoptamos. Pero mi hogar alberga a un ángel que da una proporción igual de su afecto a las dos pequeñas.»

Con su estilo semihistórico de redacción, el pobre hombre me informaba inconscientemente de cuán astuta y cruelmente lo engañaba su esposa.

Sentí deseos de exponer a la luz pública el verdadero carácter de la malvada mujer, pero, ¿qué podía hacer? Las circunstancias la debieron favorecer de tal forma para justificar su ausencia del hogar sin provocar la menor sospecha acerca del destino real de su viaje, que si declaraba en mi carta de respuesta al Ministro que la había recibido en mis habitaciones y le repetía la conversación que habíamos sostenido, ¿cuál sería el resultado? Encontraría fácil refugio en negar decididamente la verdad, y, en ese caso, ¿a cuál de nosotros creería el enamorado esposo?

La parte de la carta que leí con cierta satisfacción fue el final.

En él el Ministro me informaba que sus planes para ocultar la procedencia de su hija adoptiva habían resultado enteramente exitosos. Los miembros de su nuevo hogar creían que las dos niñas eran hermanas. Y tampoco había peligro de que se pudiera identificar a la niña adoptiva (a partir de su mayor edad) mediante una consulta a los registros.

Antes de salir del pueblo, el Ministro se había asegurado en persona de que no se había añadido ningún nombre de pila tras el asiento del nacimiento de la hija de la

asesina, y de que no existía ningún certificado de bautismo en los registros que se conservaban en los lugares de culto. De ahí infirió —muy probablemente una inferencia correcta dado el carácter de ambos progenitores— que la niña no había sido bautizada, y realizó la ceremonia en privado, absteniéndose, por razones obvias, de añadir su nombre de pila al imperfecto registro de su nacimiento. «No sé», escribía, «si he cometido alguna violación de la Ley. En todo caso, confío en haber expiado mi falta al seguir los preceptos del Evangelio.»

Pasaron seis semanas y volví a recibir noticias de mi amigo el reverendo.

Su segunda carta se diferenciaba mucho de la primera. Estaba dictada por el pesar y la ansiedad, y su propósito era informarme de un alarmante empeoramiento de la salud de su esposa. Le mostré la carta a mi colega médico. Después de leerla predijo el acontecimiento que era lógico esperar, en tres palabras, una muerte súbita.

Cuando volví a saber del Ministro, la respuesta espantosa del Doctor demostró haber sido una profecía.

Cuando dirigimos expresiones de condolencia a amigos que han sufrido una pérdida, los principios de la hipocresía popular sancionan la mentira indiscriminada como un deber para con los muertos —con independencia de la vida que hayan llevado—, sólo porque están muertos. En mi pequeña esfera, siempre he permanecido en silencio cuando no he podido dirigirles a las personas afligidas expresiones de simpatía que sintiera con toda honestidad. Haberle expresado al Ministro mi pésame por la pérdida que había sufrido debido a la muerte de una mujer que se me había revelado como una desvergonzada embustera, inhumanamente decidida a alcanzar sus crueles objetivos, habría sido rebajarme a mentir deliberadamente. Le expresé en mi respuesta todo lo que naturalmente siente un hombre honesto cuando le escribe a un amigo afligido, y me abstuve cuidadosamente de aludir a la memoria de su esposa o al vacío que su muerte dejaba en su hogar. Mi carta, lamento decirlo, lo decepcionó y lo ofendió. No me volvió a escribir hasta varios años después, cuando el tiempo había ejercido su influencia y le había proporcionado un estado de espíritu más indulgente. Esas cartas posteriores han sido preservadas y probablemente se usarán, en el momento adecuado, para contribuir a ciertas explicaciones en las cuales puede que me vea involucrado en el futuro.



El corresponsal que perdí fue sustituido por un caballero que me resultaba completamente desconocido.

Las razones que me indujeron a ocultar los nombres de las personas cuando relataba acontecimientos que habían tenido lugar en la prisión no se aplican a la

correspondencia con un desconocido que me escribía desde otro sitio. Puedo, por tanto, mencionar que el señor Dunboyne, de Fairmount, en la costa occidental de Irlanda, era el autor de la carta que se me dirigía. Para mi sorpresa, resultó ser uno de los familiares que la Prisionera ya sentenciada a muerte no había sentido deseos de ver cuando le di la oportunidad de decir adiós. El señor Dunboyne era cuñado de la asesina. Se había casado con su hermana.

Su esposa, me informaba, había muerto al dar a luz, dejándole un solo consuelo: un niño que le hacía recordar cuanto de bello y bueno había en su madre fallecida. Naturalmente, el padre estaba decidido a que el niño no se enterara de la mancha que había caído sobre la familia.

Después la carta proseguía en los siguientes términos:

«Supe ayer, gracias a un viejo recorte de periódico que me envió un amigo, que la infeliz mujer que sufrió la ignominia de ser públicamente ejecutada ha dejado una hija de corta edad. ¿Podría usted informarme de qué ha sucedido con la huérfana? Si esta niña, como temo, no tiene quien cuide de ella, hago sólo lo que mi esposa habría hecho de estar viva al brindarme para hacerme cargo del bienestar de la niña. Estoy dispuesto a internarla en una institución que me resulta muy conocida, en la cual la tratarán con bondad, se ocuparán de su educación y la prepararán para que pueda ganarse la vida de manera honesta en el futuro.

Si se siente algo sorprendido al saber que mis buenas intenciones hacia mi infortunada sobrina no llegan hasta acogerla en el seno de mi familia, le ruego que considere ciertas cuestiones que quizás tengan para usted el mismo peso que tuvieron para mí.

En primer lugar, existe al menos una posibilidad (por más cuidado que me tome en ocultarlo) de que tarde o temprano se descubra quiénes son los progenitores de la niña. En segundo lugar (y asumiendo que se pueda ocultar con éxito esa información), si esa niña y mi hijo crecieran juntos, hay otra contingencia que es preciso tener en cuenta: la de que se aficionen el uno al otro. ¿Hay acaso algún padre que permitiría que su hijo se casara sin saberlo con la hija de una asesina convicta? No tendría otra alternativa que separarlos cruelmente revelándoles la verdad.»

La carta terminaba con algunos cumplidos dirigidos a mi persona. La cuestión era: ¿cómo debía responderla?

Mi corresposal me había impresionado muy favorablemente; no podía dudar de que se trataba de un hombre de honor. Pero el interés del Ministro de que su piadosa acción quedara a salvo de cualquier riesgo de ser descubierta —interés incrementado por las relaciones filiales que sostenían con él, ya públicamente establecidas, las dos niñas— ocupaba, no había manera de dudar, el primer lugar en mis deberes. El curso absolutamente seguro consistía en no revelarle a nadie, amigo o desconocido,

nuestro secreto. Contesté expresando mi sincera admiración por las motivaciones del señor Dunboyne y limitándome a informarle de que la niña ya estaba en buenas manos.

Después de eso no supe nada más del caballero irlandés.

Quizás resulte innecesario añadir que mantuve al Ministro en la ignorancia acerca de mi correspondencia con el señor Dunboyne. Conocía demasiado el natural sensible y atormentado de mi amigo como para dejarle saber que vivía un familiar de la asesina y que este sabía que la mujer había dejado una niña.

Antes de concluir estas páginas debo relatar un último incidente.

Durante el año sobre el cual escribo ahora, nuestro Capellán añadió uno más a los numerosos ejemplos que he presenciado de su generosa prontitud para servir a sus amigos. Había tomado la decisión de dedicar las vacaciones de ese año a un recorrido por los lagos ingleses, cuando recibió la carta de un clérigo residente en Londres al que conocía desde su época de escuela. Ese viejo amigo le escribía en medio de graves dificultades domésticas que hacían absolutamente imperioso que partiera de Londres por un tiempo. Incapaz de encontrar un sustituto que lo relevara de sus deberes clericales, le pedía al Capellán que le recomendara a un pastor que estuviera en condiciones de ayudarlo. Mi excelente colega renunció sin vacilar a sus planes de vacaciones y se dirigió él mismo a Londres.

A su vuelta le pregunté si había visto a algunos conocidos suyos y míos que visitaban la metrópoli en esos momentos. Sonrió expresivamente al responderme.

—Debo entregarle una tarjeta de un conocido a quien no ha mencionado —dijo—, y estoy convencido de que lo sorprenderá.

Simplemente me sentí perplejo. Cuando me dio la tarjeta, vi las siguientes palabras impresas en ella:

SRA. TENBRUGGEN (DE SOUTH BEVELAND)

—¿Y bien? —dijo el Capellán.

—Bien —respondí—, nunca he oído hablar de la señora Tenbruggen de South Beveland. ¿De quién se trata?

—La semana pasada casé a la dama con un caballero extranjero en la iglesia de mi amigo —contestó el Capellán—. ¿Quizás recuerde usted su nombre de soltera?

Mencionó el nombre de la peligrosa mujer a quien no había conocido primero como la persona que se había hecho cargo de la hija de la Prisionera, esto es, la señorita Elizabeth Chance. Su reaparición en escena —aunque representada sólo por su tarjeta— me produjo una vaga intranquilidad de naturaleza tan innoblemente supersticiosa que la recuerdo ahora con vergüenza. Hice una pregunta tonta:

—¿Cómo fue?

—Según el curso ordinario de tales acontecimientos —dijo mi amigo—. Se

casaron mediante una licencia en la iglesia de su parroquia. El novio era un hombre alto y agraciado, de ojos intrépidos y maneras resueltas. La novia y yo nos reconocimos de inmediato. Una vez convertida en señora Tenbruggen, la señorita Chance me llevó a un lado y me dio su tarjeta. «Dígale al Alcaide que la acepte» dijo, «como recuerdo de la ocasión en que me tomó por una nodriza. Cuénteles que me he casado con un caballero holandés de alcurnia. Si alguna vez visita Holanda, nos sentiremos felices de recibirlo en nuestra residencia de South Beveland.» Ese es el mensaje que le envié, palabra por palabra.

—Me alegro de que viva fuera de Inglaterra.

—¿Por qué? Con seguridad no tiene ningún motivo para temerla.

—Ninguno.

—¿Piensa quizás en otra persona?

Pensaba en el Ministro; pero me pareció más seguro no decirlo.

He puesto a un lado la pluma y enviado las numerosas páginas de mi manuscrito a su destino. Lo que me comprometí a hacer ya está hecho. Para decirlo con una metáfora teatral, el telón cae ahora ante el Alcaide y la Prisión.

SEGUNDO PERÍODO: 1875

Las Jóvenes y los diarios

CAPÍTULO XI

Diario de Helena

Nos dijimos buenas noches y ambas subimos a nuestro cuarto con un nuevo objetivo en mente. Por consejo de nuestro padre hemos resuelto llevar diarios, por primera vez en la vida, y nos hemos hecho la promesa de comenzar antes de irnos a la cama.

Lentamente, en silencio y con pereza mi hermana anduvo sin ganas hasta su lado del cuarto y se sentó ante su escritorio. Sobre él descansaba un libro bellamente encuadernado, lleno de páginas en blanco. Tenía inscrita en letras doradas la palabra «Diario», y remachada en las cubiertas una pequeña cerradura de bronce con su llave. Un segundo diario, exactamente igual al primero, estaba colocado sobre el escritorio en mi lado del cuarto. Abrí mi libro. La vista de las páginas en blanco me irritó; eran tan lisas, tan inmaculadas, tan enteramente prestas a cumplir su deber. Hundí mi pluma demasiado hondo en el tintero y comencé el primer apunte de mi diario con un manchón. El hecho me resultó desalentador. Me puse de pie y comencé a mirar por la ventana.

—¡Helena!

Difícilmente habría podido mi hermana dirigirse a mí con voz más fatigada si su pluma se hubiera pasado toda la noche en la faena de relatar los incidentes domésticos.

—¡Y bien! —dije—. ¿Qué sucede?

—¿Ya terminaste? —preguntó.

Le mostré el manchón. Mi hermana Eunice (la más extraña y también la más encantadora de las jóvenes) continuamente dice lo que le pasa por la cabeza. Fijó sus ojos con mirada grave en mi página estropeada y dijo:

—Eso me consuela —crucé la habitación y miré su libro. Ni siquiera había reunido energía suficiente para hacer un manchón—. ¿Qué pensará papá de nosotras —preguntó—, si no comenzamos esta noche?

—¿Por qué no comenzar —sugerí—, por escribir lo que dijo cuando nos entregó nuestros diarios? Sus sabias palabras de consejo ocuparán el lugar que les corresponde en la primera página de nuestros libros.

Eunice no es normalmente una joven extrovertida; no llora con facilidad, no es generosa con sus caricias ni habla con fluidez, pero mi proposición la impresionó de una manera que resultaba maravilloso contemplarla. De repente se transformó en una persona excitada, e incluso me besó.

—¡Ah —exclamó—, qué inteligente eres! Es precisamente eso lo que hay que escribir; lo haré de inmediato.

Y lo hizo de inmediato; sin detenerse ni una vez a reflexionar, sin esperar a pedirme un solo consejo. Línea tras línea oí su ruidosa pluma apresurarse hacia el fin de la primera página y cubrir tres cuartas partes de la segunda antes de que cerrara su diario. Le recordé que no le había dado vuelta a la llave en la cerradura, cuya finalidad era mantener la privacidad de su diario.

—No vale la pena —contestó—. Todo el que quiera puede leer lo que escribo; buenas noches.

El singular cambio que había apreciado en ella comenzó a desaparecer cuando emprendió los preparativos para irse a la cama. Volví a notar los viejos movimientos indolentes y tardos y el método regular y deliberado de cepillarse el cabello, que no puedo contemplar nunca sin sentir una influencia entontecedora que muchas noches me ha ayudado a conciliar un sueño delicioso. Dijo sus oraciones en su rincón favorito del cuarto y apoyó la cabeza sobre la almohada con el leve suspiro de voluptuosidad que anuncia que está quedándose dormida. La reaparición de sus hábitos normales fue, en realidad, un alivio para mí. Eunice en estado de excitación es un espectáculo poco natural.

Lo próximo que hice fue tomarme la libertad que ella había concedido, esto es, la de leer lo que había escrito. Helo aquí, copiado textualmente:

«No quiero a nadie ni la mitad de lo que quiero a papá. Siempre es bondadoso, siempre tiene razón. Lo quiero, lo quiero, lo quiero.

Pero no es así como pensaba comenzar. Debo contar lo que nos dijo; quisiera que estuviera aquí para que lo dijera él mismo.

Me dijo:

—Estás más holgazana que nunca, Eunice.

Le dijo a Helena:

—Estás cayendo bajo la influencia del ejemplo de Eunice.

Nos dijo a ambas:

—Estáis demasiado dispuestas, queridas hijas, a quedaros sentadas con las manos en el regazo mirando al vacío y sin pensar en nada; quiero que probéis una nueva manera de emplear vuestro tiempo libre.

Abrió un paquete que había sobre su mesa. Nos regaló a cada una un hermoso libro llamado Diario. Dijo:

—Cuando no tengáis nada que hacer, queridas, en la noche, dedicaos a llevar un diario de los acontecimientos del día. Será un recuento que resultará provechoso de mil maneras, y es una buena disciplina moral para las jóvenes.

Helena dijo:

—¡Muchas gracias!

Yo dije lo mismo, pero sin tanto entusiasmo.

La verdad es que, ahora que pienso en papá, me aflijo; no me siento tranquila con

respecto a él. Cuando se interesa mucho en algo, en su rostro aparecen unas contracciones que no recuerdo haber visto antes. De repente parece estar más viejo y más delgado. Cuando amenaza a los pecadores durante el sermón, grita (lo cual no solía hacer antes). Como está terriblemente preocupado por nuestras almas, se ve obligado a hablar del demonio; pero no acostumbraba a golpear el inocente cojín del pulpito con el puño, como hace ahora. Nadie más que yo parece verlo; y ahora que lo he notado, ¿qué debo hacer? No lo sé; sólo estoy segura de lo que escribí al principio de la primera página: lo quiero, lo quiero, lo quiero.»



Así terminaba su singular escrito. Era muy fácil descubrir la influencia que había logrado que la holgazana de mi hermana aprestara tan bien la memoria y la pluma; siempre se mostraba rápidamente dispuesta a hacer todo aquello que le dictara su corazón, y su padre estaba en su corazón.

Pero Eunice se equivoca, quiero aclararlo, en lo que dice de mí.

Yo también he observado el lamentable cambio que se ha operado en mi padre; pero sé que le disgusta que se hable de ello en nuestro hogar, y me he reservado mis penosos descubrimientos. Desgraciadamente, las mejores opiniones médicas están fuera de nuestro alcance. El único médico realmente competente del lugar es famoso por su descreimiento. De no ser por ese lamentable obstáculo, podría haber persuadido a mi padre para que lo viera. En cuanto a los otros dos médicos a los cuales ha consultado en diferentes momentos, uno mencionó una gota latente y el otro le recomendó tomarse un año de vacaciones y pasarlo bien en el Continente.

El reloj acaba de dar las doce. He escrito y copiado tanto que me pesan los párpados, y quiero seguir el ejemplo de Eunice y dormir tan profundamente como ella. Nuestro experimento con el diario ha tenido un extraño comienzo. Me pregunto cuánto tiempo lo continuaremos y en qué terminará.

Segundo día.

Empiezo a temer que soy tan torpe —no; esa no es una palabra amable—, digamos que tan simple como la querida Eunice. Un diario significa un recuento de los incidentes del día; y ni uno de los incidentes del día de ayer aparece ni en el diario de mi hermana ni en el mío. Bien, es fácil enmendar ese error. Nuestras vidas son tan aburridas (aunque no lo diría por nada del mundo donde mi padre me pudiera oír) que el recuento de lo sucedido en un día se parecerá mucho al de cualquier otro.

Después de las oraciones en familia y del desayuno, sufro la acostumbrada

persecución de la cocinera. En otras palabras, me veo obligada, por ser el ama de casa, a ordenar lo que debemos comer. ¡Ay, cómo odio inventar comidas! ¡Y cómo admiro la envidiable lentitud de mente y holgazanería de cuerpo que ha salvado a Eunice de compartir las preocupaciones que recaen sobre el ama de casa! Eunice puede salir y trabajar en su jardín mientras que yo martirizo mi imaginación para descubrir una variedad de platos sin vulnerar los límites de la economía. Supongo que puedo confesármelo a mí misma: ¡cuánto lamento no haber nacido hombre!

Mi próxima tarea me lleva al estudio de mi padre, para escribir lo que me dicta. De ésta no me quejo; halaga mi orgullo sentir que ayudo a un hombre tan grande. Al mismo tiempo, no dejo de advertir que de nuevo los defectillos de Eunice la han relevado de asumir esta responsabilidad. No puede retener en la memoria las palabras dictadas, ni ha podido aprender nunca las reglas de puntuación.

Después del dictado, me queda una hora para practicar música. Mi hermana entra del jardín con su lápiz y su caja de pinturas y dibuja. Después salimos a andar, caminata que resulta deliciosa si nos acompaña mi padre. Siempre tiene algo nuevo que contarnos, a propósito de las cosas con las que nos cruzamos en el camino. Y entonces llega la hora de la comida, que no siempre me resulta un momento agradable del día. En ocasiones oigo quejas paternas (siempre amables) acerca de mi manera de llevar la casa; a veces mi hermana (no diré mi insaciable hermana) me dice que no le doy suficiente comida. ¡Pobre padre! ¡Querida Eunice!

Terminada la comida paseamos por el jardín cuando el tiempo es agradable. Cuando llueve, hacemos enaguas de franela para las ancianas pobres. ¡Qué horrible cosa es la vejez! Ser feo, desvalido, deplorablemente incapaz de experimentar los placeres de la vida; confío en no llegar a la vejez. ¿Qué diría mi padre si leyera esto? Por él, para no mencionar mis propios sentimientos, debo acostumbrarme a usar la cerradura de mi diario.

Nuestra siguiente ocupación consiste en asistir a la clase de Sagradas Escrituras para señoritas, y en ayudar a la maestra. Ésta es una buena disciplina para el carácter de Eunice y —¡ah, no lo niego!— también para el mío. Puedo sentir deseos de darle una bofetada a cada una de las alumnas, pero mi deber consiste en mantener un rostro sonriente y ser un modelo de paciencia. De la clase de Sagradas Escrituras en ocasiones pasamos al sermón de mi padre. Otras veces nos entretenemos lo mejor que podemos hasta que el té está listo. Después del té leemos libros que nos instruyen; la poesía y las novelas están prohibidas. Cuando nos cansamos de los libros, conversamos. Terminada la cena, de nuevo tenemos oraciones y nos vamos a la cama. He ahí nuestro día. ¡Ay!, he ahí nuestro día.



¿Y cómo le ha ido a Eunice en su segundo intento de mantener al día su diario? He aquí lo que escribió. Tiene un mérito que nadie puede negarle; se lee pronto:

«Confío en que papá me excusará; hoy no tengo nada que escribir.»

Una y otra vez he tratado de hacerle notar a mi hermana cuán absurdo resulta llamar a nuestro padre por el apodo infantil de papá. Le he recordado que ya no es una niña (al menos en edad). ¿Por qué no le dices padre, como yo?, le pregunté hace pocos días.

Su respuesta fue absurda:

—Solía llamarle papá cuando era pequeña.

—Eso no justifica —le recordé— que le digas papá ahora.

Y me respondió:

—Sí lo justifica.

¡Qué extraño estado el de su mente! ¡Y qué encantadora joven, a pesar de su falta de juicio!

Tercer día.

El correo de la mañana nos ha traído la promesa de una leve variación en nuestras vidas, o, para hablar más correctamente, en la vida de mi hermana.

Nuestros nuevos y amables vecinos, los Staveley, han escrito para invitar a Eunice a visitarlos en Londres. No me quejo de quedarme en casa. Lo cierto es que demostraría poco amor filial que abandonáramos a nuestro padre; y el año pasado fui yo la que recibí la primera invitación y la que disfruté del cambio de escenario. Los Staveley son excelentes personas —miembros rigurosamente piadosos de la Iglesia Metodista— y sumamente amables con mi hermana y conmigo. Pero fue muy conveniente para mi bienestar moral que mi visita a nuestros amigos terminara cuando terminó. Mi pasión por la música me hizo sentir la tentación del Maligno cuando vi carteles en las calles que anunciaban la apertura de la Ópera Italiana. No sentía ningún deseo de ser testigo de la desvergonzada y pecaminosa danza que tiene lugar (me han contado) en la ópera; pero sentí que mis principios se tambaleaban cuando pensé en los maravillosos cantantes y la música arrebatadora. ¡Y eso a pesar de que sabía de la atmósfera de maldad que respiran las personas que asisten a un teatro! Pienso con horror en lo que *podría* haber sucedido de haberme quedado más tiempo en Londres.

Cuando ayudaba a Eunice con el equipaje, le puse el diario en el baúl.

Encontrarás cosas sobre las que escribir —le dije—. Yo anotaré todo lo que suceda aquí en la casa y tu escribirás en tu diario todo lo que hagas en Londres, de modo que cuando regreses nos mostraremos lo que hemos escrito.

Mi hermana es una criatura adorable.

—No me siento segura de poder hacerlo —respondió—, pero prometo que lo intentaré.

¡Adorable Eunice!

CAPÍTULO XII

Diario de Eunice

El aire de Londres es muy denso. En Londres hay un desagradable olor a humo. En Londres hay demasiadas personas. La mayoría parece llevar mucha prisa. Cuando una joven del campo sale a la calle se marea, supongo que porque no está acostumbrada al ruido.

Confío en que sea Londres lo que me haya puesto de mal humor. Si no, es que soy yo la malhumorada. Todavía no llevo un día completo en la casa de los Staveley y ya me han ofendido. No quiero que Helena se entere de esto por intermedio de otros y entonces me pregunte por qué se lo oculté. Vamos a leer nuestros diarios cuando yo regrese a casa. Quiero que lea aquí mi propia versión.

Los Staveley son siete: el señor y la señora (dos); tres hombres jóvenes (cinco); dos señoritas (siete). La mayor de las señoritas y el segundo de los jóvenes son los únicos que están ahora en la casa.

El señor, la señora y la señorita me besaron a mi llegada. El joven sólo me estrechó la mano. Parecía querer besarme también. ¿Por qué no? No habría tenido ninguna importancia. A mí no me gustan los besos. ¿Para qué sirven? ¿Qué placer proporcionan?

La señora estaba tan contenta de verme que me cogió ambas manos. Me dijo:

—Querida niña, estás mejorando. Estabas penosamente delgada cuando te vi por última vez. Ahora te has desarrollado casi tanto como tu hermana. Me parece que eres más linda que tu hermana.

El señor no estuvo de acuerdo con ella. Él y su esposa comenzaron a discutir sobre mí en mi cara. Resulta muy humillante soportarlo.

El señor dijo:

—No tiene los lindos ojos grises de su hermana.

La señora dijo:

—Tiene lindos ojos pardos, que es lo mismo.

El señor dijo:

—No se puede comparar su tez con la de Helena.

La señora dijo:

—Me gusta la tez pálida de Eunice. Es tan delicada.

La señorita intervino en la conversación:

—Me encanta el cabello de Helena, castaño claro.

Le tocó su turno al joven:

—Prefiero el cabello de Eunice, castaño oscuro.

El señor abrió su gran boca para hacer una pregunta:

—¿Cuál de vosotras dos es la mayor? Lo he olvidado.

La señora respondió en mi lugar:

—Helena es la mayor; nos lo dijo cuando estuvo aquí.

Eso sí que *no* lo pude soportar.

—Debe estar usted equivocada —exclamé.

—Por supuesto que no, querida.

—Entonces Helena estaba equivocada.

No estaba dispuesta a admitir que mi hermana los había engañado, aunque parece lo más probable.

El señor y la señora se miraron. La señora dijo:

—Pareces muy segura, Eunice. Pero sin duda Helena tiene que saberlo.

Yo dije:

—Helena sabe mucho; pero no sabe cuál de nosotras es la mayor.

El señor hizo otra pregunta:

—¿Y tú sí lo sabes?

—No, lo mismo que Helena.

La señora dijo:

—¿No celebráis vuestros cumpleaños?

Yo dije:

—Sí, celebramos nuestros cumpleaños el mismo día.

—¿Qué día?

—El primer día del año.

El señor hizo un nuevo intento:

—¿Será posible que seáis gemelas?

—No lo sé.

—¿Quizás Helena lo sepa?

—¡No!

La señora le quitó de la boca a su esposo la próxima pregunta:

—¡Vamos, vamos, querida! Tienes que saber qué edad tienes.

—Sí, eso lo sé. Tengo dieciocho años.

—¿Y qué edad tiene Helena?

—Helena tiene dieciocho años.

La señora se volvió hacia el señor:

—¿Oyes eso?

El señor dijo:

—Le escribiré a su padre para preguntarle qué significa.

Yo dije:

—Papá sólo le dirá lo que nos dijo hace años.

—¿Qué dijo tu padre?

—Dijo que había sumado nuestras edades y que se proponía dividir el resultado entre las dos. Hace tanto tiempo que no recuerdo cuál era el resultado entonces. Pero sí puedo decir cuál es el resultado ahora. Nuestras dos edades suman treintiséis años. La mitad de treintiséis es dieciocho. A mí me toca una mitad y a Helena la otra. Cuando le preguntamos por qué lo hace, y cuando los amigos preguntan por qué lo hace, papá les responde a todos lo mismo. «Tengo mis razones.» Eso es todo lo que dice, y eso es todo lo que digo.

Mi intención no era irritar al señor, pero lo cierto es que se irritó. Dejó de llamarme por mi nombre de pila; comenzó a llamarme por mi apellido. Dijo:

—Permítame decirle, señorita Gracedieu, que no es propio de una jovencita tratar de confundir a sus mayores.

Había oído que en una dama resulta respetuoso llamar caballeros a los señores de edad, y pedirles por favor. Me tomé el cuidado de ser respetuosa.

—Por favor, caballero, escríbale a papá. Se dará cuenta de que he dicho la verdad.

Una mujer abrió la puerta y le dijo a la señora Staveley:

—La cena, señora.

La interrupción puso fin a nuestra desagradable exhibición de humores. La cena fue muy buena.



Al día siguiente le escribí a Helena preguntándole qué les había dicho realmente a los Staveley sobre su edad y la mía, y contándole lo que les había dicho yo. Era una prueba demasiado grande para mi paciencia esperar hasta que viera lo que había escrito en mi diario sobre la discusión. Desde entonces han pasado los días y he sido demasiado holgazana y tonta como para mantener al día mi diario.

Hoy es diferente. Mi cabeza parece una habitación a oscuras en la que se deja penetrar la luz. Recuerdo cosas; creo que puedo recomenzar.

En esta casa se celebra un culto familiar por la mañana y otro por la noche, igual que en la nuestra. (No tienen comparación con los cultos familiares de papá.) Hace dos días llegó su respuesta a la carta del señor Staveley. Hizo exactamente lo que yo había esperado: dijo que yo había dicho la verdad y defraudó a la familia al pedir que lo excusaran de ofrecer mayores explicaciones. El señor dijo: «Muy extraño», y la señora se mostró de acuerdo. La señorita ya no es tan amistosa como al principio. Y el joven se atrevió a preguntarme si «yo era religiosa». Para concluir con la lista de mis preocupaciones recibí una respuesta airada de Helena. «Nadie que no sea un necio», me escribió, «me habría contradicho como lo has hecho. ¿Quién sino tú habría dejado de ver que la extraña objeción de papá a permitir que se sepa cuál de

nosotras es la mayor nos pone en ridículo ante los demás? Mi presencia de ánimo lo evitó. Debías haberte sentido agradecida y aguantarte la lengua.» Quizás Helena tenga razón, pero no lo creo.

El domingo fuimos dos veces a la capilla. También nos leyeron un sermón en la casa y tomamos una cena fría. En la noche se produjo una discusión acalorada sobre religión entre el señor Staveley y su hijo. No los culpo. Después de ser piadosa todo el domingo, también sentí, al llegar la noche, que mi piedad cedía.

Tenemos planes gratos para mañana. Todo Londres está asistiendo a la exposición de pintura. Iremos con todo Londres.



No sé qué me sucede esta noche. ¡Me acosté y no pude dormir! Después de volverme y girarme y probar todo tipo de posiciones, me siento tan disgustada conmigo misma que volví a levantarme. Para no estar sin hacer nada, he abierto mi tintero y me propongo continuar con mi diario.

Ahora que lo pienso, es probable que la exposición de obras de arte me haya perturbado.

Había un número horrorosamente grande de cuadros al que igualaba un número horrorosamente grande de personas que los miraban. No me resulta posible escribir sobre lo que vi; era demasiado. Además, la exhibición me decepcionó. Prefiero escribir sobre un desacuerdo (¡ay, otra discusión!) que tuve con la señora Staveley. La causa fue un artista famoso; no él, sino su obra. Exponía cuatro cuadros, de los que llaman estudios de personajes. La señora Staveley tenía un lápiz. Junto al título de cada uno de los cuatro cuadros del gran hombre puso en su catálogo un gran signo de admiración. Ante el cuarto me dijo:

—Extraordinariamente hermoso, Eunice, ¿no es cierto?

Dije que no sabía. La señora Staveley me dijo:

—Extraña muchacha, ¿qué quieres decir?

Habría sido descortés de mi parte no darle la mejor respuesta que se me ocurría. Le dije:

—Nunca he visto que la carne del rostro de nadie se parezca a la carne de los rostros que pinta ese hombre. Me recuerda las figuras de cera. ¿Por qué pinta la misma carne cerúlea en sus cuatro cuadros? No veo carne de ese color en ninguno de los rostros que nos rodean.

La señora Staveley levantó una mano para hacerme callar. Dijo:

—No hables tan fuerte, Eunice; sólo pones de manifiesto tu ignorancia.

Se oyó una voz a nuestras espaldas:

—Excúseme, señora Staveley, si pongo de manifiesto mi ignorancia. Conuerdo enteramente con la joven.

Sentí agradecimiento hacia la persona que se ponía de mi parte justo en el momento en que no sabía cómo explicarme, y volví la vista. Se trataba de un joven caballero.

Vestía una hermosa levita azul, abotonada hasta el cuello. Me gustan las levitas abotonadas. Llevaba pantalones de color claro y guantes grises y un hermoso bastón. Me gustan los pantalones claros y los guantes grises y los hermosos bastones. No puedo decir de qué color eran sus ojos; sólo sé que sentí que me acaloraba cuando me miraron. Y no es que me importe acalorarme; sin duda es mejor que congelarse. Estrechó la mano de la señora Staveley.

Parecían viejos amigos. Deseé haber sido una vieja amiga, no por ninguna mala razón, espero. Sólo que también deseaba estrecharle la mano. Por algún motivo se me escapó lo que le dijo la señora Staveley. Creo que también se me escapó el cuadro; no recuerdo haber estado atenta más que al joven caballero, sobre todo cuando se quitó el sombrero para saludarme. Me miró un par de veces antes de irse. Volví a sentir calor. Le dije a la señora Staveley:

—¿Quién es?

Se rió de mí. Le pregunté de nuevo:

—¿Quién es?

Me dijo:

—Es el hijo del señor Dunboyne.

Le dije:

—¿Vive en Londres?

Volvió a reír. Le pregunté otra vez:

—¿Vive en Londres?

Me dijo:

—Está aquí de vacaciones; vive con su padre en Fairmount, Irlanda.

El hijo del señor Dunboyne, que está aquí de vacaciones, vive con su padre en Fairmount, Irlanda. Me lo he repetido cincuenta veces. Y aquí está de nuevo, repetido la quincuagésima primera vez en mi diario. Debo ser una necia, como dice Helena. Mejor me voy de nuevo a la cama.

CAPÍTULO XIII

Diario de Eunice

Poco antes de salir de casa oí que una de nuestras dos sirvientas le contaba a la otra sobre alguien que había sido «embruja». ¿Acaso se está embrujado cuando uno no se entiende a sí mismo? Ese ha sido mi singular estado desde que regresé de la exposición de pintura. Esta mañana saqué de su caja mis utensilios de dibujo y traté de hacer un retrato de memoria del señor Dunboyne hijo. Tuve bastante éxito con su levita y su bastón; pero por más que me esforcé, su rostro se me escapaba. No he dibujado nada tan mal desde que era una niña; estuve a punto de echarme a llorar. ¡Qué tonta soy!

Esta mañana recibí una carta de papá —en respuesta a una que le había escrito— tan bondadosa, con expresiones tan bellas, tan como es él, que me sentí inclinada a enviarle una confesión de los extraños sentimientos que se han apoderado de mí y a pedirle que me confortara y me aconsejara. Al pensarlo mejor sentí miedo de hacerlo. ¡Miedo de papá! Me entiendo menos que nunca.

En la tarde recibimos la visita del señor Dunboyne. Por fortuna, antes de que saliéramos.

Pensé echarle una buena mirada para verle la cara mejor de lo que lo había hecho hasta el momento. Me esperaba una nueva decepción. Sin proponérselo, estoy segura, logró lo que no ha logrado ningún otro joven: me sentí turbada. En vez de mirarlo, me senté con la cabeza inclinada hacia el suelo y lo escuché hablar. Su voz —esto es un gran elogio— me recordó la de papá. Parecía persuadirme como persuade papá a su congregación. Volví a sentirme tranquila. Al irse, me estrechó la mano. Le dio a la mía un ligero apretón. Le devolví el apretón, sin saber por qué. Cuando ya se había ido, deseé no haberlo hecho, también sin saber por qué.

Hoy oí por primera vez su nombre de pila. La señora Staveley me dijo:

—Vamos a ofrecer una cena. ¿Crees que debo invitar a Philip Dunboyne?

Le dije a la señora Staveley:

—¡Ay, sí!

La señora Staveley es una anciana; sus ojos carecen de brillo. En ocasiones muestra un aire travieso. En ese momento me lanzó una mirada traviesa. Deseé no haber mostrado tanto interés en que invitara a cenar al señor Dunboyne.

Me asalta el temor de no haber sabido ocupar mi lugar. Me siento deprimida. Este mundo, como nos advierte papá en sus sermones, es un sitio calamitoso. Lamento haber aceptado la invitación de los Staveley. Lamento haber ido a ver los cuadros. Cuando ese joven venga a cenar, diré que me duele la cabeza y me quedaré a solas en el piso de arriba. No me gusta su nombre de pila. Odio Londres. Odio a todos.

Lo que escribí arriba, ayer, no tiene sentido. Su nombre de pila me parece perfecto. Me gusta Londres. Me gustan todos.

Hoy vino a cenar. Me senté a su lado. ¡Qué hermosos resultan un frac y una corbata blanca! Conversamos. Quiso saber cuál era mi nombre de pila. Me sentí muy complacida cuando me di cuenta de que es una de las pocas personas a las que les gusta. Su cabello tiene rizos naturales. En cuanto al color, está entre el mío y el de Helena. Lleva barba. ¡Qué varonil! Naturalmente rizada, como su cabello; huele deliciosamente a un perfume que me resulta nuevo. Sus manos son blancas; da la impresión de que se pule las uñas; me gustaría pulirme las uñas si supiera cómo hacerlo. Estaba de acuerdo con todo lo que yo decía; me sentí satisfecha de mi conversación, por primera vez en la vida. Cuando regrese a casa, Helena no dirá que soy necia. ¡Qué cosa exquisita son las cenas con invitados!

Cuando nos despedimos, mi hermana me pidió que pusiera especial cuidado en escribir mi verdadera opinión de los Staveley. Helena desea comparar lo que piensa de ellos con lo que pienso yo.

Mi opinión del señor Staveley es... que no me agrada. Mi opinión de la señorita Staveley es... que no la soporto. En cuanto al joven Staveley, mi sagaz hermana comprenderá que él no merece ningún comentario. ¡Pero qué maravillosa mujer es la señora Staveley! Hoy salimos juntas después del almuerzo a caminar por Kensington Gardens. No he oído nunca una conversación que se pueda comparar con la de la señora Staveley. Helena podrá disfrutarla aquí de segunda mano. He cambiado mucho en dos aspectos. El primero: pienso más en mí misma que nunca antes. El segundo: escribir ya no me resulta difícil. Podría llenar cien diarios sin detenerme a pensar ni una vez.

La señora Staveley comenzó de manera amable:

—Supongo, Eunice, que te han dicho a menudo que tienes buena figura y una bonita forma de andar.

Yo dije:

—Helena opina que mi figura es mejor que mi rostro. ¿Pero tengo realmente un caminar atractivo? Nadie me lo había dicho.

Me respondió:

—Eso piensa Philip Dunboyne. Me dijo: «No cedo a la tentación porque podría parecer que le falto el respeto. Pero me gustaría seguirla cuando sale, sólo por el placer de verla andar.»

Me quedé de una pieza. No dije nada. Me di cuenta de que cuando una se siente tan orgullosa como un pavo real (lo cual nunca me había sucedido), resulta imposible moverse o hablar. Lo único que se puede hacer es disfrutarlo.

La bondadosa señora Staveley tenía algo más de que informarme. Me dijo:

—Philip no me resulta indiferente. Viví cerca de Fairmount antes de casarme; en esa época él era un niño. Quiero que se case con una joven encantadora y que sea feliz.

¿Qué me hizo pensar de inmediato en la señorita Staveley? ¿Qué me hizo querer saber a toda costa si era ella la encantadora joven? Me atreví a hacer la pregunta. La señora Staveley se volvió hacia mí con la mirada traviesa que ya le había notado. Me sentía como si hubiera estado corriendo a toda velocidad y aún no hubiera recuperado el aliento.

Pero esta buena y maternal amiga me tranquilizó. Se explicó de la siguiente forma:

—Philip, pobre amigo, no es muy bien visto en nuestro hogar. Mi esposo lo considera débil, vanidoso e inconstante. Y mi hija está de acuerdo con su padre. Hay momentos en los cuales raya casi en la descortesía con Philip. Él es demasiado afable como para quejarse, pero yo me doy cuenta. Dime, querida, ¿te gusta Philip?

—¡Por supuesto que sí! —se me escaparon esas palabras antes de poder retenerlas.

¿Resulta poco apropiado para una joven decir lo que acababa de decir? La señora Staveley pareció más bien divertida que disgustada conmigo. Tomó mi brazo amablemente y me guió.

—Querida, eres transparente como el cristal e íntegra como el acero. Ya te has convertido en una de mis favoritas.

¡Qué mujer tan encantadora!, como acabo de decir. Le pregunté si de verdad le gustaba yo tanto como mi hermana.

Me dijo:

—Más.

No esperaba esa respuesta, y no la buscaba. Helena es superior a mí. Es más linda que yo, más inteligente que yo, merece más que la quieran. La señora Staveley volvió a desviar la conversación hacia Philip. Debí haber dicho el señor Philip. No, no lo haré; lo llamaré Philip. Incluso si mi corazón fuera duro como la piedra, no me sería indiferente después de lo que me ha contado la señora Staveley.

Una historia tan triste, en cierto sentido. La madre, fallecida; ni hermanos ni hermanas. Sólo su padre, quien lleva una vida apartada en una costa tormentosa y solitaria. Pero a pesar de eso, no es un hombre severo. Nadie conoce (o al menos eso afirma la señora Staveley) las razones que lo han conducido a llevar una vida tan retirada. Se encierra con sus libros en una inmensa biblioteca, y eso parece gustarle. Su hijo no se educó, como otros jóvenes, en escuelas y universidades. Es un gran estudioso, educado en el hogar por su padre. Saber de su cultura me deprimió. Parecía poner una gran distancia entre nosotros. Le pregunté a la señora Staveley si Philip me consideraba ignorante. Recordaré su respuesta toda la vida:

—Piensa que eres encantadora.

Cualquier otra joven se habría sentido satisfecha. Yo soy esa infeliz criatura que siempre se equivoca. Mi torpe curiosidad estropeó el encanto de la conversación con la señora Staveley. Y, sin embargo, parecía ser una pregunta inocente; sólo dije que me gustaría saber cuál era la profesión de Philip.

La señora Staveley contestó:

—Ninguna.

Necia de mí, le atribuí a la palabra un sentido equivocado:

—¿Es un holgazán?

La señora Staveley rió.

—Querida, es hijo único y su padre es rico.

La respuesta tuvo la virtud de, al fin, hacerme callar.

Nuestra familia dispone de lo suficiente para vivir con holgura, no más. El propio papá nos ha dicho que no es (y no tiene la esperanza de llegar a ser) un hombre rico. Y eso no es lo peor. El año pasado se negó a casar a una joven pareja, miembros ambos de nuestra congregación. El hecho no se compadecía con su bondad usual. Helena y yo le preguntamos sus razones para hacerlo. Eran razones que se explicaban con rapidez. El padre del joven era rico. Le había prohibido a su hijo casarse con la dulce joven porque ésta carecía de fortuna.

No tengo fortuna. Y el padre de Philip es rico.

Lo mejor que puedo hacer es limpiar mi pluma, cerrar el diario e irme a casa en el próximo tren.



Me siento tentada a quemar mi diario. Me dice que lo mejor que puedo hacer es no volver a pensar en Philip.

Pensándolo mejor, no destruiré mi diario; sólo lo guardaré. Si vivo hasta la vejez, quizás me divierta volver a abrir mi libro y ver qué necia era esta pobre infeliz de joven.

¿Por qué siento este dolor en el corazón?

No recuerdo haberlo sentido en ningún otro momento de mi vida. ¿Se trata de alguna enfermedad? ¿Cómo saberlo? He estado enferma tan pocas veces. Debe de hacer muchos años que no me siento tan desgraciada como para llorar. Ni siquiera comprendo por qué lloro ahora. Mi última pena, hasta donde puedo recordar, fue un dolor de muelas. Otras jóvenes reciben el consuelo de sus madres cuando se sienten infelices. Si mi madre no hubiera muerto... es inútil pensar en eso. La perdimos cuando mi hermana y yo éramos demasiado pequeñas para darnos cuenta de nuestra

desgracia.

Desearía no haber conocido a Philip.

Ese parece un deseo egoísta. Conocerlo en la exposición de pintura fue una nueva alegría. Sentarme a cenar a su lado fue una felicidad que no recuerdo haber sentido incluso en los momentos en que papá se ha mostrado más amable y cariñoso conmigo. Debería avergonzarme de confesarlo. ¿Le escribiré a mi hermana? Pero, ¿cómo podría ella saber lo que me sucede si ni yo misma lo sé? Además, Helena está disgustada; su respuesta a mi última carta no fue cariñosa.

En las noches se siente una terrible soledad en esta enorme casa. Mejor digo mis oraciones y trato de dormir. Si eso no me hace sentir más alegre, al menos evitaré que eche a perder el diario con mis lágrimas.



¡Qué velada de veladas ha sido esta! Anoche fue el llanto el que me mantuvo despierta. Hoy no puedo dormir de alegría.

Philip volvió a visitarnos hoy. Traía entradas para un Oratorio. Entre los nuestros, la música sagrada no está prohibida. La señora y la señorita Staveley fueron al concierto con nosotros. Philip se sentó a mi lado.

Mi hermana es músico, yo no lo soy. Suena amargo, pero no es esa mi intención. Todo lo que quiero decir es que me gustan las cancioncitas sencillas que puedo tararear al recordar la melodía. Con eso termina mi disfrute musical. Cuando cientos de voces e instrumentos prorrumpen en canto al mismo tiempo, me aturdo. Y me asalta un hormigueo. Esta última desgracia siempre me sucede cuando asisto a escuchar coros. Los infortunados miembros del coro se ven obligados a repetir las mismas palabras una y otra vez, hasta que siento que es una tortura escucharlos. Los coros de esta noche eran insoportables. Este es uno de ellos: «Henos aquí solos en el desierto, solos en el desierto, en el desierto solos, solos, solos, henos aquí solos en el desierto, solos en el desierto, solos, solos en el desierto» y así continuaba, hasta que llegó el momento en que me sentí tentada a llamar a la culta persona que escribe los oratorios para rogarle que mostrara más generosidad con las palabras que le concedía a la pobre música.

Cada vez que atisbaba a Philip lo veía mirándome. Quizás se dio cuenta desde el principio de que la música resultaba abrumadora para mis oídos ignorantes. Con su habitual delicadeza, durante un rato no dijo nada. Pero cuando me pescó bostezando (aunque hice todo lo posible por ocultarlo, porque parecía una ingratitud con sus entradas) no pudo seguir conteniéndose. Me susurró al oído:

—Se está cansando de esto. Y yo también.

—Estoy intentando disfrutarlo —le susurré a mi vez.

—No lo intente —respondió—. Conversemos.

Quería decir, por supuesto, que hablaríamos en susurros. Nos molestaban mucho, sobre todo cuando los personajes estaban solos en el desierto, los arrebatos del canto y los instrumentos que nos interrumpían en los momentos más interesantes. Philip perseveró con firmeza viril. ¿Qué podía hacer yo si no seguir su ejemplo, con cierta prudencia?

Dijo:

—¿Es cierto que su visita a la señora Staveley está tocando a su fin?

Respondí:

—Toca a su fin pasado mañana.

—¿Lamenta dejar a sus amigos en Londres?

Prefiero no tratar de adivinar lo que le habría dicho si me hubiera hecho la pregunta un día antes, cuando era yo la persona más infeliz del mundo. Pero como ahora me sentía muy feliz, pude decirle con toda honestidad que lo lamentaba.

—No puede lamentarlo tanto como yo, Eunice. ¿Puedo llamarla por su hermoso nombre?

—Sí, si le complace.

—¡Eunice!

—Sí.

—Cuando se vaya dejaré un vacío en mi vida...

En ese momento, justamente cuando yo deseaba que siguiera hablando, otro coro lo hizo callar. Era una nueva sensación tan agradable escuchar a un joven decirme que dejaba un vacío en su vida. La próxima transformación del oratorio trajo a escena a una joven que cantaba un solo. Unas personas a nuestras espaldas se quejaron de la pobreza de su voz. A nosotros su voz nos pareció perfecta. Parecía amoldarse muy agradablemente a nuestros susurros.

Dijo:

—¿Me ayudará a pensar en usted cuando se vaya? Quiero imaginar cómo es su vida en su hogar. ¿Vive usted en el campo o en un pueblo?

Le dije el nombre de nuestro pueblo. Siempre he oído decir que cuando se da información a una persona se debe dar completa. Así que mencioné nuestra dirección en el pueblo. Pero me asaltó una duda. Quizás Philip prefería el campo. Ansiosa sobre este particular, dije:

—¿Preferiría haber sabido que vivo en el campo?

—Viva usted donde viva, Eunice, el lugar será uno de mis favoritos. Además, su pueblo es famoso. Tiene una atracción a la que acuden muchos visitantes.

Cometí otro de esos errores en el cual ninguna joven sensata habría incurrido de estar en mi lugar. Le pregunté si se refería a nuestro nuevo mercado.

Me corrigió de la manera más dulce:

—Me refería a un edificio cientos de años más antiguo que el mercado: su hermosa catedral.

¡No haber pensado en la catedral! Eso es resultado de ser congregacionista. Si hubiera sido miembro de la Iglesia Anglicana, no habría pensado en el mercado y habría recordado la catedral. Y no es que quiera pertenecer a la Iglesia Anglicana. La capilla de papá me resulta totalmente satisfactoria.

La canción que cantaba la dama de la voz pobre era tan hermosa que el público aplaudió para que la repitiera. ¡Cómo colaboramos Philip y yo! Con la más dulce de las sonrisas, la dama la volvió a cantar entera. Las personas que estaban detrás nuestro abandonaron el concierto.

Philip dijo:

—No sé si sabe que tengo un gran interés en las catedrales. Me propongo disfrutar del privilegio y el placer de ver su catedral a principios de la semana próxima.

No tuve más que mirarlo para saber que era yo la catedral. No me agarró por sorpresa, después, oír que había pensado en «presentar sus respetos al señor Gracedieu». Me rogó que le dijera qué recepción podía tener la esperanza de encontrar cuando visitara nuestra casa. Puse tanto entusiasmo en hacerle justicia a papá que olvidé hacerlo susurrando cuando respondí su siguiente pregunta. Philip quería saber si al señor Gracedieu le disgustaban los extraños. Cuando respondí «¡Oh, no, de ningún modo!», lo dije con voz tan fuerte que algunas personas lo oyeron. ¡Cruelles, cruelles! Todos se volvieron y se quedaron mirándome fijamente. Una anciana espantosa llegó a exclamar «¡Silencio!» La señorita Staveley se molestó. Hasta la bondadosa señora Staveley alzó las cejas de asombro.

Philip, mi querido Philip, me protegió y me tranquilizó.

Sostuvo mi mano con cariño hasta que terminó la velada. Cuando nos acompañó hasta el coche, yo era la última. Me susurró al oído:

—Espéreme la semana próxima.

La señorita Staveley podía estar tan malhumorada como quisiera en el camino de vuelta a la casa. No me importaba lo que dijera. La Eunice de ayer quizás se habría sentido mortificada y ofendida. La Eunice de hoy era indiferente a los comentarios más hirientes que le pudieran hacer.

Durante toda la deliciosa velada de ayer no le dediqué ni un pensamiento al padre de Philip. Cuando desperté esta mañana recordé que el señor Dunboyne es rico. No

pude probar el desayuno porque pensaba en la pobre joven que no pudo casarse porque no tenía dinero.

La señora Staveley esperó a que los demás nos dejaran a solas para dirigirse a mí. Supuse que se había percatado de que estaba triste y apagada. ¡No!, su agudeza adivinó mi secreto de una manera totalmente distinta.

Dijo:

—¿Cómo te sientes después del concierto? Debes ser muy difícil de complacer si no te sientes satisfecha por el acompañamiento de anoche.

—¿El acompañamiento del Oratorio?

—No, querida. El acompañamiento de Philip.

Supongo que debía reír. Pero me lo impedían mis tristes pensamientos. Dije:

—Confío en que el padre del señor Dunboyne no llegue a enterarse de qué amable ha sido su hijo conmigo.

La señora Staveley me preguntó por qué.

La amargura me desbordó. Dije:

—Porque papá es pobre.

—Y el padre de Philip es rico —dijo la señora Staveley transformando en palabras mis pensamientos—. ¿De dónde sacas esas ideas, Eunice? Estoy segura de que no te permiten leer novelas, ¿no es cierto?

—¡Oh, no!

—Y seguramente nunca has visto una obra de teatro.

—Nunca.

—Quítate de la cabeza, hija, las simplezas que se te han metido en ella no sé cómo. El acaudalado señor Dunboyne ha enseñado a su heredero a despreciar la mezquindad de un matrimonio por dinero. Sabe que Philip conocerá jóvenes en mi casa; y me ha escrito sobre el tema de la elección de esposa por parte de su hijo. «Que Philip encuentre sólidos principios, un buen carácter y un rostro agraciado, y yo prometo por adelantado encontrar el dinero.» He ahí lo que dice. ¿Te sientes satisfecha ahora del padre de Philip?

Me levanté de un salto en estado de éxtasis. Cuando acababa de abrazarme al cuello de la señora Staveley, entró el sirviente con una carta y me la entregó.

Helena me escribía de nuevo el último día de mi estancia en Londres. Su carta estaba llena de instrucciones acerca de cosas que quería y que yo debía comprar antes de irme de la ciudad. La leí con bastante tranquilidad hasta que llegué a la postdata. El efecto que me produjo se describe con una palabra: grité. Naturalmente, la señora Staveley se alarmó.

—¿Malas noticias? —preguntó. Incapaz de darle una opinión, leí en voz alta la postdata y la dejé que juzgara por sí misma.

Éstas eran las noticias que me enviaba Helena:

Debo prepararte antes de tu vuelta para una sorpresa. Encontrarás a una dama desconocida instalada en nuestro hogar. No creo que haya ninguna posibilidad de que nos diga adiós durante un buen tiempo. Ya es (con total aprobación de nuestro padre) un miembro más de la familia, con tantos derechos como nosotras. Ya te formarás tu propia opinión, sin prejuicios, sobre ella, Eunice. Por el momento, no te digo más.

Le pregunté a la señora Staveley qué opinaba de estas noticias de mi casa. Dijo:
—Tu padre aprueba a la dama, querida. Supongo que son buenas noticias.

Pero el aspecto de la señora Staveley no era el de quien cree que se trata de buenas noticias.

CAPÍTULO XIV

Diario de Helena

Hoy asistí como de costumbre a la clase de Sagradas Escrituras para señoritas. La tarea fue más difícil que nunca, porque no está aquí Eunice para ayudarme. La realidad es que me he sentido sola todo el día sin mi hermana. Cuando regresaba a casa tenía la esperanza de que nos hubiera venido a visitar algún amigo y de que nuestro padre lo hubiera invitado a quedarse al té. La doncella me abrió la puerta. Le pregunté a María si había llegado alguien.

—Sí, señorita; una dama para ver al señor.

—¿Desconocida?

—No la había visto en mi vida, señorita.

No le hice más preguntas. Muchas damas visitan a mi padre. Lo llaman consultar al Ministro. Él las aconseja acerca de sus problemas, las orienta en sus dificultades religiosas y, en general las ayuda. Vienen y van en una suerte de misterio. Hasta donde he podido averiguar, son sobre todo solteronas, y hacen que el Ministro malgaste su tiempo.

Cuando mi padre regresó para el té comencé a sentir cierta curiosidad sobre la dama que lo había venido a ver. En general no se queda pensando en ningún visitante después de que éste se marcha; atiende a demasiados de ellos y está demasiado acostumbrado a lo que le dicen. Sin embargo, en esta tarde en particular percibí ciertos detalles que me hicieron meditar; parecía preocupado y ansioso.

—¿Ha sucedido algo que te haya inquietado, padre? —dije.

—Sí.

—¿Tiene algo que ver esa dama?

—¿Qué dama, querida?

—La dama que vino a verte cuando yo no estaba.

—¿Quién te dijo que había venido a verme?

—Le pregunté a María...

—Es suficiente por el momento, Helena.

Tomó su té y regresó al estudio en vez de quedarse un rato y conversar plácidamente, como de costumbre. El respeto hizo que me sometiera a su falta de confianza en mí; pero mi curiosidad se sublevaba. Envié a buscar a María y emprendí mis propias averiguaciones, con el siguiente resultado:

Nadie más había venido a casa. Nada había sucedido, con excepción de la visita de la misteriosa dama.

—No parecía ni joven ni vieja, y, con perdón, no era nada bonita. A mi entender no iba bien vestida; pero dicen que el vestido es cuestión de gustos.

Por más que lo intenté no pude sacarle nada más a la tonta de la doncella.

Más tarde, la cocinera me consultó sobre la cena. La cocinera poseía las ventajas que proporcionan la edad y la experiencia. Le pregunté si había visto a la dama. Su respuesta prometía algo nuevo:

—No puedo decir que haya visto a la dama, pero la oí.

—¿Quieres decir que la oíste hablar?

—No, señorita: llorar.

—¿Dónde lloraba?

—En el estudio del señor.

—¿Y cómo fue que la oíste?

—¿Debo entender, señorita, que sospecha que escucho detrás de las puertas?

¿Una mentira dicha con una mirada es tan mala como una mentira dicha con palabras? Adopté un aire de pasmo ante la mera idea de que una persona tan respetable pudiera escuchar detrás de las puertas. El honor de la cocinera quedó a salvo; se explicó de inmediato:

—Pasaba junto a la puerta, señorita, camino al piso de arriba.

Aquí terminaron mis hallazgos. Era posible, sin duda, que un miembro afligido de la congregación de mi padre acudiera a él en busca de consuelo. Pero él atiende a muchas damas afligidas sin que después de que se vayan quede ansioso y preocupado. Todavía con sospechas de que había ocurrido algo diferente a lo habitual, aguardé esperanzada a que volviéramos a encontrarnos a la hora de la cena. Nada saqué en claro. Mi padre de nuevo me dejó entregada a mis propios pensamientos una vez terminamos. Siempre es cortés con sus hijas; y se excusó conmigo:

—Perdóname, Helena, quiero reflexionar.



Me fui a la cama de un humor terrible y dormí mal; me preguntaba, en las largas horas de desvelo, con qué nuevo desaire toparía al día siguiente.

Hoy a la hora del desayuno me sentí agradablemente sorprendida. En el rostro de mi padre no había señales de ansiedad. En vez de retirarse a su estudio cuando se levantó de la mesa, me propuso que diéramos unas vueltas por el jardín.

—Se te ve pálida, Helena, y te hará bien un poco de aire fresco. Además, tengo algo que decirte.

No tengo dudas de que la emoción les sienta bien a las jóvenes. Vi en su rostro, oí en sus últimas palabras, que al fin se me revelaría el misterio de la dama. La sensación de languidez y fatiga que sigue a una noche intranquila me abandonó de

inmediato.

Mi padre me ofreció su brazo y recorrimos el prado lentamente.

—Cuando esa dama me visitó ayer —comenzó— quisiste saber quién era, y te sentiste sorprendida y decepcionada cuando me negué a satisfacer tu curiosidad. Mi silencio no era un silencio egoísta, Helena. Pensaba en ti y en tu hermana; y no sabía qué debía hacer. De inmediato te diré por qué tenía a mis hijas en mente. Debo decirte antes que ya he adoptado una decisión; confío en que la he tomado sobre bases razonables. Pregúntame lo que desees; mi silencio ya no será un obstáculo.

Sus palabras eran tan alentadoras que dije enseguida:

—Me gustaría saber quién es la dama.

—La dama y yo somos parientes —respondió—. Somos primos.

He ahí una revelación que no había presumido. En lo poco que he visto del mundo, he observado que los primos, cuando crecen juntos en determinadas condiciones, recuerdan u olvidan su parentesco si les conviene una cosa o la otra.

—¿Está casada? —me aventuré a inquirir.

—No.

Aun en su brevedad, la respuesta quizás significara más de lo que aparentaba a primera vista. La cocinera había oído llorar a la dama. ¿Qué íntimo desasosiego sería la causa de sus lágrimas? ¿Sería posible, aunque fuera mínimamente posible, que Eunice y yo nos fuéramos a la cama una noche siendo las hijas de un viudo para despertar al día siguiente y descubrir que teníamos una madrastra?

—¿Mi hermana o yo conocemos a la dama?

—No. Ha vivido en el extranjero, y yo mismo no la había visto desde que ambos éramos jóvenes.

¡Mi excelente y honesto padre! Por su mente no pasaba ni la más ligera idea de lo que yo había estado pensando. No sospechaba cuán bienvenido resultaba el alivio que le había proporcionado a las pérfidas dudas que su hija había abrigado sobre él. Pero no había dicho aún ni una palabra acerca del aspecto personal de su prima. Podía tener restos de belleza que la tonta de la doncella era incapaz de descubrir.

—Supongo que en el largo tiempo en que no os habéis visto —dije—, se ha convertido en una anciana.

—No, querida. Digamos que en una mujer de mediana edad.

—¿Resulta todavía atractiva?

Sonrió.

—Me temo, Helena, que ésa no haya sido nunca una buena descripción de mi prima.

Ahora sabía todo lo que quería saber sobre esta alarmante persona, excepto una última información que, extrañamente, mi padre había olvidado.

—Hemos hablado de la dama durante algún tiempo —dije— y todavía no me has

dicho su nombre.

Nuestro padre mostró señales de turbación.

—Su nombre no es muy atractivo —respondió—. Mi prima, mi infortunada prima, lleva el nombre de señorita Jigall.

Mi exclamación fue tan fuerte y súbita que nuestro padre rió. Yo me contagié y reí todavía más fuerte. ¡Bendita sea la señorita Jigall! La entrevista entre mi padre y yo prometía resultar al fin fácil gracias a su nombre. Me sentía contenta y no hice ningún intento por ocultarlo.

—La próxima vez que la señorita Jigall te honre con su visita —dije—, debes concederme la oportunidad de conocerla.

Su respuesta fue extraña:

—Quizás tu oportunidad se presente antes de lo que supones, Helena.

¿Significaba esto que volvería a visitarnos en uno o dos días? Me temo que hablé con ligereza. Dije:

—¡Ay, padre!, ¿otra dama fascinada por el popular predicador?

Estábamos cerca de las sillas del jardín. Con gravedad me indicó que me sentara a su lado y dijo para sí mismo:

—He ahí mi culpa.

—¿Qué culpa? —pregunté.

—Te he mantenido ignorante, querida, de la triste historia de mi prima. No se requiere mucho tiempo para contarla; y si enturbia tu contento, lo compensará al despertar tus simpatías. Estoy en deuda con su padre, desde la infancia, por ciertas acciones bondadosas que nunca podré olvidar. Ese caballero se casó dos veces. A su muerte, su primera esposa le dejó una hija, que fue mi compañera de juegos y que es ahora la dama cuya visita ha despertado tu curiosidad. Su segunda esposa era belga. Ella lo persuadió de que vendiera sus negocios en Londres e invirtiera el dinero en una sociedad con un hermano de ella, que era dueño de una refinería de azúcar de Antwerp. Su hijita lo acompañó a Bélgica. ¿Me estás atendiendo, Helena?

Yo esperaba la parte interesante de la historia y me preguntaba cuándo llegaríamos a ella.

—Con el paso del tiempo —continuó—, el nuevo socio descubrió que se había hecho un cálculo muy exagerado del valor del negocio de Antwerp. Tras una larga lucha contra circunstancias adversas, decidió abandonar la sociedad antes de que se perdiera todo su capital en una especulación comercial destinada al fracaso. El final fue que se retiró con su hija a un pueblo pequeño en el este de Flandes; la ruina de sus propiedades lo había dejado con unos ingresos que no superaban las doscientas libras anuales.

Le hice ver a mi padre que le prestaba atención preguntando qué había sido de la esposa belga. Las contracciones nerviosas que Eunice ha mencionado en su diario

comenzaron a aparecer en su rostro.

—Es una historia demasiado vergonzosa —dijo— para contársela a una joven. El matrimonio se disolvió legalmente, y la esposa era la culpable. Estoy seguro, Helena, de que no quieres oír nada más de esa parte de la historia.

Sí quería. Pero vi que esperaba que dijera que no, de modo que fue eso lo que dije.

—El padre y la hija —prosiguió— nunca pensaron en regresar a su país. Eran demasiado pobres para vivir cómodamente en Inglaterra. En Bélgica, sus ingresos eran suficientes para sus necesidades. A la muerte del padre, la hija permaneció en el pueblo. Allí tenía amigos, y no los tenía en ningún otro sitio; habría vivido en el extranjero hasta el fin de sus días de no ser por una calamidad a la cual todos estamos expuestos. Una larga y penosa enfermedad la postró por completo. Se hizo imperativa una atención médica especializada, que implicó grandes sumas de dinero para gastos de viaje de los doctores. Día y noche la atendieron enfermeras experimentadas a las que se hizo venir de un hospital lejano. Durante su prolongada convalecencia requirió, para recuperar sus menguadas energías, lujos que superaban con mucho sus reducidos ingresos. En una palabra, cuando ya vuelta a la vida la pobre mujer hubo pagado sus deudas, sus recursos se encontraban lamentablemente disminuidos. Fue en esa época cuando sufrió la desdicha de conocer al hombre que la ha llevado a la ruina.

Al fin se tornaba interesante.

—¿A la ruina? —repetí—. ¿Quieres decir que le robó?

—Eso es, Helena, exactamente lo que quiero decir, y muchas mujeres indefensas han sido víctimas de un robo semejante. El hombre al cual me refiero era un abogado con una vasta clientela. Gozaba de excelente reputación y era muy respetado por su vida ejemplar. Mi prima (debo admitir que no es de ninguna manera una persona juiciosa) se vio inducida a consultarlo sobre sus asuntos pecuniarios. Él le expresó su más generosa simpatía, se brindó para emplear el modesto capital de mi prima en sus negocios, y se comprometió a pagarle el doble del interés que acostumbraba a recibir de las prudentes inversiones seleccionadas por su padre.

—Y, por supuesto, se hizo con el dinero y nunca le pagó los intereses —ansiosa de oír el final, interrumpí la historia con esas palabras imprudentes. La respuesta de mi padre fue una tranquila reconvención.

—Pagó los intereses con regularidad mientras vivió.

—¿Y qué sucedió a su muerte?

—Murió en la bancarrota; sus hábitos disolutos, hasta entonces mantenidos en secreto, salieron finalmente a la luz. No dejó nada para sus acreedores, literalmente nada. La infortunada mujer cuyo feo nombre te hizo reír debe recibir ayuda o ir al asilo.

Si el estado de mi mente me hubiera permitido atender a cosas baladíes, esas palabras me habrían explicado la razón de que la cocinera oyera llorar a la señorita Jigall. Pero la perspectiva que se abría ante mí —la insoportable perspectiva de una mujer desconocida en nuestro hogar— resultaba demasiado evidente para equivocarme. No podía pensar en nada más. Con infinita dificultad asumí una momentánea apariencia de calma e insinué que los amigos extranjeros de la señorita Jigall podrían haber hecho algo en su favor.

Mi padre defendió a sus amigos extranjeros.

—Querida, eran pobres, e hicieron todo lo que pudieron. De no haber sido por su generosidad, mi prima no habría podido regresar a Inglaterra.

—A implorar tu compasión —añadí— en su condición de mujer desvalida.

—¡No, Helena! No a implorar mi compasión, sino a encontrar mi casa abierta para ella como estuvo abierta para mí la casa de su padre en el pasado. Soy su único familiar vivo; y mientras yo exista, no será una mujer desvalida.

Comencé a desear no haber hablado con tanta claridad. El carácter dulce de mi padre —¡desearía sinceramente haberlo heredado!— lo llevó a disculparme de la manera más generosa.

—Comprendo el momentáneo sentimiento de amargura que se te ha escapado —dijo—; casi puedo decir que lo esperaba. Mi única vacilación en este asunto ha sido causada por el sentimiento de lo que les debo a mis hijas. Recibir a una extraña (y esa extraña no es una joven como vosotras) como miembro de nuestro hogar, para vivir con vosotras en la intimidad de la vida familiar, es poner a prueba tu mansedumbre y la mansedumbre de tu hermana. Las consideraciones que me han hecho decidirme os hacen justicia, espero, a ti y a Eunice, así como a mí mismo. Creo que mis hijas le deben algo al padre que siempre ha comprendido lo que a ellas les debe. ¿Me equivoco si creo que mis bondadosas hijas no lo han olvidado y sólo han esperado la ocasión de sentir el placer de recompensarme por ello?

Su manera de expresarlo resultaba impecable. No cabía más que lo que hice: le di un beso. Y sólo una cosa quedaba por decir. Le pregunté a qué hora debíamos esperar a la señorita Jigall.

—Está hospedada en un pequeño hotel del pueblo, Helena. Ya le he enviado recado de que la esperamos. ¿Podrías revisar quizás el cuarto de los huéspedes?

—Lo dejaré listo de inmediato, padre.

Corrí hacia la casa; me precipité en el cuarto de Eunice y mío; cerré la puerta y le di salida a mi furia antes de que me ahogara. Golpeé el suelo con los pies, cerré los puños, me tiré sobre la cama, insulté a la odiosa mujer con todas las palabras fuertes con que pude llamarla. ¡Qué bueno fue! ¡Qué bueno!

El agua fría y mi cepillo del pelo me dejaron pronto en condiciones de hacer frente a miradas ajenas.

En cuanto al cuarto de los huéspedes, parecía demasiado confortable para un íncubo procedente del extranjero. La única mejoría que podría haber introducido, de haber estado esperando a una amiga, era en las cortinas de las ventanas. Vi un desgarrón en una de ellas, y ya había decidido no repararlo cuando sentí un brazo que me rodeaba la cintura. Una voz, tan próxima que me hizo cosquillas en el cuello, dijo:

—¡Querida, qué grandes amigas seremos!

Me volví y me quede frente a la señorita Jigall.

CAPÍTULO XV

Diario de Helena

Si no soy una buena muchacha, es que las buenas muchachas no existen. Ese es el estilo de Eunice. A veces me divierte imitar a mi necia hermana.

Acabo de arrancar tres páginas de mi diario, en deferencia a los deseos expresados por mi padre. Aprovechó la primera oportunidad que le concedió su prima para hablarme a solas; su objetivo era advertirme contra la apresurada aceptación de las primeras impresiones producidas por cualquiera, en especial por la señorita Jigall.

—Espera uno o dos días —dijo—, y fórmate entonces una opinión sobre el nuevo miembro de nuestro hogar.

El estado tormentoso de mi humor había pasado y mi atmósfera volvía a estar en calma. Sentí que era un buen consejo; pero, desgraciadamente, llegaba demasiado tarde.

Me había formado una opinión de la señorita Jigall y la había puesto por escrito para mi propia satisfacción al menos una hora antes de que mi padre se encontrara en libertad de hablarme. No concuerdo con él en que se deba desconfiar de las primeras impresiones, y me había propuesto someter mi opinión a la prueba de releer lo que había escrito sobre su prima una vez pasado cierto tiempo. No obstante, después de lo que me dijo, sentí que el deber filial me obligaba a arrancar esas páginas de mi diario y a dejar que pasaran dos días antes de darme el gusto de odiar a la señorita Jigall.

Una cosa ya he decidido: Eunice tampoco se formará una opinión apresurada. Se someterá a la misma severa disciplina de autocontención a la que se ve obligada a resignarse su hermana. Como ha dicho alguien, seamos justos antes que generosos. Nada más por hoy.



Vuelvo a abrir mi diario después de pasado el tiempo suficiente. La primera impresión que me produjo el nuevo miembro de nuestro hogar permanece absolutamente inalterada.

¿He mencionado ya que el hecho de arrancar una página a un libro no quiere necesariamente decir que la página se destruya después? ¿O bien dejé que ello se infiriera? En cualquiera de los casos, lo que hice hubiera sido lo mismo. Ordené que me prepararan un poco de engrudo. Después abrí una gaveta con su llave, busqué allí mis pobres y maltratadas páginas y las volví a colocar en mi diario. Un acto de

justicia no es menos digno de encomio porque sea un acto de justicia con uno mismo.

Mi padre me ha repetido a menudo que revisa sus escritos de tema religioso. Puedo imitar ese buen ejemplo sin hacer daño a nadie, y revisar mis restauradas anotaciones. Se trata de un texto lo bastante notable como para distinguirlo con un título. Lo llamaré:

«Impresiones sobre la señorita Jigall»

Mi primera impresión fue fuerte; la produjo el aliento de la dama. En otras palabras, me vi obligada a permitir que me besara. Es un deber mostrar consideración por los padecimientos humanos. Sólo diré que creí que me desmayaba.

De mi segunda impresión extraigo un retrato de un parecido asombroso.

Figura, encogida y enjuta; cabello del sucio color entre gris y amarillento que exhibe la sogá; ojos pequeños de un gris claro, taimados y huidizos y muy hundidos en el rostro; pómulos salientes y tez de color subido; una nariz inquisitiva con la punta vuelta hacia arriba; una boca grande y una sonrisa servil; manos que parecen en carne viva, cubiertas con guantes negros; un abrigo blanco que no hace juego con una falda deslucida; maneras familiares; carácter sagazmente oculto; una voz demasiado irritante para mencionarla. ¿De quién es este retrato? Es el retrato, en palabras, de la señorita Jigall.

No es fácil descubrir su verdadero carácter; sospecho que sólo se revelará poco a poco. Creo que ya me resulta posible adivinar que es una entrometida innata en los asuntos ajenos. También me percaté de que confiaba en la adulación como el medio más fácil de hacerse agradable. Realizó conmigo su primer intento.

—Niña encantadora —comenzó—, tu rostro vivaz me anima a pedirte un favor. ¡Por favor, hazme sentir útil! La única aspiración de mi vida es ser útil. A menos que me encuentres empleo, no tengo ningún derecho a inmiscuirme en tu círculo familiar. Sí, sí, ya sé que tu padre me ha abierto su hogar y su corazón. Pero no me atrevo a considerar que me asiste ningún derecho... tu nombre es Helena, ¿no es cierto? Querida Helena, no me atrevo a considerar que me asiste ningún derecho a lo que tu padre por bondad me ha ofrecido.

—¿Por qué no? —inquirí.

—Porque tu padre no es un hombre...

Fui lo bastante descortés como para interrumpirla:

—¿Qué es, entonces?

—Un ángel —respondió la señorita Jigall solemnemente—. Un ser terrenal desvalido, como yo, no debe elevar su vista hasta tu padre. Podría marearme.

Esto era más de lo que mi paciencia podía soportar.

—Tratemos —sugerí— de entendernos desde el principio.

Los ojitos de la señorita Jigall relumbraron en sus cavernas óseas.

—¡Exactamente lo mismo que iba yo a proponer! —exclamó.

—Muy bien —continuó—, déjeme entonces decirle con toda claridad que en esta casa no agrada la adulación.

—¿Adulación? —se llevó una mano a la cabeza mientras repetía la palabra y adoptaba un aire de desconcierto—. Querida Helena, he vivido toda la vida en el este de Flandes y en ocasiones mi propio idioma me resulta extraño. ¿Podrías decirme qué significa adulación en flamenco?

—No sé flamenco.

—¡Qué exasperante! No sabes flamenco y no conozco la palabra adulación. Daría tanto por saber qué significa. Ah, veo que hay libros en esta encantadora habitación. ¿Hay entre ellos un diccionario? —salió disparada hacia la librería y descubrió un diccionario—. Ahora sabré qué es adulación —señaló—, y entonces nos entenderemos. ¡Ah, déjame encontrarlo yo misma! —recorrió con su dedo tosco y enrojecido los encabezamientos alfabéticos al inicio de cada página—. ABI. No es por aquí. ACE. Todavía más adelante. APA. Me he pasado. ADU ¡Aquí está! «Adular: Halagar con fin interesado.» ¡Ay, Helena, qué cruel! —soltó el libro y se dejó caer en una silla; la imagen, si es que ello existe, era la de una solterona con el corazón partido.

No hay duda de que debí haber aprovechado la oportunidad de dejarla librada a sus propios recursos, de haber podido actuar según mis deseos. Pero mis deberes de hija me impedían enemistarme con la prima de mi padre el mismo día de su llegada a casa. Le expresé con toda propiedad mis disculpas.

Se incorporó de un salto, debo hacerle justicia; la señorita Jigall tiene la agilidad de un mono, y (¡puaf!) volvió a besarme. De haber sido hombre, me temo que habría ordenado que me trajeran el veneno mortal (en la casa todos observamos la más estricta sobriedad) conocido por el nombre de coñac.

—Si logras que te quiera —explicó la señorita Jigall—, debes esperar que te bese. Querida, volvamos a mi pequeña petición. ¡Por favor, hazme sentir útil! Son tantas las cosas que puedo hacer: pronto te darás cuenta de que soy un tesoro en el hogar. Tengo buena letra; sé pulir los muebles; entiendo de peinados (observa el mío); toco y canto un poco cuando las personas quieren diversión; sé preparar ensaladas y zurcir medias... ¿quién es esta? —en ese momento entraba la cocinera a consultarme; se la presenté—. ¡Y sé cocinar! —exclamó la señorita Jigall en éxtasis—. ¡Sé cocinar! Por favor, muéstrame la cocina.

La cocinera se ruborizó. Había venido a hacerme una confesión, y (me dijo posteriormente) no contaba con la presencia de una desconocida. Por primera vez en su vida se tomó la libertad de hablarme en secreto:

—Debo pedirle, señorita, que me deje servir la coliflor hervida; no entiendo las instrucciones del libro para prepararla al estilo extranjero.

Los oídos de la señorita Jigall —quizás porque sus orejas son tan grandes— poseen una agudeza de oído que no tiene parangón con nada que yo haya conocido antes. No se le escapó ni una palabra de la confesión que me susurrara la cocinera.

—¡He aquí —declaró— una oportunidad de ser útil! ¿Cuál es el nombre de la cocinera? ¿Hannah? Condúceme a los bajos, Hannah, y te mostraré cómo preparar la coliflor al estilo extranjero. Parece dudar. ¿Será posible que no me crea? Escucha, Hannah, y juzga por ti misma si te engaño. ¿Ya herviste la coliflor? Muy bien; he aquí lo que debes hacer a continuación. Toma cuatro onzas de queso rallado, dos onzas de la mejor mantequilla, cuatro yemas de huevo, una pizca de gelatina, jugo de limón, nuez moscada... cielos, qué enojada parece. ¿Qué he podido decir que la ofenda?

La cocinera eludió, como si no estuviera presente, a la dama que había tenido la pretensión de darle instrucciones, y volvió a dirigirse a mí:

—Si voy a sufrir intromisiones en mi propia cocina, señorita, le anuncio que puede disponer de ella en el plazo de un mes.

La señorita Jigall se estrujó las manos con desesperación.

—Tenía tan buenas intenciones —dijo—, y parece que he cometido un error. Con la mejor intención, Helena, he provocado un altercado entre la sirvienta y tú. La realidad es que no sabía que tenías tan mal carácter, Hannah —declaró mientras seguía a la cocinera hasta la puerta—. Ten por seguro que estoy dispuesta a cualquier cosa para hacer las paces contigo. ¿Quizás no tienes queso en la cocina? Estoy dispuesta a salir y comprártelo. Puedo enseñarte cómo conservar los huevos frescos y sabrosos durante semanas. Ese vestido no te queda muy bien; me encantaría arreglártelo si lo dejas afuera cuando te vayas a la cama. ¡Listo! —exclamó la señorita Jigall una vez que la cocinera abandonó con aire majestuoso la habitación sin volverse a mirarla ni una vez—. He hecho todo lo posible para hacer las paces con ella y ya has visto cómo ha recibido mis intentos. ¿Qué más podría haber hecho? Te lo pregunto de veras, querida, como amiga, ¿qué más podría haber hecho?

Tenía las siguientes palabras en la punta de la lengua: «la cocinera no te pide que le compres queso, ni que le enseñes cómo conservar los huevos, ni que le arregles el vestido; todo lo que quiere es que la dejes mandar en la cocina». Pero de nuevo me vi obligada a recordar que esa odiosa persona era invitada de mi padre.

—Por favor, no se aflija —comencé—; estoy segura de que no es usted culpable, señorita Jigall...

—¡Ay, no!

—¿No qué?

—No me llames señorita Jigall. Yo te llamo Helena. Llámame Selina.

Realmente no había imaginado que pudiera resultarme aún más insoportable. No obstante, lo logró cuando mencionó su nombre de pila. ¿Acaso es posible encontrar

en la relación completa de los nombres femeninos otro tan absolutamente repugnante como el de Selina? Me obligué a pronunciarlo; volví a disculparme con toda corrección; dije que los sirvientes ingleses son muy peculiares. Selina se sintió totalmente satisfecha; más que eso, estaba encantada.

—¿De eso se trata? Todo lo que quería era una explicación. ¡Qué amable de tu parte! Y ahora dime, ¿no hay posibilidad, dentro o fuera de la casa, de ser útil? ¡Ah!, ¿qué es eso? ¿Ve una posibilidad? ¡La veo! ¡La veo!

Los ojos de la señorita Jigall son superiores a los del resto de los mortales. En ocasiones son microscopios. En otras, telescopios. Descubrió (al otro lado de la habitación) el desgarrón en la cortina de la ventana. En un instante sacó de su bolsillo un sucio estuchito de cuero, enhebró la aguja y empezó a remendar la cortina. Mientras trabajaba, cantaba «Mi corazón no tiene pesadumbres, mi voluntad es libre...» No puedo seguir repitiendo su canción. Cuando oí su canto dejaron de preocuparme las consecuencias de mis actos y salí corriendo del cuarto con las manos en los oídos.

CAPÍTULO XVI

Diario de Helena

Cuando llegué al pie de la escalera mi padre me llamó a su estudio.

Lo encontré ante su escritorio, con un montón tan grande de papeles rasgados en la papelera que se desbordaba hasta el suelo. Me explicó que se había dedicado a eliminar una gran acumulación de cartas antiguas y había terminado (cuando la tarea comenzó a resultarle tediosa) por examinar muy someramente su correspondencia. El resultado era que había roto una carta y la copia de su respuesta, que debía haber conservado, ya que merecían guardarse. Después de recoger los fragmentos los había amontonado sobre su escritorio. Si lograba yo armarlos sobre hojas de papel en blanco y pegarlos en el lugar que les correspondía, le haría un favor, dado que estaba demasiado ocupado para enmendar él mismo su error.

Me daba la mejor excusa que podía yo desear para mantenerme fuera del alcance de la señorita Jigall. Me puse a trabajar alborozada en la restauración de las cartas, mientras mi padre seguía escribiendo.

Una vez unidos los fragmentos —con excepción de unos pocos trozos extraviados— no quise pegarlos hasta estar segura de que no había cometido ningún error, en especial en el caso de algunas de las palabras perdidas que me había visto obligada a adivinar. De modo que copié las cartas y las sometí, en primer lugar, a la aprobación de mi padre.

Me elogió de la manera más amable por el cuidado que me había tomado. Pero cuando, tras cierta vacilación, comenzó a leer mi copia, observé que se operaba un cambio en él. La sonrisa abandonó su rostro y las contracciones nerviosas volvieron a hacer su aparición.

—Muy bien, hija mía —dijo en voz baja y triste.

Supuse que cuando yo regresara a mi lado del escritorio seguiría escribiendo. Cruzó la habitación hasta la ventana y se quedó allí de pie (con la espalda vuelta hacia mí), mirando hacia afuera.

En cuanto descubrí el sentido de las cartas estas habían dejado de interesarme. Una mujer fastidiosa, que trataba de aprovecharse de la bondad de un hombre de buen corazón para solicitarle un favor que no tenía derecho a pedir, y una negativa que merecía ampliamente, no constituían un acontecimiento notable en mi práctica de secretaria y copista de mi padre. Pero el cambio que se operó en su rostro al leer la correspondencia hizo variar mi opinión sobre las cartas. Era evidente que contenían algo que yo no había descubierto. Guardé mi copia manuscrita. Hela aquí:

*De la señorita Elizabeth Chance
al Reverendo Abel Gracedieu
(Año: 1859. Falta el mes.)*

Estimado caballero: Confió en que no haya olvidado la interesante conversación que sostuvimos el año pasado en las habitaciones del Alcaide. Temo haberme expresado con cierta ligereza en ese momento; pero estoy segura de que me creerá si le digo que no se debía a que no sintiera por usted el debido respeto. Como mi situación pecuniaria está lejos de ser próspera, estoy intentado obtener el puesto vacante de ama de llaves en una institución pública cuyo prospecto le adjunto. Verá que uno de los requisitos del lugar es que la candidata sea soltera (lo cual soy) y que la recomiende un clérigo. Usted es el único reverendo que tengo la fortuna de conocer, y se trata, por supuesto, de una mera formalidad. Le ruego que excuse esta solicitud y me permita ser su deudora enviándome las referencias que le solicito.

Atentamente,

ELIZABETH CHANCE

P.S. Por favor, dirija su respuesta a Señorita E. Chance, Casilla de correos, St. Martin's le Grand, Londres.

*Del Reverendo Abel Gracedieu
a la señorita Chance
(Copia)*

Señora: La breve conversación a la que hace alusión en su carta tuvo lugar durante un encuentro casual entre ambos. La veía entonces a usted por primera vez y desde entonces no la he vuelto a ver. Me resulta imposible avalar la solicitud de una perfecta desconocida, como usted, para ocupar un puesto de confianza. Me veo obligado a declinar servirle de referencia.

Su humilde servidor,

ABEL GRACEDIEU



Mi padre permanecía aún junto a la ventana.

En esa situación de pasividad no podía quejarse de que lo interrumpiera aventurándome a hablarle sobre las cartas que había reconstruido. Si mi curiosidad le disgustaba, no tenía más que decirlo para que yo pusiera fin a cualquier alusión al tema. Mi primera idea fue reunirme con él junto a la ventana. Después de pensarlo mejor, y percibiendo que seguía dándome la espalda, pensé que sería más prudente permanecer en el escritorio.

—Esta señorita Chance parece ser una persona insolente —dije.

—Sí.

—¿Era joven cuando la conociste?

—Sí.

—¿Qué tipo de mujer era? ¿Fea?

—No.

He ahí tres respuestas que hasta Eunice habría sido lo bastante lista para interpretar como tres advertencias de que no debía continuar hablando. Me sentí un poco dolida de que siguiera dándome la espalda. Al mismo tiempo, y creo que muy naturalmente, mi interés (no diré que mi afectuoso interés) en la señorita Chance se vio considerablemente aumentado por el comportamiento inusualmente descortés de mi padre. También me animaba un deseo irresistible de que se volviera y me mirase.

—La señorita Chance escribió esa carta hace muchos años —continué—. Me pregunto qué habrá sido de ella desde que se dirigió a ti.

—No sé nada de ella.

—¿Ni siquiera si vive o ha muerto?

—Ni siquiera eso. ¿Qué significan estas preguntas, Helena?

—Nada, padre.

¡Y me miró como si sospechara de mí!

—¿Por qué no me hablas claro? —dijo—. ¿Te he enseñado alguna vez a ocultar tus pensamientos? ¿He sido un padre duro que te desalentaba cuando querías confiar en mí? ¿En qué piensas? ¿Sabes tú algo de esa mujer?

—Ay, padre, ¡qué pregunta! Ni siquiera la había oído mencionar hasta que reconstruí las cartas rotas. Empiezo a desear que no me lo hubieras pedido.

—Y yo también. No pensé que sentirías una curiosidad tan extraordinaria, casi diría que vulgar, por una carta carente de todo valor.

Eso me irritó. Cuando se le dice a una joven que es vulgar, si tiene amor propio, quiero decir, si siente respeto por sí misma, se considera insultada. Dije algo áspero a

mi vez. Era una manera de seguir la discusión. No sé qué les sucede a otras jóvenes, pero cuando siento rabia no razono bien.

—La llamas carta carente de todo valor —dije—, y, no obstante, consideras que vale la pena conservarla.

—¿No tienes nada más que decirme? —preguntó.

—Nada más —respondí.

Volvió a experimentar un cambio. Después de haberse mostrado inexplicablemente colérico, ahora se lo veía inexplicablemente aliviado.

—Ahora entenderás —dijo— cuáles son mis buenas razones para conservar una carta carente de todo valor. La señorita Chance, querida, es una mujer en la cual no se puede confiar. Si considerara que hacer un mal uso de mi respuesta le reportaría un beneficio, me temo que no vacilaría en hacerlo. Incluso si ya no vive, ignoro en qué manos viles puede haber caído, o si puede ser falsificada para propósitos perversos. ¿Ves cómo una correspondencia puede tornarse accidentalmente importante, aunque carezca de valor en sí misma?

A esto podía decir «sí» con la conciencia limpia.

Pero algunas perplejidades no se me iban de la mente. Parecía extraño que la señorita Chance hubiera (aparentemente) aceptado la severidad de la respuesta de mi padre.

—Pensé —le dije— que te habría enviado otra carta insolente, o que habría insistido en verte para emplear la lengua en vez de la pluma.

—No podía hacer ni una cosa ni la otra, Helena. La señorita Chance nunca volverá a averiguar mi dirección; me he tomado todo el cuidado de que así sea.

Hablaba en voz alta, con la cara encendida, como si fuera un triunfo haber evitado que esa mujer descubriera su dirección. ¿Qué razones podía tener para sentir tanta ansiedad por mantenerla alejada? ¿Podía aventurarme a concluir que había un misterio en la vida de un hombre tan honesto, tan verdaderamente piadoso? Sólo pensarlo me hizo estremecer.

Se produjo un silencio al que la doncella puso un bienvenido fin. La cena estaba lista.

Antes de que abandonáramos la habitación mi padre me dio un beso.

—Una palabra más, Helena —dijo—, y con esto concluyo. No hablemos más de Elizabeth Chance.

CAPÍTULO XVII

Diario de Helena

La señorita Jigall se nos unió en la mesa muy agitada y con un libro entre las manos.

Pensándolo mejor, me inclino a sospechar que es lo bastante astuta como para haber descubierto que la odio, y que muchas de las cosas ofensivas que dice y hace tienen el propósito de hacerme enfurecer, para vengarse. O mucho me equivoco o su cara horrible es una doble cara.

Volviendo a la mesa, la señorita Jigall se dirigió a mi padre con tono de juguetona contrición.

—Querido primo, espero no haber hecho mal. Helena me dejó sola. Después de zurcir la cortina, no sabía qué hacer. De modo que abrí las puertas de todos los cuartos de los altos y eché un vistazo a las habitaciones. En el cuarto grande con las dos camas —ay, estoy tan avergonzada— encontré este libro. Por favor, mira la primera página.

Mi padre miró la página del título:

—Los himnos del doctor Watts. Y bien, Selina, ¿qué hay de vergonzoso aquí?

—¡No, no! No es esa página. Mira la otra página, la que está antes.

Mi paciente padre volvió la página en blanco.

—Ah —dijo en voz baja—, en ella está escrito el nombre de mi otra hija, la que aún no conoces. ¿Y bien?

La señorita Jigall se agarró las manos con aire de turbación.

—Es de mi ignorancia de lo que estoy avergonzada. Querido primo, perdóname, aclárame. No sé cómo pronunciar el nombre de tu otra hija. ¿La llaman Eunís?

La cena se enfriaba. Me sentí tan irritada que dije:

—No.

Era evidente que no me había perdonado que la dejara sola.

—Perdona, Helena, cuando requiero información no es a ti a quien la pido, sino que me siento, es un decir, a los pies de tu culto padre. Querido primo, ¿es...

Hasta mi padre se negó a seguir retrasando la cena.

—Pronúncialo como quieras, Selina. Nosotros le decimos Eunice, con el acento en la «i» y pronunciando la última «e»: Eu-ni-ce. Déjame servirte la sopa.

La señorita Jigall emitió un quejido.

—¡Ay, qué difícil parece! ¡Muy superior a donde alcanza mi pobre cerebro! Le pediré permiso a la querida niña para llamarla Eunís. ¡Qué sopa más espesa! ¿No es un desperdicio de carne? Sírveme un poco más, por favor.

Descubrí otra de las peculiaridades de la señorita Jigall. Tiene un apetito enorme

y se muestra voraz en la mesa. Hacía ruido al tomar la sopa. Devoraba con los ojos la comida de su plato antes de llevársela a la boca; y criticaba la cocina inglesa de la manera más insolente so pretexto de preguntar con humildad cómo se preparaban los platos. No obstante, todo lo anterior tenía cierta compensación temporal. Nos regalaba una cuota menor de su charla mientras comía.

Una vez retirado el mantel recobró el uso de la lengua, y dio con el tema que resulta la prueba más dura para la paciencia de mi padre.

—Y ahora, querido primo, hablemos de tu otra hija, nuestra ausente Eunís. Tengo tantos deseos de conocerla. ¿Cuándo regresa?

—En unos pocos días.

—¡Qué alegría! Y dime, ¿cuál es ella? ¿La mayor o la menor?

—Ni una cosa ni la otra, Selina.

—¡Ay, mi cabeza! ¡Mi cabeza! Esto es todavía peor que el acento en la «i» y la «e» final. ¡Un momento! Soy más inteligente de lo que pensaba. Lo que quieres decir es que las jóvenes son gemelas. ¿Se parecen tanto que no sabré distinguir cuál es cuál? ¡Qué divertido!

Cuando el tema de nuestras edades fue desafortunadamente abordado en casa de la señora Staveley, salí de la dificultad fácilmente asumiendo la condición de hermana mayor, un ejemplo de tacto que mi querida y tonta Eunice no comprende. Resulta innecesario aclarar que en presencia de mi padre me mantuve en silencio y lo dejé hablar a él. Lamenté verme obligada a hacerlo. Su mal estado de salud lo hace irritarse con facilidad, sobre todo con las preguntas de extraños inquisitivos.

—Debo dejaros ahora —respondió, sin hacer el menor caso a lo que le había dicho la señorita Jigall—. Mi trabajo me espera.

Su prima lo detuvo cuando se encaminaba a la puerta.

—Dime, dime, ¿puedo ayudarte?

—No, gracias.

—Bien, pero dime algo, ¿estoy en lo cierto respecto a que son gemelas?

—Te equivocas.

Las expresivas manos de la señorita Jigall se alzaron de nuevo para manifestar el colmo del asombro trepidando sobre su cabeza.

—Esto es absolutamente enloquecedor —manifestó—. ¿Qué significa?

—Atiende mi consejo, prima. No trates de entender qué significa.

Salió de la habitación. La señorita Jigall se dirigió a mí. Imité la sabia brevedad de expresión de mi padre:

—Lamento decepcionarte, Selina; no sé más sobre el asunto que tú. Subamos.

Cada peldaño de la escalera que conduce a la sala se vio acompañado por una protesta o una pregunta. ¿Esperaba yo que creyera que no sabía cuál de las dos era la mayor? ¿Que de verdad no conocía cuál era el motivo de mi padre para sostener esa

extraordinaria mistificación? ¿Que mi hermana y yo habíamos aceptado que se nos robaran, por decirlo de alguna forma, nuestras edades y no habíamos insistido en descubrir cuál de las dos había llegado antes al mundo? ¿Que nuestros amigos no habían puesto fin al asunto comparando nuestras personas y descubriendo cuál era la mayor mediante el examen de nuestros rostros? A todo ello contesté: Primero, que ciertamente esperaba que ella creyera todo lo que yo decía; segundo, que lo que ella se complacía en llamar «mistificación» había comenzado cuando ambas éramos niñas, así que el hábito nos la había tornado familiar con el transcurso de los años; y, sobre todo, que queríamos demasiado a nuestro buen padre para pedirle explicaciones que sabíamos que lo disgustaban; tercero, que los amigos sí habían tratado de descubrir mediante el examen de nuestras personas cuál era la mayor, y que sus conclusiones siempre resultaban divergentes; y también que nosotras nos habíamos divertido haciendo el mismo experimento ante nuestros espejos, y que Eunice pensaba que Helena era la mayor y Helena pensaba que Eunice era la mayor; cuarto (y último), que la prima del reverendo Gracedieu haría mejor en no volver a tocar el tema a menos que estuviera decidida a que su presencia en la casa se tornara insoportable para el reverendo Gracedieu.

Lo escribo con un sentimiento de humillación; la señorita Jigall escuchó con atención todo lo que dije y después me tomó completamente por sorpresa. Esta mujer inquisitiva, entrometida, incansable, insolente, se transformó de pronto en un perfecto modelo de amabilidad y decoro. ¡Llegó a decir que estaba de acuerdo conmigo y que me agradecía mis sabios consejos!

En mi lugar, una joven aún poco sagaz se habría percatado de que ello no era natural, y de que la señorita Jigall se me presentaba bajo un disfraz a fin de alcanzar algún fin oculto sólo por ella conocido. No soy una joven poco sagaz; debí haber dispuesto de penetración suficiente para descifrar hasta el fin los motivos de la prima Selina. ¡Pues bien!, la prima Selina me resultaba un misterio impenetrable.

Lo único que quedaba por hacer era vigilarla. Al menos yo era lo bastante astuta para tomar un libro y fingir que leía. ¡Qué despreciable!

Selina recorrió la habitación con la vista y descubrió nuestro lindo escritorio; un presente hecho a mi padre por su congregación. Después de pensarlo un poco se sentó a escribir una carta.

—¿Cuándo sale el correo? —preguntó.

Le dije la hora, y empezó su carta. Antes de que pudiera haber escrito más que dos o tres líneas, se volvió en su asiento y comenzó a hablarme.

—¿Te gusta escribir cartas, querida?

—Sí, pero no tengo muchas cartas que escribir.

—¿Sólo unos pocos amigos, Helena, pero esos pocos dignos de que se les ame? Exactamente mi caso. ¿Tu padre te ha contado mis vicisitudes? Ah, me alegro. Eso

me libra de la triste necesidad de confesar lo que he sufrido. ¡Ah, qué buenos fueron conmigo mis amigos, mis nuevos amigos, en ese melancólico pueblo belga! Una de ellas fue la generosidad en persona; ¡ah, ella también ha sufrido! Un esposo vil la engañó y la abandonó. ¡Ay, los hombres! Cuando se enteró de la pérdida de mi pequeña fortuna, esa noble criatura hizo una colecta a mi favor y se encargó ella misma de recoger el dinero. ¡Piensa en lo que le debo! ¿Debo permitir que pase otro día sin escribirle a mi benefactora? ¿No estoy acaso obligada por la gratitud a hacerla feliz al saber de mi felicidad... quiero decir, del refugio que se me ha brindado en esta casa hospitalaria?

Volvió a girar hacia el escritorio y continuó con su carta.

No he hecho ningún intento por ocultar mi falta de sagacidad. Permítaseme ahora informar sobre una recuperación parcial de mi inteligencia.

No se puede negar que la señorita Jigall había encontrado una buena razón para escribirle a su amiga; pero me resulta imposible entender por qué se había mostrado tan dispuesta a contarme dicha razón. ¿Sería posible que —después de la conversación que habíamos sostenido— relatara en su carta alguna indiscreción sobre mi padre o sobre mí? ¿Que sintiera temor de que yo lo sospechara? ¿Y que se hubiera mostrado tan comunicativa para desviar mis sospechas? Eran conjeturas vagas; pero por más que lo intenté, no logré hacerme una idea más clara de lo que pasaba por la mente de la señorita Jigall. ¡Qué no habría dado por poder mirar por encima de su hombro sin que se percatara!

Terminó su carta, escribió la dirección y cerró el sobre. Después se volvió de nuevo hacia mí.

—¿Tienes un sello de correos para el extranjero, querida?

Si no podía ver nada más, al menos estaba decidida a echarle una ojeada al sobre. Sólo tenía que ir al estudio y pedirle el sello a mi padre. Regresé con él y lo pegué en el sobre con mi propia mano.

No había nada en la dirección que me interesara, como debí haber previsto de no haber estado demasiado excitada para emplear un poco de sentido común. Lo único notable de la maravillosa amiga de la señorita Jigall era su feo nombre extranjero: señora Tenbruggen.

CAPÍTULO XVIII

Diario de Eunice

Heme aquí de nuevo, escribiendo esta historia de mi vida junto a mi cama. Durante mi ausencia ocurrieron algunos sucesos imprevistos. Uno de ellos es la partida de mi hermana.

Helena se ha ido a un pueblo del norte, junto al mar. Está en casa de un ministro de la iglesia (uno de los amigos de papá) y ocupa allí una posición de respeto que a mí ciertamente me haría perder la cabeza. El ministro, su esposa y sus hijas se proponen crear una clase de Sagradas Escrituras para señoritas, según el modelo de la de papá, y no tienen idea, pobres, acerca de cómo comenzar. Helena se ofreció para poner el asunto en marcha. Y allá está ahora, aconsejando a todos, gobernando a todos, alentando a todos, dictando instrucciones, encontrando errores, recompensando méritos: en una palabra, disfrutando mucho su papel.

Ha ocurrido otro acontecimiento relacionado con papá. Me afligió tanto que incluso olvidé pensar en Philip... por un ratito.

Los viajes en ferrocarril (supongo que porque no estoy acostumbrada) me dan dolor de cabeza. Cuando llegué a nuestra estación pensé que me haría bien caminar hasta casa en vez de viajar en el ruidoso coche colectivo. A medio camino entre la estación y el pueblo, me tropecé con uno de los doctores. Es miembro de nuestra congregación; fue él quien le recomendó a papá, hace algún tiempo, que abandonara su ministerio y se tomara unas largas vacaciones en el extranjero.

—Me alegro de encontrarla —dijo el doctor—. He sabido que su hermana está de viaje, y quería hablar con una de ustedes acerca de su padre.

Parece ser que ha venido observando a papá en la capilla desde lo que llama un punto de vista médico. No me ocultó que ha extraído de esa observación conclusiones que lo intranquilizan.

—Puede tratarse de ansiedad —dijo—, o de exceso de trabajo. En cualquiera de los dos casos, su padre se encuentra en un estado de perturbación nerviosa que probablemente tenga graves consecuencias, a menos que se decida a aceptar el consejo que le di la última vez que me consultó. No debe seguir vacilando. Tenga cuidado de no irritarlo, pero recuérdale que debe descansar. Usted y su hermana tienen cierta influencia sobre él; a mí no me escucha.

¡Pobre y querido papá! Noté que había empeorado, aunque mi ausencia había sido corta.

Cuando le rodeé el cuello con los brazos y lo besé, palideció, y después, de repente, se ruborizó; los ojos se le llenaron de lágrimas. Ah, era difícil seguir el consejo del médico y no llorar también; pero logré controlarme. Me senté sobre sus

rodillas y le hice contar todo lo que he escrito aquí sobre Helena. Eso nos llevó a conversar a continuación sobre la nueva dama que va a vivir con nosotros como un miembro más de la familia. Comencé a sentirme menos intranquila ante la perspectiva de que me presentaran a esa desconocida cuando supe que se trataba de una prima de papá. Y cuando mencionó su nombre y vio que me daba risa, su pobre rostro marchito se iluminó con una sonrisa.

—Ve y búscala —dijo—, y preséntate tú misma. Quiero saber, Eunice, si tú y mi prima tenéis posibilidades de llevaros bien.

Las sirvientas me informaron de que la señorita Jigall estaba en el jardín.

La busqué aquí, allá, por todas partes, y no pude encontrarla. El lugar estaba tan tranquilo, se veía tan puro y luminoso después de un Londres humoso y lúgubre que me senté en el extremo más alejado del jardín y dejé que mi mente me llevara de regreso a Philip. ¿Qué haría en ese momento mientras yo pensaba en él? ¿Quizás estaba en compañía de otras jóvenes que acaparaban toda su atención? ¿O tal vez le escribía a su padre a Irlanda y le contaba sobre mí de manera hermosa y amable? O quizás esperaba, con la misma impaciencia que yo, nuestro encuentro de la próxima semana.

Había hecho planes y he cambiado esos planes.

En el viaje en tren pensé que le contaría a papá de inmediato esta felicidad que parece haberme insuflado nueva vida. Habría sido delicioso confesarlo todo al mejor y más querido de los amigos; pero mi encuentro con el doctor eliminó esa posibilidad. Después de lo que me dijo, percibí un riesgo. Si me aventuraba a contarle a papá que mi corazón pertenecía a un joven caballero que le resultaba desconocido, ¿podía estar segura de que recibiría mi confesión favorablemente? Había una posibilidad de que lo irritara, y entonces sería mía la culpa de provocar lo que se me había advertido que evitara. Resultaría más seguro en todos los sentidos esperar a que Philip nos visitara, y a que él y papá se presentaran y quedaran encantados el uno con el otro. ¿Podía haber llegado Helena a una conclusión más sabia? Declaro que me sentí orgullosa de mi sensatez.

Una voz de mujer interrumpió este estado de ánimo tan placentero. Su tono era de aflicción y sus palabras llegaron a mis oídos desde el extremo del jardín:

—Por favor, señorita, déjeme entrar.

Unos arbustos marcan el límite de nuestro pequeño jardín de recreo. Del otro lado hay una casita que se levanta a orillas del terreno comunal de pastos. En ella vive la mujer de mejor carácter del mundo. Es nuestra lavandera: está casada con un joven torpe de apellido Molly, y ha sido bendecida con un bebé gordinflón de tan buen carácter como ella. Pensando que era probable que la voz lastimera que me había interrumpido fuera la de la señora Molly, me sorprendió que le pidiera a alguien (¿quizás a mí?) que «la dejara entrar». Así que atravesé los arbustos preguntándome

si habrían puesto cerrojo a la verja durante mi estancia en Londres. No; era tan fácil abrirla como siempre.

La puerta de la casita estaba abierta.

Vi a nuestra amable lavandera en el corredor, arrodillada, tratando de abrir una puerta interior que parecía tener el cerrojo echado. Miraba por la cerradura; y, de nuevo, exclamó:

—Por favor, señorita, déjeme entrar.

Esperé para ver si se abría la puerta: nada sucedió. Seguí esperando para oír si alguien respondía desde adentro: nadie habló. Pero alguien o algo hacía un ruido de agua derramada al otro lado de la puerta.

Me dejé ver y le pregunté qué ocurría.

La señora Molly me miró con aire de desamparo. Dijo:

—Señorita Eunice, es el bebé.

—¿Qué ha hecho el bebé? —pregunté.

La señora Molly se puso de pie y me susurró al oído:

—¿Usted sabe lo que es un niño hermoso?

—Sí.

—Pues bien, señorita, ha embrujado a una dama.

—¿A qué dama?

—A la señorita Jigall.

¡La misma persona que yo estaba buscando! Le pregunté dónde se encontraba.

La lavandera apuntó con aire desolado hacia la puerta cerrada:

—Ahí adentro.

—¿Y dónde está su bebé?

La pobre mujer siguió apuntando hacia la puerta:

—Empiezo a dudar, señorita, si es mi bebé.

—Tonterías, señora Molly. Si no es suyo, ¿de quién puede ser?

—De la señorita Jigall.

Su rostro perplejo hizo que esta respuesta singular resultara aún más extraña. Volvió a oírse el sonido de las salpicaduras de agua del otro lado de la puerta.

—¿Qué está haciendo la señorita Jigall? —dije.

—Bañando al bebé, señorita. Hace una semana vino aquí una mañana, muy agradable y bondadosa, tengo que reconocerlo. Me encontró vistiendo al bebé. Me dijo: «¡Qué querubín!», lo cual me pareció un cumplido. Dijo: «Volveré mañana.» Volvió tan temprano que se encontró al bebé en la cuna. «Sé buena», dijo, «sigue con tus quehaceres y déjame al niño.» Le dije: «Sí, señorita, pero por favor, espere a que lo ponga presentable». Dijo: «Eso es precisamente lo que voy a hacer». Me quedé mirándola; creo que cualquiera habría hecho lo mismo en mi lugar. «Si hay algo que me gusta sobre todas las cosas», dijo, «es sentirme útil. Señora Molly, le he cogido

apego a su bebé, y quiero sentirme útil.» Y créame, desde entonces la señorita Jigall me ha dado una sola oportunidad de lavar al bebé. Esta mañana se retrasó, y tuve mi oportunidad, y tenía al bebé en los brazos, estaba secándolo, cuando entró como una tromba y me arrancó al bebé de las manos. «¡Qué empecinada eres», dijo; «te aseguro que me avergüenzo de ti!» Y ahí está, con la puerta cerrada para que yo no entre, volviendo a bañar al bebé. He llamado dos veces y le he pedido que me deje entrar, y ni siquiera me responde. Dicen que los números impares traen suerte; ¿cree que debo volver a intentarlo?

La señora Molly llamó a la puerta y el proverbio demostró ser cierto; al fin recibió una respuesta de la señorita Jigall:

—Si no te tranquilizas y te vas, no te devolveré al bebé nunca más.

¿Cómo evitarlo? Me eché a reír. La señorita Jigall (supuse por el tono de su voz) tomó severa nota de este acto indecoroso.

—¿Quién es esa que se ríe? —exclamó—; da tu nombre.

Di mi nombre. La puerta se abrió de inmediato de par en par. Hizo su aparición la prima de papá, bastante desarreglada, con salpicaduras de agua y jabón por todas partes. Cargaba al niño con un brazo y me abrazó con el otro.

—Querida Eunís, cuántos deseos tenía de verte. ¿Qué te parece nuestro bebé?

A la curiosa historia de mi primer encuentro con la señorita Jigall debería quizás agregar que ya me siento su amiga. Soy amiga de cualquiera que me hace reír. ¿Qué dirá Helena cuando lea esto?

CAPÍTULO XIX

Diario de Eunice

Cuando las personas están interesadas en un acontecimiento que está por llegar, ¿les parece al mirar atrás que no pueden recordar los tediosos días de la espera? Ese es mi desdichado caso. Noche tras noche me he ido a la cama sin siquiera abrir mi diario. No había nada de lo cual valiera la pena escribir, nada que pudiera recordar, hasta la llegada del cartero en el día de hoy. Corrí a la planta baja cuando escuché que tocaba la campanilla y detuve a María, que se encaminaba al estudio. Allí, en medio del habitual puñado de cartas para papá, había una carta para mí.

Querida señorita Eunice:

.....

Suyo para siempre,

Cito los pasajes de la carta de Philip que me interesaron más profundamente: soy su querida señorita; y él es mío para siempre. La otra parte de su carta me informaba de que se había visto detenido en Londres y que lo lamentaba. Al final aparecía el delicioso anuncio de que llegaría en el tren de la tarde. Corrí hacia los altos para mirarme al espejo.

Mi primer sentimiento fue de pesar. Por milésima vez me vi obligada a reconocer que yo no era tan bella como Helena. Pero eso pasó. Se me ocurrió algo que me dio ánimos. Philip no habría hallado en el rostro de mi hermana lo que parece haberle interesado en el mío. Además, está mi figura.

Es una lástima que sea yo tan ignorante sobre ciertas cosas. Si se me hubiera permitido leer novelas, me habría sentido segura (a juzgar por lo que dijo papá en contra de ellas en uno de sus sermones) de mis atractivos; tal vez incluso habría comprendido lo que Philip pensaba realmente de mí. No obstante, de manera totalmente inesperada me tranquilicé en lo que respecta a mi figura. La forma en que sucedió fue tan divertida —al menos para mí— que no puedo resistir la tentación de contarla.

A mi hermana y a mí nos está prohibido leer periódicos, al igual que novelas. Pero las maestras de la clase de Sagradas Escrituras para señoritas son demasiado mayores para que las traten de la misma forma. Cuando terminó la lección de la mañana, una de ellas le leía el periódico a otra en el aula vacía; yo estaba en el

pasillo, afuera, poniéndome el abrigo.

Era un artículo sobre «una petición presentada a los magistrados por la dama de su merced el Alcalde». Al oírlo me detuve a escuchar. La dama de su merced (¡qué extraña manera de describir a la esposa de un hombre!) tiene fama de ser un tanto amiga de la notoriedad, y de gustar de oír el sonido de su voz en las reuniones públicas. Pero esto lo añado yo; mejor vuelvo al artículo.

En su alegato ante los magistrados, la Alcaldesa afirmó que había visto una fotografía repugnante en la vitrina de una tienda de útiles de escritorio recién inaugurada en el pueblo. Deseaba que la ley tomara cartas en el asunto, y que se destruyeran todas las copias de la indecente fotografía. Inmediatamente se envió al ujier del tribunal en procura de la foto.

Pensándolo mejor, es preferible que vuelva a contarlo con mis propias palabras; resulta muy poco interesante copiar lo que otros han escrito. Presidían el tribunal dos magistrados. Miraron la fotografía, ¿y qué representaba? ¡La famosa estatua llamada *la Venus de Médici*! Uno de los magistrados se indignó ante el descubrimiento. Se sintió escandalizado de la crasa ignorancia que podía llamar obra repugnante al ideal clásico de belleza y gracia. El otro encontró amables disculpas. Opinó que la dama resultaba digna de lástima; era, evidentemente, la víctima inocente de una educación deficiente. La señora Alcaldesa abandonó el tribunal furiosa diciéndoles a los jueces que sabía adónde tenía que encaminarse para que se le hiciera justicia.

—Denunciaré a Venus —dijo— ante el Ministro de Justicia.

Una vez terminada la clase de Sagradas Escrituras, el deber me obligaba a retornar a casa. La curiosidad me hizo perder el rumbo, esto es, me condujo a la vitrina de la tienda de artículos de escritorio.

Allí me encontré a las dos maestras, absortas en la foto, ya que habían llegado antes al lugar mediante un atajo. Parecieron pensar que me había tomado la libertad de unirme a ellas.

—Estamos aquí —me explicaron con todo cuidado—, para aprender acerca del ideal de belleza y gracia.

Una pequeña aglomeración de habitantes del pueblo estaba reunida frente a la vitrina. Algunos reían entre dientes; otros se preguntaban si estaba tomada del natural. Por mi parte, la gratitud hacia Venus me obliga a reconocer que me ayudó a mejorar mucho mi estado de ánimo. Me estimuló. Si ese pequeño y achaparrado ser, ¡carente de cintura y con piernas tan precarias!, representaba el ideal de belleza y de gracia, tenía yo buenas razones para sentirme satisfecha de mi figura y para pensar que era bastante posible que la opinión favorable de mi enamorado tuviera algún fundamento.

Cuando llegó la hora de la llegada de Philip me fui a la ventana del cuarto.

Lo descubrí a lo lejos, en el camino. Iba a pie; caminaba como un rey. No es que yo haya visto a un rey, pero tengo una imagen ideal. ¡Ah, qué sonrisa me dirigió cuando lo hice mirar hacia arriba agitando mi pañuelo en la ventana!

—Pregunta por papá —le susurré cuando subía los escalones de la entrada.

Lo próximo era aguardar, con toda la paciencia posible, a que me hicieran que me llamarán desde el piso de abajo. María vino a buscarme muy emocionada.

—¡Ay, señorita, qué caballero más atractivo, y qué bien viste! ¿Es su ...? —en lugar de terminar la frase me miró con una sonrisa picara. La miré con una sonrisa picara. Sin duda nos comportábamos como un par de tontas. Pero, ¡qué feliz puede en ocasiones ser un tonto!

Mi disfrute de ese momento delicioso se acabó al entrar en la sala.

Había esperado ver el rostro de papá embellecido por su sonrisa cautivadora. No sólo se mostraba serio; más que eso, cuando me miró parecía intranquilo. Al mismo tiempo, no observé nada que me hiciera concluir que Philip le había producido una impresión desfavorable. La verdad es que los tres exhibíamos nuestras mejores maneras. Philip había traído consigo una carta de presentación de la señora Staveley. Hablamos de los Staveley, del clima, de la catedral... y después dio la impresión de que no quedaba ningún otro tema de conversación.

En el silencio que se produjo a continuación —¡qué cosa horrible es el silencio!— vinieron a llamar a papá para que atendiera a alguien que lo buscaba por asuntos de trabajo. Presentó sus excusas de la manera más encantadora, pero aún serio. Tras estrecharle la mano a Philip, ¿nos dejaría a solas? No; esperó. El pobre Philip no tuvo más alternativa que despedirse de mí. Entonces papá salió por la puerta que da a su estudio y yo me quedé sola.

¿Acaso hay palabras que puedan describir cuán desdichada me sentía?

Había esperado tanto de ese primer encuentro, ¿y adónde habían ido a parar ahora esas esperanzas? Se abrió paso en mi mente el deseo profano de no haber nacido nunca cuando se abrió con suavidad la puerta de la habitación que da al corredor. María, la querida María, mi mejor amiga, atisbó hacia adentro. Musitó:

—Vaya al jardín, señorita, y encontrará allí a alguien que se muere por verla. Acuérdesse de dejarlo salir por la verja de los arbustos —le apreté una mano; le pregunté si había utilizado la verja del jardín con algún enamorado—. Cientos de veces, señorita.

¿Hice mal en acudir al encuentro de Philip en el jardín? ¡Ah, las objeciones no tienen fin! Quizás fui *precisamente* porque hacía mal. Quizás había mantenido el mejor de mis comportamientos más allá de lo que puede soportar un ser humano.

¡Qué lastimosamente decepcionado se veía! ¡Y con cuánta osadía se había colocado en el sitio justo desde donde se le podía ver desde las ventanas traseras!

Tomé su brazo y lo conduje al extremo del jardín. Allí estábamos a salvo de miradas indiscretas; y allí nos sentamos uno junto al otro bajo la gran morera.

—¡Ay, Eunice, no le gusto a tu padre!

Esas fueron sus primeras palabras. Para hacerle justicia a papá (y un poco a mí también) le dije que estaba totalmente equivocado. Dije:

—Confía en la benevolencia de mi padre, confía en su bondad, como confío yo.

No me respondió. Su silencio fue suficientemente expresivo; me miró con cariño.

Puedo estar equivocada, pero, ¿acaso las miradas de cariño no demandan algún tipo de reconocimiento? ¿Es culpable de atrevimiento una joven que se limita a seguir sus impulsos? Deslicé mi mano entre las suyas. A Philip pareció gustarle. Retomamos nuestra conversación.

Comenzó:

—Dime, querida, ¿el señor Gracedieu se muestra siempre tan serio como hoy?

—¡No!

—¿Qué ejercicio practica? ¿Monta a caballo? ¿Camina?

—Papá siempre camina.

—¿Solo?

—A veces solo. A veces conmigo. ¿Quieres verlo cuando salga?

—Sí.

—¿Cuándo salga conmigo?

—No. Cuando salga solo.

¿Era posible decirme con más claridad que mi presencia resultaba inoportuna? Expresé lo mejor que pude mi indignación retirándole mi mano. Su sorpresa fue total.

—¡Eunice!, ¿no me entiendes?

Fui todo lo torpe y desagradable que pude ser:

—¡No, no te entiendo!

—Entonces permíteme ayudarte —dijo con una paciencia que yo no merecía.

Hasta ese momento me había apoyado en el respaldo de una de las sillas del jardín. Ahora se introdujo algo entre la silla y yo. Me rodeó la cintura —me sostuvo con suavidad—, aumentó su presión, mejoró mi estado de ánimo, me hizo capaz de entenderlo. ¿Y todo obra de qué? ¡Sólo de un brazo!

Philip continuó:

—Quiero solicitarle a tu padre que me haga el mayor de los honores, y no hay tiempo que perder. Espero cada día una carta que me hará regresar a Irlanda.

Mi corazón se encogió ante esa horrible perspectiva; y de cierta forma misteriosa mi cabeza debe haber sentido lo mismo. Lo que quiero decir es que me percaté de que mi cabeza descansaba sobre su hombro. Siguió adelante:

—¿Cómo me haré con la oportunidad de hablar con el señor Gracedieu? No debo visitarlo de nuevo mañana o pasado mañana: sería demasiado pronto. Pero puedo

tropezármelo cuando salga a caminar solo, si me indicas cómo hacerlo. Todo lo que necesito es una nota en mi hotel. No tiembles, adorada. Si no estás presente en ese momento, ¿tienes alguna objeción a que le confiese a tu padre que te amo?

Sentí la delicadeza de sus consideraciones hacia mí, las sentí con gratitud. Si le hablaba antes a papá, ¡qué bien me iría a mí después! Las perspectivas que se me abrían eran exquisitamente alentadoras. Estuve en todo de acuerdo con Philip; y aguardé (con cuánta ansiedad sólo lo supe yo misma) sus próximas palabras. A continuación profetizó:

—Cuando le haya dicho a tu padre que te amo, él esperará que le diga algo más. ¿Puedes adivinar de qué se trata?

De no haberme sentido aturdida, quizás habría hallado la respuesta. Lo que hice fue dejar que él mismo contestara. Lo hizo, con palabras que recordaré mientras viva.

—Querida Eunice, cuando tu padre haya oído mi confesión, sospechará que a continuación se producirá otra; querrá saber si tú me amas. Ángel mío, ¿serán mis esperanzas las tuyas también cuando le responda?

No sé decir por qué esas palabras hicieron latir mi corazón con tanta violencia que sentí que me ahogaba. Philip se acercó tanto a mí, se acercó tan tierna, tan deliciosamente, que nuestros rostros casi se tocaron. Susurró:

—¡Dime que me amas con un beso!

Sus labios tocaron los míos, los apretaron, se quedaron un momento sobre ellos; ¡ah, cómo podría describirlo! Un sentimiento desconocido y encantador me recorrió de manera deliciosa. Me olvidé de mí misma; sólo sabía de una persona en todo el mundo. Era el dueño de mis labios; era el dueño de mi corazón. Cuando musitó «bésame», lo besé. ¡Qué momento! Me sobrecogió una sensación de debilidad; sentí que moría de una suerte de muerte exquisita; me separé de él y me recliné en la silla; no podía hablar. No era necesario; mis pensamientos y los suyos eran los mismos: Philip sabía que estaba totalmente subyugada; se percató de que debía dejarme sola para que me recuperara. Apunté hacia la verja de los arbustos. Intercambiamos una larga mirada que fue la última ese día; los árboles lo ocultaron; me quedé a solas.

CAPÍTULO XX

Diario de Eunice

No puedo recordar cuánto tiempo pasó antes de que recobrarla la calma. Me parecía que atravesaba un período de la vida que me resultaba a mí misma un misterio. Me contentaba con aguardar y con sentir el suave aire vespertino del jardín que me traía ráfagas de felicidad. ¡Y todo eso como resultado de un beso! Aún recuerdo la época en que solía preguntarme por qué las personas exageraban tanto la importancia de un beso.

Le debía a María haber probado por primera vez el Paraíso. Fue María la que me hizo volver al mundo en el cual solía vivir; el mundo que ya comenzaba a desvanecerse en mi memoria. La habían enviado al jardín en mi busca, y me ofreció un consejo cuando vio mi rostro una vez que abandoné la sombra del árbol:

—Trate de poner una cara más normal, señorita, antes de que la vean en la mesa del té.

Cuando abrí la puerta, papá y la señorita Jigall ya estaban sentados y conversaban. Se callaron cuando me vieron, y supuse, acertadamente, como después supe, que yo había sido uno de los temas de su conversación. Mi pobre padre parecía penosamente preocupado e indispuerto. La señorita Jigall, de haber estado yo de humor, me habría resultado más divertida que nunca. Uno de sus curiosos ojitos insistía en hacerme guiños, y su pesado pie tenía algo que decirle a mi pie por debajo de la mesa, lo cual quizás tenía un enorme significado, pero sólo logró lastimarme.

Mi padre nos dejó a solas y la señorita Jigall se explicó.

—Ya sé, querida Eunís, que hace sólo uno o dos días que nos conocemos, y que quizás no deba esperar que confíes en mí tan pronto. ¿Puedo fiarme de que no me traicionarás si te doy una prueba de confianza? ¡Ah, ya veo que puedo confiar en ti! Además, querida, me gusta tanto contarle secretos a una amiga. ¡Chitón! Tu padre, tu excelente padre, me ha hablado del señor Dunboyne hijo.

Se detuvo en ese momento, de la manera más irritante. Le rogué que prosiguiera. Me invitó a sentarme en sus rodillas.

—Quiero hablar en voz baja —dijo. Era muy ridículo, pero accedí. Los susurros de la señorita Jigall me informaron de graves noticias.

—El ministro tiene alguna razón, Eunís, para desaprobarnos al señor Dunboyne; pero, fíjate, no creo que tenga una mala opinión del joven. Va a devolverle la visita al señor Dunboyne. Ah, como odio la formalidad; lo cierto es que no puedo seguir llamándolo *señor* Dunboyne. Dime cuál es su nombre de pila.

—Philip.

—¡Ah, qué nombre tan noble! ¡Cuánto me gustaría serle de utilidad! Mañana,

querida, después del almuerzo, a la una de la tarde, tu papá visitará a Philip en su hotel. Confío en que el joven no salga a esa hora precisa.

Resolví evitar ese accidente lamentable escribiéndole a Philip. Si la señorita Jigall me lo hubiera permitido, habría comenzado mi carta de inmediato. Pero tenía algo más que contarme, y era más fuerte que yo y me mantenía sobre sus rodillas.

—Hasta ahí todo parece bastante propicio, ¿no es cierto, querida hermanita? ¿Me permitirás que sea tu segunda hermana? Te quiero tanto, Eunís. ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Pero aquí viene el lado sombrío del asunto! El ministro... ¡no!, ahora que soy tu hermana debo llamarle papá; ¡me hace sentir de nuevo tan joven! Pues, entonces, papá me ha pedido que te acompañe cada vez que salgas. «Eunís es demasiado joven y atractiva para recorrer sola (en ausencia de Helena) este populoso pueblo.» Fue eso lo que me dijo. Muy taimado, si es que puede afirmarse eso de un hombre tan bueno. Y utilizó a tu hermana (¿no es cierto?) como una suerte de pretexto. Me gustaría que tu hermana fuera tan dulce como tú. Pero el punto es, ¿por qué debo acompañarte? Porque, querida niña, tú y tu joven caballero no debéis citaros ni veros a solas. ¡Ah, sí, de eso se trata! Tu padre está en total disposición de devolver la visita de Philip; se propone (por cortesía hacia la señora Staveley) invitar a Philip a cenar; pero, y escucha ahora mis palabras, no tiene la intención de permitir que seas su esposa.

Me levanté de su regazo de un salto; era horrible lo que me decía.

—Ay —dije—, no puede ser que estés en lo cierto.

La señorita Jigall también se incorporó de un salto. Encogió los hombros e hizo señas con las manos a la manera de los extranjeros. En esta ocasión colocó ambas manos en la parte superior de su vestido, justo debajo de su garganta, y movió la cabeza de manera misteriosa.

—Cuando son los afectos los que dictan mis opiniones —me aseguró—, nunca me equivoco. Aquí en mi pecho está mi fortaleza mayor.

La pobre señorita Jigall tiene un pecho muy exiguo, pero entendí lo que quería decir. Ello no significa que sus palabras ejercieran un efecto benéfico sobre mis sentimientos. Me sentía dolida, furiosa y perpleja, todo al mismo tiempo. La señorita Jigall se quedó de pie mirándome, con las manos aún en el lugar donde se suponía que quedaba su pecho. Me hizo sentir más rabia que nunca.

—Estoy decidida a casarme con Philip —dije.

—Sin duda, querida Eunís. Pero, por favor, no lo digas con tanta pasión.

—Si mi padre realmente se opone a mi matrimonio —proseguí— tiene que ser porque no le gusta Philip. No puede haber ninguna otra razón.

—Ah, sí, querida, puede haberla.

—¿Cuál es la razón, entonces?

—Eso, encantadora niña, es una de las cosas que tenemos que averiguar.



El correo de la mañana trajo una carta de mi hermana. Debíamos esperar su vuelta en el tren del día siguiente. Esas eran buenas noticias. Philip y yo podíamos necesitar de la ayuda de la sagaz Helena, y ahora teníamos la seguridad de obtenerla.

En mi carta a Philip le había pedido que me hiciera saber cómo se desarrollaba la conversación entre él y papá en el hotel.

No diré cuántas veces consulté mi reloj, ni con cuánta frecuencia atisé por la ventana en busca de un hombre con una carta en las manos. Mejor será contar de inmediato el desalentador final de la historia, cuando por fin recibí el informe de la entrevista. Philip había intentado por dos veces pedir mi mano en matrimonio, y por dos veces mi padre «deliberada, obstinadamente» (eran palabras de Philip) había evitado el tema. Y eso no era todo. Como si estuviera decidido a probar que la señorita Jigall estaba absolutamente en lo cierto, y yo absolutamente equivocada, papá (cortés con Philip mientras no hablaba de mí) lo había invitado a cenar con nosotros, ¡y Philip había aceptado la invitación!

¿Qué pensar de todo ello? ¿Qué hacer?

Le volví a escribir a mi amor (tan cruelmente maltratado) para contarle que Helena llegaría al día siguiente, y que su opinión sería del mayor valor para ambos. En una postdata le mencioné la hora a la cual íbamos a la estación a esperar a mi hermana. Cuando digo «íbamos», me refiero a la señorita Jigall y a mí.



Lo encontramos esperándonos junto a la línea. Me temo que se sentía resentido por la incomprensible determinación de papá de no permitirle expresar su petición. Se mostraba silencioso y hosco. No pude ocultarle que verlo en ese estado me afligía. Me dio muestras de cuánto merece que se le ame: me rogó que lo perdonara y de inmediato retornó a su dulzura habitual. Estoy más decidida que nunca a casarme con él.

Cuando el tren llegó a la estación todos los vagones estaban llenos. Fui en una dirección, pensando que había visto a Helena. La señorita Jigall fue en otra, con la misma impresión. Philip me seguía a corta distancia.

Al no ver a mi hermana, acababa de volverme cuando un joven salió de un salto de un vagón, junto a Philip, y lo reconoció y le estrechó la mano. Yo estaba lo bastante cerca para escuchar al desconocido decir:

—Mira a esa joven en nuestro vagón.

Philip miró.

—¡Qué criatura tan encantadora! —dijo, y después calló por temor a que la joven lo oyera.

La joven acababa de entregarle a un mozo su saco de viaje y sus mantas, y salía del coche. Philip, cortés, le ofreció su mano para ayudarla. La joven miró en mi dirección. La encantadora criatura que mi enamorado admiraba era, para mi infinito solaz, nada menos que Helena.

CAPÍTULO XXI

Diario de Helena

El día de mi regreso marca una ocasión que no podré olvidar con facilidad. Han pasado varias horas desde mi vuelta al hogar y la agitación me impide aún toda idea de reposo.

Desde mi escritorio veo a Eunice en su cama, durmiendo plácidamente, excepto cuando murmura su disfrute de algún sueño feliz. ¿En qué dirección ha marchado mi hermana con los ojos vendados y (¿quién sabe?) arrastrándome con ella, desde su desastrosa visita a nuestros amigos de Londres? ¡Resulta extraño que haya en mi naturaleza un fermento de superstición! ¡Resulta extraño que sienta yo miedo de algo, y que no sepa bien de qué!

En alguna ocasión me he topado (quizás en mis lecturas de historia) con la expresión: «una cadena de acontecimientos». ¿Acaso me encontraba al inicio de esa cadena cuando subí al vagón del ferrocarril para regresar a casa?

Entre los pasajeros había un joven caballero acompañado por una dama que resultó ser su hermana. Ambos eran personas educadas. Evidentemente, desperté la admiración del hermano, quien intentó por todos los medios hacerme agradable. El tiempo pasó veloz en medio de una conversación placentera, y mi vanidad se sintió halagada: eso fue todo.

Mis compañeros de viaje se dirigían a Londres. Cuando el tren llegó a nuestra estación, la joven envió a su hermano a comprar unas frutas que vio en la vitrina del merendero. El primer hombre con el cual se topó su hermano en el andén era uno de sus amigos, al cual le dijo algo que no pude oír. Cuando le entregaba mi saco de viaje y mis mantas al mozo y salía a la puerta del vagón, oí que el amigo decía: «¡Qué criatura tan encantadora!» Como nada tengo que ocultar en un diario que protejo con una cerradura, puedo reconocer que la apariencia personal del desconocido me impresionó, y que lo que sentí en ese momento no fue la vanidad halagada, sino el orgullo satisfecho. Era joven, era notablemente apuesto, era un hombre de apariencia distinguida.

Todo sucedió en un momento. En el siguiente me vi en los brazos de Eunice. Esa odiosa persona, la señorita Jigall, insistió en abrazarme a continuación. Y después fui presa de un sentimiento indescriptible de sorpresa. Eunice me presentó al caballero de apariencia distinguida como un amigo de ella: el señor Philip Dunboyne.

—Tuve el honor de conocer a su hermana —dijo— en Londres, en el hogar del señor Staveley.

Siguió hablando con fluidez y gracia del viaje que había yo realizado, y de su amigo, mi compañero de viaje, y nos acompañó a tomar el coche en la estación antes

de despedirse. Me percaté de que Eunice tenía algo confidencial que decirle antes de que partiera. Era otro ejemplo del carácter infantil de mi hermana; de inmediato se permite familiaridades con las personas que acaba de conocer, siempre que le resulten simpáticas. Anticipé cierta diversión cuando me contara cómo se las había ingeniado para establecer relaciones personales con un hombre tan cultivado como el señor Dunboyne. Pero mientras la señorita Jigall permaneciera con nosotras, era mejor mantenerse dentro de los límites de una conversación trivial.

No obstante, antes de dejar el coche me percaté de un indeseable resultado de mi ausencia. Eunice y la señorita Jigall parecían haber entablado una fuerte amistad (sin duda resultado de la fina adulación de la última).

También llamaron mi atención dos curiosas circunstancias.

Aprecié la aparición de lo que llamo confianza en sí misma en las maneras de mi hermana; algo parecía haber aumentado su propia estima. Y tampoco la señorita Jigall hacía gala de su aire de costumbre. Tenía deliciosos momentos de silencio; y cuando Eunice me preguntó qué impresión me había causado el señor Dunboyne, escuchó mi respuesta con un aire de interés en su feo rostro que era una nueva revelación en relación con lo que yo había experimentado antes con la prima de mi padre.

Esos pequeños descubrimientos (después de lo que ya había observado en la estación del ferrocarril) quizás debieron prepararme para lo que sucedió cuando mi hermana y yo nos quedamos a solas en nuestro cuarto. Pero Eunice, se lo haya o no propuesto, desconcertó habitual perspicacia. Su aire era el de quien tiene muchas noticias que contar y encuentra algún obstáculo para hacerlo, lo cual parecía divertirla en vez de molestarla. Si hay algo que odio es sentirme perpleja. Le pregunté de inmediato si durante su visita a Londres había ocurrido algo de interés.

Sonrió con aire travieso.

—Te tengo una sorpresa deliciosa, querida; y disfruto tanto retrasando el momento de revelártela. Dime, Helena, ¿qué propusiste que hiciéramos ambas cuando nos encontráramos de regreso en casa?

La memoria me traicionó. El buen humor de Eunice se tornó totalmente tumultuoso. Gritó:

—¡Agarra! —y me lanzó a las manos su diario desde el otro extremo del cuarto —. Íbamos a leer nuestros diarios —dijo—. Ahí está el mío para empezar.

Libre de toda sospecha sobre el verdadero estado de las cosas, emprendí la lectura del diario de Eunice.

Si no hubiera visto la letra conocida, nada me habría inducido a creer que una joven educada en un hogar piadoso, la hija adorada de un distinguido ministro congregacional, pudiera escribir ese desvergonzado recuento de pasiones desconocidas para las jóvenes que han llevado una respetable vida inglesa. Qué decir,

qué hacer una vez cerrado el libro, era más de lo que me sentía capaz de decidir. Mi infeliz hermana me salvó de la ansiedad que sentía. Fue ella quien primero despegó los labios tras el silencio que nos había embargado durante mi lectura. Estas fueron literalmente las palabras que pronunció:

—Querida hermana, ¿por qué no me felicitas?

Ningún argumento me habría persuadido, como ese lo hizo, de que cualquier reconvencción fraterna que hubiera yo podido hacer habría sido un gasto inútil de tiempo.

—Querida Eunice —dije—, te ruego que me excuses. Estoy aguardando...

En ese punto me interrumpió, y ¡ah, con qué modales tan insolentes! Tomó mi barbilla entre el índice y el pulgar y me levantó el rostro que había yo vuelto al suelo; me miró con un aire de anhelante expectación que me sentí completamente incapaz de comprender.

—Tú también has estado lejos de casa —dijo—. ¿Veo en ese rostro serio alguna noticia sorprendente que me sobrecogerá? ¿Has hallado también un enamorado? ¿También te has comprometido en matrimonio?

Me limité a apartar su mano y a aconsejarle que volviera a su silla. Ese proceder totalmente inofensivo pareció producirle un gran susto.

—Ay, querida —exclamó—, ¿será que sientes celos de mí?

Ante esto sólo había una respuesta posible: reí. ¿Habría perdido la cabeza Eunice? ¡Me dio un beso!

—Ahora que ríes —dijo—, empiezo a entenderte de nuevo; debí haber sabido que nunca te rebajarías a sentir celos. Pero dime, ¿sería acaso tan extraordinario que otras jóvenes encontraran algo que envidiar en mi buena suerte? ¡Piensa en ello! Un hombre tan atractivo, un hombre tan agradable, un hombre tan inteligente, un hombre tan rico... y, lo que no es el menor de sus méritos, un hombre que te admira. ¡Vamos! ¡Si no me felicitas, felicítate por tener tal cuñado en perspectiva!

Sí había perdido la cabeza. Llamé compasivamente la atención de la pobrecita a lo que acababa yo de decirle un momento antes.

—Perdóname, querida, por recordarte que aún no me he negado a ofrecerte mis felicitaciones. Sólo te decía que aguardaba.

—¿Qué?

—Aguardaba, por supuesto, a escuchar lo que piensa mi padre sobre tu espléndida suerte.

Esta explicación, ofrecida con la más amable de las intenciones, produjo otra alteración en mi muy cambiante hermana. Con ella extinguí su buen humor como hubiera podido extinguir una luz. Se sentó a mi lado y suspiró de la manera más triste. El corazón que puede soportar la aflicción de una persona querida debe ser, sin dudas, muy duro. La abracé; de nuevo se transformaba en la Eunice que amo tanto.

—No, pobre niña —dije—, no te aflijas contándomelo; comprendo. Tu padre se opone a tu matrimonio con el señor Dunboyne.

Sacudió la cabeza.

—No puedo decir, Helena, que eso sea exactamente lo que hace papá. Pero se conduce de manera muy extraña.

—¿Resultado indiscreta, querida, si te pregunto qué aspecto de la conducta de nuestro padre te ha causado sorpresa?

Estaba muy dispuesta a informarme. Se trataba de un relato simple que, a mi juicio, bastaba para explicar el extraño comportamiento que había dejado perpleja a mi infortunada hermana.

No podía haber ninguna duda de que mi padre consideraba que Eunice tenía un carácter aún demasiado infantil para asumir los deberes del matrimonio. Pero con su acostumbrada delicadeza y su temor a afligir a los demás, había aplazado el desagradable deber de comunicarle su opinión al señor Dunboyne. No obstante, tarde o temprano habría que anunciar la decisión adversa, y había llevado a cabo los preparativos para infligir la decepción de la manera más delicada posible: en su propia mesa.

Con toda consideración, dejé a Eunice en el disfrute de las vanas esperanzas que sin dudas cifraba en la cena, y pasé la tarde, hasta la hora de comer, en el estudio con mi padre.

Nuestra charla se centró sobre todo en las valiosas personas a las cuales había yo visitado y cuyas nuevas escuelas había contribuido a fundar. No intercambiamos ni una palabra acerca de mi hermana o del señor Dunboyne. Nuestro pobre padre se veía tan lastimosamente cansado y enfermo que me aventuré, después de lo que el doctor le había dicho a Eunice, a hacer una alusión al valor que para un hombre que sufre de exceso de trabajo tienen el reposo y el cambio de ambiente. Ah, qué cosa, frunció el ceño y se opuso a seguir hablando del tema con un ademán impaciente de su mano pálida, exangüe.

Después de la cena hice un descubrimiento desagradable. Como no había terminado de deshacer mi equipaje, dejé a Eunice y a la señorita Jigall en la sala y subí al segundo piso. Volví en media hora y encontré vacía la habitación. ¿Dónde podían estar? Era una hermosa noche de luna llena; me dirigí a la parte posterior de la sala y miré por la ventana. Allí estaban, caminando cogidas del brazo con las cabezas muy juntas, absortas en su conversación. Conociendo a la señorita Jigall, ésta me parece una mala señal.

Se me acaba de ocurrir una extraña idea. Me pregunto qué habría sucedido de ser yo quien hubiera ido de visita a casa de los Staveley, y si el señor Dunboyne me hubiera visto a mí primero.

¡Absurdo! Si no estuviera demasiado cansada, debería tachar esas últimas líneas.

CAPÍTULO XXII

Diario de Eunice

Se lo dije a la señorita Jigall y lo vuelvo a decir aquí. Nada me inducirá a pensar mal de Helena.

Mi hermana está muy cansada y un poco irritada después de su viaje en tren. Eso es exactamente lo mismo que me pasó cuando fui a Londres. Le atribuyo por entero su negativa a dejarme leer su diario, después de haber leído el mío, a las consecuencias desagradables de un viaje en tren. La señorita Jigall, a su extraña manera, lo achacaba a algo diferente:

—Querida niña, el diario de tu hermana está lleno de malas opiniones sobre mi pobre persona.

Le seguí la corriente en tono de broma:

—Queridísima Selina, lleva un diario personal y llénalo de malas opiniones sobre mi hermana.

En ese momento pareció un comentario chistoso. Pero no parece especialmente divertido ahora que lo escribí. En la cena bebimos licor de jengibre para celebrar la vuelta de Helena. Aunque sólo tomé un vaso, me inclino a pensar que se me subió a la cabeza.

Sea como fuere, cuando la cautivadora luz de la luna nos tentó a salir al jardín, nuestras bromas terminaron. Teníamos un asunto sobre el cual conversar que aún recuerdo con desagrado.

La señorita Jigall le dio inicio.

—Si te confío, Eunice, mis más preciosos secretos, ¿nunca, nunca, tendré que arrepentirme?

Le dije a mi buena amiguita que podía confiar en mí, siempre que sus secretos no dañaran a ninguno de los que amo.

Se agarró las manos y elevó la vista a la luna: supongo que sus sentimientos la agobiaban. Dijo, con lindas palabras, que su corazón y el mío laten en una armonía celestial. Resulta innecesario decir que ello me satisfizo.

Me temo que la generosa confianza de la señorita Jigall en mi discreción no recibió su justa recompensa. Al principio la encontré aburrida.

Me habló de una excelente amiga que la había ayudado cuando perdió su pequeña fortuna, al organizar una colecta privada para cubrir los gastos de su regreso a Inglaterra. El nombre de su amiga —no muy atractivo para oídos ingleses— era el de señora Tenbruggen; se habían conocido en circunstancias singulares. La señorita Jigall había mencionado por casualidad que mi padre era su único familiar vivo; y resultó que la señora Tenbruggen conocía su nombre y reverenciaba su fama de

predicador. Cuando papá recibió generosamente a su pobre y desamparada prima bajo su techo, la gratitud y el sentido del deber de la señorita Jigall la habían impulsado a escribirle a la señora Tenbruggen para contarle cuán feliz se sentía como miembro de nuestra familia.

Permítaseme confesar que comencé a escuchar con más atención cuando la narración llegó a ese punto.

—Le hice una breve descripción de nuestro círculo doméstico —dijo la señorita Jigall contándome el contenido de su carta—, y le mencioné el misterio con que el señor Gracedieu oculta las edades de sus dos queridas hijas. La señora Tenbruggen (¿por qué no acortamos su feo apellido y la llamamos sólo señora T.), muy bien, la señora T. es una mujer notablemente sagaz y confié en obtener resultados interesantes si le pedía su opinión sobre las misteriosas circunstancias que mencionaba en mi carta.

Ya era yo toda ansiedad por oír más.

—¿Te ha escrito? —pregunté.

La señorita Jigall me miró con afecto y sacó la respuesta de su bolsillo.

—Escucha, Eunís, y oirás sus palabras. Esto es lo que me escribe:

*Lo que me resulta especialmente interesante de tu carta, querida Selina, es lo que cuentas sobre las **dos** señoritas Gracedieu.*

Mira, querida, subraya la palabra dos. Por qué, no sé explicarlo. ¿Tú sí? Ah, ya había imaginado que no. Bien, volvamos a la carta. Mi talentosa amiga continúa en los siguientes términos:

Puedo entender la sorpresa que has sentido ante el extraño recurso adoptado por su padre como vía para ocultar la diferencia que debe existir entre las edades de las dos jóvenes. Hace muchos años descubrí por azar un episodio romántico en la vida de tu popular predicador, el cual, sospecho, tiene razones para mantener en estricto secreto. Si me aventurara a hacer una conjetura atrevida, diría que quien descubriera cuál es la mayor de las dos hijas tendría muchas probabilidades de descubrir también la verdadera naturaleza del romance que tuvo lugar en la vida del señor Gracedieu.

¿No resulta extraordinario, Eunís? ¡No parece percibirlo, singular criatura! Te ruego que prestes particular atención a lo que viene a continuación. Estas son las oraciones finales de la carta de mi amiga:

Si encuentras algo nuevo que contarme sobre este interesante tema, dirige tu

carta al mismo lugar de antes, siempre que escribas dentro de la semana siguiente a esta fecha. Después recibiré mis cartas en casa del médico inglés cuya tarjeta te adjunto. Te complacerá saber que mis intereses profesionales me reclaman en Londres a la mayor brevedad posible.

Así concluye la carta, querida niña. Me atrevo a asegurar que te preguntas qué quiere decir la señora T. cuando alude a sus intereses profesionales.

No, no me preguntaba nada. Me lastimaba saber que una mujer desconocida ponía a prueba su ingenio tratando de adivinar misterios en la vida de papá.

Pero la señorita Jigall estaba demasiado deseosa de exaltar los méritos de su amiga para notarlo. Escuché a continuación que el matrimonio de la señora T. había resultado un fracaso, y que ella se había visto obligada a ganarse el pan. Su manera de hacerlo me resultaba totalmente nueva. Iba de un lado a otro curando a las personas de todo tipo de afecciones dolorosas, mediante un método que conocía de masajes con las manos. En Bélgica la llamaban una *masseuse*. Cuando pregunté qué significaba la palabra, la señorita Jigall me dijo que «masajista médica», y que la fama de las maravillosas curas de la señora T. había llegado a algunas de las publicaciones médicas de Londres.

Después de escucharla con toda paciencia (justo es reconocerlo), me atreví a manifestar que mi interés en lo que acababa de oír no me resultaba tan claro como habría deseado.

La señorita Jigall se sintió trastornada por mi torpeza. Me recordó que había un misterio en la carta de la señora Tenbruggen y un misterio en la extraña conducta de papá hacia Philip.

—Suma dos y dos, querida —dijo—, y puede que uno de estos días el resultado sea cuatro.

Si el asunto tenía algún sentido, era el de que la razón que hace que papá mantenga ocultas las edades de Helena y mía era la misma razón que lo hacía parecer tan extrañamente opuesto a permitirme ser la esposa de Philip. Realmente no soportaba la idea de adoptar ese punto de vista y le rogué a la señorita Jigall que cambiáramos de tema. Se mostró tan amable como siempre.

—Con todo mi corazón, querida. Pero no te engañes: el tema volverá a salir cuando menos lo esperemos.

CAPÍTULO XXIII

Diario de Eunice

Sólo faltan dos días para nuestra cena y para que Philip encuentre la oportunidad de hablar con papá. ¡Ay, cómo desearía que ese día ya hubiera llegado y pasado!

Trato de no ver el lado sombrío de las cosas; pero no me siento tan feliz como había esperado sentirme cuando mi amor estuviera en el mismo pueblo que yo. Si papá lo hubiera animado a volver a visitarnos habríamos quizás dispuesto de algún tiempo precioso para nosotros. Pero en las actuales circunstancias, sólo podemos encontrarnos en los diferentes sitios de interés del pueblo, con Helena a un lado y la señorita Jigall al otro, para cuidarnos. Me parece cruel no permitirles a dos jóvenes que se amen, sin encargar a terceras personas que los vigilen. Si yo fuera la Reina de Inglaterra haría construir lindos y discretos cenadores para uso de los enamorados en verano, y encantadoras y tibias habitaciones con cabida para dos personas para uso invernal. ¿Por qué no? Quisiera saber qué mal habría en ello.

La catedral es el lugar de encuentro que nos resulta más conveniente en estas circunstancias. En ese renombrado edificio hay rincones y recovecos deliciosos en los cuales pueden detenerse los enamorados. De haberse tratado de la capilla de papá, habría vacilado en emplearla para propósitos tan profanos; en la catedral no tiene tanta importancia.

¿Debo reconocer que sentí mi inferioridad con respecto a Helena de manera un tanto aguda? Le supo decir a Philip tantas cosas que me habría gustado ser la primera en contarle. Mi inteligente hermana le enseñó a pronunciar el nombre del obispo que dio inicio a la construcción de la catedral; lo guió hasta la cripta y le dijo de qué fecha databa. Philip se sintió interesado en la cripta; le contó a Helena (no a mí) su ambición de escribir un libro sobre la arquitectura de las catedrales inglesas; hizo un pequeño croquis en su libreta de nuestra famosa tumba de cierto rey. Helena conocía el nombre del fallecido personaje real, y Philip le mostró a ella su croquis antes que a mí. ¿Cómo culparlo, si estaba yo allí, la imagen de la torpeza, tratando de recordar algo que decirle, aunque fuera sólo el nombre del Deán? Opino que Helena podría habérmelo dicho en secreto. Ella lo recordaba, yo no, y, por supuesto, se lo mencionó a Philip. Yo me mantuve cerca de él todo el tiempo, y de vez en cuando me dedicaba una mirada que me devolvía el ánimo. Podía haberme dedicado algo mejor —quiero decir, un beso— cuando abandonamos la catedral y nos quedamos a solas por un momento en un rincón del jardín del Deán. Pero dejó pasar la oportunidad. Quizás temía que el propio Deán se encaminara al lugar y nos viera. No obstante, no se me ocurre pensar mal de Philip. Le di un pequeño apretón a su brazo, lo cual fue mejor que nada.



Philip y yo emprendimos hoy una caminata por la orilla del río; mi hermana y la señorita Jigall nos cuidaban, como de costumbre.

Cuando atravesábamos el pueblo, Helena se detuvo en una tienda para hacer una compra. Nos rogó que la esperáramos. La señorita Jigall, que es la mejor de las personas, me susurró al oído:

—Sigan ustedes solos, yo la espero.

Philip interpretó esta acción bondadosa de manera que me habría incomodado, si no hubiera entendido que se trataba de una de sus bromas. Me dijo:

—La señorita Jigall ha visto una oportunidad de molestar a tu hermana y le divierte esa posibilidad.

Pues bien, nos fuimos juntos; era exactamente lo que quería; tuve la oportunidad de decirle algo a Philip sin testigos.

Pude ahora rogarle, en su interés y en el mío, que exhibiera sus mejores cualidades durante la cena en nuestra casa. Papá gusta de las personas inteligentes y las admira, le dije. Y también:

—Deja que vea, querido, cuán inteligente eres y cuánto sabes, y no puedes imaginar el alto sitio que ocuparás en su opinión. Confío en que no pienses que me tomo demasiadas libertades al indicarte cómo te debes comportar.

Me alivió ese temor de una forma que me resulta casi imposible describir. Sus ojos se posaron en mí con una mirada de tan exquisita dulzura y amor que me vi obligada a tomar su brazo, tanto temblaba del placer de sentirla.

—Creo con toda sinceridad —dijo— que eres la joven más inocente, más dulce, más fiel del mundo. Desearía ser un hombre mejor, Eunice. ¡Desearía ser lo bastante bueno como para ser digno de ti!

Oírlo hablar de sí mismo en esos términos me produjo una sacudida. Si esas palabras hubieran salido de los labios de cualquier otro hombre, habría temido que había hecho o pensado algo de lo cual tenía razones para sentirse avergonzado. En el caso de Philip, eso es imposible.

Deseaba que camináramos velozmente y que dobláramos una curva del sendero antes de que nos vieran.

—Quiero estar a solas contigo —dijo.

Miré hacia atrás. Era demasiado tarde; Helena y la señorita Jigall casi nos alcanzaban. Mi hermana pareció estar a punto de dirigirse a Philip, cuando cambió de idea y se limitó a mirarlo. En vez de devolverle la mirada, Philip mantuvo los ojos en el suelo mientras dibujaba figuras en el polvo con su bastón. Creo que Helena estaba

de mal humor; de repente se volvió hacia mí.

—¿Por qué no me esperaste? —preguntó.

Philip se encargó de responderle con brusquedad.

—Si Eunice prefiere ver el río a aguardar en la calle —dijo—, ¿acaso no es libre de hacer lo que quiere?

Helena no dijo nada más; Philip siguió caminando lentamente, alejado de nosotras. Yo no sabía cómo interpretar el incidente, así que me volví hacia la señorita Jigall.

—No puede ser que Philip se haya enfadado con Helena, ¿no es cierto?

La señorita Jigall respondió de manera extraña e imprevista:

—¿Él? ¡No! Es mucho más probable que se haya enfadado consigo mismo.

—¿Por qué?

—¿Y si se lo preguntas?

Era impensable; habría parecido que intentaba escudriñar sus pensamientos.

—¡Selina! —dije—, hoy tienes algo extraño. ¿Qué ocurre? No te entiendo.

—Mi pobre niña, antes de que pase mucho tiempo me entenderás —me pareció ver en su rostro que sentía lástima cuando me dijo esas palabras.

—¿Mi pobre niña? —repetí—. ¿Qué te hace decirme eso?

—No lo sé; estoy cansada; soy una vieja tonta; regresaré a casa.

Se fue sin decir otra palabra. Me volví en busca de Philip y vi que mi hermana se le había emparejado mientras yo hablaba con la señorita Jigall. Me complació comprobar, cuando me reuní con ellos, que conversaban de manera amistosa. Una discusión entre Helena y quien probablemente será mi esposo —no, quien *seguramente* será mi esposo— habría sido demasiado dolorosa, casi podría decir que demasiado anormal.

Philip miró hacia atrás y preguntó que le había sucedido a la señorita Jigall.

—¿Tienes alguna objeción a seguir su ejemplo? —me preguntó cuando le informé de que Selina había regresado al pueblo—. No logro interesarme en las orillas de este río.

Helena, a quien en otras ocasiones le suele gustar el río, estaba tan dispuesta como Philip a abandonarlo ahora. Imagino que ambos habían esperado amablemente para cambiar la ruta de nuestro paseo a que yo me reuniera con ellos, para poder tener en cuenta también mis deseos. Por supuesto que estaba dispuesta a ir adonde quisieran. Cuando alcanzamos de nuevo las calles le pregunté a Philip si quería ver algo en especial.

Elena, tan inteligente, sugirió lo que parecía una extraña diversión que ofrecerle a Philip.

—Llevémoslo a la Escuela para Señoritas —dijo.

A Philip nuestro destino parecía resultarle totalmente indiferente; respondió con

eso que llaman ironía.

—Ah, sí, por supuesto. ¡Muy interesante! ¡Muy interesante! —de pronto exhibió el más exuberante buen humor y colocó mi mano en su brazo con un alborozo imposible de resistir.

—¡Qué niño eres! —dijo Helena, disfrutando su deliciosa hilaridad tanto como yo.

CAPÍTULO XXIV

Diario de Eunice

En el momento en que entramos en el aula murió todo nuestro alborozo. Era evidente que algo desagradable había ocurrido.

Dos de las jóvenes de más edad estaban sentadas en una esquina, separadas del resto y con un aire perversamente huraño. Las maestras estaban en el otro extremo de la habitación, aparentemente intranquilas. Y allí, en medio de todas, con la cara encendida y los ojos furiosos, allí estaba papá de pie, tan distinto al amable papá de sus días de salud y felicidad. En ocasiones anteriores, cuando se había requerido que ejerciera su autoridad en la escuela, su carácter indulgente siempre había contribuido a poner todo en orden. Al verlo ahora recordé lo que el doctor me había dicho sobre su salud cuando me dirigía a casa desde la estación.

En cuanto nos asomamos a la puerta papá avanzó hacia nosotros.

Estrechó la mano —estrechó con cordialidad la mano— de Philip. Era delicioso verlo, delicioso oírlo decir:

—Le ruego que no suponga, señor Dunboyne, que no es bienvenido; permanezca con nosotros, si ese es su deseo —después se dirigió a Helena y a mí, aún agitado, aún de una manera que no era normalmente la suya—: Queridas, no podíais haber llegado en un momento en que se requiriera vuestra presencia con más urgencia — se volvió hacia las maestras—. Contadles a mis hijas lo que ha sucedido; contadles por qué me ven aquí asombrado y dolido, no lo niego.

Nos enteramos de que las dos jóvenes en desgracia habían violado el reglamento, y de tal forma que merecían un severo castigo.

A una de ellas se le había descubierto una novela oculta en su mesa. La falta de la otra era aún más grave: había asistido al teatro. En vez de manifestar su arrepentimiento, se habían atrevido a quejarse de tener que estudiar el catecismo revisado de papá. Habían llegado a acusarlo de tratarlas con severidad porque eran jóvenes pobres que dependían de la caridad. «De haber sido damas» habían tenido la audacia de afirmar, «se nos habría mostrado más indulgencia; se nos habría permitido leer novelas y ver obras de teatro».

Todo ese tiempo me preguntaba qué habría querido decir papá con su frase de que no podíamos haber llegado a la escuela en mejor momento. Ahora se hizo evidente. Al dirigirse a las culpables nos señaló a Helena y a mí.

—He aquí a mis hijas —dijo—. No negaréis que son dos damas. Prestad atención. Ellas mismas os dirán si mi reglamento se aplica de manera diferente a ellas que a vosotras. ¡Helena! ¡Eunice! ¿Os permito acaso leer novelas? ¿Os permito asistir al teatro?

Dijimos «No», y confiamos en que todo había concluido. Pero papá no había terminado. Se volvió hacia Helena.

—Responde algunas de las preguntas —prosiguió— de mi Manual de Obligaciones Cristianas, al cual las jóvenes llaman mi catecismo.

Hizo una de las preguntas:

—Si se te pide que hagas con los demás como quisieras que los demás hicieran contigo y tienes dificultades para cumplir ese precepto divino, ¿qué exige tu deber?

Creo sinceramente que Helena está hecha de los mismos ingredientes que Juana de Arco. Se puso de pie y contestó sin la menor señal de timidez:

—Mi deber exige que me dirija al ministro en busca de su consejo y aliento.

—¿Y si eso no bastara?

—Entonces debo recordar que mi pastor es un amigo. Su condición de clérigo no le concede una autoridad especial ni el don de la infalibilidad. Es un cristiano como yo y me ama. Me hablará de sus propias derrotas; de cómo ha luchado consigo mismo; y de qué divina recompensa ha sido el resultado de su victoria: un corazón purificado, una mente en paz.

Entonces papá liberó a mi hermana, después de que repitiera sólo dos de las respuestas de las Obligaciones Cristianas, que comenzamos a estudiar cuando éramos niñas. Volvió a dirigirse a las jóvenes:

—¿Lo que habéis oído forma parte de mi catecismo? ¿Acaso se ha excusado a mi hija de repetirlo porque sea una dama? ¿Cuál es la diferencia entre la educación religiosa que se imparte a mis hijas y la que se os da a vosotras?

Las infelices jóvenes seguían guardando un silencio obstinado, y mantenían las cabezas inclinadas hacia el suelo. Vuelvo a temblar al escribir lo que sucedió a continuación. Papá clavó los ojos en mí. Dijo con voz fuerte:

—¡Eunice! —y esperó a que yo me pusiera de pie y contestara como mi hermana. Yo no tenía fuerzas para incorporarme.

Philip (de modo inocente, estoy segura) me había descorazonado; en su rostro leía disgusto, desprecio. En la habitación reinaba un silencio de muerte. Todos me miraban. Mi corazón latía con violencia, mis manos se enfriaron, las preguntas y respuestas de las Obligaciones Cristianas volaron de mi memoria. Miré a papá con ojos implorantes.

Por primera vez en su vida fue duro conmigo. Su mirada seguía siendo de cólera; no me mostraba compasión alguna. Ah, ¿qué me ocurrió? ¿Qué espíritu maligno me poseyó? Sentí resentimiento; un horrible, ingrato resentimiento ante ese trato cruel. Los puños se me cerraron sobre el regazo, sentí un calor de fuego en el rostro. En vez de pedirle a mi padre que me excusara, dije:

—No puedo hacerlo —papá se quedó estupefacto, como es lógico. Después dije algo aún peor—: No quiero hacerlo.

Papá se inclinó sobre mí; me dijo en voz muy baja:

—Te voy a hacer una pregunta; insisto en que respondas sí o no —alzó la voz y se retiró un tanto para que todos pudieran verme.

—¿Te han enseñado lo mismo que a tu hermana? —preguntó—. ¿El catecismo que ha sido la base de su educación religiosa durante toda la vida ha sido también la base de tu educación religiosa durante toda la vida?

Dije:

—Sí —y sentía una rabia tal que lo dije con voz fuerte. Si Philip me hubiera pasado su bastón y me hubiera aconsejado darles una buena paliza a las dos tunantas que eran responsables de ese terrible estado de cosas, creo que lo habría hecho. Papá me volvió la espalda y les ofreció una última oportunidad a las jóvenes:

—¿Lamentáis lo que habéis hecho? ¿Pedís perdón?

Ni una ni la otra contestaron. Papá les gritó a las maestras que estaban en el otro extremo de la habitación:

—Esas dos alumnas quedan expulsadas de la escuela.

Ambas mujeres se mostraron horrorizadas. La mayor se acercó a papá y trató de argumentar a favor de una sentencia más clemente. Papá le respondió con una palabra áspera:

—¡Silencio! —y abandonó el aula sin siquiera una inclinación de pasada a Philip. Y eso después de que le había estrechado la mano cordialmente a mi pobre amado menos de media hora antes.

El afecto me debió permitir encontrar justificación para su conducta en sus afecciones nerviosas; debí correr tras él e implorarle que me perdonara. Me temo que hay algo malo en que las jóvenes amen a otra persona que no sean sus padres. Cuando Helena encabezó la marcha hacia la puerta contraria, corrí tras Philip; y fue a él a quien le pedí que me perdonara.

No sé lo que dije; todo era confusión. Supongo que el temor de haber perdido su cariño me trastornó la mente. Recuerdo haberle suplicado a Helena que le dijera una palabra amable a mi favor. Era tan inteligente, se había comportado tan bien, que había merecido la atención de Philip.

—Ah —le grité a Philip desesperada—, ¿qué pensarás de mí?

—Te diré lo que pienso de ti —dijo—. El culpable es tu padre, Eunice, no tú. Nada podría haber sido de peor gusto que su manejo de ese tonto incidente ocurrido en el aula; fue un error de principio a fin. Tranquilízate; no es a ti a quien culpo.

—¿De veras que me quieres tanto como siempre?

—¡Sí, qué duda cabe!

Helena parecía menos interesada en ese final feliz de mis preocupaciones de lo que yo había presumido. Caminaba un tanto alejada de nosotros. Quizás pensaba en el extraño arrebató del pobre papá, y penaba por él.

Sólo tuvimos que recorrer un corto trecho antes de pasar frente a la puerta del hotel de Philip. Aún no había recibido la carta de su padre que esperaba, la cruel carta que podía reclamarlo desde Irlanda. Era la hora de la segunda entrega del correo; fue a revisar el casillero del corredor. Helena vio mi ansiedad. Volvió a desplegar su amabilidad habitual; consintió en esperar conmigo a Philip junto a la puerta.

Philip salió con una carta en las manos.

—De mi padre, al fin —dijo, y me entregó la carta para que la leyera. Sólo contenía unas pocas líneas:

No te alarmes, querido hijo, cuando observes cuánto ha empeorado mi letra. Sufro por la dedicación de toda mi vida a los hábitos de estudio: un mal llamado Calambre del Escritor aqueja mi mano derecha. El médico aquí nada puede hacer. Me ha hablado de una extranjera, a quien mencionan en su publicación, que cura las afecciones nerviosas dando masajes a las personas con sus manos, y que pronto llegará a Londres.

Quizás cuando vuelvas a oír de mí ya esté en Londres también.

Así terminaba la carta.

Por supuesto que yo sabía quién era la extranjera que mencionaba la publicación.

Pero, ¿qué me importa la amiga de la señorita Jigall? Lo único importante es que Philip no tiene que irse a Irlanda. He ahí una circunstancia afortunada que tal vez implique mejor suerte. Quizás me convierta en la esposa de Philip Dunboyne antes de que termine el año.

CAPÍTULO XXV

Diario de Helena

En casa todos se percatan de que estoy ojerosa y cansada. Esa espantosa solterona, la señorita Jigall, tenía listo su hipócrita saludo cuando nos sentamos a desayunar esta mañana:

—Querida Helena, ¿qué le ha sucedido a tu belleza? ¡Parece que la has dejado olvidada en tu cuarto!

La pobre, ofuscada Eunice me demostró su simpatía de hermana:

—No bromees, Selina; ¿no ves que Helena está enferma?

Sí que he estado enferma; enferma de mi propia maldad.

Pero cuando recupere la tranquilidad recuperaré también mi lozanía. Mi pasión fatal por Philip promete destruir cuanto de bueno hay en mí. ¡Bien!, quizás no valga la pena conservar lo que hay de bueno en mí. Es el destino el que gobierna estas cosas. Si mi fortuna depende de robarle a Eunice el único objeto de su amor y sus esperanzas, ¿cómo podría yo evitarlo? Lo único amable que me es dado hacer es mantenerla en la ignorancia de lo que sucederá, mediante un cariñoso engaño.

Además, si ella sufre, yo sufro también. Dudo que a todo lo largo y ancho de Inglaterra exista una joven más malvada que yo. ¿Acaso es poco saberlo y soportarlo como lo hago?

¡Palabra que no merezco excusas!

¿Se trata de mera desfachatez? No; tiene que ver con las inclinaciones de mi naturaleza. Tengo una tendencia a examinarme a mí misma, a la cual acompaña un mérito: no me busco disculpas fáciles.

La conducta de Eunice es excusable. Habita un paraíso para tontos, y ve en su enamorado a una criatura radiante que brilla en medio del halo con el que su propia ilusión lo ha coronado. Nada de ello se aplica a mi caso. Veo a Philip tal cual es. Cuando no estoy en su compañía, mi agudeza explora hasta los más hondos abismos de su carácter. Parece que en algún rincón de su ser hay una base de bondad. Se desprecia y se odia a sí mismo (me lo ha confesado) cuando Eunice está a su lado, creyendo todavía en su falso enamorado. Pero ¿cuánto duran estas influencias benéficas? Me basta con mostrarme en ausencia de mi hermana para que Philip sea mío en cuerpo y alma. En el mismo instante en que ve mi rostro, es presa de su vanidad y su debilidad. Es uno de esos hombres —incluso en mi limitada experiencia me he topado con ellos— que nacieron para que los dominaran las mujeres. Si Eunice hubiera poseído mi fortaleza de carácter, Philip le habría sido fiel toda la vida.

¿No debí, para ser justa conmigo misma, haber puesto mi corazón fuera del alcance de un ser como ese? ¡Claro que debí haberlo hecho! Lo sé, lo siento. Y aun

así, hacerlo mío me produce una fascinación que no puedo resistir.

¿Qué, me pregunto, ha alimentado la llama en que ardo? ¿Comenzó con el orgullo satisfecho? Puedo muy bien sentirme orgullosa de que me admire un hombre de sus atractivos, realzados por sus modales y sus conocimientos. ¿O acaso lo que ha alimentado la intensificación de este sentimiento que me domina es la envidia y los celos que se removieron en mi seno al ver que Eunice (inferior a mí en todos los aspectos) era el objeto de la devoción de un enamorado seductor, y que tendría un matrimonio brillante, mientras que yo carecía de esperanzas de transformar mi título de señorita por el de señora? ¡Vanas preguntas! Mi corazón malvado parece guardar secretos que son un misterio para mí.

¿Adónde ha ido a parar mi excelente educación? No me importa averiguarlo; me he puesto fuera del alcance de los buenos libros y los ejemplos piadosos. A mis otras acciones culpables se puede sumar ahora la desobediencia a mi padre. He estado leyendo novelas en secreto.

Al principio probé con algunas de las obras inglesas famosas, publicadas a un precio que queda al alcance de los bolsillos modestos. Muy bien escritas, sin duda, pero con un imperdonable defecto, en lo que a mí concierne. Nuestros celebrados autores locales se dirigen a personas buenas, o a personas arrepentidas que quieren llegar a ser buenas; no a lectores malvados como yo.

Después de llegar a esa conclusión, llevé a cabo otro experimento. En una pequeña librería descubrí algunas traducciones baratas de novelas francesas. En ellas encontré lo que buscaba: simpatía por el pecado. Con ellas se me abrió un mundo nuevo habitado sólo por impenitentes: las mujeres magníficas, diabólicamente hermosas; los hombres satánicos, impermeables a todo sentimiento de virtud, y ávidos —quizás bastante indecorosamente ávidos— de las espléndidas fascinaciones del crimen. Ahora sé que el Amor está por encima de todo. La ley del Amor es la única que estamos obligados a obedecer. ¡Qué profundo! ¡Qué consolador! ¡Qué admirablemente cierto! Tienen razón los novelistas ingleses cuando inclinan la cabeza ante los novelistas franceses. Todo lo que he sentido, y lo que he escrito aquí, se inspira en esos maravillosos autores.

He aliviado mi mente de su peso y puedo ahora regresar al contenido de mi diario: el recuento de los incidentes domésticos.

Eunice ha sufrido una insoportable decepción. Nuestra cena ha sido pospuesta.

El estado de salud de nuestro padre es el responsable de este cambio de planes. La desafortunada escena en la escuela, complicada por el comportamiento irrespetuoso de mi hermana en aquel momento, le han producido tal agitación que pasó una noche de insomnio y ha permanecido en su cuarto durante todo el día. No hay duda de que la total falta de sensatez de Eunice ha aumentado sus sufrimientos; lo interpeló con brusquedad para expresarle su arrepentimiento y pedirle perdón. Una vez dicho lo

que sentía, se sintió tan aliviada como para venir a preguntarme (¡cuán sorprendentemente torpe de su parte!) qué debían hacer ella y Philip a continuación.

—Lo habíamos preparado todo tan bien —comenzó la pobre infeliz—. Philip se iba a mostrar tan inteligente y agradable durante la cena, e iba a escoger el momento con tanta precaución, que papá habría estado dispuesto a escuchar todo lo que le dijera. ¡Ah, lo habría logrado; no tengo la menor duda! Tú, Helena, eres ahora nuestra única esperanza. ¿Qué debemos hacer?

—Esperar —respondí.

—¿Esperar? —repitió con vehemencia—. ¿Debo consentir en que se me parta el corazón? Y lo que es aún más cruel, ¿debo consentir en que Philip sufra una decepción? Querida, de ti esperaba una respuesta más sabia. ¿Qué posible razón puede haber para esperar?

La razón —de haber podido yo mencionarla— estaba más allá de toda discusión. Quería tiempo para apaciguar la conciencia intranquila de Philip, y para acorazar su mente débil contra los estallidos de violencia que sin duda exhibiría Eunice cuando se enterara de que había perdido a su enamorado y de que lo había perdido por mi causa. Mientras tanto, tenía que darle una razón para mi consejo de que esperara. Fue fácil. Le recordé la irritación nerviosa de nuestro padre, y le dije que opinaba que sin duda diría que no, si cometía ella la insensatez de encolerizarlo a propósito del tema de Philip en su actual estado.

Estas incontestables consideraciones parecieron producir en ella el efecto deseado.

—Supongo que sabes qué es lo mejor —fue todo lo que dijo. Y después se fue de mi lado.

La dejé ir sin experimentar ninguna desconfianza por su sumisión; tan habitual me resultaba la experiencia de que mi hermana se dejara guiar por mis consejos. Pero no siempre se puede confiar en la experiencia. Los acontecimientos pronto me demostraron que no estimé en su justo valor la obstinación y astucia de Eunice.

Media hora después oí que se cerraba la puerta de la calle y eché una ojeada por la ventana. La señorita Jigall salía de la casa; nadie la acompañaba. Una vez más me traicionó el disgusto que me produce su persona. Debí haber sospechado que salía a hacer una diligencia enredadora, y haber encontrado algún medio para confirmar mis sospechas. No hice nada de ello. En el mismo momento en que dejé de mirar por la ventana olvidé a la señorita Jigall, con lo cual cometí un grave error.

CAPÍTULO XXVI

Diario de Helena

El incidente de hoy comenzó con un mensaje enviado por mi padre en el que me pedía que fuera a su estudio. Había decidido —temo que con demasiada precipitación— que estaba lo bastante recuperado como para reiniciar sus ocupaciones habituales. Escribía yo lo que él me dictaba cuando sufrimos una interrupción. María anunció la visita del señor Dunboyne.

Hasta el momento Philip se había contentado con enviar a uno de los sirvientes del hotel para interesarse por la salud del señor Gracedieu. ¿Por qué venía ahora personalmente? Al notar que mi padre se había disgustado, traté de aprovechar la oportunidad para recibir yo a Philip.

—Déjame atenderlo —sugerí—; bien puedo explicarle que estás ocupado.

Muy en contra de su voluntad, era fácil de ver, mi padre se negó a permitirlo.

—La visita del señor Dunboyne es de cumplimiento —dijo—, y debo recibirlo —hice ademán de abandonar la habitación y me pidió que me volviera a sentar—. Ésta no es una entrevista privada, Helena; no te muevas.

Philip entró —más atractivo que nunca, encantadoramente ataviado— y le ofreció sus respetos a mi padre con su gracia acostumbrada. Era demasiado bien educado para que se le escaparan señales visibles de turbación. Pero cuando me estrechó la mano sentí un ligero temblor en sus dedos a través de los delicados guantes que le ajustaban como una segunda piel. ¿Sería el verdadero objeto de su visita intentar el experimento planeado por él y Eunice y diferido por el aplazamiento de la cena? ¿Era seguramente imposible que mi hermana se hubiera valido de su debilidad para hacerlo retornar a su primer amor! Aguardé sus palabras con un interés que me hacía contener la respiración. No valía la pena escucharlas. ¡Ah, qué ser más banal!

—Me alegro, señor Gracedieu, de ver que ya se encuentra lo bastante recuperado como para volver a ocupar su estudio —dijo. Los artículos de escritorio que estaban sobre la mesa atrajeron su atención—. ¿Acaso soy una de esas personas ociosas —preguntó con su sonrisa seductora— que se pasan la vida interrumpiendo a quienes se dedican a un empleo provechoso?

Philip se dirigía a mi padre, y fue mi padre quien le respondió. No me había dirigido ni una sola palabra; no, ni siquiera cuando me estrechó la mano. Me sentía lo bastante furiosa como para obligarlo a notar mi presencia, y, al mismo tiempo, intentar producirle cierta turbación.

—¿Ha visto a mi hermana?

—No.

Era la respuesta más corta que podía haber escogido. Una vez que me la lanzó,

insistió en mirar a mi padre y dirigirse a él.

—¿Ha pensado en la posibilidad de cambiar de aires, señor Gracedieu, cuando se sienta lo bastante fuerte como para viajar?

—Mis deberes reclaman mi presencia aquí —respondió mi padre—; y, con toda honestidad, no puedo decir que disfrute de viajar. Me disgustan los modales y las costumbres que me resultan ajenos; no encuentro que los hoteles sean recompensa suficiente para abandonar las comodidades de mi propio hogar. ¿Qué le parece el hotel de aquí?

—Me someto al hotel, caballero. Los de la cocina son unos salvajes lastimosos; le ponen salsa de setas a la sopa y mostaza y pimienta de cayena a las ensaladas. Siempre quedo medio muerto de hambre después de la cena, pero no me quejo.

Cada una de sus palabras era una ofensa para mí. Con o sin razón, volví a atacarlo.

—Le he oído reconocer que el dueño y su esposa son personas muy serviciales —dije—. ¿Por qué no les pide que le permitan prepararse su sopa y aliñar sus ensaladas?

Me pregunté si lograría atraer su atención con esto. Incluso en estas páginas privadas, a mi estima personal le resulta difícil confesar lo que sucedió a continuación. Logré recordarle a Philip que tenía razones para pedirme que abandonara la habitación.

—¿Me excusará usted, señorita Helena —dijo—, si le pido licencia para hablar en privado con el señor Gracedieu?

Confío en haber hecho lo correcto. Me puse de pie y esperé hasta ver si mi padre intervenía. Éste miró a Philip con aire de sospecha, y también de sorpresa, en el rostro.

—¿Podría preguntarle —dijo con frialdad— cuál es el motivo de esta entrevista?

—Sin duda —respondió Philip—, cuando estemos a solas.

Esta respuesta fría colocó a mi padre ante dos alternativas; o accedía, o se hacía reo de un acto de descortesía para con un visitante en su propio hogar. Para mí, las posibilidades eran aún menores: tenía que decidir entre que me ordenaran salir o irme por mi propia voluntad. Por supuesto, los dejé a solas.

La puerta que comunicaba con la habitación contigua estaba entornada, pero no cerrada. Al otro lado encontré a Eunice.

—¿Escuchando detrás de la puerta! —le susurré al oído.

—Sí —me susurró a su vez—. ¡Y tú escucha también!

Estaba tan indignada con Philip, y tan profundamente interesada en lo que se desarrollaba en el estudio, que cedí a la tentación. Ambas nos rebajamos. Ambas escuchamos.

Habló primero el infame enamorado de Eunice. A juzgar por el cambio de su voz,

debe haber visto algo en el rostro de mi padre que lo intimidó. Eunice también lo oyó.

—Se está poniendo nervioso —susurró—; olvidará decir lo justo en el momento justo.

—Señor Gracedieu —comenzó Philip— desearía hablarle a propósito...

Mi padre lo interrumpió:

—Ahora estamos a solas, señor Dunboyne. Quiero saber por qué me consulta usted en privado.

—Tengo mucha ansia por consultarle, señor, sobre un tema...

—¿Qué tema? ¿Alguna dificultad de orden religioso?

—No.

—¿Algo que pueda hacer por usted en el pueblo?

—De ningún modo. Si usted me permite...

—Aún aguardo, señor, para saber de qué se trata.

La voz de Philip de pronto se tornó colérica.

—De una vez por todas, señor Gracedieu —dijo—, ¿me dejará usted hablar? Es acerca de su hija...

—¡Ni una palabra más, señor Dunboyne! —la voz de mi padre era ahora tan fuerte como la de Philip—. No deseo sostener una conversación en privado con usted sobre mi hija.

—Si tiene usted alguna objeción personal en mi contra, señor, le suplico que me la diga con claridad.

—No tiene ningún derecho a pedirme que lo haga.

—¿Se niega a hacerlo?

—Por completo.

—No es usted muy cortés, señor Gracedieu.

—Si hablo sin ceremonias, señor Dunboyne, sólo usted es el culpable.

Philip respondió a esto con un tono de salvaje ironía.

—Es usted ministro religioso y un anciano. Dos privilegios, y de ambos se aprovecha. Buenos días.

Me retiré a un rincón, justo a tiempo de evitar que descubriera que había estado escuchando. Eunice no se movió. Cuando Philip se precipitó en la habitación, dando un portazo, se lanzó impulsivamente sobre su pecho:

—¡Ay, Philip, Philip! ¿Qué has hecho? ¿Por qué no mantuviste la calma?

—¿Oíste lo que me dijo tu padre? —preguntó.

—Sí, querido; pero debiste controlarte, debiste hacerlo por mí.

Aún lo rodeaba con sus brazos. Me percaté de que Philip sentía su influencia.

—Si quieres que recobre la calma —le dijo con dulzura—, es mejor que me dejes ir.

—¡Ay, Philip, qué cruel, dejarme cuando me siento tan desdichada! ¿Por qué

quieres irte?

—Acabas de decirme lo que debía haber hecho —respondió todavía conteniéndose—. Si debo mostrar mejor humor, es preciso que me quede a solas.

—Nunca hablé de tu humor, mi amor.

—¿No me pediste que me controlara?

—¡Ah, sí! Regresa donde está papá y suplícale que te perdone.

—¡Antes lo mando al infierno!

Si hubo alguna vez una joven tan tonta como para merecer una respuesta como esa, esa joven era mi hermana. Hasta ese momento me había abstenido (con cierta dificultad) de intervenir. Pero cuando Eunice intentó seguir a Philip al abandonar éste la casa, no dudé más; la retuve.

—Tonta —le dije—; ¿acaso no has causado ya bastante problemas?

—¿Qué debo hacer? —exclamó, indefensa.

—Haz lo que te pedí ayer: espera.

Antes de que pudiera responder o añadir algo más, la puerta que da al descanso se abrió suave y sigilosamente y la señorita Jigall atisbó hacia adentro. Eunice me dejó de inmediato y corrió hacia la entrometida solterona. Intercambiaron algunos susurros. El brazo flaco de la señorita Jigall rodeó la cintura de mi hermana; desaparecieron juntas.

Me sentí más que feliz de verme libre de ambas y de disponer de una oportunidad para escribirle a Philip. Insistí en que me diera una explicación de su conducta mientras permanecí en el estudio, explicación que me debía proporcionar en el plazo de una hora en el lugar que le indicaba. «*No debes tratar de justificarte por escrito*», añadí para terminar. «*Que tu respuesta consista simplemente en informarme si puedes asistir a la cita. El resto, cuando nos veamos*».

María llevó la carta al hotel, con instrucciones de esperar.

La respuesta de Philip me llegó sin demora. Se comprometía a justificarse, como yo deseaba, y a asistir a la cita. Estoy convencida de que el incidente de hoy decidirá su futuro y el mío.

CAPÍTULO XXVII

Diario de Eunice

Soy, a qué dudarlo, un ser muy infortunado; todo me sale mal. Mi buena y leal amiga, mi querida Selina, se ha convertido en el objeto de una duda odiosa que albergo en el rincón más secreto de mi mente. Temo que me oculta algo.

Hablando con ella sobre mis problemas, me enteré de que le había vuelto a escribir a la señora Tenbruggen. El motivo de la carta era contarle a su amiga mi compromiso con el joven señor Dunboyne. Le pregunté por qué lo había hecho. La respuesta fue que, en el estado actual de mis asuntos, era imposible saber cuándo necesitaría los consejos de una mujer inteligente. Supongo que debí haberme sentido satisfecha. Pero me pareció que quedaba algo no totalmente explicado.

Y de nuevo, tras contarle a Selina lo que oí en el estudio, y con cuánta rudeza me había hablado Philip después, le pregunté qué pensaba de ello. Su respuesta me resultó incomprensible:

—Mi dulce niña, no debo pensar en ello; te quiero demasiado.

Resultó imposible lograr que me explicara qué quería decir. Empezó a hablar de Philip; me aseguró (lo cual era totalmente innecesario) que había hecho todo lo posible por darle fuerzas y aliento antes de su visita a papá. Cuando le pedí una nueva ayuda —esto es, cuando quise averiguar dónde se encontraba Philip en ese momento— no supo ofrecerme ningún consejo. Le dije que no gozaría de un momento de tranquilidad hasta que no me reconciliara con mi amor. Se limitó a sacudir la cabeza y a decir que lo lamentaba por mí. Cuando di con la idea de llamar a María, esa mujercita tan brillante, tan rápida y tan deseosa de ayudarme en otros momentos, dijo:

—Haz lo que quieras, querida —y se volvió hacia el piano (próximo a donde me encontraba sentada) y tocó mal y muy suave unas tontas cancioncitas.

—María, ¿le abriste la puerta al señor Dunboyne cuando salió hace un momento?

—No, señorita.

¡Más mala suerte! Librada a mis propios recursos, habría dejado ir a la doncella. Pero Selina se las ingenió para darme una pista, siguiendo un extraño plan que sólo ella conocía. Todavía al piano, comenzó a confundir hablar para sí misma con tocar para sí misma. Las notas hacían *tin, tin* y la lengua mezclaba palabras con notas de la siguiente forma:

—¿Quizás en la cocina hayan estado hablando de Philip?

Entendí su insinuación. Le dije a María, que permanecía de pie en el otro extremo de la habitación, cerca de la puerta:

—¿Tienes idea de hacia dónde se dirigió el señor Dunboyne cuando se marchó?

—Sé dónde estaba hace media hora, señorita.

—¿Dónde estaba?

—En el hotel.

Selina continuó con sus indicios lo mismo que antes.

—¿Cómo lo sabe; ah, cómo lo sabe? —fue esta vez la parte vocal de su ejecución.

Mis sagaces preguntas siguieron como antes a dicha parte vocal:

—¿Cómo sabes que el señor Dunboyne estaba en el hotel?

—Me enviaron allí con una carta para él, y esperé la respuesta.

Esta vez no necesité ninguna insinuación. La única pregunta posible era:

—¿Quién te envió?

María contestó después de expresarme una condición:

—¿No me delatará, señorita?

Prometí que no la delataría. De repente, Selina dejó de tocar.

—Bien —repetí—, ¿quién te envió?

—La señorita Helena.

Selina se volvió para mirarme. Sus ojitos parecieron de pronto haberse vuelto grandes, tan extrañamente fijos se posaron sobre mi rostro. No sé si estaba asustada o extrañada. En cuanto a mí, sencillamente perdí el uso de la palabra. María, dado que ya no tenía más preguntas que responder, nos dejó a solas con discreción.

¿Por qué le escribiría Helena a Philip, sobre todo sin comentármelo? He ahí un enigma que no podía resolver. Le pedí a Selina que me ayudara. Al menos podría haberlo intentado, pensé; pero se mostró incómoda y se excusó.

Dije:

—¿Supongamos que voy donde está Helena y le pregunto por qué le escribió a Philip?

Y Selina dijo:

—Supongamos que lo haces, querida.

Volví a llamar a María con la campanilla.

—¿Sabes dónde está mi hermana?

—Acaba de salir, señorita.

No había más remedio que esperar a que regresara, y pasar el tiempo hasta entonces lo mejor posible. A no ser por una circunstancia, no habría sabido qué hacer. Lo cierto es que me sentía avergonzada cuando recordaba que había escuchado detrás de la puerta del estudio. Curiosas ideas nos asaltan, no se sabe cómo ni por qué. Me pareció que podía compensar hasta cierto punto mi mezquindad al escuchar detrás de la puerta si iba donde papá y me ofrecía para acompañarlo en su soledad. Si entablábamos una conversación agradable, podría poner en práctica una idea astuta: mi intención era interceder con unas palabras a favor del pobre Philip.

Cuando le confié mi plan a Selina, cerró el piano y atravesó corriendo la

habitación hasta llegar a mi lado. Pero por alguna razón aún no era la Selina de siempre.

—Niña angelical, siempre estás en lo justo. Vuelve a mirarme, Eunís. ¿Comienzas a dudar de mí? ¡Ay, mi amor, no lo hagas! No sería justo. No puedo soportarlo, ¡no puedo soportarlo!

Tomé su mano; estaba a punto de hablarle con la bondad que merecía. De súbito me arrancó su mano y corrió de regreso al piano. Cuando se sentó en la banqueta, su rostro me quedó oculto. En ese momento, emitió un sonido extraño: comenzó como una carcajada y terminó como un sollozo.

—¡Corre donde tu papá! No te preocupes por mí; soy impulsiva; ¡ja! ¡ja! ¡ja!, un poco histérica; el estado del tiempo; me libro de esas debilidades, querida, cantando para mí misma. Tengo una canción favorita: «Mi corazón no tiene pesadumbres, mi voluntad es libre»; ¡vete!, ¡ah, por Dios, vete!

Por supuesto, había oído hablar de la histeria, pero nunca la había presenciado. ¿Qué podía haber sucedido que le produjera ese extraordinario estado de agitación?

¿Tenía algo que ver con él la carta de Helena? ¿Se habría indignado mi hermana con Philip por haber lanzado maldiciones en mi presencia y le habría escrito una carta airada, inspirada en su celo por mí? Pero no era posible que Selina hubiera visto la carta; y Helena (quien a menudo es dura conmigo cuando cometo tonterías) me había mostrado poca indulgencia cuando fui tan infortunada como para irritar a Philip. Me rendí ante el inútil intento de adivinar la verdad y me fui para olvidar mis problemas, si eso era posible, en compañía de mi padre.

Después de tocar dos veces a la puerta del estudio sin recibir respuesta, me aventuré a mirar hacia adentro.

El sofá de la habitación quedaba en el extremo opuesto a la puerta. Papá descansaba en él, pero no con comodidad. Sus pies se movían convulsivamente, y agitaba los brazos para aquí y para allá como si no encontrara ninguna postura cómoda para ellos. Pero lo que me asustó fue lo siguiente: ¡sus ojos, que miraban fijamente en dirección a la puerta por la cual yo había entrado, tenían una expresión inquisitiva, como si realmente no me reconociera! Me quedé a medio camino entre la puerta y el sofá, dudando acerca de la conveniencia de acercarme más.

Dijo:

—¿Quién es? —y eso a mí, a su propia hija. Añadió—: ¿Qué desea?

Realmente, no podía soportarlo. Me acerqué a él. Dije:

—Papá, ¿has olvidado a Eunice?

Mi nombre pareció (si es que es posible decir algo así) hacer que su mente regresara a su cuerpo. Se sentó en el sofá, y rió al responderme.

—Mi querida hija, ¿qué tontería se ha introducido en tu linda cabecita? ¡Pensar que me he olvidado de mi propia hija! Estaba sumido en mis pensamientos, Eunice.

Era, en el momento en que entraste, lo que llaman un hombre ausente. ¿Te conté alguna vez la historia del hombre ausente? Fue a visitar a un conocido; y cuando el sirviente le preguntó «¿Su nombre, caballero?», no supo qué responder. Se vio obligado a contestar que había olvidado su propio nombre. El sirviente dijo: «Eso es muy extraño». El hombre ausente se recuperó de inmediato. «¡Eso mismo!» dijo; «mi nombre es Extraño.» Chistoso, ¿no es cierto? Si hubiera ido yo a visitar a un amigo hoy, es posible que hubiera olvidado mi nombre también. Muchas cosas en las que pensar, Eunice; demasiadas cosas en las que pensar.

Se incorporó del sofá con un suspiro, como si estuviera cansado de él, y empezó a caminar de un lado a otro. Parecía incluso de buen humor.

—Y bien, querida —dijo—, ¿qué puedo hacer por ti?

—Vine aquí, papá, para ver si podía yo hacer algo por ti.

Miró hacia un grupo de páginas que estaba sobre la mesa. Estaban escritas (siguiendo el dictado de mi padre) con la letra de mi hermana.

—Debo proseguir mi trabajo —dijo—. ¿Dónde está Helena?

Le dije que había salido y le rogué que me permitiera hacer lo posible por ocupar su lugar.

La petición pareció complacerle; pero quería tiempo para pensar. Aguardé; me percaté de que, gradualmente, su rostro empezaba a mostrar signos de preocupación y ansiedad. Sus ojos parecían mirar a la nada, y eso me apenó; tuve la impresión de que de nuevo vagaba lejos de mí.

—Lee la última página —dijo, señalando al manuscrito sobre la mesa—; no recuerdo dónde me quedé.

Busqué la última página. Hasta donde pude darme cuenta, tenía que ver con una publicación que les recomendaba a personas religiosas afines a nuestra manera de pensar.

Antes de que hubiera yo podido leer la mitad, empezó a dictarme, tan rápido que mi pluma no siempre podía seguirlo. Cuando me apresuro, mi letra es pésima. Para empeorar las cosas, me sentía confundida. Lo que decía ahora no parecía tener nada que ver con lo que yo había leído.

Permítaseme intentar recordar lo sustancial.

Comenzó de la manera más sorprendentemente súbita preguntando:

—¿Por qué temer que se descubra, cuando se ha tomado todo posible cuidado para evitarlo? El peligro proveniente de acontecimientos inesperados era mucho más intranquilizador. El honor puede forzar a un hombre a revelar aquello que ha sido la principal preocupación de su vida mantener oculto. Por ejemplo, ¿permitiría que una persona inocente fuera víctima de una deliberada omisión de la verdad, por más justificable que pueda parecer dicha omisión? Por otra parte, una confesión honorable puede producir consecuencias temibles. Puede ocurrir un cruel sacrificio de tiernos

afectos; puede que se produzca una espantosa traición a esperanzas y confianza inocentes.

Recuerdo esas últimas palabras, y el momento en que las dictaba, porque súbitamente se detuvo; mi pobre papá se veía angustiado y confundido. Se llevó una mano a la cabeza y regresó al sofá.

—Estoy cansado —dijo—. Espera mientras descanso.

En unos minutos se durmió. Se sumió en un reposo profundo; y aunque no creo que haya durado mucho más de media hora, cuando despertó se había operado en él una mejoría maravillosa. Hablaba en voz baja y con amabilidad; y cuando se acercó a la mesa y vio la página que yo había escrito, sonrió.

—¡Ay, querida, qué mala letra! No puedo leer lo que yo mismo te mandé escribir. ¡No! ¡No! No te aflijas. No estás acostumbrada a tomar dictado; y estoy seguro de que fui demasiado rápido para ti —me besó y me dio ánimos—. Sabes cuánto quiero a mi niñita —dijo—; me temo que quiero a mi Eunice un poquitito más que a mi Helena. ¡Ah, empiezas a verte un poco más contenta!

Me había proporcionado tanta confianza y tanto placer que no pude evitar pensar en mi amado. Ay, ¿cuándo aprenderé a desconfiar de mis sentimientos? La tentación de decir algo a favor de Philip dominó la poca prudencia que poseo.

Le dije a papá:

—Si supieras cómo hacerme sentir más feliz que nunca en mi vida, ¿lo harías?

—Por supuesto que lo haría.

—Entonces envía por Philip, querido, y esta vez sé un poco más amable con él.

Su rostro pálido se puso rojo de ira; me apartó de un empujón.

—¡De nuevo ese hombre! —exclamó—. ¿Dejaré algún día de oír hablar de él? Vete, Eunice. No te necesito —cogió en sus manos la lamentable página que había yo escrito y la ridiculizó con una risa amarga—. ¿Para qué sirve esto? —la estrujó con sus manos y la lanzó al fuego.

Salí corriendo de la habitación en tal estado de aflicción que casi no sabía lo que hacía. Si una persona dura de corazón me hubiera abordado con una taza de veneno, y me hubiera dicho: «Eunice, no mereces seguir viviendo, bebe esto», creo que la habría bebido. En lo único que podía pensar era en regresar junto a Selina. Me seguía persiguiendo la mala suerte: había desaparecido. Miré a un lado y a otro, desvalida, sin ninguna idea de qué hacer a continuación, tan atontada, puedo incluso decir, que pasó algún tiempo antes de que notara una notita doblada en tres sobre la mesa a cuyo lado me encontraba. La nota estaba dirigida a mí:

Queridísima Eunís: He tratado de serte útil y he fracasado. Pero, ¿cómo podría presenciar el triste espectáculo de tu infelicidad y no sentir el impulso de volver a intentarlo? Me dirijo al hotel a buscar a Philip y a traértelo convertido en un hombre

arrepentido y fiel. Espérame y confía en que sucederán grandes cosas. Cien mil besos para mi dulce Eunís.

S.J.

¡Esperarla tras haber leído esa nota! ¿Cómo podía ocurrírsele? No tenía otra opción más que seguirla y encontrar a Philip. En un minuto estaba ya en marcha hacia el hotel.

CAPÍTULO XXVIII

Diario de Helena

Al mirar lo último que había escrito en mi diario, confirmo que anticipé que el incidente de hoy decidiría el futuro de Philip y el mío. Esa afirmación fue profética. Todo ocultamiento ha llegado ahora a su fin.

Obligada por el destino o ayudada por la casualidad, Eunice ha descubierto la infidelidad de su enamorado. «Según toda probabilidad humana» (como dice mi padre en sus sermones), seremos enemigas hasta la muerte.

A diferencia de Eunice, no se sospecha de mí que concierte citas con un enamorado. Así que soy libre para salir sola e ir adonde me plazca. Philip y yo llegamos puntualmente a nuestra cita esta tarde.

El lugar de nuestro encuentro era un rincón apartado del parque del pueblo. Encontramos un asiento rústico en nuestro retiro, allí ubicado (es de suponer) como una concesión al gusto de los visitantes que prefieren la soledad. Nuestra vista se veía interrumpida por el muro y la baranda del parque, y a un lado, muy próxima a nuestro asiento, había una linda arboleda de troncos jóvenes. No quedaba cerca ninguna verja de entrada; ningún sendero para carruajes cruzaba el pasto. Resultaría difícil encontrar en la mayoría de los parques públicos un rincón más seguro y solitario para una conversación entre dos personas que desean estar a solas. Se dice que los enamorados lo conocen bien, y que gustan de él sobre todo de noche. Nosotros llegamos a plena luz del día y allí estaba, listo para que lo ocupáramos.

Mis recuerdos de lo que sucedió entre nosotros se ven enturbiados, hasta cierto punto, por la formidable interrupción que puso fin a nuestra charla.

Pero, entre otras cosas, recuerdo que al principio no le demostré ninguna compasión. A veces me mostraba indignada, otras, desdeñosa. Le manifesté, en lo que concernía al motivo por el cual me reunía con él, que había cambiado de idea. Y que había decidido acortar una entrevista desagradable renunciando a mi derecho a una explicación y diciéndole adiós. Eunice, apunté, era quien más derechos tenía sobre él; Eunice tenía muchas más probabilidades que yo de convenirle como compañera para toda la vida.

—En resumen —dije para concluir—, por una vez mi inclinación coincide con mi deber y deja a mi hermana en posesión absoluta del señor Dunboyne hijo —con este comentario satírico me puse de pie para decirle adiós.

Mi única intención era irritarlo. Me demostró una capacidad de controlar su cólera que no había previsto.

—Ten la amabilidad de volver a sentarte —dijo en voz baja.

Sacó mi carta de un bolsillo y señaló la parte en la cual aludía a su conducta

cuando nos encontramos en el estudio de mi padre.

—Me has ofrecido la oportunidad de decir unas palabras en mi defensa —continuó—. Aprecio demasiado ese privilegio para consentir que me lo retires sólo porque has cambiado de idea. Permíteme al menos decirte qué me proponía cuando visité a tu padre. Aunque te quiero a ti y sólo a ti, me había forzado a mí mismo a hacer un último esfuerzo por ser fiel a tu hermana. Recuerda eso, Helena, y dime entonces: ¿es tan extraordinario que me sintiera fuera de mí cuando te encontré *a ti* en el estudio?

—Cuando dices que estabas fuera de ti —dije—, ¿quieres decir que te sentías avergonzado?

Eso lo tocó.

—No quiero decir nada que se le parezca —exclamó—. Después del infierno en que he estado viviendo entre vosotras dos, no hay hombre que tenga en sí virtud suficiente para sentir vergüenza. Todo hombre que pase por ello llegará al borde de la locura, eso es. ¡Piensa en mi posición! Estaba decidido a no verte nunca más; había decidido (si me casaba con Eunice) quitarme esta vida miserable cuando ya no pudiera soportarla. En ese estado, cuando el cumplimiento de mi sentido del deber dependía de que hablara a solas con el señor Gracedieu, ¿cuál es el primer rostro que veo al entrar en la habitación? Si me hubiera atrevido a mirarte o a hablarte, ¿qué crees que habría sucedido con mi decisión de aceptar el sacrificio?

—¿Y qué ha sucedido con ella ahora? —pregunté.

—Dime primero si me has perdonado —dijo—, y lo sabrás.

—¿Mereces que te perdone?

Cabezas más sabias que la mía ya han descubierto que las personas débiles siempre van a los extremos. Hasta el momento, había visto a Philip en el extremo de la vanidad y la violencia. Ahora se desplazó rápidamente hacia el extremo de la tristeza y la resignación. Cuando le pregunté si merecía que lo perdonara su respuesta fue la más humilde: suspiró y no pronunció palabra.

—Si me atuviera a mi deber para con mi hermana —le recordé—, debería negarme a perdonarte y enviarte de vuelta a Eunice.

—El lenguaje y la conducta de tu padre —respondió—, me han liberado de ese compromiso. Nunca podré volver a Eunice. Si te niegas a perdonarme, ni tú ni ella volveréis a saber de Philip Dunboyne; te lo prometo. ¿Estás satisfecha ahora?

Después de oponerme resueltamente, sentí que empezaba a ceder. ¡Qué desvalidas y débiles criaturas son las mujeres cuando un hombre les ha encendido la imaginación! Percibía toda su vacilante debilidad, y aun así, con los ojos bien abiertos, confié en él. Escribo frente al espejo. Me muestra a una Helena despreciable.

Mentí y dije que estaba satisfecha, sólo para complacerlo.

—¿Me has perdonado? —preguntó.

No vale la pena contarlo. Por supuesto que lo perdoné. ¡Cuán buena cristiana soy, después de todo!

Tomó mi mano, que estaba presta a dejarse tomar.

—Mi amor —dijo—, nuestro matrimonio depende de ti. Lo apruebe o no tu padre, la decisión es tuya; tómame y seré tuyo para toda la vida.

Me deben de haber obnubilado su voz y su mirada; mi corazón debe de haber estado ardiendo bajo la presión de su mano en la mía. ¿Fue el pudor o el control sobre mí misma lo que me abandonó? Dejé que me tomara en sus brazos. Lo besé una, otra y otra vez. Estábamos sordos a lo que debimos oír; estábamos ciegos a lo que debimos ver. Antes de que tomáramos conciencia de un movimiento entre los árboles, fuimos descubiertos. Mi hermana se abalanzó sobre mí como una fiera. Sus manos frenéticas se aferraron a mi garganta. Philip se incorporó de un salto. Cuando la tocó para apartarla de mí, la fuerza arrolladora de Eunice se transformó en un instante en total abandono. Sus brazos cayeron inútiles a sus costados, inclinó la cabeza, lo miró presa de un silencio que era terrible en un momento como ese. Philip se apartó del insoportable reproche de esos ojos secos. Mezquino, se alejó de ella. Mezquina, lo seguí. Al mirar atrás un instante, la vi dar un paso al frente, quizás para detenerlo, quizás para hablarle. El empeño fue superior a sus fuerzas; retrocedió tambaleándose hasta apoyarse en el tronco de un árbol. Como extraños, caminando separados el uno del otro, la dejamos en compañía de la espantosa traidora, que era mi enemiga y su amiga.

CAPÍTULO XXIX

Diario de Helena

Al llegar a la calle que conduce al hotel de Philip nos dirigimos la palabra por primera vez.

—¿Qué haremos ahora? —dije.

—Abandonar este lugar —respondió.

—¿Juntos? —pregunté.

—Sí.

Abandonarnos (por un tiempo) el uno al otro, después de lo sucedido, podía ser lo más sabio para un hombre colocado en la crítica situación de Philip. Pero si iba con él —desprovista, como estaba, de amigas de mi propio sexo cuyo carácter y presencia pudieran sancionar el paso que daba— estaría perdida, más allá de cualquier posible redención. ¿Existe acaso algún hombre digno de ese sacrificio? Pensé en la casa de mi padre cerrada para mí, y en nuestros amigos avergonzados de mi conducta. Antes, en mi diario, he reconocido que no tengo mucha paciencia con los quehaceres domésticos. Pero la posibilidad de que Eunice ocupara la posición de ama de casa, con mi poder, en mi lugar, era más de lo que podía contemplar en calma.

—No —le dije a Philip—. En un momento como este, tu ausencia nos puede ayudar a ambos; pero, suceda lo que suceda, yo debo permanecer en mi hogar.

Cedió sin intentar hacerme cambiar de idea. En su manera de conducirse había un hosco sometimiento que no resultaba agradable de contemplar. ¿Desesperaba ya de él y de mí? ¿Habría despertado Eunice los acechantes demonios de la vergüenza y el remordimiento?

—Quizás tengas razón —dijo lúgubre—. Adiós.

La ansiedad me hizo plantearle la pregunta clave sin vacilación alguna.

—¿Es adiós para siempre, Philip?

Su respuesta me tranquilizó de inmediato:

—¡No lo quiera Dios!

Pero yo deseaba más:

—¿Aún me amas? —insistí.

—¡Con más ardor que nunca!

—¡Y, sin embargo, me dejas!

Palideció.

—Te dejo porque tengo miedo.

—¿Miedo de qué?

—Miedo de volver a afrontar a Eunice.

Se me ocurrió en ese momento la única salida que veía a nuestras dificultades.

—Supongamos que pueda convencer a mi hermana de que renuncie a ti —insinué—. ¿Regresarías a nuestro lado en ese caso?

—¡Sin duda!

—¿Y le pedirías a mi padre que consintiera en nuestro matrimonio?

—El día de mi regreso, si quisieras.

—Supón que encontramos obstáculos —dije—. Supón que pasa el tiempo y que pierdes la paciencia, ¿todavía te considerarías comprometido conmigo?

—Comprometido contigo —respondió—, a pesar de los obstáculos y a pesar del tiempo.

—Y mientras permanezcas lejos de mí —me aventuré a añadir—, ¿nos escribiremos?

—Vaya adonde vaya —dijo—, siempre tendrás noticias mías.

No podía pedir más, ni podía él conceder más. Era evidente que la impresión que le había producido el terrible arrebato de Eunice era mucho más grave de lo que yo había anticipado. Yo misma me sentía deprimida e intranquila. No intercambiamos expresiones de ternura. Hubo algo horrible en nuestra yerma despedida. Nos limitamos a apretarnos las manos al partir. Él tomó su camino y yo el mío.

Hay ocasiones en las cuales las mujeres dan ejemplo de valentía a los hombres. Estaba presta a soportar lo que me sucediera al llegar a casa. ¡Qué despreciable, quizás dirían algunos si pudieran leer este diario!

María me abrió la puerta; dijo que mi hermana ya había regresado, acompañada por la señorita Jigall. Aparentemente se había producido entre ellas una discusión antes de entrar en la casa. Eunice había intentado seguir hacia otro lugar; y la señorita Jigall se lo había impedido. María la había oído decir: «No, te rebajarías» y, con eso, había conducido a Eunice hacia el interior de la casa. Comprendí, por supuesto, que había evitado que mi hermana siguiera a Philip al hotel. Probablemente me esperaba una fuerte discusión. Me fui directamente a la habitación, esperando encontrar allí a Eunice, y preparada para desafiar la tormenta que podía desatarse. En el extremo de la habitación que correspondía a Eunice, una mujer sacaba vestidos del guardarropa. Sólo veía su espalda, pero resultaba imposible no reconocer esa figura: la señorita Jigall.

Colocó los vestidos sobre la cama de Eunice sin darse por enterada de mi presencia. Con un gesto silencioso y significativo, le señalé la puerta. Continuó su tarea con tanta frescura como si se tratara de su habitación y no de la mía; me acerqué a ella y le hablé con toda claridad.

—Me obliga a recordarle —dije—, que no está en su cuarto —aguardé unos momentos y me percaté de que no había producido ningún efecto—. Incluso si estuviera dispuesta —continué— a hacer concesiones debido a las desagradables peculiaridades de su carácter, no puedo permitir una intrusión cometida por una espía.

¿Me entiende ahora?

Recorrió el cuarto con la vista.

—No veo aquí a una tercera persona —dijo—. ¿Puedo preguntarle si se dirige a mí?

—A usted me dirijo.

—¿Sería tan amable, señorita Helena, de explicarse?

La moderación en el lenguaje habría sido un desperdicio tratándose de esta mujer.

—Usted me siguió hasta el parque —dijo—. Fue usted quien me encontró con el señor Dunboyne y quien me traicionó ante mi hermana. Usted es una espía y lo sabe. Ahora mismo no se atreve a mirarme a los ojos.

Por fin brotó su insolencia. Permítaseme escribirlo, para pagarle con la misma moneda cuando llegue el momento.

—Muy cierto —contestó—. Temo que si me atreviera a mirarla a los ojos no podría responder de mí misma. Me educaron como una dama, y deseo comportarme a esa altura incluso en compañía de un ser despreciable como usted. No hay ni una palabra de verdad en lo que ha dicho de mí. Fui al hotel en busca del señor Dunboyne. ¡Ah, puede reír con sarcasmo! No poseo sus atractivos, ni el vil uso que ha hecho usted de ellos. Mi objetivo era recordarle a ese infame joven su deber para con mi encantadora y agraviada Eunís. El sirviente del hotel me informó que el señor Dunboyne había salido. ¡Ah, tenía en el bolsillo medios para persuadirlo! El hombre me guió hacia el parque, como había guiado antes al señor Dunboyne. Fue sólo cuando encontré el lugar que oí a alguien a mis espaldas. La pobre inocente Eunís me había seguido hasta el hotel y allí la orientaron, como me orientaron a mí. Sólo Dios sabe cómo traté de persuadirla de que regresara y cuán terriblemente asustada me sentía. ¡No! No me seguiré afligiendo con una sola palabra más. Sería demasiado humillante dejar que viera usted a una mujer decente bañada en lágrimas.

¡Gracias a Dios, su hermana tiene genio suficiente! No dormiré con usted en la misma habitación; no desea volver a ver su falso rostro. Me llevo conmigo los vestidos y las cosas de la pobre inocente, ¡y siendo como soy una persona religiosa, aguardo, aguardo con confianza el juicio que caerá sobre usted!

Agarró todos los vestidos; algunos los llevaba en los brazos; otros caían sobre sus hombros, y uno de ellos le coronaba la cabeza. Totalmente cubierta por la ropa, salió a trompicones de la habitación como un taller de costura ambulante. Tengo que agradecerle a la infeliz un instante de auténtica diversión en momentos de ansiedad devoradora. Dicen que el más mezquino de los insectos tiene su utilidad en este mundo; ¿por qué no la tendría la señorita Jigall?

Al cabo de media hora un acontecimiento inesperado me dio alientos. Recibí noticias de Philip.

A su regreso al hotel lo esperaba un telegrama. El señor Dunboyne padre había

llegado a Londres, y Philip había hecho preparativos para reunirse con él tomando el próximo tren. Me enviaba su dirección y me suplicaba que le escribiera y le enviara las noticias de casa con el correo del día siguiente.

¡Bienvenido, tres veces bienvenido el señor Dunboyne padre! Si Philip logra, con mis consejos, situarme en lugar favorable en la estimación de ese anciano rico, su presencia y su autoridad pueden conseguirnos lo que no podemos conseguir nosotros. He aquí sin dudas una influencia a la cual se someterá mi padre, por más irrazonable o furioso que se sienta cuando conozca lo sucedido. Ya siento confianza en el futuro.

CAPÍTULO XXX

Diario de Eunice

Día y noche sufro una agonía que no me abandona; me refiero a la agonía del miedo.

Intento encontrar alguna ocupación inofensiva, que mantenga alejados los malos recuerdos. Si no lo logro, mi miedo me dice qué sucederá. Correré el peligro de enloquecer.

No me atrevo a confiar en ningún ser viviente. No sé lo que podrían pensar de mí los demás, o cuán pronto me encontraría quizás en un manicomio. En esta situación de indefensión, la duda y el temor parecen empujarme de nuevo hacia mi diario. Me pregunto si en él encontraré un empleo inocuo.

He oído decir que los ancianos pierden la memoria. ¡Qué no daría por ser vieja! ¡Yo recuerdo, ay, cómo recuerdo! Un día tras otro veo a Philip, veo a Helena, como los vi desde los árboles del parque. Los brazos de mi amado, que una vez me abrazaron, abrazan ahora a mi hermana. Ella lo besa, lo besa, lo besa.

¿No hay manera de que yo logre ver otra cosa? Quiero rescatar recuerdos que no me hagan arder la cabeza ni me desgaren el corazón. ¿Cómo hacerlo?

He probado los libros; ¡no! He probado salir a recorrer los comercios; ¡no! He probado a decir mis oraciones; ¡no! Y ahora hago un último esfuerzo; intento usar la pluma. De ella se desprenden letras negras que ocupan sus lugares sobre el papel blanco. ¿Me ayudarán mis letras negras? ¿Dónde puedo encontrar algo consolador que escribir? ¿Dónde? ¿Dónde?

Selina, pobre Selina, me tiene tanto cariño, me tiene tanta lástima. Cuando yo era feliz, ella era feliz también. Siempre me divirtió oír la hablar. ¡Ay, memoria, sé benigna conmigo! Sálvame de Philip y de Helena. Quiero recordar los días felices, cuando mi amiguita y yo chismorreábamos en el jardín.

No: los días del jardín no volverán. ¿En qué otra cosa puedo pensar?

eee

Las reminiscencias que trato de evocar se alejan de mí. Las otras reminiscencias que temo, llegan en tropel. ¡Todavía Philip! ¡Todavía Helena!

Pero Selina se mezcla con ellas. Volveré a intentar pensar en Selina.

¡Qué exquisitamente buena y qué paciente conmigo fue durante nuestro funesto regreso a casa desde el parque! ¡Y con cuánto afecto se disculpó por no haberme

advertido cuando comenzó a sospechar que mi hermana y mi peor enemiga eran una y la misma persona!

—Sé que me equivoqué, querida, al dejar que el amor y la lástima sellaran mis labios. Pero recuerda cuán feliz eras entonces. La idea de afligirte era más de lo que podía soportar; ¡te quiero tanto! Sí; comencé a sospechar de ellos desde el día en que se conocieron en la estación. Y me temo que pensé que era probable que fueras tan astuta como yo y lo hubieras notado también.

¡Ay, cuán ignorante era de mis verdaderos pensamientos y sentimientos! ¡De qué manera tan extraña se equivocan las personas con sus amigos más queridos! Sabiendo, como sabía, que no podía amar a otro hombre que no fuera Philip, ¿podía ser yo lo bastante malvada para suponer que él pudiera amar a otra mujer que no fuera yo?

Le expliqué a Selina lo que me había dicho cuando paseábamos por la orilla del río. ¿Olvidaré algún día esas palabras exquisitas?

«Desearía ser un hombre mejor, Eunice. Desearía ser lo bastante bueno para ser digno de ti.» Le pregunté a Selina si creía que me engañaba cuando me lo dijo. Selina me reconfortó al reconocer que debió haber hablado en serio en ese momento, y después me afligió al explicarme por qué lo pensaba.

—Amor mío, debes haberle dicho algo inocentemente, cuando estaban a solas, que le tocó la conciencia (cuando todavía tenía conciencia) y le hizo sentir vergüenza. Ah, lo querías demasiado para ver cómo empeoraba cuando tu vil hermana se le unía y volvía a posesionarse de él. Me dolía el corazón de verte tan confiada en ellos. Me preguntaste, pobrecita, si habían regañado, creíste que se habían cansado de caminar junto al río, cuando era de ti de quien se habían cansado, y te preguntaste por qué Helena lo había llevado a visitar la escuela. ¡Hija mía! Ella era el alma de la escuela, y tú no eras nadie. Su vanidad vio una oportunidad de que él te viera en una situación desventajosa con respecto a tu inteligente hermana. ¡Pierdo la cabeza, Eunís, sólo de pensar en ello! Toda mi fortaleza de carácter parece abandonarme. ¿Lo creerás? He desatendido al dulce bebé de la casita de al lado; incluso le he permitido a la señora Molly que se encargue de nuevo de su bebé. Si fuera yo quien redactara las leyes, Philip Dunboyne y Helena Gracedieu colgarían de la misma horca. Veo que te asusto. ¡No hablemos de eso! ¡Ah, no hablemos de eso!

¡Y heme aquí escribiéndolo! He hecho lo que había decidido no hacer. ¿Estaré perdiendo ya la cordura? Los nombres que trato de expulsar de mi memoria me miran a la cara desde las líneas que acabo de escribir. ¡De nuevo Philip! ¡De nuevo Helena!



Otro día, y algo nuevo para recordar que sin duda recordaré, por más que trate de evitarlo. Esta tarde me crucé con Helena en la escalera.

Se detuvo y me miró con una sonrisa maligna; extendió la mano.

—Es muy probable que nos encontremos a menudo mientras permanezcamos en la misma casa —dijo—; ¿no sería mejor que guardáramos las apariencias y fingiéramos querernos tanto como siempre?

No hice caso de su mano; no hice caso de su desvergonzada propuesta. Volvió a intentarlo:

—Después de todo, no es culpa mía si le gusto a Philip más que tú. ¿No te das cuenta? —seguí negándome a hablarle. Aun así insistió—. ¡Qué enojada te ves, Eunice! ¿Lamentas no haberme matado cuando me apretabas la garganta?

Dije:

—Sí.

Rió y se fue. Me vi obligada a sentarme en la escalera: tanto temblaba. Mi respuesta me asustó. Traté de saber por qué le había dicho que sí. No recuerdo haber tenido conciencia de que ello tuviera algún significado. Era como si otra persona hubiera dicho que sí, y no yo. Quizás me provocó y la palabra se me escapó antes de poder retenerla. ¿Podría haberla retenido? No lo sé.



Otra noche de insomnio.

¿Pasé esas horas de agonía escribiéndole cartas a Philip y después rompiéndolas? ¿O sólo imaginé que le escribía? Acabo de mirar la chimenea. El papel rasgado que hay en ella me indica que sí escribí. ¿Por qué rompí mis cartas? Habría podido enviarle una a Philip. ¿Después de lo que ha pasado? ¡No! ¡No!

Como había estado ausente muchos días de la clase de Sagradas Escrituras para señoritas, me pareció posible que regresar a la escuela y a la enseñanza me ayudara a huir de mí misma.

Nada me sirve. Me resultó imposible instruir a las jóvenes como de costumbre; su torpeza pronto hizo que mi paciencia llegara a su límite y que la rabia me sofocara. Una de ellas, una pobre criatura gorda de aspecto enfermizo, se echó a llorar cuando la regañé. Miré con envidia las lágrimas que corrían por sus grandes mejillas redondas. Si pudiera llorar, quizás soportaría mi suerte con resignación.

Di un rodeo para llegar a la casa; sentía que la falta de sueño me mataba poco a poco.

En High Street vi a Helena; echaba una carta al correo y no se percató de que yo

estaba cerca. Al abandonar el correo cruzó la calle y estuvo a punto de que la atropellaran. Si el accidente que la amenazó hubiera realmente sucedido, ¿cómo me habría sentido de ser fatal su resultado? ¡Qué tonta soy al hacerme preguntas sobre cosas que no han ocurrido!

La caminata me cansó; me fui derecho a casa.

Antes de que pudiera tirar de la campanilla, la puerta se abrió y salió el doctor. Se detuvo para hablarme. Mientras yo estaba afuera (dijo), algo había sucedido en la casa (ni sabía, ni quería saber qué) que había provocado en mi padre un estado de violenta agitación. El doctor le había administrado un tranquilizante.

—Mi paciente duerme ahora —me informó—; pero recuerda lo que dije la última vez que nos vimos; lo que necesita es un descanso prolongado, más que la prescripción de cualquier médico. Tú tampoco tienes buen aspecto, querida. ¿Qué te ocurre?

Le conté mis horribles noches de insomnio; y le pregunté si podía tomar un poco del tranquilizante que le había dado a mi padre. Me prohibió que tocara ni una gota.

—Lo que es un remedio para tu padre, tontita, no es un remedio para una muchacha joven como tú —dijo—. Cuenta hasta mil, si no puedes dormir esta noche, o da vuelta a la almohada. Te deseo dulces sueños.

Se retiró, divertido de su propia broma.

Me encontré a Selina, que me aguardaba para hablarme sobre el pobre papá.

Selina se había alarmado al oír su voz, fuerte y colérica. Ante el temor de que hubiera ocurrido algo grave, salió de su cuarto para averiguar qué pasaba y vio a Helena en el descanso inferior de la escalera, saliendo del estudio. Después de esperar a que mi hermana le dejara el paso libre, Selina se aventuró a asomarse a la puerta y preguntar si podía ayudar en algo. Mi padre, que caminaba agitado de un lado a otro de la habitación, le manifestó que sus dos hijas se habían comportado de manera deshonrosa, y que no permitiría que le volvieran a dirigir la palabra hasta que no recuperaran la cordura con respecto al tema del señor Dunboyne. No admitiría más explicaciones; y le había ordenado, y no pedido, a Selina, que lo dejara solo. Selina obedeció y a continuación trató de encontrarme; acababa de mirar en el comedor para ver si estaba allí cuando la asustó el ruido de una caída en la habitación de los altos, esto es, en el estudio. Regresó arriba corriendo, encontró a papá desmayado en el suelo y envió por el doctor.

—Y ten en cuenta —continuó Selina— que la persona que ha provocado este incidente es la que vi abandonando su estudio. Lo que tu morbosa hermana dijo para provocar a tu padre...

—Te lo dirá tu morbosa hermana personalmente —añadió la voz de Helena. Había abierto la puerta mientras estábamos tan absortas en nuestra conversación que no la oímos.

Selina intentó abandonar la habitación. La agarré de una mano y la contuve. Sentía temor de lo que podía yo hacer si me dejaba sola. Nunca he experimentado nada parecido al furor torturante que sentí cuando vi a Helena mirándonos con la misma sonrisa de maldad en los labios que me había resultado tan insultante cuando nos tropezamos en la escalera.

—¿Acaso tenemos nosotras algo de qué avergonzarnos? —le dije a Selina—. No te muevas de donde estás.

—Si se queda, señorita Jigall, puede usted resultar de utilidad —sugirió mi hermana—. Eunice parece temblar. ¿Estará furiosa o enferma?

Su tono de voz era venenoso. Es lo más difícil que he tenido que hacer en la vida, pero logré controlarme.

—Adelante con lo que tengas que decir —respondí—, y no te preocupes por mí.

—No eres muy cortés, querida, pero puedo encontrar disculpas para tu conducta. ¡Ah, vamos! ¡Vamos! Taparte los oídos con las manos es demasiado infantil. Harías mejor en expresar tu arrepentimiento por haber desorientado a tu padre. ¡Sí!, claro que lo desorientaste. Hace sólo unos días le hiciste suponer que estabas comprometida con Philip. Después de eso, era mi deber contarle la verdad; y si lamentablemente lo he irritado, la culpa es tuya. Fui muy cuidadosa con el lenguaje que empleé. Le dije:

«Querido padre, la información que has recibido sobre un asunto muy serio es errónea. El único compromiso matrimonial para el que se solicita tu bondadoso consentimiento es el mío. He aceptado convertirme en la señora de Philip Dunboyne.»

—¡Calla! —dije.

—¿Por qué debo callar?

—Porque tengo algo que decirte. Tú y yo nos miramos ahora. ¿Te dice algo mi rostro de lo que pasa por mi mente?

—Tu rostro parece más pálido que de costumbre —respondió—; eso es todo.

—No —dije—, eso no es todo. El demonio que me poseyó cuando te descubrí junto a Philip aún no ha sido expulsado. Haz que guarde silencio el demonio burlón que llevas dentro, o tal vez ambas vivamos para lamentarlo.

No sé decir si la asusté o no. Sólo sé lo siguiente: se volvió en silencio hacia la puerta y se fue.

Caí en el sofá. La espantosa hambre de venganza que sentí por primera vez al saber que Helena me había faltado empezó a rebajarme y a tentarme de nuevo. En mis esfuerzos por apartarme de este nuevo ser maligno en el cual me transformaba, intenté encontrar la simpatía de Selina y la llamé para que viniera y se sentara a mi

lado. Pareció asustarse cuando la miré, pero se recuperó, vino a mi lado y me tomó una mano.

—¡Desearía poder reconfortarte! —dijo a su modo simple y amable.

—Mantén mi mano en la tuya —le dije—; me ahogo en aguas oscuras y sólo a ti puedo aferrarme.

—¡Ay, querida, no hables así!

—¡Bondadosa Selina! ¡Querida Selina! Háblame. Di algo inofensivo, cuéntame una historia melancólica, trata de hacerme llorar.

Mi pobrecita amiga se veía penosamente azorada.

—Más probable es que lllore yo —dijo—. Todo esto es tan triste; casi desearía poder regresar a los tiempos anteriores a tu llegada a la casa, a los tiempos en que tu detestable hermana me hacía patente cuánto me odiaba. Me sentía yo contenta, mezquinamente contenta con la rencorosa diversión de provocarla. Ah, Eunís, ¡nunca volveré a recobrar el ánimo! Toda la conmiseración del mundo no sería conmiseración suficiente para contigo. ¡Te han tratado con tanta crueldad! ¡Y eres tan joven! ¡Estás tan desamparada! Tu buen padre demasiado enfermo para ayudarte; tu pobre madre...

La interrumpí; había logrado despertar mi interés en algo que no fuera mi propia infelicidad. Le pregunté si había conocido a mi madre.

—¡Querida niña, ni siquiera la vi nunca!

—¿Mi padre nunca te ha hablado de ella?

—Sólo en una ocasión, cuando le pregunté cuántos años hacía que había muerto. Me informó que la perdisteis cuando erais todavía niñas, y no dijo nada más. Ayer mismo estaba yo mirando su retrato en el estudio. Creo que debe ser un retrato muy malo; el rostro de tu madre me decepciona.

Yo había llegado a la misma conclusión años antes. Pero no me atreví a confesarlo.

—Sea como fuere —continuó Selina—, no te pareces a ella. Nadie podría adivinar que eres la hija de esa dama, con su gran frente huidiza y sus ojos de mirada esquiva.

Selina había dicho lo mismo sobre el retrato de mi madre que otros amigos antes que ella. No me interesaba oír su repetición, y, sin embargo, me hizo reflexionar en la falta de parecido entre el rostro de mi madre y el mío, y preguntarme (no por primera vez) qué tipo de mujer habría sido mi madre. Cuando mi padre habla de ella, ninguna palabra de elogio parece demasiada. ¡Ay, desearía parecerme un poco más a mi madre!

Comenzó a oscurecer; María trajo la lámpara. La repentina luminosidad de la llama lastimó mis ojos doloridos como si hubiera sido una cuchillada. Me vi obligada a esconder el rostro en el pañuelo. La compasiva Selina me suplicó que me fuera a la

cama.

—Descansa tus pobres ojos, hija mía, y tu cabeza extenuada, e intenta al menos dormir un poco.

La obedecí dócilmente; le di un beso y le deseé buenas noches. Tenía mis propias ideas acerca de qué debía hacer.

Cuando todo quedó en silencio en la casa, me deslicé hacia el pasillo y me quedé escuchando a la puerta del cuarto de mi padre.

Oí su respiración regular, abrí la puerta y entré. El tranquilizante que buscaba no estaba sobre la mesa, junto a su cama. Lo encontré en el armario, quizás colocado allí a propósito fuera de su alcance. Dicen que algunos remedios son venenos, si se ingieren en una cantidad demasiado grande. La etiqueta de la botella me indicó cuál era la dosis. La eché en el vaso de las medicinas, la tragué y volví junto a mi padre.

Con mucha suavidad, para no despertarlo, puse mis labios sobre la frente del pobre papá.

—Debo tomar un poco de tu medicina —musité—; la necesito tanto como tú, querido.

Entonces regresé a mi cuarto y me acosté en espera de que me sedara.

CAPÍTULO XXXI

Diario de Eunice

Mis noches de insomnio transcurren en el cuarto de Selina.

Su cama permanece junto a la ventana. Colocamos mi cama enfrente, junto a la puerta. Nuestra lámpara de noche queda oculta en un rincón, de modo que lo único que vemos es un tenue resplandor. ¡Sobre cuántas banalidades escribo! Pero se mezclan con lo que estoy decidida a dejar anotado en mi diario, para después cerrarlo para siempre.

No había interrumpido el envidiable reposo de mi amiga, ni cuando había salido del cuarto ni al regresar a él. La noche era tranquila y habían salido las estrellas. Todo estaba inmóvil, excepto el latir de mis sienes. Las luces y sombras de nuestra habitación en penumbra, que en otros momentos me sugieren extrañas semejanzas, ahora no me inquietaron. Yo habitaba una oscuridad propia, porque me había atado un pañuelo refrescado con agua sobre los ojos enfebrecidos. Nada interferiría con la influencia sedante de la dosis de tranquilizante que había tomado, si es que la medicina de mi padre me iba a proporcionar ayuda.

Comencé mal. El reloj del pasillo dio el cuarto, la media, los tres cuartos, la hora. El tiempo permanecía insomne, y yo permanecía insomne con el tiempo.

Era una prueba tal para mi paciencia que pensé en regresar al cuarto de mi padre y tomar una segunda dosis de la medicina, sin importarme el riesgo. Al tratar de levantarme me percaté de que había sufrido un cambio. Mis miembros experimentaban un embotamiento que parecía mantenerlos atados a la cama. Era la más extraña de las sensaciones. Mi voluntad decía, «levántate», y mis miembros, pesados, decían «No».

Me quedé tendida muy quieta, mientras por mi mente desfilaban pensamientos desesperados y me aproximaba cada vez más al final que había temido en los últimos días. Como he recibido una educación tan buena como la de la mayoría de las jóvenes, mis lecciones de historia me han familiarizado con el homicidio y el asesinato. Horrores que me había abstenido de leer en detalle antaño, en días de felicidad, volvían a mi memoria; y ahora me interesaban en vez de repugnarme. Recordé las tres primeras formas de matar que recordaba de mis libros de texto: una, mediante el puñal; otra, mediante el veneno; otra, en la cama, mediante la sofocación con una almohada. Esa noche espantosa nunca me vino a la mente lo que sí recuerdo ahora: el pasado tiempo de inocencia cuando nuestros amigos solían decir: «Eunice es una buena muchacha; todos queremos a Eunice». ¿Volveré alguna vez a ser la misma joven amable?

Mientras permanecía acostada y pensando, sucedió algo extraño. Philip, quien me

había perseguido durante días y noches, se desvaneció de mis pensamientos. Mis recuerdos del amor que había comenzado de forma tan luminosa y había terminado tan amargamente se borraron. Nada quedó, excepto mis horrendas visiones de venganza y muerte.

Durante un rato siguieron llegando a mis oídos las campanadas del reloj. Pero me costaba trabajo contarlas; terminé por dejar de prestarles atención. Poco después, la ronda de mis pensamientos comenzó a girar cada vez más lentamente. Las campanadas del reloj se apagaron. La ronda de mis pensamientos se detuvo.

Todo ese tiempo mis ojos permanecían aún cubiertos por el pañuelo con el cual me los había protegido.

La oscuridad comenzó a pesar sobre mi ánimo y a llenarme de desconfianza. Empecé a sospechar que el cuarto experimentaba un cambio, quizás ultraterreno. No podía soportar seguir con los ojos vendados. Alcé una mano —sin recordar la sensación de pesantez que, un tiempo antes, había desmadejado mis miembros sobre la cama—, alcé una mano y me quité el pañuelo de los ojos.

El tenue resplandor de la lámpara de noche se había extinguido.

Pero la habitación no estaba totalmente a oscuras. Sobre ella temblaba una luz fantasmal; era completamente distinta a cualquier cosa que hubiera yo visto de día o de noche. Discerní vagamente la cama de Selina, el contorno de la ventana y las cortinas a ambos lados de ella; pero no la luz de las estrellas, y tampoco las copas en sombras de los árboles del jardín.

La luz se hizo más y más tenue; los objetos de la habitación desaparecieron lentamente. Se hizo la oscuridad.

Puede resultar difícil de creer, pero cuando afirmo que no sentí miedo no digo sino la verdad. Estuviera iluminada la habitación por una luz terrible o sumida en terrible oscuridad, sólo sentía interés en lo que sucedería a continuación. Presté oído con calma a lo que quizás escucharía; aguardé con calma por lo que quizás sentiría.

Lo primero fue un roce. Lo sentí reptar sobre mi cara como una leve ráfaga de brisa. La sensación me resultó agradable durante un tiempo. Pronto se tornó más y más fría, hasta que sentí que me helaba.

—¡Ah, no más! —exclamé—. ¡Me matas con una muerte de hielo!

El roce frío como de muerte se sintió aún un momento y después no más.

Oí el primer sonido.

Era el sonido de un susurro sobre mi almohada, junto a mi oído. Mi extraña insensibilidad al temor permanecía imperturbable. El susurro era bienvenido; me servía de compañía en la habitación a oscuras.

Me dijo:

—¿Sabes quién soy?

Respondí:

—No.

Dijo:

—¿En quién has estado pensando esta noche?

Respondí:

—En mi madre.

El susurro dijo:

—Soy tu madre.

—¡Ah, madre, ordénale a la luz que regrese! ¡Déjame verte!

—No.

—¿Por qué no?

—Mi rostro permaneció oculto cuando pasé de la vida a la muerte. Ninguna criatura mortal puede ver mi rostro.

—Ah, madre, ¡tócame! ¡Bésame!

—No.

—¿Por qué no?

—Mi roce es veneno. Mi beso, la muerte.

En ese momento me asaltó un sentimiento de temor. Alejé mi cabeza de la almohada. El susurro me siguió.

—Déjame —dije—. Eres un espíritu maligno.

El susurro respondió:

—Soy tu madre.

—Vienes a tentarme.

—Vengo a endurecer tu corazón. Hija mía, de sangre tan fría; hija mía, que te sometes con tanta docilidad; has amado, ¿no es cierto?

—Es cierto.

—El hombre que amabas te abandonó. ¿Es cierto?

—Es cierto.

—Una mujer lo sedujo. Una mujer no ha tenido piedad de ti ni de él. ¿Es cierto?

—Es cierto.

—Si vive, ¿cuál será el próximo crimen que cometerá contra ti?

—Si vive, se casará con él.

—¿La dejarás vivir?

—Nunca.

—¿He endurecido tu corazón en su contra?

—Sí.

—¿La matarás?

—Muéstrame cómo.

Se produjo un súbito silencio. Seguía sumida en la oscuridad; nada sentía, nada oía. Me abandonó incluso la conciencia de que yacía en mi cama. No tenía idea de

que estaba en el cuarto; no sabía dónde me encontraba.

La luz fantasmal que había visto antes volvió a alumbrar. Ya no estaba en mi cama, ya no estaba en el cuarto, ya no estaba en la casa. Sin extrañeza, incluso sin una sensación de sorpresa, miré a mi alrededor. El lugar me resultaba familiar. Estaba a solas en el museo de nuestro pueblo.

La luz se desplazaba frente a mí. La seguí, de sala en sala, dejándome conducir.

Primero atravesamos la galería de pintura, en la cual colgaban las obras de los maestros modernos; después, la sala de los animales disecados. El león y el tigre, el buitre de los Alpes y el gran albatros parecían criaturas vivientes que me amenazaban, iluminados por la luz sobrenatural. Entré en la tercera sala, dedicada a la exhibición de armaduras antiguas y de las armas de todas las naciones. Aquí la luz aumentó y, dejándome en la oscuridad, iluminó una colección de espadas, dagas y cuchillos colocados sobre la pared en forma de estrella.

Volví a escuchar el susurro, junto a mi oído. Era un eco de mis propios pensamientos cuando recordaba las maneras de matar que había aprendido en mis clases de historia. Dijo:

—Mátala con el cuchillo.

No. El corazón me traicionó cuando pensé en la sangre. Aparté la vista de las horribles armas. Grité:

—¡Déjame ir! ¡Déjame ir!

De nuevo me envolvió la oscuridad. De nuevo, dejé de saber dónde me encontraba. De nuevo, después de un intervalo de tiempo, la luz me mostró el nuevo lugar en el cual me encontraba.

Estaba sola en el cementerio de la iglesia de nuestra parroquia. La luz me guiaba, entre las tumbas, hacia el rincón solitario donde se levanta el gran tejo; y, alzándose más, me reveló el solemne follaje, abrigado por la fatal fruta roja que esconde las semillas de la muerte.

El susurro volvió a tentarme. De nuevo reproducía mis pensamientos. Dijo:

—Mátala con veneno.

No. La muerte por veneno repta oculta hasta lograr su fin. El infame engaño del crimen que Helena cometiera contra mí parecía reclamar un ajuste de cuentas que no admitía ningún disfraz. Alcé la voz para librarme de la visión del árbol mortal. Los cambios que he intentado describir siguieron una vez más a la confesión de lo que sentía; la oscuridad se disipó por tercera vez.

Estaba en el cuarto de Helena, y la miraba dormir.

Helena estaba totalmente inmóvil; pero en algún momento anterior debió haber estado inquieta. Las ropas de cama estaban en desorden, su cabeza se hundía tanto en la almohada que ésta se alzaba alta sobre ella. Allí, teñido por el leve rubor del sueño, estaba el rostro cuya belleza había expuesto a la vergüenza al mío. Allí estaba la

hermana que había cometido el peor de los crímenes, la que había matado en mí todo lo que hacía la vida digna de ser vivida. Cuando ese pensamiento me pasaba por la mente, volví a oír el susurro.

—Mátala abiertamente —dijo mi madre, la tentadora—. Mátala atrevidamente. Corazón flojo, ¿todavía necesitas más valor? Levanta el ánimo; ¡mira! ¡Contéplate llevándolo a cabo!

La tentación tomó una nueva forma para probarme.

Como si un espejo reflejara la escena, me vi junto a la cama, con la almohada que debía sofocar a la durmiente entre las manos. Oí a la voz susurrante decirme cómo pronunciar las palabras que la alertaban y la condenaban:

—¡Despierta, tú que me lo arrebataste! ¡Despierta, y afronta tu condena!

Vi a Helena dar un salto en la cama. El súbito movimiento le desordenó el camisón, que se abrió sobre su pecho dejando al descubierto el retrato en miniatura de un hombre, que le colgaba del cuello.

El hombre era Philip. El retrato me miraba.

Tan querido, tan encantador: esos ojos que habían sido la luz de mi corazón ahora se condolían de mí y me juzgaban. Veían el pensamiento culpable que me contaminaba; me forzaron a arrodillarme para implorarle que me ayudara a volver a ser buena:

—Una última gracia, querido, que me conforte a pesar de haberte perdido. Permite que el amor que fuera mi vida siga siendo mi ángel de la guarda. Sálvame, Philip, aunque me abandones; ¡sálvame de mí misma!



Se oyó un grito repentino.

La agonía que delataba me atravesó el cerebro, espantó la luz fantasmal, silenció los susurros tentadores. Recobré la conciencia. Vi, y no en un sueño.

Helena sí había dado un salto en su cama. El grito de terror al verme de noche en su cuarto sí había escapado de sus labios. La miniatura de Philip colgada a su cuello era una realidad visible. Aunque la cabeza me daba vueltas y sentía el corazón apretado, yo no había perdido aún el sentido. Seguía viendo todo lo que la lámpara de noche me mostraba; y oí vagamente el sonido de la puerta de un cuarto al abrirse. Alarmado por el grito penetrante, mi padre se precipitó en la habitación.

Ninguno de los tres dijo una palabra. Los susurros que había oído eran malignos; los pensamientos que albergaba mi mente eran viles. ¿Acaso habrían dejado en el aire de la habitación una ponzoña que mató las palabras en nuestros labios?

Mi padre miró a Helena. Con una mano temblorosa, Helena apuntó en mi

dirección. Papá me abrazó y me sostuvo. Recuerdo que me condujo hasta sacarme del cuarto... y no recuerdo nada más.

He escrito mis últimas palabras. Pongo el cerrojo a este diario de tristezas para nunca más, confío y rezo, volver a abrirlo.

SEGUNDO PERÍODO (CONTINUACIÓN)

Acontecimientos familiares relatados por el Alcaide

CAPÍTULO XXXII

La dama de mediana edad

En 1870 me vi obligado a someterme a las demandas de dos amos exigentes: la avanzada edad y la salud precaria le recordaron al Alcaide de la Prisión su deber para con su sucesor con una palabra incontestable: renuncia.

Cuando nos han proporcionado empleo y nos han interesado durante la mayor parte de nuestras vidas, decimos adiós a nuestros deberes —incluso los lúgubres deberes que impone una prisión— con un sentimiento de pesar. Me representaba el futuro como un gran vacío, cuando consideraba la vida ociosa que me aguardaba, y me preguntaba qué hacer con ella. Sin deberes que me ataran al mundo —¡a mi edad! — fui a dar al refugio del hogar, bajo el amparo de mis dos buenos y queridos hijos. Después de un tiempo (no importa cuán largo) el pesado fardo de la inactividad comenzó a inquietarme. Como no tenía otra cosa de que quejarme, me quejé de mi salud y consulté a un médico. Ese hombre sagaz dio con la manera justa de deshacerse de mí: me recomendó que viajara.

Era un consejo inesperado. Después de cierta vacilación, lo acaté con renuencia.

Los instintos de la edad avanzada hacen que nos retraigamos de entablar nuevas amistades, conocer nuevos lugares y adoptar nuevos hábitos. Además, odio los viajes por ferrocarril. No obstante, me las ingenié para llegar a Italia e hice una parada para descansar en Florencia. Allí encontré cuadros de los viejos maestros que pude realmente disfrutar, un parque público que pude honestamente admirar, y un excelente amigo y colega de épocas pasadas; otrora capellán de la prisión, era ahora clérigo de la Iglesia Anglicana en esa ciudad. Nos encontramos en una galería del Palacio Pitti, y me reconoció de inmediato. Me agradó que los años transcurridos hubieran hecho cambiar tan poco mi apariencia personal.

El viajero que logra llegar a Florencia y no continúa hasta Roma, sin duda no tiene en cuenta la opinión de sus amigos. No trataré de ocultarlo: ese viajero insensible soy yo. Una y otra vez me decía: «Hay que ir a Roma», y una y otra vez lo aplazaba. A decir verdad, la fascinación de Florencia, auxiliada por la compañía de mi amigo, me ataba con lazos tan fuertes que creo que habría terminado mis días en esa deliciosa ciudad italiana de no haber sido porque uno de mis hijos enfermó de gravedad. Esa desgracia me llevó rápidamente de regreso a Inglaterra, con el temor, a cada paso del camino, de hallar que había llegado demasiado tarde. El viaje (¡gracias a Dios!) demostró no haber sido necesario. Mi hijo ya estaba fuera de peligro cuando llegué a Londres en 1875.

En esa fecha ya estaba lo bastante cerca del límite usual de la vida humana como para sentir la necesidad de reposo y tranquilidad. En otras palabras, mi época de

viajero había tocado a su fin.

Una vez establecido en mi país, no olvidé comunicarles a los viejos amigos dónde podían encontrarme. Entre aquellos a los cuales escribí había otro colega de épocas pasadas, quien aún conservaba su puesto de médico en la prisión. Cuando recibí la respuesta del doctor, ella adjuntaba una carta dirigida a mi antigua dirección, esto es, la del alojamiento del Alcaide. ¿Quién podía haberme enviado una carta a una dirección que no era la mía desde hacía cinco años? Mi corresponsal resultó ser nada menos que el Ministro Congregacional, el amigo que me había enajenado por el tono en el cual le había escrito en ocasión de la muerte de su esposa, hacía muchos años.

La lectura de la carta me resultó penosa. Ruego que se me permita reproducir aquí sólo su sustancia.

Me suplicaba, con expresiones conmovedoras de humildad y pesar, que le perdonara su prolongado silencio, y apelaba a los amistosos recuerdos que conservaba de él. Tenía una extrema necesidad de consejo, debido a graves dificultades, y era yo la única persona a la cual podía solicitar ayuda. Como el estado de su salud en ese momento era precario, se permitía confiar en que lo visitaría en su actual lugar de residencia y le permitiría experimentar la felicidad de verme con la mayor brevedad. Concluía con esta extraordinaria postdata:

Cuando se encuentre con mis hijas, no les diga nada relacionado con el tema de sus respectivas edades. Cuando nos veamos, sabrá usted por qué.

La lectura de su carta, naturalmente, me recordó la admiración y el respeto que me merecía la noble conducta de mi amigo desde el momento en que nos conociéramos en la prisión. No cabían vacilaciones en cuanto a satisfacer su petición, por más extraños que fueran sus términos y por dudosas que me parecieran las perspectivas de satisfacer las expectativas que fundaba en el restablecimiento de nuestras relaciones. Le respondí con un telegrama en el que le prometía llegar a su hogar al día siguiente.

A mi arribo a la estación me percaté de que era yo el único viajero que descendía del vagón de primera clase del tren. Una joven, notable por su belleza y la hermosura de su traje, pareció percatarse de esta circunstancia banal. Me abordó con una sonrisa diligente.

—Supongo que hablo con el amigo de mi padre —dijo—; mi nombre es Helena Gracedieu.

Era una de las dos «hijas» del Ministro; y —como descubrí desde que estreché su mano— era la verdadera hija de mi amigo. La señorita Helena me recordó el rostro de su madre, infinitamente mejorado por la juventud y la salud, y por una belleza natural que aquella mujer cruel y mentirosa nunca pudo aspirar a poseer. La frente

huidiza y los ojos de mirada esquiva y relampagueante que recordaba en la madre se veían reproducidos (levemente reproducidos, debo aclarar) en la hija. En cuanto a los demás rasgos, nunca había visto una nariz y una boca más hermosas, o un contorno de la porción inferior del rostro de formas más delicadas. Pero la señorita Helena no logró seducirme. Dudo que me hubiera enamorado de ella ni siquiera cuando era un joven tonto.

La primera pregunta que le hice, mientras nos trasladábamos de la estación a la casa, se refería, como es natural, a su padre.

—Está muy enfermo —comenzó—; me temo que debe prepararse para apreciar un cambio penoso en él. Son sus nervios. El médico nos dice que el problema se manifestó primero como un trastorno del sistema nervioso. Lamento informarle que se ha obstinado en negarse a abandonar su predicación y su obra pastoral. Debía haber ido a descansar junto al mar. Las cosas no han hecho más que empeorar. El domingo pasado se desplomó al comenzar el sermón. Muy, muy triste, ¿no cree? El médico dice que se ha perdido un tiempo precioso y que tiene que decidirse a renunciar a su cargo. Él no quiere oír hablar del asunto. Usted es un viejo amigo. Por favor, trate de persuadirlo.

Un discurso fluido; palabras bien elegidas; una voz melodiosa que me recordaba las dotes en ese sentido de la fallecida señora Gracedieu; leves suspiros juiciosamente intercalados aquí y allá, en los lugares precisos; todo, debo reconocerlo, lo que podía caracterizar como modelo de corrección a una hija obediente; y nada, permítaseme añadir, que impresionara gratamente mi insensible temperamento. Si no hubiera sido yo demasiado mesurado como para llegar a una conclusión apresurada, me habría sentido inclinado a decir: ¡hija de su madre, de los pies a la cabeza!

El interés que era aún capaz de sentir por los asuntos domésticos de mi amigo se centró ahora en la hija que había adoptado.

Había conocido a la niña en su primera infancia, y me había gustado; yo era la única persona viva (tras la muerte de la señora Gracedieu) que sabía cómo había ocultado el Ministro el triste secreto de su ascendencia; y quería descubrir si la tara hereditaria ya había comenzado a hacerse visible en la inocente hija de la asesina. En el preciso momento en que consideraba cómo podía introducir de modo inocuo el tema de la «hermana» de la señorita Helena, la propia señorita Helena se encargó de abordarlo.

—¿Puedo preguntarle —continuó—, si se sintió decepcionado al ver que sólo yo lo esperaba en la estación?

Ésta era la oportunidad de hacerle un cumplido, de haber sido yo un hombre más joven, o de haberme producido ella una impresión favorable. Siendo la situación la que era, di (si se me permite que me elogie a mí mismo) con una ingeniosa solución de compromiso.

—¿Qué excusa podría tener —pregunté—, para sentirme decepcionado?

—Bien, he oído decir que es usted un funcionario oficial, quizás debería decir un funcionario oficial retirado. Podríamos haberlo recibido con más muestras de respeto, si *las dos* hijas de mi padre hubiéramos estado presentes en la estación. No es culpa mía que mi hermana no me haya acompañado.

El tono con que dijo lo anterior aumentó mis prejuicios en su contra. Me informaba de que las dos jóvenes no sostenían relaciones muy amistosas; y me hacía sospechar —no podía entonces decidir si justa o injustamente— que la culpable era la señorita Helena.

—Mi hermana no se encuentra en casa.

—Entonces, señorita Helena, no hay duda de que ésa es una buena razón para no recibirme.

—Con perdón de usted, es una mala razón. Se ha ido de casa para recuperar la salud; y solo ella es culpable de haberla perdido.

¿Qué me importaba eso? Decidí cambiar de tema. No obstante, mi memoria me hizo retroceder a ocasiones pasadas en las cuales yo había sido enteramente culpable de la pérdida de mi salud. Hubo algo en esos recuerdos personales que alimentó mi perversa tendencia a simpatizar con la joven que todavía no me había sido presentada. A la hermana de esa joven pareció desalentarla mi silencio. Dijo:

—Espero que no pensaré mal de mí por lo que acabo de contarle.

—Por supuesto que no.

—¿Quizás no ve la necesidad de que haga yo mención alguna a mi hermana? ¿Me haría el favor de escucharme si trato de explicarme?

—Con todo placer.

Taimada, le dio a mi respuesta perfectamente insustancial el significado que más le convenía.

—Gracias —dijo—. El hecho es que mi padre (no puedo imaginar por qué) desea que también conozca usted a mi hermana. Ha escrito a la granja donde ahora se hospeda para pedirle que venga a casa mañana. Es posible (si su bondad me brinda la oportunidad de hacerlo) que le pida a usted que su experiencia me sirva de guía en un pequeño asunto que me interesa. Mi hermana es irreflexiva y atolondrada, y tiene un carácter terrible. Lamentaría mucho que se formara usted una opinión desfavorable de mí a partir de algo que pueda notar si nos ve juntas. ¿Confío en que me comprenda?

—La comprendo bien.

Predisponerme contra su hermana en la prosecución de sus intereses personales: ése era, estaba seguro, el motivo que guiaba sus acciones. Dura como su madre, egoísta como su madre y, a juzgar por esas dos malas cualidades, probablemente cruel como su madre. Eso era lo que comprendía de la señorita Helena Gracedieu

cuando nuestro carruaje se detuvo ante la casa de su padre. A nuestra llegada, una dama de mediana edad hacía sonar la campanilla de la puerta. Se volvió para mirarnos a ambos; era evidente que le resultaba tan desconocida a mi bella acompañante como a mí. Cuando la sirvienta abrió la puerta, la dama preguntó:

—¿Está en casa la señorita Jigall?

Al oír ese insólito nombre, la señorita Helena sacudió la cabeza con desdén. Ni siquiera le dirigió un saludo a la dama desconocida que estaba a la puerta de la casa de su padre. El desprecio de la joven por la señorita Jigall parecía extenderse a las amigas de la señorita Jigall.

Mientras tanto, la respuesta de la sirvienta había sido:

—No está en casa.

La dama de mediana edad preguntó:

—¿La esperan pronto de regreso?

—Sí, señora.

—Volveré a pasar por aquí un poco más tarde.

—¿Su nombre, por favor?

La dama volvió a dirigirme una mirada furtiva antes de contestar.

—El nombre no tiene importancia —dijo, y se marchó.

CAPÍTULO XXXIII

El infortunio del Ministro

—¿Conoce a esa dama? —preguntó la señorita Helena cuando entrábamos en la casa.

—Me resulta totalmente desconocida —respondí.

—¿Está seguro de no haberla olvidado?

—¿Por qué piensa que la he olvidado?

—Porque es evidente que ella lo recordaba a usted.

Sin duda la dama me había dedicado un par de miradas. Si ello significaba que mi rostro le resultaba familiar, no podía yo más que repetir lo que ya había dicho. Nunca, que supiera, la había visto.

Mientras me precedía hacia el piso superior, la señorita Helena se disculpó por conducirme al cuarto de su padre.

—Mi padre puede sentarse en una butaca —dijo—; y podría hacer más, creo, si se esforzara. Pero no se esfuerza. Es muy penoso. ¿Querría usted ver su habitación antes de saludar a mi padre? Está lista para recibirlo. Confiamos —me obsequió una sonrisa fascinadora, cuyo fin era ganarse mis simpatías, porque lo requerían sus intereses— en que nos hará usted una visita prolongada; lo consideramos uno más de nosotros.

Le di las gracias y le dije que estrecharía la mano de mi viejo amigo antes de ir a mi habitación. Nos separamos ante la puerta del cuarto.

Me resulta imposible describir el choque que me produjo volver a ver al Ministro, después del largo período de tiempo en que habíamos estado separados. Nada de lo que había dicho su hija, nada de lo que yo mismo anticipara, me había preparado para cambio tan lamentable. Por un momento no pude dominarme lo suficiente para dirigirle la palabra. La humildad de sus maneras y lo elaborado de sus disculpas aumentaron mi turbación.

—Me duele haberme tomado esta libertad con usted —dijo—, tras el largo período de alejamiento que nos ha mantenido separados, y del cual sólo cabe culpar a mi falta de indulgencia cristiana. Perdóneme, caballero, y olvídelo. Confío en probarle que la necesidad justifica mi presunción de someterlo a un viaje tan agotador.

Comencé a recobrarle y le supliqué que no siguiera excusándose. Mi interrupción pareció turbarlo.

—Quería expresarle —continuó— que es usted el único que puede entenderme. Esa es la sola razón de que le pidiera verlo y de que ansie escuchar su consejo. ¿Recuerda la noche (¿o quizás era de día?), en la víspera de que ahorcaran a aquella

desdichada? Usted era la única persona presente cuando accedí a adoptar a la pobre criatura, manchada ya (podría decirse) por la infamia de su madre. Creo que su sabiduría previó la terrible responsabilidad que yo asumía; trató de evitarlo. ¡Bien, bien!, usted ha gozado de mi confianza, sólo usted. ¡Fíjese!, nadie en esta casa sabe que una de las dos jóvenes no es en realidad hija mía. Le suplico que me haga callar si se da cuenta de que desvarío. Lo que deseo es demostrarle que es usted el único hombre al cual puedo abrirle mi corazón. Ella... —hizo una pausa, como si persiguiera una idea extraviada y dejó incompleta la oración—. Sí —prosiguió—, pensaba en mi hija adoptiva. ¿Le conté alguna vez que la bauticé yo mismo?. Y le di un buen nombre bíblico: Eunice. Ah, caballero, esa niña desvalida es ahora una joven; tiene edad para inspirar y sentir amor. Me ruborizo al reconocerlo; me ha faltado control de mí mismo, he demostrado una debilidad cobarde. ¡No!, esta vez sí que me aparto del tema. Debí haberle dicho antes que me he enfrentado cara a cara con la posibilidad del matrimonio de Eunice. Y, para empeorar las cosas, no puedo evitar que me guste el joven. Viene de buena familia; tiene modales excelentes, buena educación, mucho dinero, es un caballero en todos los sentidos de la palabra. ¡Y la pobre Eunice lo quiere tanto! ¿No es terrible tener que atajar a su amado Philip? El nombre del joven caballero es Philip. ¿Le gusta el nombre? Decía que me veo obligado a frenar a su enamorado de la manera más ruda, cuando todo lo que quiere es pedirme con toda corrección la mano de mi dulce Eunice. ¡Ah, cuánto no he sufrido, sin una palabra de simpatía que me consolara, antes de reunir valor suficiente para escribirle a usted! ¿Me permite hacerle una confesión terrible? Si mis convicciones religiosas no me lo hubieran impedido, creo que me habría suicidado. Póngase en mi lugar. Trate de imaginarse en la situación de aplazar una explicación necesaria, cuando la felicidad de una joven desvalida, tan obediente, tan afectuosa, dependía de una palabra amable de sus labios. ¡Y que temiera usted pronunciar esa palabra! No se ofenda, caballero; me refiero a mí mismo, no a usted. ¿Por qué no dice nada? —exclamó con violencia, incapaz de percibir que no me había brindado ninguna oportunidad de hablar—. ¡Dios mío!, ¿tampoco usted me entiende?

Las señales de confusión mental de su conversación me habían afligido tanto que no había tenido yo sosiego suficiente para estar seguro de que entendía lo que él quería decir, hasta que mencionó el aplazamiento de «una explicación necesaria». Al oír esas palabras, mi conocimiento de las circunstancias vino en mi ayuda, y comprendí cuál era realmente su situación.

—Cálmese —dije—, ahora lo comprendo.

De repente el Ministro desconfiaba.

—Pruébemelo —musitó, y me dirigió una mirada furtiva—. Quiero estar seguro de que entiende mi situación.

—Ésta es su situación —le dije—. Tiene ante sí dos alternativas deplorables. Si le

cuenta a ese joven caballero que la madre de la señorita Eunice fue una criminal a la que ahorcaron por asesina, incluso si él no se arrepintiera del matrimonio, su familia, sin duda, lo prohibiría, y habría usted sacrificado la felicidad de su hija adoptiva.

—¡Cierto! —dijo—. ¡Pavorosamente cierto! Continúe.

—Si, por el contrario, aprueba usted el matrimonio y oculta la verdad, comete un engaño deliberado, y deja la vida de la joven pareja a merced de una posible revelación que podría separar al esposo de la esposa, manchar a sus hijos y destruir su hogar.

Se estremeció al escucharme.

—Termine —gritó.

No tenía nada más que decir y me vi obligado a responderle a ese efecto.

—¿Nada más que decir? —contestó—. Aún no me ha dicho lo que más necesario me resulta saber.

Hice algo irreflexivo; le pregunté qué era lo que le resultaba más necesario saber.

—¿No lo ve usted mismo? —me increpó indignado—. Suponga que fuera usted el que tuviera que elegir entre las dos alternativas que acaba de mencionar.

—¿Y bien?

—¿Qué haría usted, caballero, en mi lugar? ¿Revelaría la verdad infamante antes del matrimonio, o correría el riesgo de guardarse para sí la horrenda historia?

Fuera cual fuese mi respuesta, podía acarrear graves consecuencias. Vacilé.

Me amenazó con su pobre mano exangüe. Su cólera duró sólo un momento; su tono se tornó de inmediato suplicante. Me recordó lastimosamente épocas pasadas:

—Usted solía ser un hombre de buen corazón. ¿Acaso la edad lo ha encallecido? ¿No le resta nada de lástima para con su viejo amigo? Mi pobre corazón reclama penosamente un buen consejo, cargado de bondad.

¿Quién podía resistirse a esa súplica? Tomé su mano:

—Tranquilícese, querido Ministro. En su lugar, yo habría corrido el riesgo y me habría guardado la horrenda historia.

Se reclinó suavemente en su asiento.

—¡Ah, qué alivio! —dijo—. ¿Cómo podría agradecerle la paz que le proporciona a mi mente?

Aproveché la oportunidad que me brindaba la calma de su espíritu con el saludable propósito de sugerirle que cambiáramos de tema.

—Terminemos con las conversaciones serias por el momento —propuse—. Durante los últimos cinco años no he tenido ocupaciones, y quiero contarle mis viajes.

Su atención comenzó a flaquear; era evidente que no sentía ningún interés por mis viajes.

—¿Está seguro —preguntó con tono de angustia— de que ya hemos dicho todo lo

necesario? ¡No! —gritó, en respuesta a su propia pregunta—. Creo que he olvidado algo; estoy seguro de haber olvidado algo. Quizás lo mencioné en la carta que le escribí. ¿Tiene usted mi carta?

Se la mostré. Leyó la carta y me la devolvió con un profundo suspiro.

—¡No está! —dijo con aire de desesperación—. ¡No está!

—¿Acaso el recuerdo que se le escapa tiene que ver con alguno de los miembros de su hogar? —pregunté, intentando ayudarlo—. ¿Quizás se relaciona con alguna de las jóvenes?

—¡Hombre extraordinario! Nada se le escapa. Sí; lo que he olvidado concierne a una de mis hijas. ¡Calle! Permítame recordarlo yo mismo. ¿Será con Helena con quien se relaciona? —vaciló; una expresión de angustioso ensimismamiento ensombreció su rostro—. Sí, se relaciona con Helena —repitió—, pero, ¿cómo? —sus ojos se llenaron de lágrimas—. Me avergüenzo de mi debilidad —dijo con voz apagada—. No imagina qué terrible es olvidar las cosas de esta manera.

El daño sufrido por su mente se manifestaba ahora de forma verdaderamente grave. La sutil maquinaria que estimula la memoria mediante la asociación de ideas parecía haber perdido su capacidad de funcionamiento en el intelecto de ese hombre desdichado. Hice la primera sugerencia que se me ocurrió para no aumentar su aflicción quedándome en silencio.

—Si hablamos de su hija —dije—, el accidente más baladí, una palabra dicha al azar por usted o por mí, puede ser todo lo que necesite su memoria para despertar.

Aceptó mi sugerencia con entusiasmo:

—¡Sí! ¡Sí! Permítame comenzar. Creo que Helena lo esperó en la estación. Por supuesto, lo recuerdo; sólo hace unas horas de eso. ¿Y bien —continuó, ahora con un aire de orgullo paterno que resultaba muy agradable de contemplar—, le pareció mi hija una joven admirable? Confío en que Helena no lo haya defraudado.

—Todo lo contrario —pronunciada esa respuesta necesaria, vi la manera de mantener su mente ocupada con temas inofensivos—. Tengo que reconocer, sin embargo —proseguí—, que su hija me sorprendió.

—¿Por qué?

—Por su nombre. ¿Quién habría imaginado que usted, un enemigo inveterado de la Iglesia Católica Romana, bautizaría a su hija con el nombre de una santa católica romana?

Me escuchó con una sonrisa. ¿Habría dado yo por una feliz casualidad con alguna asociación que su mente era aún capaz de realizar?

—Esta vez se equivoca —dijo con aire complacido—. No le di a mi hija el nombre de Helena; y, lo que es más, no la bauticé. Debería saberlo. Hace muchos años le escribí para informarle que mi pobre esposa me había convertido en un padre orgulloso y feliz. Y no tengo duda alguna de que le dije que la niña había nacido

mientras mi esposa se encontraba de visita en la parroquia de su hermano. ¿Recuerda el nombre del lugar? Le conté que se trataba de una aldea remota llamada... ¿por qué no pone ahora su memoria a prueba? ¿Recuerda el nombre? —preguntó con momentánea expresión de triunfo, pobre hombre, en el rostro.

Después del tiempo transcurrido, el nombre se me había ido de la memoria. Cuando se lo confesé, se alborozó como si me hubiera vencido, con un placer tan espontáneo que resultaba regocijante contemplarlo.

—Su memoria es la que flaquea ahora —dijo—. El nombre del lugar es Long Lanes. ¿Y qué cree que hizo mi esposa (¡era tan característico de ella!) cuando llegó junto a su lecho? En vez de hablar de nuestra hija, me recordó el nombre que le había dado yo a la niña adoptada cuando la bauticé. «Escogiste el nombre más feo que puede llevar una niña», dijo. Le rogué que recordara que «Eunice» es un nombre bíblico. A pesar de eso, insistió. (¡Qué carácter tan firme!) «Detesto el nombre de Eunice» dijo; «y ahora que tengo una hija, me toca a mí elegir su nombre; reclamo ese derecho». Comenzaba a agitarse; por supuesto, le permití salirse con la suya. «Sólo hazme saber» dije, «cuál es el nombre, una vez que lo hayas pensado». Caballero, tenía el nombre listo: «Mi hija llevará el nombre que resulta más dulce a mis oídos, el nombre de mi querida madre, ya fallecida». Tuvimos (¿cómo decirle?) una ligera diferencia de opinión cuando supe que el nombre sería Helena. La verdad es que no lograba reconciliar mi conciencia con la idea de bautizar a una hija mía con el nombre de una santa papista. El hermano de mi esposa se encargó de solucionar nuestras diferencias. Un buen hombre, un hombre de provecho; no hace tanto que murió... olvido la fecha. Para no hacer más larga la historia, el párroco de Long Lanes bautizó a nuestra hija. Fue así que se hizo de un nombre tan poco inglés; y es así que su nacimiento quedó registrado en una aldea en la que su padre nunca ha vivido. ¿Confío, caballero, en que ahora tendrá mejor opinión de mi memoria?

Temí decirle la verdadera opinión que me había formado.

El Ministro aún no contaba cincuenta años, y acababa de exhibir uno de los penosos síntomas que caracterizan a la pérdida de memoria que acompaña a la vejez. Si se le hacía retroceder a los acontecimientos ocurridos muchos años atrás, podía (como acababa de demostrarme) recordarlo todo y hacer un relato coherente. Pero si intentaba traer a la memoria hechos acaecidos hacía sólo un corto tiempo, el olvido y la confusión producían los lamentables resultados que acabo de relatar.

El esfuerzo que realizara, la agitación que le había producido hablarme, habían confirmado mis temores de que sometería a una tarea excesiva sus fuerzas debilitadas. Se reclinó en el asiento.

—Prosigamos nuestra conversación —murmuró—. Aún no he recordado lo que olvidé —sus ojos se cerraron y volvieron a abrirse lánguidamente—. Había algo que quería recordar —continuó—, y usted intentaba ayudarme.

Su voz débil se apagó; sus ojos cansados volvieron a cerrarse. Después de esperar hasta convencerme de que dormía plácidamente, abandoné la habitación.

CAPÍTULO XXXIV

La vivaz solterona

Como la disposición interior de la casa me resultaba totalmente extraña (ya que mi conocimiento de ella empezaba y terminaba con el cuarto del Ministro), bajé la escalera investido de mi condición de huésped en busca de información doméstica.

Mientras lo hacía, oí abrirse una puerta en el piso de abajo, y la voz de una mujer, que decía apresurada:

—Querida, no puedo perder ni un momento; mis pacientes me esperan —a ello siguió, a juzgar por el tono, una comunicación confidencial—: ¡Recuerda! ¡Ni una palabra sobre mí al anciano caballero!

Sus pacientes aguardaban por ella; ¿habría yo descubierto a una doctora? Y había un anciano caballero en quien no se sentía dispuesta a confiar; sin duda no era yo ese hombre calumniado.

Llegué al vestíbulo en el momento en que la dama pronunciaba sus últimas palabras, por lo que pude echar un vistazo a su rostro y descubrir que se trataba de la desconocida de mediana edad que había preguntado por «la señorita Jigall» y había prometido repetir su visita. En la puerta había una segunda dama, que me daba la espalda, despidiéndose de su amiga. Tras despedirse, se volvió y quedamos frente a frente.

Era una mujer de pequeña estatura, nerviosa y activa; ya había rebasado la primavera de la vida, y su fealdad era capaz de alentar los prejuicios de quienes se forman criterios superficiales sobre el prójimo. Miré con imparcialidad los ojitos hundidos que se posaron en mí con una cómica expresión de turbación, y vi en ellos señales que me decían: bajo esa superficie desagradable se esconde una buena dosis de bondad. Sólo hay que llegar a ella.

La dama me saludó con una reverencia muy ceremoniosa y abrió de par en par la puerta de una habitación de la planta baja.

—Le suplico que entre, caballero, y que me permita presentarme. Soy la prima del señor Gracedieu, la señorita Jigall. Me siento muy orgullosa de conocer a un caballero que se ha distinguido por los servicios prestados a su país; o quizás debería decir por los servicios prestados a la Ley. El Alcaide le brinda su hospitalidad a los presos. ¿Y quién conduce a los presos al alojamiento y la mesa del Alcaide? La Ley. Un tiempo espléndido para esta época del año, ¿no es cierto? Si me permite, ¿ya ha visto su cuarto?

La turbación que había yo percibido se había extendido a su voz y su manera de conducirse. Era evidente que hablaba para tratar de recuperar la confianza. Parecía muy probable que fuera yo la persona que mencionara su prudente amiga junto a la

puerta.

Una vez que admití que aún no había visto mi cuarto, la cortesía me hizo añadir que no había prisas. La damita nerviosa opinaba lo contrario; saltó de su asiento como si saliera disparada.

—Le suplico que me permita serle útil. El sueño de mi vida es ser útil a los demás; y tratándose de un hombre como usted lo considero un honor. Además, me divierte subir y bajar las escaleras corriendo. Por aquí, caballero; por aquí, vamos a su cuarto.

Subió las escaleras a saltitos y se detuvo en el primer descansillo.

—Sabe, soy una persona tímida, aunque no dé esa impresión. A veces me vence la curiosidad, y en esas ocasiones me muestro atrevida. ¿Vio usted a la dama que acaba de despedirse de mí en la puerta de la casa?

Contesté que había visto un instante a la dama, pero que no se trataba de la primera vez que la veía.

—Justo cuando llegué de la estación —dije—, la vi cuando vino a buscarla en un momento en que no se encontraba usted en casa.

—Sí, y dígame otra cosa —mi pronta respuesta parecía haberle inspirado confianza a la señorita Jigall. Ya no escuché más confesiones de avasalladora curiosidad—. ¿Tengo razón —continuó—, en suponer que la señorita Helena lo acompañó en su viaje desde la estación?

—Tiene razón.

—¿Dijo algo en particular al ver a la dama que preguntaba por mí en la puerta?

—La señorita Helena pensó —dije—, que la dama me reconocía como alguien a quien ya había visto antes.

—¿Y usted qué pensó?

—Pensé que la señorita Helena se equivocaba.

—¡Extraordinario! —con esa exclamación la señorita Jigall abandonó el tema. El sentido de sus repetidas preguntas era ahora, me parecía, suficientemente claro. Ansiaba descubrir cómo había logrado yo inspirar la desconfianza expresada en la advertencia que le había dirigido su amiga.

Cuando llegamos al piso superior, se detuvo ante la habitación del Ministro.

—Entiendo que han pasado muchos años —dijo—, desde que viera usted por última vez al señor Gracedieu. Me temo que lo ha encontrado penosamente cambiado. ¿No se enfadará conmigo si le hago más preguntas? Tengo una deuda de gratitud con el señor Gracedieu que ninguna devoción de mi parte podrá jamás saldar. No imagina usted qué favor me haría si me dijera lo que opina de él. ¿Le pareció que estaba en total posesión de sus facultades? No me refiero a su físico, pobre; me refiero a su mente.

Su rostro revelaba pesar y simpatía auténticos. Si nos hubiéramos visto por

primera vez en ese instante, no creo que la hubiera encontrado fea. Hasta el momento sólo me había producido diversión. Ahora comencé a sentir simpatía por la señorita Jigall.

—No puedo ocultarle —respondí—, que el estado de la mente del señor Gracedieu me sorprendió y afligió. Pero también debo decirle que quizás lo he visto en el peor momento. El tema sobre el cual deseaba hablarme habría agitado a cualquier hombre con su estado de salud. Me consultó sobre el matrimonio de su hija.

De repente, la señorita Jigall palideció.

—¿El matrimonio de su hija? —repitió—. ¡Ah, me asusta usted!

—¿Por qué la asusto?

Pareció encontrar ciertas dificultades para explicarse.

—No sé bien cómo expresarlo, caballero. Me excusará usted (¿no es cierto?) si le digo lo que siento. Usted goza de influencia... no me refiero a la influencia que consiste en encontrarles cargos a quienes no los merecen y a la que se hace mención en los periódicos: sólo me refiero a influencia sobre el señor Gracedieu. Es eso lo que me asusta. ¿Cómo sé...? ¡Ay, ya estoy haciéndole otra pregunta! Permítame, por una vez, ser clara e ir al grano. Temo, caballero, que haya alentado al Ministro a aprobar el matrimonio de Helena.

—Perdóneme —respondí—, querrá usted decir el matrimonio de Eunice.

—¡No, caballero! Helena.

—¡No, señora! Eunice.

—¿Qué querrá decir? —dijo la señorita Jigall para sí misma.

La oí.

—Esto es lo que quiero decir —afirmé con toda la firmeza de que soy capaz—. El único tema sobre el cual me ha consultado el Ministro es el del matrimonio de Eunice.

Mi tono no le dejó otra alternativa que creerme. Se vio no sólo sorprendida, sino también alarmada.

—Ah, pobre hombre, ¿hasta ese grado de extravío ha llegado? —dijo para sí—. ¡Resulta casi imposible de creer! —se volvió hacia mí—. Usted habló con él durante un tiempo. Por favor, trate de recordar. Mientras el señor Gracedieu hablaba de Eunís, ¿mencionó alguna vez la infame conducta de Helena para con su hermana?

Le aseguré que no había llegado a mis oídos ni la más leve insinuación de ello.

—Entonces —exclamó—, ¡yo puedo contarle lo que él ha olvidado! Mantuvimos lo más reservada posible esa lamentable historia, por piedad hacia él. Además, siempre quiso más a Eunís; ¡es natural que ella permanezca en su memoria mientras que olvida a la otra, la desgraciada, la traidora, la intrigante, la arpía! —los buenos modales de la señorita Jigall parecieron, por decirlo de algún modo, caer por tierra; apretó los puños como último medio para expresar sus sentimientos—. El mísero

idioma inglés carece de la fuerza que necesito —declaró con una mirada de furia.

Me tomé una libertad.

—¿Podría preguntarle qué ha hecho la señorita Helena? —dije.

—¿Qué si podría usted preguntar? ¡Cielos! Debe usted preguntar, tiene que preguntar. Señor Alcaide, si nadie le abre los ojos sobre el verdadero carácter de Helena, puedo decirle lo que hará; lo engatusará para que se ponga de su parte. ¿Cree que fue a la estación por consideración hacia el gran hombre? ¡Bah! Fue con los ojos puestos en sus propios intereses; y pretende que el gran hombre le resulte útil. ¡Gracias a Dios, puedo impedirlo!

Se contuvo en ese momento y miró con aire de suspicacia hacia la puerta de la habitación del señor Gracedieu.

—Dado el interés de nuestra conversación —susurró—, no le hemos concedido importancia al lugar donde se desarrolla. ¿Cree que el Ministro nos habrá oído?

—No, si sigue dormido, como lo dejé.

La señorita Jigall sacudió la cabeza con aire ominoso.

—Tomemos precauciones —dijo—. Venga conmigo.

CAPÍTULO XXXV

El futuro se muestra sombrío

Mi siempre solícita guía me condujo a mi habitación —bien lejos de donde pudiera oírnos el señor Gracedieu, si por azar estaba despierto— al otro extremo del pasillo. Una vez que abrió la puerta, hizo una pausa en el umbral. Los dictados de ese implacable déspota inglés, el Recato, se hicieron presentes.

—¡Ay! —dijo para sí misma—, ¿hago mal en entrar?

Mi interés como hombre (y, lo que es más, hombre anciano) en las revelaciones prometidas era demasiado serio como para jugar con él de esa forma. La tomé del brazo y la conduje al interior de mi habitación como si se tratara de una cena con invitados, y la guié hasta la mesa. ¿Es la buena o la mala fortuna de los mortales la que hace que el lado cómico y el lado serio de la vida estén en perpetua colisión? En ese momento, que revestía una grave importancia para ambos, nos echamos a reír. Perfectamente inadecuado, y perfectamente natural. Pero ninguno de los dos era filósofo, y nos avergonzamos de nuestro contento en el mismo momento en que cesó.

—Cuando oiga usted lo que tengo que contarle —comenzó la señorita Jigall—, confío en que comparta mi misma opinión. Puede resultar más seguro contar lo que ha escapado de la memoria del señor Gracedieu donde él no nos oiga, porque a veces mi querido primo se muestra irritable.

A continuación me contó la lamentable historia del abandono de Eunice.

Escuché en silencio, de principio a fin. ¿Cómo habría podido hablar, en los términos en que hubiera debido hacerlo, en presencia de una mujer? La cruel herida infligida a la pobre niña que había despertado mi interés y me había conmovido durante el primer e inocente año de su vida —y que había alcanzado la edad adulta para ser la víctima de dos malvados en quienes confiaba y que estaban unidos a ella por la sagrada deuda del amor— me encolerizó tanto que deseé tener al hombre a mi alcance y disponer de un látigo en las manos. Supongo que al ver en mi rostro el reflejo de lo que pasaba por mi mente, la señorita Jigall me expresó su simpatía y su admiración a su modo singular:

—¡Ah, me gusta verlo tan furioso! Es una gran cosa conocer a un hombre que, habiendo gobernado presos, conserva un corazón tan compasivo. Permítame decirle algo, caballero. Cuando vea mañana a mi dulce niña sentirá más furia que nunca. Y recuerde: es la insaciable vanidad de Helena, son los malvados celos que siente Helena de la buena fortuna de su hermana, los culpables del problema. No sea demasiado duro con Philip. A decir verdad, creo que se siente avergonzado.

Me sentía más inclinado que nunca a ser duro con Philip.

—¿Dónde se encuentra? —pregunté.

La señorita Jigall se sobresaltó.

—Ah, señor Alcaide, ¡no muestre su lado severo después del lindo cumplido que le acabo de hacer! ¡Qué voz tan dominante! ¡Y qué ojos, estimado caballero; qué ojos aterrorizadores! Me siento como si fuera yo uno de sus presos y me hubiera portado mal.

Repetí mi pregunta mejorando, espero, mi aspecto y el tono de mi voz.

—No me crea obstinado, estimada señora. Sólo quiero saber si está en el pueblo.

La señorita Jigall pareció curiosamente complacida al defraudarme; no había olvidado mi desafortunada brusquedad de apariencia y modales.

—No lo encontrará aquí —dijo.

—¿Quizás se ha marchado de Inglaterra?

—Si tanto le interesa, caballero, se encuentra en Londres, con el señor Dunboyne. El nombre me sobresaltó.

Al cabo de un instante me trajo a la memoria una carta notable, dirigida a mí muchos años antes, que se puede encontrar en mi narración introductoria. Su autor — un caballero irlandés de apellido Dunboyne— me confiaba en ella que estaba emparentado por matrimonio con la asesina recientemente ejecutada, ya que era cuñado de la oprobiosa mujer. Naturalmente, no le había revelado esa circunstancia a nadie, incluido su hijo, quien entonces era un niño. Sólo yo había sido exceptuado de la regla, porque sólo yo podía informarle de qué había sucedido con la pobre niña, quien a pesar del deshonroso fin de su madre seguía siendo su sobrina. De estar desamparada, sentía que era su deber encargarse de su educación y garantizar su futuro. Por ese motivo me había escrito; y eso era lo sustancial de su carta. En respuesta, me había limitado a informarle que alguien se había adelantado a sus bondadosas intenciones, y que la futura prosperidad de la niña estaba garantizada.

La aguda capacidad de observación de la señorita Jigall percibió la impresión que el nombre me había producido.

—El apellido del señor Dunboyne parece sorprenderle —dijo.

—Ésta es la primera vez que lo oigo mencionar —respondí.

Me miró como si le resultara difícil creerme.

—Con seguridad debe haber oído el nombre —dijo—, cuando le hablé de la pobre Eunís.

—No.

—Bien, entonces quizás lo haya mencionado el señor Gracedieu.

—No.

Esa segunda respuesta negativa la irritó.

—Sea como fuere —dijo cortante—, acaba de darme la impresión de que conocía el nombre del señor Dunboyne.

—¡De ningún modo!

—Y aun así —insistió—, pareció sorprenderle. No lo entiendo. Si he mencionado el nombre de Philip una vez, lo he mencionado al menos una docena de veces.

El equívoco era total. Había dado por sentado algo que me resultaba un misterio insondable.

—Bien —objeté—, excúseme por la pregunta, pero, ¿qué hay con que lo haya mencionado usted una docena de veces?

—¡Santo cielo! —exclamó la señorita Jigall—, ¿quiere decir que nunca adivinó que Philip era el hijo del señor Dunboyne?

Me quedé petrificado.

¡Su hijo! ¡El hijo de Dunboyne! ¿Cómo habría podido adivinarlo?

Sólo tiempo después, la bondadosa mujercita que tan inocentemente me había llevado a engaño recordó que la causa del equívoco pudo haber sido la fuerza del hábito. Cuando todavía era digno de su estima, la familia siempre se había referido al indigno enamorado de Eunice por su nombre de pila; y lo que les resultaba familiar se convirtió en costumbre, antes de que hubiera transcurrido tiempo suficiente para pensar como enemigo en quien hasta entonces habían considerado amigo.

Pero yo lo ignoraba; y esa súbita revelación era más de lo que podía soportar. Por un momento, no pude pronunciar palabra.

¡Su hijo! ¡El hijo de Dunboyne!

¡Qué situación la de ese joven, insospechada para su padre, desconocida para él! Ignorante de la desgracia de la familia, había sido un huésped en el hogar del hombre que había consolado a su vil tía en vísperas de su ejecución, y que había salvado a su infortunada prima de la pobreza, el dolor, la vergüenza. Y sólo un ser humano lo sabía. ¡Y ese ser humano era yo!

Al percatarse de mi agitación, la señorita Jigall la interpretó a su manera.

—¿Sabe usted algo malo de Philip? —preguntó ansiosa—. Si es algo que pueda impedir que Helena se case con él, dígame de qué se trata, se lo ruego, se lo imploro.

Yo no sabía nada más de Philip (¡a quien seguía llamando por su nombre de pila!) que lo que ella misma me había contado; no quedaba más remedio que defraudarla. Al mismo tiempo, me resultaba imposible ocultar que estaba incómodo, y que quizás sería mejor dejarme a solas. Después de recorrer el cuarto con la vista para asegurarse de que no faltaba nada que yo pudiera necesitar, me hizo una de sus singulares reverencias y se marchó con su inimitable forma de despedirse.

—Ah, ¡creo que he permanecido aquí demasiado tiempo! Y me temo que en una o dos ocasiones he incurrido en una familiaridad vulgar. Confío en que me excuse. Ésta ha sido una conversación emotiva; creo que voy a llorar.

Salió corriendo de la habitación, y se llevó con ella algunos de mis sentimientos más amables, aun cuando hacía tan corto tiempo que nos conocíamos. ¡Qué esposa y qué madre se habían perdido; y todo por falta de un lindo rostro!

De nuevo a solas, mis pensamientos inevitablemente retornaron a Dunboyne padre, y a todo lo que había acontecido en la familia del señor Gracedieu desde que el caballero irlandés me escribiera en épocas pasadas.

El terrible dilema de responsabilidades que pesaba en la mente del Ministro había sido previsto por el señor Dunboyne desde que a aquél se le ocurrió adoptar a su sobrina, y le había aconsejado temer lo que podía ocurrir en el futuro si la criaba como miembro de la familia junto a su hijo y sucedía que los dos jóvenes posteriormente se enamoraban. ¿Qué recompensa había tenido la sabia previsión, que tanto contrastaba con la impulsiva acción misericordiosa del pobre Ministro? El Destino o la Providencia (llámesele como se quiera) había juntado al hijo de Dunboyne y a la hija de la asesina; les había inspirado amor a esos dos desconocidos; y éste les había dado la osadía suficiente para prometerse fidelidad mediante un compromiso de matrimonio. ¿Acaso las dos personas que conocíamos la verdadera historia de los padres de Eunice, el Ministro y yo, debíamos considerar que la traición por parte del joven de la confianza depositada en él por la fiel enamorada era una circunstancia afortunada? ¿Debíamos alegrarnos de una infidelidad que había amargado y oscurecido la vida gentil e inofensiva de la víctima? ¿O bien debíamos alentar el engaño cruel, la odiosa traición que había colocado a la malvada Helena — que no tenía que temer ninguna revelación si era ella quien se casaba— en el lugar de su hermana, víctima de una villanía? ¡Imposible! ¡Ambas cosas resultaban imposibles!

Igualmente desesperanzadora me pareció la situación cuando traté de determinar cuál podía ser mi propia actuación.

En mis momentos de más calma, me había cruzado por la mente la idea de buscar a Dunboyne hijo y, si quedaba en él alguna vergüenza, ejercer mi influencia para llevarlo de regreso junto a su prometida. ¿Cómo podría hacerlo ahora y ser coherente con mi deber para con el padre del joven, sabiendo lo que sabía y no olvidando que yo mismo le había aconsejado al señor Gracedieu que mantuviera oculta la verdad, cuando era yo igualmente ignorante de quién era el padre de Philip Dunboyne y de la traición de Helena Gracedieu?

Incluso si los acontecimientos conducían a que el matrimonio de Eunice pudiera al fin celebrarse —sin intervención mía de ningún tipo encaminada a producir ese resultado— me resultaría imposible ahora confesar la verdad, como me lo había sido hacía tantos años, cuando contestara con tanta cautela la carta del señor Dunboyne. Pero, ¿qué pensaría de mí si, tarde o temprano, se producía la revelación accidental de lo que me había sentido obligado a ocultar? Cuanto más trataba de prever lo que traería el futuro, más y más oscuro era el panorama que veía ante mis ojos.

La Gran Dama Naturaleza ofreció a mi corazón dolorido y mi mente abrumada una idea más aceptable cuando miré por la ventana de mi habitación. Lo que vi

fueron los árboles y los macizos de flores de un jardín, que me tentaron de manera irresistible a pasearme bajo el sol sin nubes de un día hermoso. Me preparaba para salir, a fin de recobrar el ánimo y las esperanzas, cuando me detuvo un toque a la puerta.

¿Habría regresado la señorita Jigall? Cuando dije «Adelante» el señor Gracedieu abrió la puerta y entró en la habitación.

Estaba tan débil que trastabilló al acercarse. Lo ayudé a llegar a un asiento y percibí una mirada extraviada en sus ojos y un rubor en sus mejillas marchitas. Algo había ocurrido.

—Cuando estuvo usted en mi cuarto —comenzó—, ¿no le dije que olvidaba algo?

—Así fue.

—Pues bien, lo he recordado. Mi infortunio, debía llamarlo el castigo por mis pecados, ha vuelto a mi mente. Ha caído sobre mí la peor maldición que puede caer sobre un padre. Tengo una hija malvada. ¡Mi propia hija, caballero! ¡Mi propia hija!

¿Había estado despierto mientras la señorita Jigall y yo conversábamos ante su puerta? ¿La había oído preguntarme si el señor Gracedieu no había mencionado la conducta oprobiosa de Helena para con su hermana cuando me hablaba de Eunice? Ésa quizás había sido la vía para encontrar el recuerdo extraviado. Fuera como fuese, después de la amarga alusión a la «hija malvada», algo debía ocurrir. Era probable que Helena Gracedieu y el momento del ajuste de cuentas estuvieran más próximos de lo que me había atrevido a esperar.

Aguardé ansiosamente lo que me diría a continuación.

CAPÍTULO XXXVI

El desvarío de la mente

En un primer momento el Ministro me decepcionó.

Sin hablar, incluso sin levantar la vista, sacó su libreta de notas y comenzó a escribir en ella. Las constantes interrupciones que lo asaltaban, bien un temblor de la mano que sostenía el lápiz, bien alguna dificultad (imaginé) para expresar pensamientos imperfectamente elaborados, le hicieron perder la paciencia; lanzó la libreta al suelo.

—¡Mi mente está perdida! —exclamó—. ¡Padre Celestial, haz que la muerte me libere de un cuerpo que carece ya de mente!

¿Quién podía oírlo e incurrir en la crueldad de recomendarle que mantuviera el control de sí mismo? Levanté la libreta y me ofrecí a ayudarlo.

—¿Cree que podría? —preguntó.

—Al menos puedo intentarlo.

—¡Qué buen amigo! ¿Qué haría sin usted? Mire; ésta es la dificultad que enfrento. Tengo tantas cosas que decir que quiero ordenarlas, porque si no, se mezclarán unas con otras. Mire en la libreta —dijo mi pobre amigo con voz lastimera—, se han mezclado unas con otras muy a mi pesar.

Sus anotaciones resultaban casi incomprensibles. Aquí y allá descubrí algunas palabras aisladas que se destacaban en medio de la confusión circundante. La primera palabra que descifré fue «Educación». Auxiliado por ese indicio, me confié a la imaginación para que me guiara en lo que le diría al Ministro. Era necesario que me mostrara seguro de mí mismo, o perdería toda confianza en mí.

—¿Y bien? —dijo impaciente.

—Pues bien —contesté—, tiene usted algo que decirme sobre la educación que les ha dado a sus hijas.

—¡No las junte! —gritó—. La querida, paciente, dulce Eunice no debe confundirse con ese demonio vestido de mujer...

—¡Calle, calle, señor Gracedieu! Aun si Helena se ha portado mal, sigue siendo su hija.

—¡La repudio, caballero! Piense por un momento en lo que ha hecho, y piense después en la educación religiosa que le he proporcionado. ¡No tiene corazón! ¡Es mentirosa! El ser más ignorante de los antros más bajos de este pueblo no podría haber hecho algo más infamemente cruel. ¡Y eso tras años y años de paciente instrucción cristiana de mi parte! ¿Qué es la religión? ¿Qué es la educación? En cierta ocasión leí un libro horrible (no recuerdo quién era su autor); llamaba superstición a la religión, y molde vacío a la educación. No sé; mi palabra que no sé si ese libro

no... ¡Ah, mi lengua! ¿Por qué no mantengo mi lengua vigilada? ¿Usted también es padre? No me interrumpa. Póngase en mi lugar y piense en ello. Sin corazón, mentirosa y mi hija. Páseme la libreta; quiero ver qué nota viene primero.

Se había excitado hasta alcanzar un estado de agitación que liberaba su ánimo de la depresión que lo había oprimido hasta ese momento. Su vanidad inofensiva, que fue siempre, sospecho, una característica latente de su naturaleza bondadosa, ya le había devuelto la confianza. Con una sonrisa de autosuficiencia consultó sus ininteligibles anotaciones y realizó sus propios e insólitos descubrimientos.

—Ah, sí; «M» quiere decir Ministro; yo soy lo primero. ¿Soy culpable? ¿No tengo (Dios me perdone mis innumerables pecados), no tengo corazón? ¿Soy mentiroso?

—Mi buen amigo, ¡ni sus enemigos podrían afirmar tal cosa!

—Gracias. ¿Quién viene a continuación? —volvió a consultar su libreta—. Su madre, su santa madre es la próxima. Todo el mundo dice que se parece a su madre. ¿Acaso no tenía corazón mi esposa? ¿Era una mentirosa el ángel de mi vida?

(«Eso», pensé para mis adentros, «es exactamente lo que era su esposa, y es exactamente lo que reaparece en la hija de su esposa.») —¿De dónde procede su maldad? —prosiguió—. Ni de su madre, ni de mí, ni de que se haya descuidado su educación —de repente caminó hacia mí y me puso las manos sobre los hombros; su voz bajó hasta adoptar un tono ronco, plañidero, espantado—. ¿Le digo de qué se trata? De una posesión del demonio.

Era tan evidentemente necesario impedir que continuara con esa línea de pensamiento que no vacilé en interrumpirlo.

—¿Oirá usted ahora lo que quiero decirle? —le pregunté con brusquedad.

Su humor volvió a cambiar; me dedicó una profunda inclinación y regresó a su asiento.

—Lo escucharé con placer —respondió cortés—. Es usted el hombre más elocuente que conozco, con una sola excepción: yo. Por supuesto, yo.

—Es una mera pérdida de tiempo —continué—, lamentarse de la excelente educación a la que su hija ha dado tan mal uso —después de esa respuesta, me sentí tentado a añadir otra verdad. Toda educación está a merced de dos poderosas influencias contradictorias: la influencia del temperamento y la influencia de las circunstancias. Pero eso era filosofía. ¿Cómo podía esperar que se sometiera a la filosofía?—. Lo que conocemos de la señorita Helena —continué—, nos debe bastar. Ha intrigado y se propone triunfar. Deténgala.

—¡Exactamente lo que pensaba! —declaró con firmeza—. Me niego a dar mi consentimiento para ese abominable matrimonio.

Para emplear una frase popular, seguí machacando sobre el hierro candente.

—Debe hacer algo más, caballero —dije.

De repente, su vanidad lo hizo alarmarse: yo le dictaba qué hacer de manera demasiado poco encubierta. Me volvió a pasar su libreta.

—Ahí verá —dijo altivo—, que lo he puesto todo por escrito.

Fingí encontrarlo y leí la siguiente anotación imaginaria: «Después de lo que ha hecho, Helena es capaz de casarse desafiando mis deseos y mis órdenes. Hay que considerar esa posibilidad y tomar medidas que lo impidan». Hasta el momento había logrado satisfacer su vanidad. Pero cuando (pensando en su autoridad paterna) hice referencia a la edad de su hija, sus ojos se posaron en mí con una mirada de evidente terror.

—¡No siga! —dijo—. No hablaré de la edad de mis hijas ni siquiera con usted.

¿Qué quería decir? Era inútil preguntarle. Proseguí con el asunto que teníamos entre manos, hablándole aún deliberadamente como le habría hablado a un hombre de intelecto tan despejado como el mío. Es mi experiencia que esta práctica por lo general estimula a una inteligencia debilitada a esforzarse al máximo. Todos sabemos cómo reciben los niños una charla o los libros que descienden al nivel que se les presume.

—Daré por sentado —continué—, que la señorita Helena se encuentra todavía bajo su tutela legal. Sólo puede lograr sus propósitos mediante un matrimonio clandestino. En ese caso, mucho depende del hombre. Usted me dijo que no ha podido evitar que le guste. Esto fue, por supuesto, antes de que conociera la manera deshonrosa en que se había comportado. Su opinión debe ser otra ahora.

Pareció no saber cómo responderme.

—Me temo —dijo—, que fue Helena quien lo indujo.

Topaba de nuevo, dichas con otras palabras, con las disculpas a la conducta de Philip Dunboyne que me había expresado la señorita Jigall. Por más que despreciara y detestara al joven, me veía obligado a admitir que debían recomendarlo atractivos personales que habría que tomar en cuenta. Traté de extraerle más información al señor Gracedieu.

—La excusa que acaba usted de brindarle —proseguí—, implica que se trata de un hombre débil, a quien se persuade y se lleva de la mano con facilidad.

El Ministro respondió con una inclinación.

—Una debilidad así —insistí—, constituye en sí misma un vicio. Ya ha conducido, caballero, a los más lamentables resultados.

Lo admitió con otra inclinación.

—No quiero disgustarlo, señor Gracedieu; pero debo recomendarle que emplee todos los medios a su alcance. Debe aprovechar la debilidad de este hombre, en nombre del bien que ello puede traer aparejado. He oído que se encuentra en Londres con su padre. Utilice la influencia mayor: escríbale a su padre. Además, hay otra razón para hacerlo. Es muy posible que al señor Dunboyne padre le hayan ocultado la

verdad. Ocúpese de que esté informado de lo que realmente ha sucedido. ¿Busca usted pluma, tinta y papel? Permítame ofrecerle los elementos de escritorio que empleo en mis viajes.

Los coloqué ante él. Tomó la pluma; preparó el papel; estaba ansioso por comenzar.

Tras escribir unas pocas palabras, se detuvo; reflexionó; volvió a intentarlo; se volvió a detener; rompió lo poco que había escrito; y comenzó una nueva carta que terminó de la misma lamentable manera. Era imposible presenciar su impotencia, contemplar con cuán lastimosa paciencia sobrellevaba su incapacidad y permitir que continuara ese triste espectáculo. Me propuse para escribir la carta, autenticada, por supuesto, con su firma. Cuando me permitió tomar la pluma, volvió el rostro, avergonzado de dejarme ver cuánto sufría. ¿Era este el mismo hombre cuya gran naturaleza se había manifestado de modo tan noble en la celda de la condenada a muerte? ¡Pobres mortales!

Redacté la carta con facilidad.

No tenía más que informarle al señor Dunboyne de la conducta de su hijo, limitándome a repetir, en el lenguaje más llano de que era capaz, lo que me había relatado la señorita Jigall. Una vez que llegué al final, me las ingenié para que el señor Gracedieu se expresara en los siguientes fuertes términos:

Me opongo al matrimonio, caballero, para ser justo con usted y conmigo mismo. Ninguno de los dos puede consentir en convertirse en cómplice de una de las más infames traiciones en el ámbito doméstico.

El Ministro leyó la carta en silencio y agregó su firma. En silencio se incorporó y me tomó del brazo. Le pregunté si quería ir a su habitación. Sólo me contestó con un gesto. Me ofrecí para sentarme junto a su lecho para tratar de distraerlo. Me apretó la mano en señal de agradecimiento; con gentileza, cuando llegamos a su puerta, me hizo señas de que me marchara. ¡Aplastado por el penoso descubrimiento de la pérdida de sus facultades! ¿Qué podía yo hacer? ¿Qué podía decir? ¡Nada!

La señorita Jigall estaba en la sala. Después de las necesarias explicaciones le mostré la carta. La leyó con un interés que le cortaba el aliento.

—Resulta terrible pensar cuánto depende del señor Dunboyne padre —dijo—. Usted lo conoce. ¿Qué tipo de hombre es?

Sólo pude asegurarle (por lo que recordaba de la carta que me dirigiera) que era un hombre en el cual se podía confiar.

La señorita Jigall poseía tesoros de información que yo no tenía. El señor Dunboyne, me dijo, era un estudioso, un escritor, un hombre rico. Sus puntos de vista sobre el matrimonio eran extremadamente liberales. Quería que su hijo encontrara en

su esposa sólidos principios, un buen carácter y un rostro agraciado, y él prometía encontrar el dinero.

—Conozco estos particulares —dijo la señorita Jigall— a través de la querida Eunís. ¿No le parecen alentadores? Que Helena satisface las exigencias del señor Dunboyne en lo que respecta a la apariencia personal, lamento decir que es innegable. Pero en lo que toca a sus otras exigencias, ¡cuán alentador se nos presenta el panorama! ¿Sólidos principios y buen carácter? Ja! Ja! Helena tiene los principios de Jezabel y el carácter de Lady Macbeth.

Después de dibujar este notable detalle del carácter de la señorita Helena, la imparcial artista pidió que le volviera a mostrar la carta y me hizo la observación de que le faltaba la dirección.

—Puedo proporcionársela —prosiguió—, gracias, como antes, a mi dulce Eunís. Y (no se apure) puedo serle útil de otra forma. ¡Ah, cómo disfruto sintiéndome útil! Si confía su carta al cesto del pasillo, los adorables ojos de Helena, capaces de las acciones más mezquinas que se puedan concebir, sin duda le echarán un vistazo a la dirección. Y si eso ocurre, ¿cree que su carta llegará a Londres? Me temo que detecta una ligera dosis de rencor en esa pregunta. ¡Ah, qué vergüenza! Yo misma llevaré la carta al correo.

CAPÍTULO XXXVII

La hermana desvergonzada

Por alguna razón que mi perspicacia, por sí sola, no era capaz de descubrir, la señorita Helena Gracedieu se mantenía apartada de mi camino.

En la cena, el día de mi llegada, y en el desayuno del día siguiente, estuvo presente, por supuesto; presta a mostrarse agradable de manera discreta, y dotada de la provisión necesaria de amena conversación trivial. Pero acabadas las comidas, tenía a su disposición la excusa de los quehaceres domésticos y desaparecía sin ostentación, como una dama joven bien educada. Nunca me tropecé con ella en la escalera, nunca la interrumpí al entrar en la sala, nunca la atrapé apartándose de mi paseo por el jardín. Yo no sabía qué explicación atribuirle a estos misterios, pero el interés de la señorita Jigall en mi bienestar la llevó a alertarme de modo vago y general.

—Mi palabra, estimado señor Alcaide, contiene algún designio del que usted forma parte. ¿Permitirá que una insignificante solterona le ofrezca una sugerencia? Gracias; me atreveré a darle un consejo. Por favor, recuerde la peor reclusa con la que haya tenido que lidiar, y actúe en consecuencia si Helena lo atrapa en una conversación a solas.

Menos de media hora después, Helena me atrapó. Estaba yo escribiendo en mi habitación cuando la doncella me trajo un mensaje:

—La señorita Helena manda sus saludos, caballero, y pregunta si podría usted concederle media hora, en el piso de abajo.

Mi primera excusa, por supuesto, fue que estaba ocupado. A ella le siguió un segundo mensaje, pensado de antemano, no cabe duda, para afrontar la negativa que ya se había anticipado:

—La señorita Helena me pidió que le dijera, señor, que estará libre en el momento que usted disponga.

Me seguí mostrando obstinado; argüí que estaba comprometido durante todo el día. Ya había un tercer mensaje listo para esa eventualidad:

—La señorita Helena lamenta, caballero, tener que posponer el placer de conversar con usted, pero desea que fije usted la hora para mañana.

Una persistencia tan tenaz produjo un resultado que la cautelosa hija del señor Gracedieu quizás no había previsto: me puso en guardia. Parecía existir una oportunidad, al menos, de que yo pudiera servir a Eunice si descubría lo que quería decir el enemigo. Puse bajo llave mis escritos, me declaré incapaz de someter a la señorita Helena a inconvenientes innecesarios y seguí a la doncella hasta la planta baja.

La habitación a la que fui conducido estaba vacía. Eché una mirada a mi alrededor.

Si me hubieran dicho que allí vivía un hombre perfectamente indiferente a las apariencias, habría concluido que su alojamiento era fiel reflejo de sus puntos de vista. Las sillas y las mesas me recordaron la sala de espera de los ferrocarriles. La descuidada librería era mudo indicio de una vida insensible a la literatura. La alfombra era de ese espantoso color parduzco que es aún el preferido del gusto medio inglés, a pesar de todas las protestas que pueden hacerse en su contra en nombre del Arte. El techo, recientemente encalado, hizo que me dolieran los ojos al mirarlo. A ambos lados de la ventana, una floja cortina verde pendía desvalida sin formar ninguna onda. El escritorio y la papelera, analizados como especímenes de trabajo en madera, hacían recordar los juegos de habitación hechos en serie que se exhiben en las tiendas baratas. Los libros, la mayoría con cubiertas pizarrosas, eran de la literatura llamada religiosa; sólo descubrí tres publicaciones mundanas entre ellos: Cocina Doméstica, Etiqueta para Damas y Sugerencias para la Cría de Aves. Un relojito feo que dejaba oír un tictac ruidoso en su estuche negro, y dos candelabros de un metal de baja calidad colocados a ambos lados, completaban los adornos de la repisa de la chimenea. Ni cuadros ni grabados cubrían la desnudez de las paredes. No vi ni trabajos de aguja ni flores. El único objeto que tenía algunas pretensiones de belleza era un espejo con un elegante marco dorado, sagrado para la vanidad y digno del oficio que cumplía. Ésa era la salita de Helena Gracedieu. Lo cierto es que no pude evitar pensar: ¡Qué apropiado para ella!

Entró con un rostro perfectamente adaptado a las circunstancias: complacido y sonriente; amablemente deferente, en consideración a lo que se le debía a un huésped de su padre y, para mi sorpresa, hasta cierto punto evocador de una de esas reclusas incorregibles a las que se había referido la señorita Jigall al ofrecerme sus consejos.

—¡Qué amable por su parte acudir tan pronto! Me excusará que lo reciba en la habitación reservada a mis labores de ama de casa; aquí no sufriremos interrupciones. Muy sencillamente amueblada, ¿no es cierto? Me disgustan la ostentación y el lujo. Los adornos están fuera de lugar en una habitación dedicada a los quehaceres domésticos. Odio los quehaceres domésticos. ¿Se ha fijado en el espejo? Es un regalo. Yo nunca habría puesto algo semejante. Quizás mi vanidad lo excusa.

Acompañó ese último comentario con una mirada al espejo; lo usaba al tiempo que lo despreciaba. Sí; era un rostro hermoso el que le ofrecía el cumplido de su imagen reflejada; pero no lo acompañaba tan bien como podría haberlo hecho una figura hermosa. Sus pies eran demasiado grandes; sus hombros, demasiado altos; carecía de las gráciles ondulaciones al andar de las jóvenes de buena estampa; y, en mi opinión, tenía el busto demasiado desarrollado para su edad.

Se sentó a mi lado, de espaldas a la luz. Yo estaba de frente a la ventana, lo que le

daba la ventaja de ver mi rostro con claridad. Esperó por mí, y yo esperé por ella; se produjo una pausa incómoda. Fue ella quien la rompió.

—¿No le parece curioso? —señaló—. Cuando dos personas tienen algo particular que comunicarse, y nada lo obstaculiza, nunca parecen saber qué decir. Usted es el mayor, caballero. ¿Por qué no comienza?

—Porque no tengo nada particular que comunicarle.

—En lenguaje llano, ¿quiere decir que debo comenzar yo?

—Si me hace el favor.

—Muy bien. Quiero saber si le he proporcionado a usted (y a la señorita Jigall, por supuesto) todo el tiempo que quería, y todas las oportunidades que pudieran desear.

—Le ruego que prosiga, señorita Helena.

—¿No he sido lo bastante explícita?

—No lo suficiente, lamento decirle, para que pueda yo entender a qué se refiere.

Apartó un poco su silla de la mía.

—Me siento muy defraudada —dijo—. Tenía tan alta opinión de su sinceridad. Había pensado para mí: su rostro tiene una expresión tan notable de franqueza. ¡Otra ilusión perdida! Confío en que no crea que me siento ofendida si digo algo atrevido. Es cierto que no soy más que una joven; pero no soy tan tonta como estima. ¿De veras cree que no sé que la señorita Jigall le ha estado diciendo cuanto de malo hay en mí; describiendo cada error que he cometido, cada una de mis faltas, a la peor luz posible? ¡Y usted le ha prestado oído, naturalmente! Y siente prejuicios, serios prejuicios en mi contra, ¿de qué otro modo podría ser, dadas las circunstancias? No me quejo; me he mantenido a propósito apartada de su camino y del de la señorita Jigall; en resumen, le he brindado todas las facilidades, como dicen los prospectos. Sólo quiero saber si al fin ha llegado mi turno. Una vez más, ¿le he dado tiempo suficiente y oportunidades suficientes?

—Mucho más que suficientes.

—¿Quiere decir que se ha formado una opinión sobre mí sin detenerse a pensar?

—Eso es exactamente lo que quiero decir. Una traición, señorita Helena, es una traición; no hay persona honesta que vacile antes de condenarla. Lamento que me haya enviado a buscar.

Me incorporé para marcharme. Con un gesto irónico de reconvención, me indicó que me volviera a sentar.

—¿Debo recordarle, estimado caballero, su famosa virtud innata? ¿No cree que una joven que no tiene quien la defienda merece que se proceda lealmente con ella? Acaba usted de hablar de traición. Niego que haya habido traición. Le ruego que me escuche.

Regresé a mi asiento.

—¿O preferiría —prosiguió—, esperar a que llegue mi hermana, más tarde, y continúe lo que comenzó la señorita Jigall, con la gran ventaja de su juventud y su belleza?

Cuando la mente femenina llega a ese estado, ningún hombre avisado responde las preguntas de una mujer.

—¿Debo entender que su silencio me autoriza a continuar? —preguntó la señorita Helena.

Le supliqué que interpretara mi silencio de la forma que le resultara más conveniente.

Eso, naturalmente, la alentó. Me hizo una proposición:

—¿Le importaría que cambiáramos de lugar, caballero?

—Como desee, señorita Helena.

Intercambiamos nuestros asientos; ahora la luz le daba de lleno en el rostro. ¿Me retaba deliberadamente a que escudriñara en lo más secreto de su mente, si era yo capaz? En toda mi experiencia con el mundo y con las mujeres nunca he topado con una insensibilidad tan perfecta como la de esa joven a todo sentimiento refinado, a toda decorosa incertidumbre, a toda la timidez que suelen acompañar a su sexo y su edad en presencia de un hombre que no había ocultado su opinión desfavorable sobre ella.

—Quiero ser totalmente dueña de mí misma —explicó—; su rostro, por alguna razón que desconozco, me irrita. El hecho es que me siento muy orgullosa de no perder nunca los estribos. Por favor, le ruego que me disculpe. Ahora, acerca de la señorita Jigall. Supongo que le dijo cómo conoció mi hermana a Philip Dunboyne.

—Sí.

—¿Quizás mencionó también que es un hombre muy culto?

—Lo hizo.

—Ahora podemos continuar. Cuando Philip vino aquí a nuestro pueblo y me conoció... ¿le molesta que hable de él de manera tan familiar, que lo llame por su nombre de pila?

—Si fuera otra persona la que estuviera en su situación, señorita Helena, me atrevería a decir que es de mal gusto.

Mi irritación me hizo decirle lo anterior. Fracasó completamente como esfuerzo bien intencionado de hacerle un reproche implícito. La señorita Helena sonrió.

—Me concede usted una libertad que no le dispensaría a otra joven —fue así como lo interpretó—. Ya nos vamos entendiendo. Vuelvo a lo que decía. Cuando Philip me conoció (fue él mismo quien me lo dijo, téngalo en cuenta) sintió que habría sido yo la elegida de haberme conocido antes que a mi hermana. ¿Acaso le parece culpable?

—Si quiere mi consejo —dije—, no pregunte demasiado por la opinión que me

merece Philip Dunboyne. ¿Tal vez no quiere que siga hablando?

—Por el contrario, le suplico que continúe, si lo desea.

Después de esa concesión, fue la amabilidad misma.

—Ah, sí —me aseguró—, eso es fácil —y en consecuencia prosiguió—: Cuando Philip me informó del estado de sus afectos, naturalmente, seguí su ejemplo. De hecho, intercambiamos confesiones. Nuestro compromiso matrimonial se produjo luego según el curso normal de los acontecimientos. ¿Le parezco culpable?

—Esperaré hasta que termine.

—No tengo nada más que decir.

Me dio esa pasmosa respuesta con una compostura tan perfecta que comencé a temer que hubiera un malentendido entre ambos.

—¿De veras es eso todo lo que puede decir en su defensa? —insistí.

Su paciencia conmigo fue ejemplar. Descendió a mi nivel. En esta ocasión no confió sólo en las palabras, sino que para martillar (es un decir) en mi cabeza lo que quería decir, se ayudó de los dedos, como si enseñara a un niño.

—Philip y yo —comenzó—, fuimos víctimas de un accidente, que nos apartó cuando debimos conocernos: no somos responsables de ese accidente —subrayó sus palabras tocándose el índice—. Philip y yo nos enamoramos a primera vista: no somos responsables de los sentimientos que sembró en nosotros una Providencia omnisapiente —auxilió a mi entendimiento tocándose el dedo del medio—. Philip y yo tenemos un deber el uno con el otro, y bajo esas circunstancias, aceptamos una responsabilidad: la responsabilidad de casarnos —un roce a su dedo anular y una indulgente inclinación anunciaron el fin de la lección—. No soy un hombre sagaz como usted —reconoció con modestia—, pero le suplico con cierta confianza que nos ayude cuando vuelva a conversar con mi padre. Ya sabe exactamente qué le debe decir. No hemos olvidado nada.

—Perdóneme —dije—, ha olvidado a una persona.

—¿Sí? ¿A quién?

—A su hermana.

Un tanto perpleja al principio, la señorita Helena reflexionó y se recuperó.

—Ah, sí —dijo—; por un momento he temido tener que molestarlo pidiéndole una explicación, pero ahora lo entiendo. Se siente usted apenado (y es muy natural) por la existencia de sentimientos de enemistad entre parientes cercanos, y quiere estar seguro de que no tengo mala voluntad hacia Eunice. Es violenta, es huraña, es torpe, es egoísta, y se niega con toda crueldad a vivir bajo el mismo techo que yo. Puede sentirse tranquilo, caballero, yo he perdonado a mi hermana.

No pretendo ocultarlo: la señorita Helena Gracedieu me confundía.

La audacia con frecuencia es una de esas formas de la insolencia que la madurez hace a un lado con desprecio. La audacia de esta joven desarmaba toda resistencia por

una razón sorprendente: era incuestionablemente sincera. La firme convicción en su propia virtud era evidente en sus ojos orgullosos y atrevidos, que me miraban fijamente. En ese momento no sabía yo lo que después supe. El horrible encallecimiento de su sentido de la moral era obra de ella misma. En su diario se ha encontrado una confesión de lecturas secretas, y de reflexiones derivadas de ellas que sólo pueden describirse como dignas de la fuente de la cual manaron.

Una persona capaz de arrepentimiento y rectificación, en su lugar, se habría percatado de que me había repugnado. Ni una sospecha en ese sentido cruzó por la mente de la señorita Helena.

—Veo que se siente turbado —señaló—, y no crea que no sé por qué. Es usted demasiado cortés para reconocer que todavía no he conseguido convertirlo en mi amigo. ¡Ah, me propongo lograrlo!

—No —dije—, no lo creo.

—Veremos —contestó—. Tarde o temprano intercederá usted ante mi padre por Philip y por mí —se puso de pie y recorrió la habitación; después se detuvo y me contempló atentamente. —¿Piensa en Eunice? —preguntó.

—Sí.

—¿Sus simpatías están con ella?

—Mis simpatías más sentidas.

—Después de eso no necesito preguntarle qué lugar ocupó en su opinión. Le ruego que se exprese con toda libertad. Su aspecto lo dice todo: le inspiro sentimientos de aversión.

—Me produce usted sentimientos de horror.

Me inclino a pensar que la influencia exasperante de su lenguaje, su aspecto, su tono habrían hecho que cualquier otro hombre perdiera mucho antes el control de sí mismo. De cualquier modo, había conseguido irritarme hasta el punto de hacerme hablar en los términos fuertes que me inspiraba. Yo me había expresado con tanta claridad (quizás con tanta rudeza), que parecía imposible una mala interpretación. No obstante, no me entendió. Sin duda, la más inmisericorde revelación del aspecto funesto del destino humano se encuentra en la incapacidad de la palabra, hablada o escrita, para cumplir el propósito que le confiamos en nuestro intento de comunicarnos unos con otros. Aunque parece relacionarse mediante los lazos más estrechos y cariñosos con los demás mortales, ¡qué solitaria criatura, cuando se la somete a la prueba de la comprensión, es en realidad el ser humano en el mundo pródigo que habita! Mis palabras mal interpretadas, que eran una muestra más de la impotencia del lenguaje humano para expresar lo que pensamos, se habían abierto camino hasta el único lugar sensible de la naturaleza impenetrable de Helena Gracedieu. La traicionaron las contracciones y el rubor de su rostro duro, y el recurso al espejo que sus ojos delataron un momento después. Mi respuesta apresurada la

había hecho creer que insultaba yo de manera encubierta su hermoso rostro. En otras palabras, había herido su vanidad. Impulsada por el resentimiento, salió a la superficie la secreta desconfianza hacia mí que acechaba en ese corazón encallecido desde el momento en que nos conocimos.

—Yo le inspiro horror y Eunice le inspira compasión —dijo—. Eso, señor Alcaide, no es natural.

—¿Podría preguntarle por qué?

—Usted sabe por qué.

—No.

—¿Lo soportará?

—Quiero una explicación, señorita Helena, si se está refiriendo a eso.

—¡He aquí su explicación entonces! Usted no es el extraño que dice ser para mi hermana y para mí. Su interés en Eunice es un interés personal de algún tipo. No pretendo adivinar de qué se trata. En cuanto a mí, está claro que alguien lo predispuso en contra mío, antes de que la señorita Jigall se convirtiera en su confidente.

En su alusión a Eunice había topado, lo que es extraño, con algo semejante a la verdad. Pero cuando se refirió a sí misma, la malignidad temeraria de sus sospechas —incluso haciendo todas las concesiones a la cólera que la había impulsado a expresarlas— parecía reclamar una pequeña protesta contra la falsedad de la afirmación. Le dije que estaba completamente equivocada.

—Estoy completamente en lo cierto —respondió—; lo vi.

—¿Qué vio?

—Le vi fingir que le resultaba yo desconocida.

—¿Cuándo?

—Cuando nos encontramos en la estación.

Esa respuesta era demasiado ridícula como para permitirme preservar el control sobre mi sentido del humor. No estuvo bien; pero fue inevitable: reí. Me miró con furia, revelando una concentración de malas pasiones que aún no le había visto. Le pedí perdón; le rogué que pensara un poco antes de insistir en interpretar mi conducta de manera que no fuera digna de ella y que resultara injusta para conmigo.

—¡Injusta para con Usted! —exclamó—. ¿Quién es usted? Un hombre que ha desempeñado su cargo siempre tiene espías a sus órdenes; ¡sí!; y sabe cómo usarlos. Obtuvo información confidencial (puede que haya tenido una foto mía robada en el bolsillo) antes de llegar al pueblo. ¿Aún lo niega? Ah, caballero, ¿por qué se rebaja diciendo una mentira?

Jamás en mi vida me habían insultado así. Supongo que mi tolerancia debe haberse visto sometida a una prueba más severa de lo que era yo capaz de soportar. Con o sin excusas, fui lo bastante débil como para permitir que la lengua rencorosa de una joven me provocara, y, aún peor, para dejarla ver que lo había hecho.

—No tendrá usted una segunda oportunidad, señorita Gracedieu, de insultarme — con esa torpe respuesta abrí la puerta con violencia y salí de la habitación.

La señorita Helena corrió detrás mío, triunfante por haber encolerizado a un hombre lo bastante viejo para ser su abuelo, y me agarró del brazo.

—Su propia conducta lo ha traicionado —esas fueron exactamente sus palabras—. Lo vi en sus ojos cuando nos encontramos en la estación. Usted, el desconocido, usted que le permitió a la pobre ignorante Helena presentarse, usted ya me conocía, ¡me reconoció a primera vista!

Me sacudí su mano con irreflexiva brusquedad, que me resulta humillante recordar.

—¡Es falso! —grité—. La reconocí por el parecido con su madre.

En el mismo momento en que esas palabras salieron de mis labios, recobré el uso de mis facultades: recordé cuán fatales podrían resultar si llegaban a oídos del Ministro.

Pero sólo las oyó su hija, y parecieron enfriar el calor de su cólera por un instante.

—¿Así que conoció a mi madre? —dijo—. Mi padre nunca nos lo dijo cuando nos contó que era usted un viejo amigo. Como mínimo, habría que decir que es extraño.

Fui lo bastante sensato —ahora que era ya demasiado tarde para la sensatez— como para no intentar explicarme, y para no darle la oportunidad de decir nada más.

—Ninguno de los dos está en las debidas condiciones —respondí— para permitir que esta entrevista continúe. Debo tratar de recuperar la calma, y la dejo para que haga usted lo mismo.

En la soledad de mi cuarto pude examinar imparcialmente mi situación.

La esposa del señor Gracedieu había acudido a mí, en un pasado remoto, sin conocimiento de su esposo. Tentada a llevar a la práctica una cruel decisión gracias al éxito maternal de haber tenido una hija propia, había resuelto desplazar a la pobrecita rival del afecto de su esposo entregando a la niña adoptada a un asilo de caridad. Se había atrevido a pedirme que la ayudara. Yo había guardado el secreto de esa vergonzosa visita, puedo decirlo con toda honestidad, por el bien del Ministro. Y ahora, mucho después de que el tiempo condenara esos recuerdos al olvido, revivían. Y era yo quien los revivía. Gracias a mi insensatez, la hija del señor Gracedieu sabía lo que yo le había ocultado al señor Gracedieu.

¿Qué medidas me aconsejaban tomar el respeto hacia mi amigo y el respeto a mí mismo?

Sólo veía ante mí la posibilidad de elegir entre dos males. Esperar el desarrollo de los acontecimientos, con la muy probable perspectiva de que Helena Gracedieu traicionara por venganza mi indiscreción. O tomar la iniciativa y correr el riesgo de producir consecuencias que podría lamentar hasta el fin de mis días si me confesaba

ante el Ministro.

Antes de que hubiera tomado una decisión, alguien llamó a mi puerta. Era la doncella de nuevo. ¿Sería posible que la hubiera enviado Helena?

—¿Otro mensaje?

—Sí, caballero. El señor desea verlo.

CAPÍTULO XXXVIII

Las edades de las jóvenes

¿El deseo de verme del Ministro estaría inspirado en la traidora confesión por parte de su hija de lo que desafortunadamente acababa de decirle? Aunque sin duda su padre no consentiría en recibirla personalmente, la señorita Helena bien podía adoptar el método de la comunicación escrita, y la carta podría estar redactada en términos que despertaran su curiosidad. Si el propósito vengativo de Helena ya se había cumplido —y si el señor Gracedieu no me dejaba otra alternativa que revelarle el indigno carácter de su esposa— digo con toda honestidad que temía las consecuencias, no por lo que podían afectarme, sino por la forma en que podían afectar a mi desgraciado amigo, tan debilitado de cuerpo y mente.

Cuando entré en su habitación seguía en la cama.

Las cortinas del lecho que daban a la ventana estaban corridas para impedir que la luz cayera con demasiada intensidad sobre sus débiles ojos. En medio de las sombras en que estaba envuelto me resultaba imposible ver su rostro, desde el lado descubierto de la cama, con la claridad suficiente como para llegar a una conclusión definitiva sobre lo que pasaba por su mente. Tras permanecer despierto durante las primeras horas de la noche, había disfrutado de un sueño prolongado y tranquilo.

—Esta mañana me siento más fuerte —dijo—, y quiero hablar con usted mientras mi mente permanece despejada.

Si el tono calmado de su voz no era fingido, sin duda ignoraba lo sucedido entre su hija y yo.

—Eunice pronto estará aquí —continuó—, y debo explicarle por qué la he enviado a llamar para que lo conozca. Tengo motivos, serios motivos, téngalo en cuenta, para desear que compare usted su aspecto con el de Helena, y para que después me diga cuál de las dos, sobre la base de una comparación justa, parece la mayor. Le ruego que recuerde que le concedo la mayor importancia a su conclusión.

Hablaba con más claridad y coherencia de lo que lo había oído hablar hasta ese momento.

Aquí y allá detectaba yo vacilaciones y repeticiones que a propósito no he reproducido aquí. La sustancia de lo que me dijo es lo que repetiré. Aunque me he tomado el cuidado de mantener mi recuento de los acontecimientos dentro de límites estrictos, lo cierto es que he escrito mucho más de lo que imaginaba cuando acepté la invitación del señor Gracedieu.

Una vez que le prometí satisfacer la extraña petición que me hacía, me aventuré a recordarle ocasiones anteriores en las cuales se había negado de modo categórico a hablar de las edades de las jóvenes cuando el tema había surgido.

—Deja usted a mi discreción —añadí—, la decisión de un asunto relativo a sus hijas en el cual tiene usted el mayor interés. ¿Puedo excusarme por lamentar que no me haya mostrado usted una mayor confianza?

—Tiene todas las excusas —respondió—. Pero igual me hace más difíciles las cosas. Quería decirle algo más, y se ha interpuesto su curiosidad.

Pronunció esas palabras con un énfasis hosco. En mi situación, el peor de los males era el suspenso. Le dije que mi curiosidad podía esperar, y le supliqué que aliviara su mente de lo que la oprimía en ese momento.

—Permítame pensar un poco —dijo.

Esperé su decisión con ansiedad. Nada sucedió que justificara mis recelos.

—Deje que lo que tengo en la mente madure —dijo—. El misterio de las edades de las jóvenes parece irritarlo. Si sigo despertando el mal humor de mi amigo, no podré valerme de sus servicios. No se preocupe de que se me vaya la cabeza; estoy acostumbrado. ¡Ahora escuche!

Por extraño que fuera el prólogo, la explicación subsiguiente fue aún más extraña. Ofrezco una versión abreviada y simplificada que reproduce fielmente la sustancia de lo que oí.

El Ministro abordó sin reservas el misterioso tema de las edades. Eunice, me informó, era casi dos años mayor que Helena. Si su aspecto delataba que tenía más edad, cualquiera que conociera las circunstancias en las cuales la niña adoptada había sido recibida en el hogar sin hijos del señor Gracedieu no habría tenido más que comparar a las supuestas hermanas para identificar a la joven que pareciera la mayor como la hija de la mujer ahorcada por asesinato. Como esa desgracia era una perspectiva posible, el Ministro se había visto obligado a evitar que, sin saberlo, las jóvenes se traicionaran al hacer alusiones a sus edades y sus cumpleaños. Después de mucho pensarlo, había diseñado un medio desesperado para salvar esa dificultad, ya conocido, se me ha informado, por los lectores anónimos que tengan acceso a las páginas que preceden a las mías. El plan de mi amigo, por su naturaleza, lo expuso a comentarios injuriosos, preguntas embarazosas y dudas e ideas erróneas, todo lo cual soportó con paciencia en consideración a la seguridad alcanzada. Orgulloso de su explicación, la vanidad del señor Gracedieu me exigió que reconociera que mi curiosidad había quedado satisfecha y que mis dudas habían desaparecido por completo.

No: ni aun así se sometía mi obstinado sentido común. Al pensar en el prolongado lapso de diecisiete años que había transcurrido, le pregunté qué había sucedido en ese tiempo que justificara las preocupaciones que parecían asaltar aún a mi amigo.

En esta ocasión resultó posible satisfacer mi inofensiva curiosidad con una respuesta de sólo tres palabras: nada había sucedido.

Entonces, en nombre del Cielo, ¿a qué temía el Ministro?

Su voz se convirtió en un susurro. Dijo:

—Temo a las mujeres.

¿Quiénes eran las mujeres?

¡Dos de ellas resultaron ser las sirvientas empleadas en el hogar del señor Gracedieu en la lejana época en que había llevado a la niña a la casa desde la prisión! Señalarle lo absurdo de los motivos que me mencionaba para temer las embestidas de la curiosidad femenina, si las circunstancias resultaban favorables para ello, habría sido malgastar palabras. Resté importancia al asunto y comprobé a continuación que las dudas del Ministro se extendían incluso a las dos celadoras designadas para vigilar por turnos a la asesina durante sus últimos días en prisión. En este caso pude tranquilizarlo con facilidad. Una de las celadoras había muerto. La otra se había casado con un granjero de Australia. ¿Habíamos agotado ya la lista de las sospechosas? No: faltaba una; y el Ministro me informó que la había conocido en mi residencia oficial cuando era yo Alcaide de la prisión.

—Se me presentó por su nombre —dijo—, y se dirigió a mí con rudeza. Una tal señorita... —hizo una pausa para consultar su memoria y en esta ocasión (gracias, quizás, al descanso nocturno) su memoria respondió a su llamado—. ¡Lo tengo! —exclamó—: la señorita Chance.

Al fin lograba mi amigo interesarme en sus peligros imaginarios. Existía alguna posibilidad de que, en este caso, tuviera que enfrentar a una persona temible.

Durante mi estancia en Florencia, el Capellán y yo habíamos echado más de una mirada retrospectiva (como suelen hacer los ancianos) a los acontecimientos del pasado. Mi colega de otros tiempos me habló de la época en que había suplido en sus deberes clericales a su amigo, el párroco de una iglesia de Londres. Ni él ni yo habíamos vuelto a saber de la «señorita Chance», que participara en nuestra desagradable experiencia en la prisión, y que se había casado con el arrojado caballero holandés, el señor Tenbruggen. Nos tuvimos que limitar a preguntarnos qué habría sido de la misteriosa pareja.

Como el señor Gracedieu sin duda ignoraba el casamiento de la mujer, no me resultaba fácil decir qué consecuencias podría acarrear, en su estado de agitación, informarle sobre él. Resultaba muy probable que llegara a la conclusión de que sabía yo más que él sobre la mujer. Decidí mantenerlo en secreto, al menos por el momento.

Pasando entonces a la única consideración que tenía cierta importancia, me di a la tarea de saber si el señor Gracedieu y la señora Tenbruggen se habían encontrado, o si se habían comunicado de alguna manera durante el largo período en el cual el Ministro y yo nos habíamos mantenido alejados. Si había tenido la mala suerte de ofenderla, era, sin duda, una enemiga a temer. Sin embargo, de no haber ocurrido esa desgracia, era yo de la opinión de que la señora Tenbruggen era uno más de los

inofensivos blancos de la desconfianza del señor Gracedieu.

Al comenzar mis preguntas me percaté de que afrontaba un obstáculo que debía combatir.

Mientras actuó bajo la influencia revivificadora del reposo que había disfrutado, el Ministro fue capaz de pensar y de expresarse con menos dificultad que de costumbre. Pero las reservas de energía de las cuales dependía el ejercicio provechoso de su memoria empezaron a flaquear a medida que se prolongaba la entrevista. Recordaba claramente que «algo desagradable había sucedido entre esa mujer insolente y él». Pero cuándo —y si frente a frente o por correspondencia— era más de lo que su memoria podía ahora recordar. Creía no equivocarse al decirme que «había habido una variación en las aprensiones que ella le inspiraba». En cierto momento, se había sentido satisfecho de haber tomado sabias medidas para garantizar su propia seguridad, si ella intentaba molestarlo. Pero en una época posterior, las dudas y los temores habían vuelto a asaltarlo. Si quería yo saber cómo había llegado a ocurrir esto, creía que había sido por un sueño que había tenido; y si le preguntaba en qué había consistido el sueño, sólo podía rogarme y suplicarme que no atormentara su pobre cabeza.

Poco dispuesto, aun así, a rendirme incondicionalmente, se me ocurrió intentar un último experimento que no le demandaba a mi amigo ningún esfuerzo mental. Existía cierta posibilidad de que la «señorita Chance» de épocas pasadas le hubiera escrito. En consecuencia, le pregunté si tenía el hábito de conservar sus cartas, y si me permitiría (cuando hubiera descansado un poco) mostrármelas para que pudiera mirar sus firmas.

—Es posible que de esta forma encuentre el recuerdo perdido —sugerí—, al final de una de sus cartas.

Mi pobre amigo era presa de ese estado de agotamiento en el cual los hombres acceden a cualquier cosa con tal de que los dejen en paz. Señalando un gabinete que había en su habitación, me dio una llave que tomó de una cestita que estaba sobre su cama.

—Mire usted mismo —dijo.

Después de ciertas vacilaciones —porque, naturalmente, me repugnaba examinar la correspondencia ajena— decidí al menos abrir el gabinete.

Para mi alivio, todas las cartas —una vasta colección— estaban cuidadosamente plegadas y ostentaban los nombres de sus remitentes. Podía examinar sin temores los paquetes en busca del nombre que me interesaba, y, al mismo tiempo, respetar la privacidad de la correspondencia. Mi perseverancia merecía una recompensa, pero no la obtuvo. El nombre que me interesaba eludió mi búsqueda. Al llegar al entrepaño superior del gabinete, me resultó tan alto que casi no lo alcanzaba con la mano. En vez de más cartas que revisar, hallé dos periódicos.

Uno de ellos era un viejo ejemplar del *Times* de fecha 13 de diciembre de 1858. Estaba cuidadosamente plegado a lo largo, con la página de los titulares hacia arriba. En la primera columna, hacia la izquierda de la plana, aparecían los usuales anuncios de los Nacimientos. Una marca de lápiz azul en uno de los anuncios atrajo mi atención. Leí la siguiente línea:

«El día 10, la esposa del Reverendo Abel Gracedieu, una niña.»

El segundo periódico era de una fecha posterior y no contenía nada que me interesara. Asumí, como es natural, que el anuncio se había insertado en el *Times* a petición de la señora Gracedieu; y después de todo lo que había oído, no tuve ninguna dificultad para atribuir la curiosa omisión del lugar de nacimiento de la niña¹ a la precaución del esposo. Aun si la señora Tenbruggen (entonces la señorita Chance) hubiera tropezado con el anuncio en el gran periódico londinense, el señor Gracedieu tenía buenas razones para congratularse por el prudente método adoptado para precaverse contra una curiosidad mal intencionada.

Me volví hacia la cama y lo miré. Tenía los ojos cerrados. ¿Dormía? ¿O acaso trataba de recordar lo que había querido decirme cuando las exigencias que impuse a su memoria lo habían obligado a aguardar por una oportunidad posterior?

En cualquiera de los dos casos, algo en el espectáculo de su reposo indefenso despertó mis simpatías. Me sugirió que sus ansiedades podían deberse a motivos personales que no me había mencionado y en los cuales no había yo pensado hasta el momento. Si se producía el descubrimiento que temía, su hogar se haría pedazos, y su condición de pastor sufriría a los ojos de la ley. Su hija se negaría a vivir bajo el mismo techo que la hija de una mujer infame. La opinión pública de su congregación, al juzgar a un hombre que había hecho pasar por propia a una hija ajena, lo hallaría culpable de una mentira deliberada.

Todavía agobiado por reflexiones que apuntaban a un futuro tan ^[1] desalentador, me sobresaltó una voz junto a la puerta, una voz dulce y triste que decía:

—¿Puedo pasar?

Los ojos del Ministro se abrieron al instante; se incorporó en la cama.

—¡Eunice, al fin! —exclamó—. Hágala pasar.

CAPÍTULO XXXIX

La hija adoptiva

Abrí la puerta.

Eunice pasó a mi lado con rapidez semejante a la de un rayo de luz. Cuando me volví hacia la cama, sus brazos rodeaban el cuello de su padre.

—¡Ah, pobre papá, que enfermo parece!

Expresiones comunes de cariño, nada más; pero su tono las dotaba de un encanto que me subyugó. Nunca comprendí mejor los temores infundados del señor Gracedieu como cuando lo vi en los brazos de su hija adoptiva. Había logrado hacerme recordar los tiempos de antaño, cuando una niña se había sentado en mis rodillas y había escuchado el tictac de mi reloj.

El Ministro le alzó suavemente la cabeza de su pecho.

—Mi amor —dijo—, no has visto a mi viejo amigo. Ámalo y respétalo, Eunice. Será tu amigo también cuando yo me haya ido.

Eunice vino hacia mí y me ofreció su mejilla para que la besara. Estaba penosamente pálida, pobrecita, y yo podía adivinar por qué. Pero ahora sólo su padre cabía en su corazón.

—¿Cree usted que está enfermo de gravedad? —susurró.

No sé lo que debí decirle. Sus ojos, los ojos más dulces, más fieles, más hermosos que he visto en un rostro humano, me miraban suplicantes. Que mis enemigos lo interpreten de la peor manera, si eso les complace: mentí. Y si merecía un castigo, lo recibí: ¡la pobre niña me creyó!

—Ahora estoy más contenta —me dijo agradecida—. Con sólo oír su voz me siento más animada. Cuando veníamos hacia aquí, Selina no hacía más que hablar de usted. Me dijo que no tendría ocasión de sentirme atemorizada del gran hombre; que él lograría que lo quisiera de inmediato. Le dije: «¿Tú lo quieres?» Me dijo: «Estoy perdidamente enamorada de él, querida». Mi amiga cree realmente que le gusta a usted, y se siente muy orgullosa. Algunos la consideran fea. Confío en que usted no sea uno de ellos.

Creo que habría mentido de nuevo si el señor Gracedieu no me hubiera pedido que me acercara a su cama.

—¿Qué le parece? —susurró con ansiedad—. ¿Es demasiado pronto para preguntarle si muestra su edad en el rostro?

—Ni en el rostro ni en la figura —respondí—; me asombra que lo haya dudado. Ningún extraño, juzgando a partir de su aspecto, evitaría incurrir en el error de pensar que Helena era la mayor.

Miró a Eunice con cariño.

—Su figura parece confirmar lo que usted dice —prosiguió—. Casi infantil, ¿no es cierto?

No pude estar de acuerdo con esa afirmación. Esbelta, cimbreante, sencillamente grácil en cada movimiento, la figura de Eunice, que exhibía la lozanía de la primera juventud, sólo aguardaba su total desarrollo. La mayoría de los hombres, de haberla visto como nosotros, de espaldas en el otro extremo de la habitación, se habría arriesgado a afirmar que tenía dieciséis años.

Al percatarse de que no era de su misma opinión, los celos volvieron a hacer presa del señor Gracedieu.

—Habla usted con mucha confianza —dijo—, si se tiene en cuenta que no las ha visto juntas. Piense qué terrible sería para mí el golpe si cometiera usted un error.

Declaré, con perfecta sinceridad, que no había que temer ningún error. La mera idea de efectuar la comparación que me proponía me resultaba odiosa. Si Helena y yo nos hubiéramos tropezado en ese momento, me habría apartado de ella instintivamente: habría enturbiado mis impresiones de Eunice.

El Ministro me hizo una seña para que me acercara un poco más.

—Tengo que decírselo —musitó—, y temo que ella me oiga. ¿Hay algo en su rostro que le recuerde a su desgraciada madre?

Casi perdí la paciencia ante la pregunta; era simplemente inconcebible. Su cabello tenía tonalidades más oscuras que el de su madre; sus ojos eran de un color diferente. Su expresión era de exquisita ternura y sinceridad, y la embellecía, en mi opinión, una tristeza suave y resignada. Resultaba imposible incluso pensar en los ojos de la asesina al mirar a su hija. Además, los rasgos de la mitad inferior del rostro carecían de las proporciones regulares del de su madre. Su sonrisa sencilla, dulce y fugaz, no era, sin duda, una sonrisa heredada por vía materna. Me resultaba imposible conjeturar si se parecía a su padre, ya que nunca lo había visto. Lo único cierto es que ni en sus rasgos ni en sus expresiones se apreciaba en Eunice ni la más ligera traza de la madre de Eunice. De las dos jóvenes, Helena —si se juzgaba por un algo en el color de su cabello y en el tono de su tez— quizás habría sugerido, sólo en esos particulares, un parecido puramente accidental con mi terrible prisionera de épocas pasadas.

El renacer del ánimo del señor Gracedieu sólo indicaba un cambio temporal, y ya comenzaba a ceder. Los ojos que habían mirado con amor a Eunice comenzaron a mirar con languidez: su cabeza se hundió en la almohada con un suspiro de apagado contento.

—Este placer ha sido casi demasiado para mí —dijo—. Déjame descansar un rato y acostúmbrate a ello.

Eunice le dio un beso en la frente y ambos salimos de su habitación.

CAPÍTULO XL

El corazón atribulado

Cuando salimos al rellano, observé que mi acompañante hizo una pausa. Antes de bajar, echó una mirada a los dos tramos inferiores de la escalera. Se me ocurrió que debía haber alguien en la casa a quien deseaba evitar a toda costa.

Cuando llegamos al vestíbulo de la planta baja hizo otra pausa y me propuso en un susurro que fuéramos al jardín. Mientras avanzábamos hacia la parte trasera de la casa vi que sus ojos se volvían con desconfianza hacia la puerta de la habitación en la cual me había recibido Helena. Al fin mi lento entendimiento se avivó y la comprendí. La naturaleza sensible de Eunice sentía repugnancia ante un encuentro casual con la desgraciada que había arrasado con cuanto de feliz y esperanzado había abrigado su joven e inocente vida.

—¿Vendrá conmigo a mi rincón favorito del jardín? —preguntó.

Le ofrecí mi brazo. Me condujo en silencio a un asiento rústico, ubicado bajo la sombra de una morera. Observé que cuando nos sentamos su rostro sufrió una transformación: una tierna y hermosa transformación. En ese momento, el corazón de la joven estaba muy lejos de mí. Asociaba ese rincón del jardín con recuerdos con los que sentí que no debía interferir.

—Una vez fui muy feliz aquí —dijo—. Cuando poco después se me partió el corazón, temía mirar el viejo árbol y el banco bajo su sombra. Pero todo eso ya pasó. Me gusta recordar las horas que me fueron queridas y ver los lugares que me las traen a la mente. ¿Sabe en quién pienso? No tema afligirme. Ya no lloro nunca.

—Querida niña, conozco tu triste historia, pero no me atrevo a hablar de ella.

—¿Porque lamenta mucho lo que me sucedió?

—¡No hay palabras que puedan expresar cuánto lo lamento!

—Pero no sentiré cólera hacia Philip.

—¡Que no sienta cólera! Pobrecita, temo decirte cuán encolerizado me siento con él.

—¡Ah, no! No debe decir eso. Si quiere ser bueno conmigo (y estoy segura de que quiere serlo) no piense mal de Philip.

Cuando recuerdo que el primer sentimiento que despertaron en mí sus palabras no fue uno más digno de un cristiano practicante que el asombro, caigo en mi propia estima al nivel de un salvaje.

—¿Quieres decir —fui lo bastante insensible para preguntar— que lo has perdonado?

Dijo con suavidad:

—¿Cómo podría no perdonarlo?

El hombre que había recibido la bendición de un amor como ése y que había sido capaz de apartarlo de sí no podía ser más que un idiota. Por esa razón —aunque no me atreví a confesárselo a Eunice— lo perdoné también.

—¿Lo sorprendo? —preguntó con llaneza—. Quizás el amor soporte todas las humillaciones. O quizás no soy más que un pobre y débil ser. No sabe cómo me reconforta haber conservado las pocas cartas que recibí de Philip. Cuando supe que se había marchado, les di a sus cartas el beso del adiós. Creo que fue en ese momento que mi pobre corazón atribulado se acostumbró a la pena; comencé a pensar que aún me quedaba un consuelo: podía llegar a perdonarlo. ¿Por qué le cuento todo esto? Creo que me ha embrujado. ¿Es ésta realmente la primera vez que lo veo?

Puso su manita temblorosa en la mía; la alcé hasta mis labios y la besé. Me sentí tentado de confesarle que ya en su infancia me había inspirado compasión y amor. Tuve en la punta de la lengua las siguientes palabras: «Te recuerdo como una criaturita fácil de complacer, divirtiéndote con los juguetes rotos que fueran los compañeros de juegos de mis hijos». Creo que se lo habría dicho si hubiera confiado en poderle hablar con serenidad. No me resultaba posible. Anciano como era, versado como estaba en el duro aprendizaje de mantener una máscara sobre el rostro en los momentos necesarios, no me resultaba posible.

Intentando todavía entender que yo le resultaba casi desconocido, y aún decidida a desentrañar el secreto de la simpatía que nos unía, Eunice me hizo una extraña pregunta.

—Cuando era usted joven —dijo—, ¿supo lo que era amar y ser amado y después perderlo todo?

No son muchos los hombres que pueden casarse con la mujer que ha sido el objeto de su primer amor. Mi primera juventud se había visto ensombrecida por una triste historia; no se la confié a ningún ser viviente; la borré resueltamente de mis propios pensamientos. Durante cuarenta años, esa parte de mi ser había yacido tranquila en su tumba; ¡y el roce casual de una mano inocente había despertado a los muertos y me hacía enfrentarlos cara a cara! ¿Sabía yo lo que era amar, y ser amado, y después perderlo todo?

—Demasiado bien, hija mía; ¡demasiado bien!

Fue eso todo lo que pude decirle. En los postreros días de mi vida, me costaba trabajo hablar de ello. En época más cercana a aquella tragedia, cuando la sentía de forma más aguda, habría podido darle una respuesta más digna de mí y de ella.

Soltó mi mano y permaneció sentada a mi lado en silencio, pensativa. ¿La habría yo —¡sin quererlo, Dios lo sabe!— defraudado?

—¿Esperabas que te contara mi triste historia —dije—, con tanta franqueza y confianza como me has contado la tuya?

—¡Ah, no piense eso! ¡Sé cuánto esfuerzo le costó responderme!

¡Sí, sin duda! Quisiera saber si puedo hacerle una pregunta. La pena que acaba de contarme no es la única, ¿no es verdad? ¿Ha tenido usted otros problemas?

—Muchos.

—Hay momentos —continuó— en los cuales no puede uno evitar pensar en sí mismo y en sus desgracias. Trato de mostrarme alegre, pero esos momentos me asaltan de vez en cuando.

Se detuvo y me miró; la palidez de su rostro delataba el miedo que sentía.

—¿Sabe usted quién es Selina? —prosiguió—. ¡Mi amiga! Mi única amiga hasta que llegó usted.

Adiviné que hablaba de la mujercita singular y amable cuyo feo apellido había sido hasta ese momento el único nombre que le conocía.

—Me atrevo a asegurar que Selina le ha contado que he estado enferma —continuó—, y que me han enviado al campo para que recupere la salud.

Era obvio que quería decirme algo mucho más importante que esto, y que se detenía en comentarios triviales para ganar tiempo y valor. Con la esperanza de ayudarla, yo también hice comentarios triviales; le hice preguntas baladíes sobre la región a la que se había trasladado. Me respondió con aire ausente y después, poco a poco, con impaciencia. La única prueba de bondad que podía ofrecerle ahora era permanecer en silencio.

—¿Sabe usted qué extraña criatura soy? —exclamó—. ¿Lo indispondré conmigo? ¿O le haré reírse de mí? Lo que me he abstenido de confesarle a Selina, lo que no me atrevo a confesarle a mi padre, debo y quiero confesárselo a usted.

Su rostro mostraba una expresión de horror que me alarmó. La atraje hacia mí para que pudiera descansar su cabeza sobre mi hombro. La agitación amenazaba con adueñarse de mí. Por primera vez desde que viera a esa dulce joven, me atrapé a mí mismo pensando en la sangre que corría por sus venas y en la naturaleza de la madre que la había engendrado.

—¿Notó cómo me comporté en el piso de arriba? —dijo—. Me refiero a cuando dejamos a mi padre y salimos al descansillo de la escalera.

Era fácil de recordar; le rogué que prosiguiera.

—Usted me vio —continuó— mirar y escuchar antes de bajar. ¿Pensó que tenía temor de encontrarme con alguien? ¿Y adivinó a quién intentaba evitar?

—Lo adiviné; y te comprendí.

—¡No! No es usted lo bastante malvado para comprenderme. ¿Me hará un favor? Quiero que me mire.

Lo dijo con toda seriedad. Alzó la cabeza un momento para que pudiera examinar su rostro.

—¿Ve algo —preguntó— que le haga temer que no estoy en mis cabales?

—¡Dios mío! ¿Cómo puedes hacerme esa horrible pregunta?

Volvió a apoyar la cabeza en mi hombro con un leve suspiro de resignación.

—Debí haberlo sabido —dijo—: no es tan fácil salir de esta situación. Dígame: ¿existe una maldad más engañosa que otras? ¿Puede permanecer oculta en una persona durante varios años y hacerse patente en un momento de sufrimiento... no, cuando se produce una ofensa? ¿Fue testigo de algo semejante cuando dirigía la prisión?

Había sido testigo de algo semejante, y tras un momento de duda, se lo dije.

—¿Siente usted compasión por esos pobres desgraciados?

—¡Sin duda! Son dignos de compasión.

—¡Yo soy una de ellos! —dijo—. Compadézcase de mí. Si Helena me mira, si Helena me habla, si simplemente veo a Helena por accidente, ¿sabe lo que me produce? ¡Me tienta! ¡Me tienta a hacer cosas terribles! Me tienta... —la pobre niña me rodeó el cuello con los brazos y me susurró las palabras fatales al oído.

¡La madre! Aunque estaba preparado para hacer el desgraciado descubrimiento, el horror me estremeció.

Eunice se apartó de mi lado y se levantó de un salto. La energía heredada se manifestó en fiera protesta contra la maldad heredada.

—¿Qué significa esto? —gritó—. Me someteré a cualquier cosa. Soportaré mi desgracia con paciencia sólo con que usted me diga qué significa. ¿De dónde sale esta horrenda transformación que me convierte en otra? Mire a mi buen padre. No existe en todo el mundo un hombre tan perfecto como él ¡Y cómo me ha educado! No hay nada bueno que no haya aprendido de él desde que era una niña. ¿Lo ha oído alguna vez hablar de mi madre? Lo debe haber oído. Mi madre era un ángel. No podría ser digna de ella ni en mis mejores momentos, ¡pero lo he intentado! ¡Lo he intentado! La joven más malvada del mundo no tiene pensamientos peores que los que me sobrevienen. ¿Desde cuándo? Desde que Helena... ah, ¿cómo puedo llamarla por su nombre como si todavía la quisiera? Desde que mi hermana... ¡a veces me pregunto si puede ser mi hermana! Desde que mi enemiga (he ahí la palabra para ella) desde que mi enemiga me arrebató a Philip. ¿Qué significa esto? He preguntado en mis oraciones y no he obtenido respuesta. Le pregunto a usted. ¿Qué significa esto? ¡Debe decírmelo! ¡Tiene que decírmelo! ¿Qué significa?

¿Por qué no intenté calmarla? Habría intentado en vano calmarla, yo, que sabía quién era su madre, y lo que había sido.

Al fin logró que despertara mi sentido del deber. La manera más sencilla de tranquilizarla era volver a acercarla a mi lado, en el sitio que había abandonado. Era inútil razonar con ella, era imposible responderle. Tenía una idea acerca de cuál era la única manera de incitar a Eunice a que volviera a ser la joven dulce que conocía.

—Hablemos de Philip —dije.

¡El fiero rubor de su rostro se suavizó, la palpitación de su pecho comenzó a

ceder, cuando ese nombre tan amado salió de mis labios! Pero todavía actuaba sobre ella una influencia que me ofrecía resistencia.

—No —dijo—; mejor no hablemos de él.

—¿Por qué no?

—He perdido todo mi valor. Si habla de Philip me hará llorar.

La acerqué más a mí. Si hubiese sido mi propia hija no creo que hubiese podido sentir un cariño más sincero que el que sentí en aquel momento. Me limité a mirarla; me limité a decir:

—¡Llora!

El amor que había en su corazón subió a la superficie y derramó la ternura en sus ojos. Yo había anhelado ver las lágrimas que la consolarían. Las lágrimas se hicieron presentes.

Durante un rato reinó entre nosotros el silencio. Me resultó posible pensar.

En ausencia de semejanza física entre un padre y su hijo, ¿se ejerce una influencia desfavorable en la tendencia a la semejanza moral? Si se asumía la posibilidad de ese resultado, Eunice (que en nada se parecía a su madre) debía, concluí, estar en posesión de facultades destinadas a resistir, así como de facultades condenadas a ceder, ante la infección del mal. Por tanto, si bien me resigné a reconocer la existencia de la tara hereditaria materna, sentía una firme creencia en las influencias compensatorias que la empujaban al bien y que también formaban parte de lo que por nacimiento le correspondía. Quizás dimanaban de las mejores cualidades del padre; sin duda se habían desarrollado al calor del tierno cuidado y de la vigilancia religiosa que habían protegido a la hija adoptiva con tanto amor en el hogar del Ministro; y habían cumplido su propósito hasta que el tiempo trajo consigo la transformación para la cual no estaban preparadas las tranquilas influencias domésticas. Con la gran transformación vital que marca el florecimiento de la niña hasta que alcanza la madurez de pensamiento y pasión de la mujer, nació una nueva fuerza del Bien, lo bastante poderosa como para resistir a la fuerza latente del Mal, y cobijó a Eunice bajo la supremacía del Amor. Un amor condenado al dolor y cuyo objeto era indigno de él, pero al cual no podía manchar ninguna profanación, al cual ningún mal hereditario podía vencer; el Verdadero Amor, que había sido, era y sería el ángel guardián de la vida de Eunice.

Si se me pregunta si me he aventurado a basar esta opinión sobre mis observaciones de un solo caso, respondo que he tenido otras oportunidades de investigar, y que mis conclusiones se derivan de experiencias extraídas de más de un incidente.

Ningún hombre en su sano juicio puede negar que las características físicas se transmiten de padres a hijos. Pero la herencia de las características morales resulta más difícil de rastrear. Aquí, la mente que explora encuentra su camino plagado de

obstáculos. No niego que esos obstáculos a veces se han podido vencer. Se ha establecido la semejanza moral de padres e hijos. Sin embargo, si bien lo admito, disiento de la conclusión que ve en la herencia de las características morales una influencia positiva sobre el destino moral. Existen fuerzas emocionales consustanciales a la humanidad a las cuales se tienen que someter las influencias heredadas; se trata, en lo esencial, de influencias que permanecen bajo control, de influencias a cuyo encuentro se puede salir y que pueden ser reprimidas. No discuto que los habitantes de este pequeño planeta seamos criaturas condenadas a la fatalidad de la cuna a la tumba. Pero me niego absolutamente a creer que se trate de una fatalidad cuyo origen no sea más elevado que la obligación accidental para con nuestros padres y madres.

Cuando estaba todavía absorto en esas especulaciones, me distrajo un roce en el brazo.

Levanté la vista. Eunice miraba fijamente unos arbustos, a cierta distancia de donde nos encontrábamos, que limitaban la vista del jardín por ese lado. Noté que temblaba. No fui capaz de descubrir nada alarmante. Le pregunté qué la había sobresaltado. Señaló a los arbustos.

—Vuelva a mirar —dijo.

Esta vez vi un vestido de mujer entre los arbustos. Un momento después apareció la mujer. Era Helena. Llevaba consigo un pequeño portafolios y se nos acercó con una sonrisa.

CAPÍTULO XLI

La voz que susurra

Miré a Eunice. Se había levantado, sobresaltada desde que sospeché quién era la persona que se nos acercaba por entre los arbustos; pero se quedó a mi lado y se limitó a cambiar de posición para evitar enfrentarse a Helena. Su respiración entrecortada era el único indicio que me permitía conocer el esfuerzo que hacía para mantener el control sobre sí misma.

Completamente libre de señales inconvenientes de prisa o agitación, Helena inició su conversación conmigo con una disculpa.

—Le ruego que me excuse por molestarlo. Me veo obligada a abandonar la casa para llevar a cabo uno de mis aburridos quehaceres domésticos. Si su amabilidad me lo permite, quisiera expresarle antes de irme mi más sincero pesar por mi descortesía cuando tuve el honor de verlo por última vez. ¿Puedo confiar en que me perdone? ¿Cómo estás, Eunice? ¿Disfrutaste tus vacaciones en el campo?

Eunice ni se movió ni le respondió. Como tenía ciertas dudas de lo que podría suceder si las dos jóvenes permanecían juntas, le propuse a Helena que abandonáramos el jardín y que me permitiera oír en la casa lo que quería decirme.

—No es necesario —contestó—; no lo entretendré más que un minuto. Por favor, mire esto.

Me ofreció el portafolios que llevaba consigo y me señaló un pedazo de papel que le había adjuntado con la siguiente inscripción:

«Cartas de Philip para Mí. Privado. Helena Gracedieu.»

—Tengo un favor que pedirle —dijo—, y una prueba de confianza en usted que ofrecerle. ¿Tendría la bondad de revisar lo que encuentre en este portafolios? Me resisto a abandonar las esperanzas que había depositado en nuestra entrevista cuando se la solicité. Me atrevo a pensar que las cartas abogarán por mi causa de manera más convincente de lo que yo fui capaz de abogar por ella en persona. Quiero olvidar hasta la última palabra que intercambiamos. Hasta la última palabra —repetió enfáticamente, con una mirada que me suministró la información suficiente para saber que aún no me había traicionado ante su padre—. ¿Me complacerá usted? —preguntó, y me volvió a ofrecer el portafolios.

Nadie me habría podido proponer un trato más insolente.

Debía yo leer las cartas del señor Philip Dunboyne y sentirme favorablemente impresionado por ellas, y la señorita Helena no diría nada de mi desafortunado lapsus linguae relativo a su madre, que era una grave indiscreción, explicable por mi confusión en aquel momento. Si yo no hubiera pensado en Eunice y en la vida desolada y carente de amor a la cual la pobre niña estaba tan pacientemente

resignada, me habría negado a leer las cartas de amor de la señorita Gracedieu.

Pero siendo las cosas como eran, sentí la esperanza (inocentemente alentada por la propia Eunice) de que Philip Dunboyne no fuera tan totalmente indigno de la dulce joven a quien había herido como hasta ese momento me había sentido con demasiado apresuramiento dispuesto a creer. Resultaba imposible actuar a partir de esa creencia con el propósito de fomentar una reconciliación a menos de contar con los medios para formarme una idea correcta del carácter de Philip. Creí haber encontrado esos medios. Sin duda las cartas (cartas confidenciales) que se me había pedido que leyera me brindaban una buena oportunidad de someter su sinceridad a una prueba confiable. La fuerza de esa convicción me hizo adoptar de inmediato una decisión. Consentí en tomar el portafolios, con una condición.

—Debe entender, señorita Helena —dije—, que no prometo nada. Me reservo mi opinión y el derecho a actuar.

—No temo ni a sus opiniones ni a sus acciones —respondió confiada—, con tal de que lea las cartas. Mientras tanto, permítame librar a mi hermana de mi presencia. Confío en que te recuperes pronto, Eunice, con el aire del campo.

Si el objetivo de la malvada era exasperar a su víctima, había fracasado totalmente. Eunice permanecía tan inmóvil como una estatua. Daba la impresión de no haber oído lo que Helena le había dicho. Helena me miró y se tocó la frente con una sonrisa elocuente.

—Triste, ¿no es cierto? —dijo, hizo una inclinación y se marchó ligera a sus quehaceres hogareños.

Nos quedamos a solas de nuevo.

Eunice seguía inmóvil. Le hablé sin que eso produjera ningún resultado. Comenzaba a alarmarme, y probé el efecto de tocarla. Con un grito salvaje, pasó de golpe a un estado de animación. Casi al momento comenzó a balancearse levemente hacia adelante y hacia atrás, como si la agradable brisa del jardín la moviera a su antojo, como a las flores. La sostuve y la conduje al asiento.

—No hay nada que temer —dije—. Ya se fue.

Los ojos de Eunice se posaron en mí con aire ausente de sorpresa.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó—. La oigo, pero nunca la veo. ¿Usted la ve?

—¡Querida niña!, ¿de quién hablas?

Respondió:

—De nadie. Hablo de la Voz que susurra y me tienta cuando Helena se aproxima.

—¿Qué voz, Eunice?

—La Voz que susurra. Me dijo: «Soy tu madre»; me llamó Hija cuando la oí por primera vez. Mi padre habla de mi madre, el ángel. Ese espíritu del bien nunca ha venido a mí desde un mundo mejor. Es una madre falsa la que acude a mí, un espíritu del mal. Escuche. Yo estaba despierta en mi cama. En la oscuridad oí a la madre falsa

que susurraba cerca de mi oído. ¿Quiere saber lo que me respondió cuando ansié tener luz para verla, cuando le rogué que me mostrara su rostro? Me dijo: «Mi rostro permaneció oculto cuando pasé de la vida a la muerte; ningún mortal puede ver mi rostro». Nunca la he visto; ¿cómo puede haberla visto usted? Pero acabo de oírla de nuevo. Me susurraba mientras Helena estuvo ahí, donde está usted. Cuando la oigo mi vida se hiela. ¿También heló su vida? ¿Oyó cómo me tentaba? Si lo oyó, no lo diga. ¡Ah, ni una palabra! ¡Ni una palabra!

Un hombre que ha dirigido una prisión bien puede decir con Macbeth: «Mi copa ha rebotado de horrores». Por endurecido que estuviera —o que debiera estar—, el efecto de lo que acababa de oír me dejó helado. Si no hubiera sabido que era absolutamente imposible, habría creído que Eunice conocía el crimen y la muerte de la asesina, que sabía que se trataba del crimen y la muerte de su madre, y que el horrible descubrimiento le había trastornado la razón. Pero era sencillamente imposible. ¿Cómo explicarlo, entonces? Buen Dios, ¿cómo explicarlo?

La primera facultad que recuperé fue la conciencia de mi propia torpeza. Pensé en la cariñosa amiga de Eunice. Parecía requerirse un afecto femenino. Me puse de pie para conducir a Eunice a la casa.

—Selina pensará que nos hemos perdido —dije—. Vayamos en busca de Selina.

—Por nada del mundo —exclamó.

—¿Por qué no?

—Porque no me siento segura de mí misma. Podría decirle a Selina algo de lo que nunca debe enterarse; lamentaría mucho asustarla. Permítame quedarme aquí con usted.

Retomé mi lugar a su lado.

—Déjeme tomar su mano.

Le di mi mano. Resulta imposible saber si ese simple gesto puede haber tenido un efecto tranquilizador. Eunice se mantuvo quieta, en silencio. Después de un rato la sentí exhalar un profundo suspiro de alivio.

—Temo haberlo sorprendido —dijo—. Helena me hace recordar el momento espantoso... —se calló y se estremeció.

—No hables de Helena, querida.

—Pero temo que piense, porque he dicho cosas extrañas, que hablo por hablar —insistió—. Eso es lo que le dirá el doctor si le pregunta. Cree que me extravía un sueño. Yo también traté de creerlo. De nada sirvió; estoy segura de que se equivoca.

En mi interior decidí vigilar la llegada del médico y consultar con él. Eunice continuó:

—Tengo que contarle la historia de una noche terrible; pero ahora me falta el valor. ¿Por qué no viene conmigo al sitio donde paso una temporada? Es una casa de campo agradable, y las personas son muy bondadosas. Podría leer el recuento de esa

noche en mi diario. No lamentaré el tormento de haberlo escrito si le ayuda a averiguar de dónde procede este segundo y odioso yo que me posee. ¡Calle! Quiero preguntarle algo. ¿Cree que Helena estará en la casa?

—No, salió.

—¿Lo dijo ella misma? ¿Está seguro?

—Muy seguro.

Decidió regresar a la granja ahora que Helena no estaba en casa. Salimos juntos del jardín. En ese momento mi acompañante vio por primera vez el portafolios. Yo lo llevaba en la mano más próxima a ella mientras caminábamos uno junto al otro.

—¿De dónde sacó eso?

No era necesario contestar con palabras. Mi vacilación contestó por mí.

—Llévelo en la otra mano —dijo—, la mano más alejada de mí.

¡No quiero verlo! ¿Le molestaría esperar un momento mientras busco a Selina? Irá a la granja con nosotras, ¿no es cierto?

Yo tenía que revisar las cartas, por el bien de la propia Eunice; le supliqué que me permitiera aplazar mi visita a la granja hasta el día siguiente. Consintió, después de hacerme prometer que iría. Tenía cierta importancia para ella, me dijo, que conociera yo al granjero, su esposa y sus hijos, y que le dijera mi opinión sobre ellos. Sus planes futuros dependían de lo que esas buenas personas estuvieran dispuestas a hacer. Cuando recobrarla la salud le resultaría imposible regresar al hogar mientras Helena permaneciera en él. Había resuelto ganarse la vida, si podía encontrar empleo, como institutriz. Se llevaba bien con los hijos del granjero; ya había ayudado a su madre con su educación; y había razones para confiar en que el padre acabaría por ofrecerle un empleo permanente. Su casa tenía la gran ventaja de estar lo bastante cerca del pueblo como para permitirle seguir las noticias sobre la mejoría de la salud del Ministro, y de verlo de tiempo en tiempo cuando pudiera hacerlo sin riesgos. En cuanto a su salario, ¿qué le importaba el dinero? Cualquier cosa resultaría aceptable, con tal de que el buen hombre le permitiera cumplir sus esperanzas para el futuro.

Resultaba deprimente oír que a su edad las esperanzas quedaban confinadas en límites tan estrechos. Ningún hombre prudente habría intentado persuadirla, como hice a continuación, de que más esperanzadora resultaba la idea de una reconciliación.

—Supón que veo al señor Philip Dunboyne cuando regrese a Londres —comencé—, ¿qué debo decirle?

—Dígale que lo he perdonado.

—Y supón —continué—, que la culpa es de Helena, como todos ustedes opinan. Si ese joven vuelve a ti, verdaderamente avergonzado, verdaderamente arrepentido, ¿podrías...?

Me interrumpió decidida:

- ¡No!
- ¡Ah, Eunice, de seguro quieres decir que sí!
- ¡Quiero decir que no!
- ¿Por qué?
- ¡No me pregunte! Hasta mañana.

CAPÍTULO XLII

El filósofo singular

Nadie fue a mi habitación; nadie interrumpió mi lectura de las cartas del señor Philip Dunboyne.

Una de ellas, permítaseme decirlo de inmediato, me impresionó de manera muy desagradable. Acabo de descubrir de modo inesperado a la señora Tenbruggen en una postdata. Se gana la vida como Masajista Médica (o *Masseuse*) y atiende profesionalmente al señor Dunboyne padre. Un poco más adelante volveré al asunto.

Una vez revisado el conjunto de las cartas de Dunboyne hijo, me di a la tarea de analizar las conclusiones contradictorias que esa correspondencia había dejado en mi mente.

Llamo correspondencia a las páginas sometidas a mi consideración, porque la mayor parte de las cartas de Philip exhiben notas a lápiz, evidentemente añadidas por Helena. Ellas expresan, en su mayoría, su interpretación de pasajes que le produjeron perplejidad o disgusto; y las usó, como demuestran las réplicas de Philip, como material para escribir sus respuestas.

Ahora que lo pienso, lo cierto es que me perturban las complejidades y contradicciones que muestra el carácter del joven. Adoptar una decisión firme acerca de si resulta justificable ante mí mismo y ante mi estima por Eunice un intento de volver a acercar a los enamorados requeriría una consideración más dilatada de lo que puedo razonablemente esperar que permita la paciencia de Helena. Como todavía dispongo de una o dos horas de tranquilidad, he decidido extractar para mi uso algunos fragmentos de las cartas, con la intención de volver a ellos mientras siga dudando acerca de en qué sentido debe inclinarse mi decisión. Los presentaré aquí para que hablen por sí mismos. ¿Existe alguna objeción para ello? Ninguna que yo pueda ver.

En primer lugar, estos fragmentos tienen valor en sí mismos. Añaden información necesaria a este recuento de los acontecimientos.

En segundo lugar, no me lo impide ninguna obligación para con la hija del señor Gracedieu que me prohíba hacer este uso de su portafolios. Le aclaré que sólo consentía en recibirlo con la condición de reservarme el derecho a tomar el curso de acción que estimara pertinente, y ella aceptó esa estipulación en los términos más claros.

FRAGMENTOS DE LAS CARTAS DEL SEÑOR PHILIP DUNBOYNE:

Primer fragmento.

Me acusas, querida Helena, de no haber prestado suficiente atención a las preguntas que me hacías en tu última carta. Sólo esperaba a tomar una decisión antes de contestarte.

Primera pregunta: ¿Me parece recomendable que le escribas a mi padre? No, querida; te suplico que aplaces tu carta hasta que vuelvas a tener noticias mías.

Segunda pregunta: Teniendo en cuenta que para ti sigue siendo un desconocido, ¿hay algo improcedente en que me preguntes qué clase de hombre es mi padre? No hay nada improcedente, amor mío; pero, como verás a continuación, me temo que no te has dirigido a la persona apropiada.

Mi padre es bondadoso, a su manera extraña —y culto, y rico— no existe hombre (tengo todas las razones para creerlo) más magnánimo y honorable que él. Pero si me preguntas si prefiere a sus libros o a su hijo, confío en no ser injusto con él si te respondo que a sus libros. Sus lecturas y sus escritos son obstáculos que se interponen entre nosotros y que nunca he sido capaz de superar. Y ello resulta más lamentable porque en las pocas ocasiones en que lo encuentro desocupado es encantador. ¿Desearías que conociera mejor a mi padre? En tal caso nuestro acuerdo es total, como de costumbre: yo también lo deseo.

Pero hay una querida amiga tuya y mía que es la persona adecuada para ayudarnos. ¿Necesito aclarar que me refiero a la señora Staveley?

Pasé ayer por su casa, poco después de que ella visitara a mi padre. La suerte la había favorecido. Llegó en el preciso momento en que el hambre lo había obligado a cerrar sus libros y pedir que le trajeran algo de comer. Con su tacto y su delicadeza acostumbrados, la señora Staveley se ganó una favorable acogida. La cena de mi padre era un pollo. Ella conoce sus debilidades de viejo; se ofreció a trincharlo.

Si consigo repetir lo que esta sagaz mujer me contó de la conversación que sostuvieron, podrás hacerte una imagen del señor Dunboyne padre; quizás no una imagen muy acabada, pero —creo y confío— una que guarda bastante semejanza con el original.

La señora Staveley comenzó quejándose de mi conducta. Había prometido escribirle y no cumplí mi palabra. Tenía razones para sentirse especialmente interesada en mis planes y proyectos del momento, ya que sabía que me sentía atraído (te ruego que te des cuenta de que cito sus palabras) por una encantadora amiga suya a la que yo había conocido en su casa. Para aumentar la decepción que yo le había causado, la joven tampoco se había acordado de ella. Ni cartas ni noticias. ¿Quizás mi padre podría informarle? ¿Continuaba el romance? ¿O acaso había terminado?

Mi padre adelantó su plato y le pidió la otra ala del pollo.

—No está mal para ser de Londres —dijo—; ¿no querrá un pedazo?

—No parecen interesarle mis comentarios —señaló la señora Staveley.

—¿En qué quería usted que me interesara? —inquirió mi padre—. Estaba absorto

en el pollo. Le ruego que vuelva al asunto.

La señora Staveley admite que respondió con cierta brusquedad.

—El asunto, caballero, era la admiración que sentía su hijo por una joven encantadora: una de las hijas del señor Gracedieu, el famoso predicador.

Mi padre está demasiado bien educado para hablarle a una dama mientras concentra su atención en un pollo. Terminó con la segunda ala y después le preguntó «si Philip estaba comprometido en matrimonio».

—No estoy muy segura —confesó la señora Staveley.

—Entonces, estimada amiga, esperaremos hasta que sí estemos seguros.

—Pero, señor Dunboyne, no hay ninguna necesidad de esperar. Supongo que su hijo lo visita de vez en cuando, ¿no es cierto?

—Mi hijo es sumamente atento. Con el tiempo se las ingeniará para dar con la hora adecuada para sus visitas. Por el momento, pobrecito, me interrumpe todos los días.

—¿Supongamos que da con la hora adecuada mañana?

—¿Y?

—¿Le preguntaría si se ha comprometido?

—Perdóneme. Creo que esperaré hasta que Philip lo mencione sin que yo se lo pregunte.

—¡Qué hombre tan extraordinario es usted!

—No, no; sólo soy un filósofo.

Esa respuesta puso a prueba el genio de la señora Staveley. Sabes cuán perfectamente franca es nuestra amiga. Me confesó que se sintió inclinada a mostrarse desagradable.

—Conmigo esa declaración es tiempo perdido —dijo—; no sé qué es un filósofo.

Permíteme hacer una pausa, querida Helena. No tengo excusa por olvidar hablarte de la apariencia personal de mi padre. No llevará mucho tiempo. Sólo necesito mencionar un rasgo interesante que, por decirlo de algún modo, distingue el suyo de los rostros comunes. Tiene una nariz elocuente. Las personas dotadas de esa rara ventaja disponen de posibilidades expresivas que no están al alcance de sus prójimos más ordinarios. La nariz de mi padre es una fuente de información para los amigos que lo conocen bien. Cambia de color como las mejillas de una joven pudorosa. Se mueve con flexibilidad de un lado a otro como el timón de un barco. En esa ocasión, la señora Staveley la vio desplazarse hacia el lado izquierdo de su rostro. La pobre señora dejó escapar un suspiro. La experiencia le dijo que mi padre iba a seguir adelante.

—¡Que no sabe lo que es un filósofo! —repitió—. Le ruego que me mire. Yo soy un filósofo.

La señora Staveley le hizo una inclinación.

—Y un filósofo, mi encantadora amiga, es un hombre que ha descubierto un sistema de vida. Algunos sistemas se expresan en varios volúmenes; el mío, en unas pocas palabras: nunca reflexiones sobre nada antes de haberte preguntado si tienes absoluta necesidad de hacerlo en ese momento en particular. Reflexionar sobre las cosas cuando las cosas no lo requieren, es abrir un resquicio a la Preocupación; y la Preocupación es el agente favorito de la Muerte cuando la exterminadora realiza su labor de manera dilatada y alcanza resultados prematuros. Nunca mires atrás y nunca mires al futuro, siempre que puedas evitarlo. Mirar atrás produce pesar. Y mirar al futuro conduce al más cruel de todos los engaños: alienta la esperanza. El tiempo presente es el más precioso. Vive al día: el día que transcurre es el único del cual podemos sentirnos seguros. Acaba de sugerirme que le pregunte a mi hijo si está comprometido en matrimonio. ¿Cómo podemos saber qué ansiedades y tensiones de su textura nerviosa logré evitarle cuando dije «esperemos a que Philip lo mencione sin que yo se lo pregunte»? He ahí la aplicación personal de mi sistema. A lo largo de la vida se lo he explicado a todas las mujeres que conozco, incluidas las sirvientas. Ninguna me ha recompensado adoptándolo. ¿Qué piensa usted de él?

La señora Staveley se negó a contarme si les había ofrecido un luminoso ejemplo de gratitud al resto de las personas de su sexo. Cuando le pregunté por qué, me señaló que ahora me correspondía contarle lo que yo había estado haciendo.

Te imaginarás lo que siguió. Puso objeciones al misterio que parecía rodear mis proyectos. En palabras llanas: ¿estaba o no comprometido en matrimonio con la querida Eunice? Le dije que no. ¿Qué más podía decirle? Si le hubiera contado la verdad a la señora Staveley cuando insistió en que me explicara, habría vuelto al lado de mi padre para apelar a su sentido de la justicia e impedir nuestro matrimonio. Como me obstiné en mi silencio, ha decidido escribirle a Eunice. Así nos separamos. Pero no te sientas desanimada. Al salir de la casa me tropecé con el señor Staveley, que entraba, y sostuve con él una breve conversación. Él, su esposa y el resto de la familia van a la playa la semana próxima. Una vez que desaparezca la señora Staveley podré informarle a mi padre de nuestro compromiso sin temor a las consecuencias. Si ella le escribiera, en el momento en que vea mi nombre mencionado y tropiece con un lenguaje violento asociado a él, me pasará la carta. «Es asunto tuyo, Philip; no me interrumpas». Eso dirá, y volverá a sus libros. ¡He ahí a mi padre de cuerpo entero! Adiós, por el momento.



Comentarios de H.G.: Cualquier Escritor profesional envidiaría la gracia y el

donaire del estilo de Philip. Me divierte, pero al mismo tiempo despierta mis sospechas. Este escurridizo enamorado mío me pide que aplace escribirle a su padre, y no da ninguna razón para ofrecerle ese extraño consejo a la joven que pronto será miembro de la familia. ¿Es este sólo un nuevo ejemplo de su debilidad de carácter? ¿O es que ahora, lejos de mi influencia, comienza ya a lamentar la pérdida de Eunice?

Añadido por el Alcaide: Yo también siento dudas. ¿Es el buen humor exaltado de un joven alegre lo que inspira los locuaces desatinos de la carta de Philip? ¿O los ha asumido con algún propósito? Si este es el caso, me agradecería llegar a la conclusión de que valora su conducta hacia Eunice con sentimientos de pesar y vergüenza que lo honran.

CAPÍTULO XLIII

La experta masajista

Mis próximas citas se verán sometidas a una condensación. Me propongo presentar la sustancia de tres cartas reducida a lo siguiente:

Segundo extracto.

Por débil que sea, el señor Philip Dunboyne muestra (en su segunda carta) que es capaz de sentir mortificación, y que sabe expresar sus sentimientos al escribirle a la señorita Helena. Protesta contra las sospechas que no merece. No ve ninguna razón para negar que en ocasiones piensa en Eunice. Admite haber cometido errores y equivocaciones que —dado que tienen su origen en la irresistible fascinación que sobre él ejerce Helena— quizás puedan considerarse más bien infortunados que culpables. Sea como fuere, siente muchos deseos de recibir buenas noticias sobre la salud de Eunice. Si esta honesta confesión despierta los celos de su hermana, Helena lo habría defraudado por primera vez.

Su tercera carta deja ver que esta muestra de carácter ha surtido efecto.

La imperiosa joven lamenta haber herido sus sentimientos, y la recompensa por sus disculpas son noticias de la más gratificante naturaleza. El fiel Philip ha informado a su padre que se ha comprometido en matrimonio con la señorita Helena Gracedieu, hija del renombrado predicador congregacional, etc., etc., etc. ¿Ha puesto alguna objeción el señor Dunboyne padre a la joven? ¡Por cierto que no! Desconoce todo lo concerniente al otro compromiso con Eunice, y se limita a oponerse, por cuestión de principios, a pensar en el futuro. «¿Cómo sabemos», dice el filósofo, ¿qué accidentes pueden ocurrir o qué dudas o vacilaciones presentarse? No fatigaré mi mente con este asunto hasta que esté seguro de que debo hacerlo. Hazme saber cuando esté lista para ir a la iglesia y yo tendré lista la dote. Mis cumplidos a la señorita y a su papá, y esperemos un poco. Queridísima Helena, ¿no es gracioso?

Ya he mencionado la carta siguiente.

En esta tercera se produce la primera referencia inquietante a la señora Tenbruggen por su nombre. Está en Londres, abriéndose paso con una lucrativa práctica mediante el expediente de voltear, torcer y pellizcar la carne de personas crédulas afectadas por desórdenes nerviosos, y ya ha realizado algunas visitas médicas al señor Dunboyne padre. Éste persiste en concentrarse en sus libros mientras la señora Tenbruggen opera, en ocasiones sobre su acalambada mano

derecha, en otras (por temor a que su cerebro tenga algo que ver con el asunto), sobre su nuca. Uno de ellos frunce el ceño por los masajes, el otro por la lectura. Sería deliciosamente risible si no fuera por un inconveniente; la primera impresión que produjo la señora Tenbruggen en el señor Philip Dunboyne no lo inclina a considerar a la dama dotada del sentido del humor.

Como de costumbre, aparecen los comentarios de Helena. Ha visto el nombre de la señora Tenbruggen en la dirección de una carta escrita por la señorita Jigall, lo que a sus ojos es suficiente para condenar a la señora Tenbruggen. En lo que toca a Philip, aún no se siente completamente segura de él. Yo tampoco.

Tercer extracto.

Permítase que la carta siguiente hable por sí misma:

He perdido los estribos, queridísima Helena, y temo que tú también los pierdas. Culpa a la señora Tenbruggen, no a mí.

La primera vez que encontré a mi padre bajo las manos de la Masajista Médica, ésta no me prestó ninguna atención. La segunda vez —cuando ya hacía una semana que lo atendía diariamente, por un precio exorbitante— dijo con la mayor desfachatez:

—¿Quién es este joven caballero?

Mi padre dejó su libro sólo un momento:

—No vuelva a interrumpirme, señora. El joven caballero es mi hijo Philip.

La señora Tenbruggen me lanzó una mirada de interés que no pude explicarme. Odio a las mujeres insolentes. De inmediato puse fin a mi visita.

La próxima vez que vi a mi padre estaba solo.

Le pregunté cómo se llevaba con la señora Tenbruggen. Parece ser que muy mal.

—Se toma libertades con mi cuello, interrumpe mis lecturas, y no me hace ningún bien. Terminaré, Philip, por hacerle yo un frotamiento médico a la señora Tenbruggen.

Unos días más tarde encontré a la experta «Masajista» torturando de nuevo los músculos del anciano caballero. Tuvo el atrevimiento de preguntarme:

—Y bien, señor Philip, ¿cuándo se casará con la señorita Eunice Gracedieu?

Mi padre levantó la vista:

—¿Eunice? —repitió—. Cuando mi hijo me dijo que estaba comprometido con la señorita Gracedieu mencionó el nombre de Helena. Philip, ¿qué significa esto?

La señora Tenbruggen tuvo la amabilidad de contestar en mi lugar.

—Un error, caballero; es con Eunice con quien está comprometido.

Confieso que perdí el control de mí mismo.

—¿Cómo demonios lo sabe? —exclamé.

La señora Tenbruggen hizo caso omiso de mí y de mi lenguaje.

—Lamento ver, caballero, cuánto se ha descuidado la educación de su hijo; parece ignorar burdamente las leyes de la cortesía.

—Olvide las leyes de la cortesía —dijo mi padre—. Usted parece estar más al tanto de los planes matrimoniales de mi hijo que él mismo. ¿Cómo es eso?

La señora Tenbruggen le obsequió con otra pronta respuesta:

—Mi fuente de información es una carta que me dirigió una parienta del señor Gracedieu, mi querida e íntima amiga, la señorita Jigall.

Los ojos observadores de mi padre iban y venían de su doctora a su hijo.

—¿A cuál de los dos he de creer? —preguntó.

—Me sorprende que haga esa pregunta —dije.

La señora Tenbruggen apuntó hacia mí.

—Contemple al señor Philip, caballero, y le reconocerá un mérito. Es capaz de mostrar que sabe que se ha cubierto de oprobio.

Sin intención de hacerlo, estoy seguro, mi padre me enfureció; parecía creerla. Allí se me escapó una de las palabras más breves y fuertes de la lengua inglesa antes de que pudiera contenerla:

—¡Señora Tenbruggen, usted miente!

La ilustre Frotadora soltó la mano de mi padre —todo el tiempo había estado manipulándola— y demostró que sabía defender su dignidad cuando las circunstancias lo exigían:

—Caballero, uno de los dos, su hijo o yo, debe abandonar esta habitación. ¿Cuál de nosotros será?

Encontró en mi padre un adversario digno de ella. Tras caminar en silencio hasta la puerta, se la abrió a la señora Tenbruggen al tiempo que le hacía una inclinación. Cuando salía, la señora Tenbruggen se detuvo un momento y nos dirigió las siguientes palabras de despedida:

—Señores Dunboyne, padre e hijo, mantengo la calma y me limito a considerarlos un par de bribones.

Con esa contundente expresión de su opinión, se marchó.

Cuando nos quedamos a solas no había más que una salida posible a la situación: lo confesé todo. Resulta imposible contarte cómo lo recibió mi padre, porque se sentó a la mesa de su biblioteca con la espalda vuelta hacia mí. Lo primero que hizo fue pedirme que le refrescara la memoria.

—¿Dijiste que el padre de esas jóvenes es pastor?

—Sí, un ministro congregacional.

—¿Qué piensa el Ministro de ti?

—No lo sé, señor.

—Averígualo.

Eso fue todo; no pude sacarle una palabra más. No pretendo saber lo que tiene en

mente. Sólo me atrevo a hacer una sugerencia. Si hay algún viejo amigo en el pueblo que goce de influencia sobre tu padre, trata por todos los medios de que interceda por nosotros. Después pídele a tu padre que le escriba al mío. Me parece que esa es nuestra única posibilidad.



Así termina la carta. Las notas de Helena muestran que su orgullo está ferozmente interesado en conseguir que Philip sea su esposo. Su victoria sobre la pobre Eunice, como deja ver con toda claridad, sólo será completa cuando se case con Dunboyne hijo. En cuanto al resto, su desesperada determinación de hacérseme simpática resulta ahora suficientemente inteligible.

Mis propias impresiones varían. Comienzo a experimentar algún aprecio por Philip; parece conservar la capacidad de avergonzarse. Por otro lado, me parece del peor augurio el descubrimiento de la existencia de una amistad íntima entre la señora Tenbruggen y la señorita Jigall. ¿Existe alguna probabilidad de que esta formidable masajista comience a practicar su oficio en los pueblos del interior? ¿Y es posible que venga a este pueblo? ¡Dios no lo permita!

Las demás cartas de la colección no requieren mención especial. Le devolví a Helena toda la correspondencia y esperé a saber de ella.

El único acontecimiento reciente en la familia Gracedieu que merece comentario es de naturaleza infausta. Después de su visita de hoy, el médico ha dejado dicho que sólo la enfermera debe acercarse al Ministro. Esto parece indicar, con toda seguridad, que su estado ha empeorado.

Helena estuvo ausente toda la tarde en la Escuela para Señoritas. Dejó una notita en la cual me informaba de sus deseos:

Espero que me honre con su decisión mañana por la mañana, en mi habitación de ama de casa.

A la hora del desayuno las noticias sobre el pobre Ministro seguían siendo desalentadoras. Noté que Helena estaba ausente de la mesa. La señorita Jigall sospechaba que la causa era que había recibido malas noticias del señor Philip Dunboyne en el correo de esa mañana.

—Si excusa usted el empleo de un lenguaje fuerte por parte de una dama —dijo—, Helena parecía un perfecto demonio después de abrir la carta. Salió a todo correr y se encerró en su sórdido cuarto. Sospecho que se trata de un serio obstáculo para su matrimonio. Alentador, ¿no le parece? —como de costumbre, la buena de Selina

expresaba sus sentimientos sin reservas.

Yo tenía que acudir a mi cita; y mientras más pronto nos entendiéramos Helena Gracedieu y yo, mejor.

Llamé a la puerta. Helena quitó el cerrojo ruidosamente y abrió con violencia. Le hervía la sangre; cuando me habló, tartamudeaba de rabia.

—Tengo intenciones de no andarme por las ramas —dijo.

—Me alegra saberlo, señorita Helena.

—¿Puedo contar con su influencia? Quiero una respuesta clara.

Le di lo que quería. Dije:

—Por supuesto que no.

Se sacó del bolsillo una carta arrugada dirigida al señor Dunboyne padre, la abrió y la alisó sobre la mesa de un golpe con la palma de la mano.

—Mire esto —dijo.

Miré. Era la carta dirigida al señor Dunboyne padre que yo había escrito en nombre del señor Gracedieu, con el único objetivo de impedir el matrimonio de Helena.

—¿Puedo contar con que me diga usted la verdad? —continuó.

—Para bien o para mal —respondí—, puede contar con eso.

—La firma de la carta, señor Alcaide, es de mi padre. Pero la carta está escrita con una letra diferente. ¿La reconoce usted, por alguna casualidad?

—Sí.

—¿De quién es la letra?

—Mía.

CAPÍTULO XLIV

La resurrección del pasado

Después de identificar mi letra, aguardé con cierta curiosidad para ver si Helena exhibiría con toda honestidad su cólera o si la sofocaría. La sofocó.

—Permítame pagar el mal con el bien —el mal, no obstante, era lo más ostensible cuando la señorita Helena se expresaba en esos términos altruistas—. Sin duda siente ansiedad por saber si el padre de Philip ha sido ganado para su causa. Aquí tiene el relato del propio Philip: es la última de las cartas que le pediré que se tome la molestia de leer.

La examiné. A continuación reproduzco el memorándum que hice para mi uso:

Un filósofo excéntrico es tan capaz como el ser humano más común de comportarse como un hombre de honor. El señor Dunboyne leyó la carta firmada por el Ministro y se la pasó a su hijo.

—¿Puedes refutarla? —fue todo lo que dijo. El silencio de Philip fue la confesión de que no podía hacerlo; y el propio Philip, quisiera añadir, creció con ello en mi estimación. Su padre señaló el escritorio.

—Tengo que cuidar de mi mano acalambrada —prosiguió el filósofo— y debo responder la carta del señor Gracedieu. Escribe y deja un espacio para mi firma.

Comenzó a dictarle su respuesta:

Caballero: mi hijo Philip ha visto su carta y no tiene nada que alegar en su defensa. En ese sentido ha sentado un ejemplo de sinceridad que me propongo imitar. Mi hijo no tiene excusa. Lo que pueda yo hacer para demostrarle que me apena su situación y que estoy de acuerdo con usted, será hecho. A la edad que este joven ha alcanzado, las leyes de Inglaterra no reconocen la autoridad paterna. Si está lo bastante enamorado como para poner su honor y su felicidad a merced de una dama que se ha comportado con su hermana como su hija se ha comportado con la señorita Eunice, le advierto a la pareja que no debe contar ni con un centavo de mi dinero, ni en vida mía ni a mi muerte. Su seguro servidor, Dunboyne padre.

Una vez que Philip concluyó su labor de secretario, su padre le indicó que se retirara:

—Puedes llevar mi respuesta al correo —dijo su padre—; y puedes conservar la carta del señor Gracedieu. En términos morales, considero ese documento como una especie de espejo en el cual un caballero joven como tú puede ver cuán fea es su apariencia.

Ésta, manifestaba Philip, es la forma de despedida de su padre.

Le devolví la carta a Helena. No intercambiamos ni una palabra. En medio de un siniestro silencio abrió la puerta y me dejó a solas en la habitación.

El Ministro sabría ahora que la señora Gracedieu y yo habíamos sostenido una entrevista en épocas pasadas y —ésta era la parte grave del asunto— que habíamos mantenido esa entrevista en secreto. ¿Era yo culpable por no haber querido afligir a mi buen amigo al revelarle que su esposa me había consultado en privado sobre qué hacer para expulsar a la niña adoptiva de su hogar? E incluso si hubiera sido yo tan cruel como para hacerlo, ¿habría creído mis palabras al contraponerlas a la firme negativa con la que sin duda las habría desmentido la mujer a quien amaba y en la cual confiaba? ¡No! Fueran cuales fuesen las consecuencias de la revelación que sobrevendría, no veía ninguna razón para lamentar la conducta que había adoptado.

La señorita Jigall esperaba en el corredor para verme salir.

Antes de que pudiera contarle lo que había sucedido, se oyó sonar la campanilla de la puerta. El visitante resultó ser el señor Wellwood, el médico. Yo estaba ansioso por hablar con él sobre la salud del señor Gracedieu. La señorita Jigall me presentó como un viejo y querido amigo del Ministro y nos dejó a solas en el comedor.

—¿Que qué pienso del señor Gracedieu? —dijo, repitiendo la primera pregunta que le había hecho—. Pues bien, caballero, pienso que está mal.

Después de esa respuesta de mal agüero, el señor Wellwood no vaciló, al entrar en detalles, en afirmar que los nervios de su paciente estaban completamente destrozados. Temía que ya hubiera comenzado una enfermedad del cerebro.

—En cuanto a las causas que han producido este lamentable colapso nervioso —continuó el doctor—, el señor Gracedieu ha mantenido el hábito de pronunciar sermones improvisados dos veces al día los domingos, y en ocasiones también durante la semana, y se ha negado una y otra vez a cuidarse cuando ha tenido urgente necesidad de descansar. Si ha asistido alguna vez a su capilla, habrá visto a un hombre presa de encendido entusiasmo, que sentía intensamente cada una de las palabras que pronunciaba. Piense en lo que implica un agotamiento como ese durante varios años, que acumula su influencia debilitadora en una constitución muy sensible. Añada que lo han atormentado preocupaciones personales que a nadie confiesa, ni siquiera a sus hijas, y el resultado, me apena decirlo, es que nunca he visto un caso más grave de su tipo.

Antes de que el doctor se marchara para atender a su paciente me disculpé por ocupar un minuto más de su tiempo. Mi objetivo, por supuesto, era hablarle de Eunice.

El cambio de tema pareció agradarle al señor Wellwood. Sonrió con buen humor.

—No hay por qué alarmarse del estado de salud de esa encantadora joven —dijo—. Cuando se me quejó (¡a su edad!) de no poder dormir, la habría tomado más en serio de haber sabido que tenía problemas, pobrecita. Seguramente problemas del

corazón, ¡pero no olvide que los límites que me impone mi profesión me obligan a mantenerme a oscuras! ¿Se enteró usted de que tomó un tranquilizante que yo le había recetado a su padre? El efecto (que en cualquier caso habría sido perjudicial para una joven) se vio considerablemente agravado por el estado de su mente en ese momento. Parece haber tenido un sueño que la asustó, y una especie de delirio. Y la pobre niña empeoró las cosas al recoger en su diario las visiones y apariciones sobrenaturales que la aterraron. Cuando me llamaron por primera vez, temí que cayera presa de una fiebre. Nos libramos de esa complicación y me vi en libertad de indicar el mejor de los remedios: tranquilidad y un cambio de aires. No siento ningún temor por la señorita Eunice.

Tras esa respuesta alentadora se encaminó al cuarto del Ministro.

Ahora veía con claridad todo lo que me había dejado perplejo con respecto a Eunice. Comprendí que su ensayo con la poción sedante que le habían recetado a su padre había incrementado la desastrosa influencia de su agonía ante la pérdida de su amado y de su aguda percepción de la injusticia sufrida. La pobre niña estaba a merced, en cuerpo y alma, de condiciones que resultaron favorables para que se manifestara la tara hereditaria latente. Resultaba terrible pensar lo que habría podido ocurrir de no haber estado presente para salvarla una todopoderosa influencia capaz de contrarrestarle.

No había permanecido yo a solas un rato muy largo cuando entró la doncella para decirme que el médico quería verme.

El señor Wellwood me esperaba en el pasillo, ante la puerta del cuarto del Ministro. Me preguntó si podía hablarme sin temor a interrupciones o a que alguien nos oyera. Lo conduje a la habitación que ocupaba como huésped.

—En el preciso instante en que es necesario mantener más tranquilo al señor Gracedieu —dijo—, ha ocurrido algo que lo ha agitado, casi diría que lo ha enfurecido. Ha abandonado la cama y camina de un lado a otro del cuarto; y no tengo escrúpulos en decir que está al borde de la locura. Insiste en verlo a usted. Como no he podido controlarlo de ninguna otra forma, he consentido en ello. Pero no puedo permitir que, sin advertirle, se coloque usted en lo que puede resultar una posición desagradable. A juzgar por su tono y su apariencia, no parece que el motivo por el que quiere verlo sea muy amistoso.

Como sabía perfectamente bien qué había sucedido, y como soy una de esas personas impacientes que no pueden soportar el suspenso, me brindé para ir de inmediato al cuarto del señor Gracedieu. El doctor me pidió permiso para agregar unas palabras.

—Le ruego que no lo contradiga ni de palabra ni de hecho —continuó el señor Wellwood—. Si expresa una opinión, concuerde con ella. Si se muestra insolente y ultrajante, no le replique. En el estado de su cerebro, lo único que ofrece alguna

esperanza es permitirle salirse con la suya. Le ruego que lo recuerde. Me mantendré al alcance de su voz, por si me necesita.

CAPÍTULO XLV

El retrato fatal

Llamé a la puerta del cuarto.

—¿Quién es?

Sólo dos palabras, pero la voz que las pronunció, ronca y perentoria, estaba tan alterada que resultaba difícil reconocerla. De no haber sabido de quién era el cuarto, habría dudado de que era el Ministro quien me hablaba.

En cuanto le respondí me dio permiso para entrar. Una vez que me admitió, cerró la puerta y se apoyó contra ella. La palidez usual de su rostro había sido reemplazada por un rojo oscuro; sus ojos mostraban una expresión de burla feroz. La venganza de Helena le había hecho más daño a su infeliz padre de lo que parecía probable que me hiciera a mí. El doctor había dicho que estaba al borde de la locura. Me pareció que ya había traspasado esa frontera.

Me recibió con un simulacro de cordialidad exuberante.

—¡Mi excelente amigo! Mi admirable, honorable, bienvenido invitado, no sabe qué feliz me siento de verlo. Acérquese un poco más a la luz; quiero admirarlo.

Recordé el consejo del doctor y le obedecí en silencio.

—Ah, cuando lo conocí usted era un hombre apuesto —dijo—, y algo le queda aún. ¿Recuerda la época en que era el preferido de las damas? No, no, no finja modestia; no le vuelva la espalda, ahora que es un anciano, a lo que fue en sus años mozos. ¿Admite que estoy en lo cierto?

Cuál podía ser su objetivo al afirmar algo semejante —si es que tenía algún objetivo— resultaba imposible de adivinar. El consejo del doctor no me dejaba alternativa; me apresuré a admitir que estaba en lo cierto. Al darle esa respuesta, observé que sostenía en la mano algo que a medias ocultaba la manga de su bata de casa. No pude descubrir la naturaleza del objeto.

—Y cuando hice referencia a usted en algún lugar —continuó—, no recuerdo dónde, un miembro de mi congregación (no me viene a la mente quién fue) me informó que estaba usted emparentado con la aristocracia. ¿Cuál era ese parentesco?

Me sorprendió; pero fuera como fuese que había obtenido esa información, no lo habían engañado. Le dije que sí estaba emparentado, por el lado materno, con la familia a la que aludía.

—¡La aristocracia! —repitió—. Una raza de ricos que no tienen que ganar su dinero y que son nobles porque lo fueron sus abuelos. Viven en medio del ocio y el lujo; son disolutos que se entregan a sus pasiones sin vergüenza y sin remordimiento. Atrévase a negar que ésta es una descripción fiel de los aristócratas.

Era verdaderamente lastimoso. Sinceramente apenado por él, volví a darle la

razón.

—Y no se imagine que olvido que es usted uno de ellos. ¿Me escucha, noble amigo?

No había otro remedio: volví a darle una respuesta conciliatoria.

—Hasta el momento —prosiguió—, no tengo queja de usted. No ha intentado engañarme... aún. Lo que necesito ahora es silencio absoluto. Aunque no lo sospeche, mi mente hierve; debo tratar de reflexionar.

Al menos hasta cierto punto, sus acciones traicionaron sus pensamientos. Introdujo el objeto que yo había entrevisto en su mano en el bolsillo del batín, y se dirigió a la cómoda. Abrió una de sus gavetas, sacó de ella una hoja de papel doblada y regresó a mi lado.

—Un ministro del Evangelio —dijo—, es un hombre sagrado, y el crimen le produce horror. Hasta el momento no corre usted peligro, siempre que me obedezca. Debo cumplir un deber solemne y terrible. Éste no es el lugar adecuado para ello. Sígame a los bajos.

Abrió la marcha hacia el piso inferior. El doctor, que aguardaba en el pasillo, no estaba cerca de la escalera, de modo que su presencia le pasó inadvertida.

—¿De qué se trata? —musitó el señor Wellwood.

Con los mismos cuidados, le dije:

—Aún no me lo ha dicho; he procurado no irritarlo.

Cuando bajamos la escalera, el doctor nos siguió a prudente distancia. Apresuré el paso al vernos entrar a ambos en el estudio, después de que el Ministro abriera la puerta. Antes de que pudiera seguirnos, el Ministro le cerró la puerta en la cara y pasó el cerrojo. El señor Gracedieu sacó la llave de la cerradura y la arrojó al jardín por la ventana abierta.

Volviéndose de nuevo, colocó la hoja plegada sobre la mesa. Hecho eso, se dirigió a mí.

—Desconfío de mis fuerzas —dijo—. Me enfrento a una horrenda necesidad; podría tratar de eludir la espantosa idea, y, de poder abrir la puerta, quizás intentaría huir. Ahora la fuga me resulta imposible. Ambos estamos presos. Pero no crea que estamos solos. Está presente una tercera persona que juzgará entre usted y yo. ¡Mire allá!

Apuntó solemnemente al retrato de su esposa. Era un cuadro pequeño, con un marco muy sencillo; mostraba el rostro en tres cuartos y sólo una parte de la figura. Como obra de arte, carecía de méritos; pero como retrato cumplía su propósito. Mi infeliz amigo se paró ante él en actitud melancólica, con el rostro cubierto por las manos.

En el intervalo de silencio que se produjo a continuación, el amigo invisible que nos vigilaba desde afuera me recordó su presencia.

Alarmado al oír el giro de la llave en la cerradura, y percatándose de lo incómodo de mi situación, el doctor había encontrado un modo discreto de comunicarse conmigo. Deslizó bajo la puerta una de sus tarjetas de visita en la que había escrito lo siguiente: «¿Cómo puedo ayudarlo?»

Saqué el lápiz y escribí en la cara en blanco de la tarjeta: «Lanzó la llave al jardín; búsquela bajo la ventana». La ojeada que le lancé al Ministro antes de devolver mi respuesta me mostró que no había cambiado de posición. Sin que me viera o sospechara de mí, pasé a mi vez la tarjeta bajo la puerta.

Se sucedieron lentamente los minutos sin que nada ocurriera.

Mi ansiedad por ver si el doctor tenía éxito en la búsqueda de la llave me tentó a aproximarme a la ventana. Al moverme, con el faldón del abrigo eché al suelo una bandejita llena de plumas y lápices que alguien había dejado cerca del borde de la mesa. Aunque el ruido de la caída fue leve, llegó a oídos del señor Gracedieu.

—La oración me ha reconfortado —me dijo—. La debilidad de este pobre mortal ha encontrado fuerzas en el Señor —volvió a señalar al cuadro—. Mis manos no deben posarse sobre él mientras dude todavía. Bájelo.

Bajé el cuadro y lo coloqué, según me indicó, sobre una silla que estaba a medio camino entre ambos. Para mi sorpresa, su voz tembló; vi lágrimas en sus ojos.

—Puede pensar que ve ahí un cuadro —dijo—. Se equivoca. Ve a mi propia esposa. Venga acá y contéplela conmigo.

Quedamos uno junto al otro, con los ojos clavados en el cuadro.

Sin que mediaran palabra o acción de mi parte que pudieran irritarlo, de repente se volvió hacia mí presa de una rabia feroz.

—¡Ni una señal de dolor! —exclamó—. ¡Ni un rubor de vergüenza! ¡Desgraciado, lo condena la calma atroz que veo en su rostro!

En ese momento me asaltó un primer atisbo de la odiosa sospecha de la cual era yo objeto. Mi capacidad de contención me abandonó por completo. Le hablé como si hubiera sido responsable de sus actos.

—De una vez por todas —dije—, dígame lo que tengo derecho a saber. Algo sospecha de mí. ¿De qué se trata?

En vez de responderme directamente, me agarró de un brazo y me condujo hasta la mesa.

—Tome ese papel —dijo—. Contiene un escrito. Lea, y que Ella nos juzgue. Su vida depende de lo que me responda.

¿Habría un arma oculta en la habitación? ¿O la llevaría en el bolsillo del batín? Traté de discernir el sonido de los pasos del doctor al regresar al corredor y nada pude oír. Años atrás, mi vida había dependido de mi éxito en el arresto de un prisionero fugado. No había sido consciente entonces de que el miedo disminuyera mis fuerzas. Pero aquel prisionero no estaba loco, y en aquella época era yo unos veinte años más

joven. Al cabo de esos años podía hacerle ver a mi amigo que no le temía, pero era consciente del esfuerzo que ello me costaba.

Desdoblé la hoja.

—¿Debo leerlo en voz baja? —pregunté—. ¿O quiere que lo lea en voz alta?

—¡Léalo en voz alta!

Su hija se dirigía a él en los siguientes términos:

He tenido la desgracia, queridísimo padre, de disgustarte, y no me atrevo a confiar en que consientas en recibirme. Debo comunicarte por escrito lo que constituye mi penoso deber informarte.

Aunque me duele afligirte en tu actual estado de salud, no debo vacilar en revelarte lo que infortunadamente —cuando pienso en mi madre, me siento tentada a decir que desgraciadamente— he descubierto.

Pero quiero estar segura, en asunto tan serio, de que no me equivoco.

En aquellos felices días cuando aún me quería mi padre, me dijiste que pensabas escribirle a un amigo muy querido para que nos visitara. Creí entender que lo habías conocido cuando mi madre aún vivía. Me contaste muchas cosas interesantes sobre ese viejo amigo, pero nunca mencionaste que conociera, o incluso que hubiera visto, a mi madre. Supuse que nunca se habían encontrado.

Si interpreté mal lo que dijiste, o tal vez lo que quisiste decir, te ruego que destruyas lo que he escrito sin volver la hoja; y perdóname por haberte asustado sin intención con una falsa alarma.

El señor Gracedieu me interrumpió.

—¡Déjela! —gritó—; no esperaré a que llegue al final; lo interrogaré ahora. Deme el papel; me ayudará a conservar en mi mente este inicuo misterio.

Le devolví el papel.

Vaciló y volvió a dirigir la vista al retrato.

—Dele la vuelta —dijo—; no soporto la idea de enfrentarme a mi esposa.

Di la vuelta al retrato.

Consultó la carta, pero su lectura no le produjo la confusión y las vacilaciones que mi conocimiento de su estado me habían inducido a anticipar. ¿Acaso la feroz agitación que lo poseía ejercía tal influencia sobre él que su mente se había despejado, de modo semejante a lo que hace una tormenta al despejar la atmósfera? Fuera cual fuese la explicación correcta, sólo puedo afirmar lo que vi. No habría podido enterarme con más exactitud del contenido de la carta de su hija de haberla leído yo mismo.

—Helena me cuenta —comenzó—, que usted le dijo que la había reconocido por su parecido con su madre. ¿Es cierto?

—Muy cierto.

—Y que le dio una excusa para marcharse... ¡mire!, aquí está escrito. Que le dio una excusa para marcharse cuando ella le pidió una explicación.

—Así fue.

Volvió a consultar el papel.

—Mi hija dice... ¡No!, no admito prisas ni interrupciones; dice que usted estaba turbado. ¿Es así?

—Así es. Le pido un momento antes de su próxima pregunta. Quiero explicarle por qué estaba turbado.

—¿No le he dicho que no tolero interrupciones? ¿Cree que puede hacerme cambiar de idea? —volvió a mirar el papel—. No sé por dónde iba; encuéntrelo usted.

¡La evidencia que debía condenarme era la que había supuesto! Se la señalé.

Su natural cortesía se impuso a pesar de su cólera. Dijo:

—Gracias —y un momento después siguió interrogándome con el mismo furor—. Rememore la época, caballero, cuando nos conocimos en sus habitaciones de la prisión. ¿Conocía entonces a mi esposa?

—Por supuesto que no.

—¿Se vieron ustedes, (¡ja!, ya lo tengo), se vieron después de haberme ido yo del pueblo? ¡No quiero mentiras! Admite que le dijo a Helena que la había reconocido por su parecido con su madre. Debe haber visto a su madre. ¿Dónde?

Intenté de nuevo defenderme. Volvió a negarse, furioso, a escucharme. Era inútil insistir. Fuera cual fuese el peligro que me amenazaba, mientras más pronto se hiciera patente, más tranquilo me sentiría. Le dije que la señora Gracedieu me había visitado después de que él y ella se marcharan del pueblo.

—¿Lo que me quiere decir —gritó—, es que Ella fue a verlo a Usted?

—Sí.

Tras esa respuesta no necesitó del auxilio de la carta. La lanzó al suelo.

—¿Y usted la recibió —dijo—, sin averiguar si yo sabía de su visita? Engaño deliberado de su parte; engaño deliberado de parte de ella. ¡Ah, qué espantosa maldad!

Cuando hizo evidente al fin con esas palabras su insana sospecha de que había sido yo amante de su esposa, hice un último intento, a pesar de mi convicción de que era inútil, para colocar mi conducta y la de su esposa en su verdadera perspectiva.

—El objetivo de la señora Gracedieu era consultarme... —antes de que pudiera yo seguir hablando, le vi llevar una mano al bolsillo del batín.

—Un hombre inocente —declaró severo— me habría informado de que mi esposa había ido a verlo; usted lo mantuvo en secreto. Una mujer inocente me habría dado una razón para querer visitarlo; ella lo mantuvo en secreto al salir de mi casa, y

lo mantuvo en secreto cuando regresó.

—Señor Gracedieu, ¡insisto en que me escuche! El motivo de la visita de su esposa...

Sacó del bolsillo el objeto que había mantenido oculto. Ahora ya no lo escondía; me dejó ver que abría una navaja. No era el momento de proclamar mi inocencia; tenía que pensar en preservar la vida. Cuando un hombre no dispone de un arma de fuego, ¿qué defensa puede oponer a una navaja en manos de un demente? A mi lado había una silla; era lo único que me ofrecía una precaria protección. Puse mis manos sobre ella y mantuve la vista clavada en él.

Hizo una pausa, mientras miraba ahora al cuadro ahora a mí.

—¿A cuál de los dos mataré primero? —se dijo—. ¿Al hombre que era el amigo en quien confiaba? ¿O a la mujer a quien creí un ángel bajado del cielo? —calló de nuevo, presa de un estado de feroz concentración en el que debatía qué hacer—. A la mujer —decidió—. ¡Malvada! ¡Arpía! ¡Mujerzuela! ¡¡¡Cuánto la amé!!!

Con un grito de furor se abalanzó sobre el cuadro, arrancó la tela del marco y la cortó con malevolencia en pequeños fragmentos. Cuando caían de la navaja al suelo, los pisoteaba.

—Vete, esposa de mi corazón —exclamó con voz y mirada de burla terrible—, ¡ve a arder por toda la eternidad en el sitio de los tormentos! —me miró con ojos brillantes de fiereza—. Y ahora le toca a usted —dijo, y se abalanzó hacia mí con el arma lista entre las manos. Le lancé la silla a la mano derecha. La navaja cayó al suelo. Le agarré la muñeca. Intentó morderme, como un animal salvaje. Con la mano que me quedaba libre (si hubiera sabido cómo defenderme de cualquier otra manera, lo habría hecho) me aferré a su garganta, lo obligué a retroceder y lo aplasté contra la pared. Lo mantuve inmóvil con mi mano en su garganta. Pero el temor de producirle un grave daño me sobrecogió tan por completo que olvidé que nadie podía entrar en la habitación, y estuve a punto de alarmar a todos los habitantes de la casa con un reclamo de auxilio.

Todavía luchaba para mantener el control de mí mismo cuando un sonido de pasos fuera de la habitación rompió el silencio. Oí la llave girar en la cerradura y vi al doctor abrir la puerta.

CAPÍTULO XLVI

Las irritantes damas

No sé si voy a ser capaz de relatar los acontecimientos que siguieron.

Inmovilizamos a mi desdichado amigo y lo llevamos hasta la cama. Era necesario buscar hombres que se encargaran de vigilarlo. El doctor los mandó buscar, mientras yo bajaba para explicar de la mejor manera posible las penosas noticias que resultaba imposible ocultar.

Hice todo lo que pude para no agobiar a la señorita Jigall. Me vi obligado a reconocer que el Ministro había sufrido un acceso de violencia, y que había destruido el retrato de su esposa. No le dije nada de la venganza de Helena, que había producido consecuencias que ni siquiera la inmisericorde maldad de la hija del señor Gracedieu podía haber previsto. No tuve dificultad para mantener en secreto el atentado contra mi vida. Pero no me quedó más remedio que admitir que al señor Gracedieu le disgustaba ahora mi presencia, lo que hacía necesario poner fin a mi visita. Me apresuré a añadir que me iría al hotel, y que aguardaría allí hasta el día siguiente, con la esperanza de oír mejores noticias.

Nada diré de la multitud de preguntas con las que me abrumó la señorita Jigall, de las extraviadas expresiones de dolor y alarma que dejó escapar, de la manera desesperada en que se aferró a mi brazo para implorarme que no me fuera, cuando podía ver que «ella era una persona totalmente privada de presencia de ánimo».

El sufrimiento inmerecido infligido a personas inocentes por los pecados de otros demanda una simpatía silenciosa, y, hasta ese punto al menos, puedo decir que compadecía a mi singular y agradable amiga.

El doctor fue a verme por la tarde al hotel. El tratamiento médico de su paciente había logrado llevar la calma al cerebro enloquecido con ayuda del sueño. Si pasaba una noche tranquila, se podía confiar en tener mejores noticias por la mañana.

Yo había hecho preparativos para visitar la granja al día siguiente, porque estaba resuelto a no defraudar a Eunice. Pero me aterraba la perspectiva de afligirla como ya había afligido a la señorita Jigall. La única alternativa consistía en repetir la triste historia por escrito, con las mismas reservas que ya había observado. Lo hice y envié la carta esa noche con un mensajero, de modo que Eunice supiera cuándo llegaría.

El parte médico de la mañana justificaba ciertas esperanzas. El señor Gracedieu había dormido bien, y al despertar no había reaparecido la violencia demencial. Pero la opinión del doctor al referirse al futuro distaba mucho de ser alentadora. No preveía la cruel necesidad de restringir los movimientos del Ministro, a menos que una nueva provocación condujera a un nuevo acceso de violencia. La desgracia que era deseable esperar, era la pérdida total de sus facultades mentales.

Salía yo del hotel para dirigirme a mi cita con Eunice cuando la camarera me anunció la llegada de una dama que quería hablarme. Antes de que pudiera preguntar si había dado su nombre, la propia dama entró a mi habitación: Helena Gracedieu.

Me explicó el motivo de su visita con la calma exasperante que le resultaba peculiar. En mi trato profesional con mujeres desvergonzadas no había visto nada semejante.

—No deseo hablar de lo que ocurrió ayer, hasta donde lo conozco —comenzó—. Me resulta suficiente que se haya visto usted obligado a abandonar la casa y a buscar refugio en este hotel. He venido a decirle algo sobre el futuro. ¿Me honra usted con su atención?

Le hice una seña para que prosiguiera. De haberle respondido con palabras, le habría dicho que abandonara la habitación.

—Al principio —continuó—, pensé en escribirle: pero se me ocurrió que podría usted conservar mi carta y mostrársela a Philip, para rebajarme en su opinión, como me ha rebajado en la de su padre. Mi objetivo al venir aquí es el de hacerle una advertencia. Si trata a partir de ahora de crear problemas entre Philip y yo, me enteraré, y ya sabe usted qué puede esperar cuando me tiene como enemiga. No vale la pena añadir nada más. ¿Puedo confiar en que nos entendemos?

Estaba decidida a obtener una respuesta, y la obtuvo.

—Todavía no del todo —dije—. Hasta el momento, y como corresponde a un caballero, siempre he tenido en mente el derecho de una mujer a que se la trate con indulgencia. Haría bien en no tentarme a olvidar que es usted una mujer prolongando su visita. Ahora, señorita Helena Gracedieu, sí nos entendemos.

Me hizo una profunda reverencia y me respondió con la más fina ironía:

—Sólo quiero desearle un agradable viaje de vuelta.

Llamé a la camarera con la campanilla.

—Acompañe a la dama —le dije.

Ni siquiera esto le produjo efecto. Se dirigió lentamente hacia la puerta, tan tranquila como si la habitación hubiera sido suya y no mía.

Yo había pensado en ir en coche a la granja. ¿Lo confesaré? Me sentía tan malhumorado que la actividad física era el único alivio en el cual podía encontrar refugio. La granja no quedaba a más de cinco millas de distancia, y siempre he sido un buen caminador. Tras hacer las averiguaciones necesarias, me puse en marcha para ir a pie a visitar a Eunice.

Cuando atravesaba el pueblo pasé junto a la casa del Ministro.

Había dejado atrás su puerta unas cincuenta yardas cuando vi que se me acercaban dos damas. Caminaban de la manera más amistosa, tomadas del brazo. Cuando se aproximaron, me percaté de que una de ellas era la señorita Jigall. Su acompañante era la dama de mediana edad que había rehusado dar su nombre cuando

nos encontramos casualmente en la puerta del señor Gracedieu.

Históricamente impulsiva, la señorita Jigall me tomó las dos manos y me abrumó con ruegos de que regresara a la casa con ella. La oí con aire bastante ausente. La dama de mediana edad me quedaba ahora más próxima que en ninguna de las ocasiones anteriores en las cuales nos habíamos cruzado. Había algo en la expresión de sus ojos que me pareció familiar. Pero lo que observaba en el resto de su rostro no ayudaba al esfuerzo que realizaba mi memoria. El cabello gris, las bolsas bajo los ojos, las mejillas gruesas, la tez áspera y la papada doble eran rasgos —y rasgos, además, desagradables— que no había visto nunca antes.

—Le ruego que regrese con nosotras —suplicó la señorita Jigall—. Hablábamos de usted. Yo y mi amiga... — se calló, evidentemente a punto de dejar escapar el nombre que se le había prohibido pronunciar en mi presencia.

La dama sonrió; sus ojos, provocativamente familiares, se posaron en mí como si disfrutara de una escena divertida.

—Querida —le dijo a la señorita Jigall—, la reserva deja de ser una virtud cuando pierde su utilidad. El Alcaide comienza a recordarme, y lo más probable es que, con su agudeza de percepción, el inevitable reconocimiento sea ya cuestión de minutos — se volvió hacia mí—. La Naturaleza, caballero, es cruel con las mujeres en más de un sentido. A medida que crecen en años, pierden más que los hombres en lo que toca a su apariencia personal. Tiene usted el pelo blanco y (le ruego que me excuse) está demasiado grueso; y (permítame tomarme otra libertad) tiene los hombros caídos; pero no ha perdido por completo sus encantos. A mí ya resulta imposible reconocerme. Permítame apuntarle, como dice la gente de teatro. Soy la señora Tenbruggen.

Debí, como hombre de mundo, ser capaz de ocultar mi asombro y mi consternación. Quedé mudo.

¡La señora Tenbruggen en el pueblo! La única mujer cuya aparición había temido, con toda razón, el señor Gracedieu, estaba ante mí, y gozaba de la libertad, dado que era amiga de su parienta, de entrar y salir de su casa en el preciso momento en que era un hombre desvalido al que vigilaban enfermeros al pie de su lecho. Mi primera idea clara fue la de alejarme de las dos mujeres y considerar qué tocaba hacer a continuación. Les hice una inclinación, les rogué que me excusaran y les dije que llevaba prisa, todo de golpe.

Al oírlo, la mejor de las afables solteronas no pudo refrenar su curiosidad.

—¿Adónde va? —preguntó.

Demasiado aturdido para pensar en una excusa, le dije que iba a la granja.

—¿A ver a mi querida Eunís? —exclamó la señorita Jigall—. ¡Ah, iremos con usted!

La cortesía de la señora Tenbruggen añadió de inmediato:

—Con el mayor placer.

CAPÍTULO XLVII

El viaje a la granja

Mi primer y poco caritativo impulso fue deshacerme de las dos molestas damas que se ofrecían a acompañarme. No había necesidad de forzar la imaginación para buscar una excusa; la verdad, me di cuenta con alegría, cumpliría mi propósito. Sólo tenía que informarles que había decidido ir a la granja andando.

Delgada, nerviosa y enérgica, la señorita Jigall recibió mi excusa con sincera aprobación, sólo como una novedosa idea.

—Nada me resultaría más agradable —declaró—; toda la vida he sido una excelente caminadora —se volvió hacia su amiga—. Iremos con él, querida, ¿verdad?

La recepción de la propuesta por parte de la señora Tenbruggen me llenó de esperanzas; preguntó a qué distancia se encontraba la granja.

—¡Cinco millas! —repitió—. Y cinco millas de regreso, a menos que el granjero nos preste un coche. Mi querida Selina, es lo mismo que pedirme que vaya andando al Polo Norte. Ya se libró de una de nosotras, señor Alcaide —añadió en tono afable—; y en cuanto a la otra, si camina con rapidez suficiente, la dejará atrás en el camino. Si creyera en la suerte —en la que no creo— diría que es usted un hombre afortunado.

Pero Selina, tan amante de la compañía, no quiso oír hablar de que nos separáramos. Preguntó, de la manera más irresistible, si me negaba de plano a ir en coche en vez de caminar. El mayor deseo de su corazón, dijo, era lograr que su entrañable amiga y yo nos conociéramos mejor. Para concluir, me recordó que en las proximidades había un punto de coches de alquiler.

Quizás influyó en mí la desconfianza que me inspiraba la señora Tenbruggen, o tal vez mi preocupación por proteger a Eunice. Se me ocurrió que podría advertirle mejor a la indefensa joven que se mantuviera en guardia contra la señora Tenbruggen si era capaz de reconocerla en cualquier emergencia futura que pudiera presentarse. En mi opinión, esa mujer peligrosa resultaba doblemente temible. Y con razón: era la amiga del alma de la inocente e incauta señorita Jigall.

De modo que consentí amablemente en renunciar a mi caminata, para ceder al atractivo superior de gozar de la compañía de la señora Tenbruggen. Una brisa deliciosa atemperaba ese día el calor del sol. De haber estado en la ciudad mayor y peor gobernada del mundo civilizado, no habríamos encontrado ningún vehículo abierto en el que cupieran tres personas. Pero como no estábamos más que en un pequeño pueblo, se puso a nuestra disposición, sin ninguna dificultad, un calesín ligero de cuatro ruedas.

Ningún hombre sabio espera que se le trate con piedad cuando se ve atrapado en

un carruaje con una dama soltera y madura a quien consume la curiosidad. Estaba preparado para las alusiones de la señorita Jigall a los penosos acontecimientos ocurridos en la casa el día anterior, y, en especial, a la destrucción por parte del señor Gracedieu del retrato de su esposa.

—¿Por qué no destruyó otra cosa? —arguyó lastimera—. Me da tanta pena. Nunca me gustó ese retrato. Por supuesto que debía admirar el retrato de la esposa de mi benefactor. Pero no; esa desagradable cara pintada era demasiado para mí. Me habría sentido inexpresablemente aliviada si hubiera podido mostrárselo a Elizabeth y oírle decir que estaba de acuerdo conmigo.

—Quizás lo vi cuando fui a visitarte —insinuó la señora Tenbruggen—. ¿Dónde estaba colgado el cuadro?

—¡Querida! Te recibí en el comedor y el retrato estaba colgado en el estudio del señor Gracedieu.

No presté atención a lo que se dijeron a continuación. De modo totalmente inconsciente, la señorita Jigall me había revelado un peligro del cual no nos habíamos percatado ni el Ministro ni yo, aunque nos había amenazado de modo conspicuo desde la pared de su estudio. El acto de salvaje destrucción que, de haber poseído yo los medios de impedirlo sin correr peligro, sin duda habría tratado de evitar, asumía ahora un aspecto nuevo e inesperado. Si la señora Tenbruggen tenía algún motivo personal para intentar identificar a la hija adoptiva, la preservación del retrato la habría llevado directamente al fin que perseguía. La más leve oportunidad de comparar a Helena con el retrato de la señora Gracedieu le habría revelado el parecido entre la madre y la hija; y a ese resultado habría seguido inevitablemente la identificación de Eunice con la niña a quien la «señorita Chance» de otros tiempos llevara a la prisión. Era tal vez natural que la enamorada devoción del señor Gracedieu a la memoria de su esposa lo hubiera cegado al hecho de que el cuadro, que veía cada vez que entraba al estudio, delataba quién era la progenitora de Helena. Pero que hubiera sido yo tan tonto como para no descubrir lo que él no veía era una herida a mi autoestima que fui lo bastante vanidoso como para sentir con agudeza.

La voz de la señora Tenbruggen, animosa y divertida, interrumpió mis reflexiones con una pregunta extraña:

—Señor Alcaide, ¿se digna usted alguna vez a leer novelas?

—No es fácil expresar, señora Tenbruggen, cuán agradecido me siento a los escritores de novelas.

—¡Ah!, yo también leo novelas. Pero me ruborizo al confesar (¿me ruborizo?) que nunca pensé en sentir agradecimiento hasta que usted lo dijo. Selina y yo no nos quejamos de que prefiera usted sus propias reflexiones a nuestra compañía. Al contrario, nos ha hecho usted recordar con agrado a los héroes de ficción, cuando el autor los describe como «absortos en sus pensamientos». Por algunos minutos, señor

Alcaide, ha sido usted un héroe; absorto, me atrevo a adivinar, en desagradables recuerdos de cuando era yo una dama soltera. No ha olvidado cuán mal me porté ni las cosas chocantes que dije en esos tiempos pasados. ¿Estoy en lo cierto?

—Está completamente equivocada.

Quizás hablé con cierta brusquedad. Sea como fuere, la fiel Selina intercedió por su amiga:

—¡Ah, estimado caballero, no sea duro con Elizabeth! Sus intenciones son siempre buenas.

La señora Tenbruggen, locuaz como siempre, agradeció mucho el pequeño cumplido. Le hizo cosquillas a la señorita Jigall bajo la barbilla, con el gesto con que un viejo y enamorado caballero expresa su aprobación hacia una linda sirvienta. Resultaba imposible mirarlas, en sus poses respectivas, sin reír. Pero la señora Tenbruggen no logró embaucarme. La inocente señorita Jigall dio una palmada con sus feás manos y dijo.

—¿Verdad que es la mejor de las compañías?

La señora Tenbruggen no había agotado sus recursos para el trato en sociedad. De repente mostró el lado serio de su carácter.

—Quizás he mejorado un poco —dijo— a medida que he avanzado en años. Tal vez las penas de una vida conyugal desgraciada hayan ejercido una influencia purificadora sobre mi naturaleza. Mi esposo y yo comenzamos mal. El señor Tenbruggen pensó que yo tenía dinero; y yo pensé que el señor Tenbruggen tenía dinero. Se dejó engañar por mí, y yo me dejé engañar por él. Cuando repitió las palabras del oficio matrimonial (leídas de modo impresionante por su amigo el Capellán): «Con todos mis bienes terrenales te doto», su voz elocuente parecía hacer referencia a una de las mayores fortunas de Europa. Cuando prometí y juré a mi vez, la deliciosa perspectiva de dilapidar el dinero de mi acaudalado marido me transformó en una mujer nueva. Declaro solemnemente que cuando dije que amaría, honraría y obedecería al señor T., parecía yo totalmente sincera. Dondequiera que se encuentre, pobre hombre, estará estafando a alguien. ¡Un hombre tan apuesto y caballeroso, Selina! ¡Y, señor Alcaide, qué bribón!

Después de describir en esos términos a su esposo, se aburrió del tema. Ahora nos obsequió con otra de sus muchas facetas. Se nos reveló en su carácter profesional.

—¡Ah, qué deliciosa brisa sopla aquí en el campo! —dijo—. ¿Me excusan si me quito los guantes? Quiero airear las manos —alzó sus manos a la brisa; manos firmes, musculosas, de un blanco cadavérico—. En mi profesión —explicó—, me paso el tiempo masajeando, cosquilleando, apretando, golpeando, amasando, sobando, percutiendo los músculos de los pacientes. Selina, ¿conoces los movimientos de tus articulaciones? Flexión, extensión, abducción, aducción, rotación, pronación, supinación y movimientos laterales. Enorgulécete de esos logros, querida, pero no

intentos nunca convertirte en Masajista. Esa vocación tiene desventajas, y en este momento sufro las consecuencias de una de ellas —se llevó las manos a la nariz—. ¡Puag!, me huelen las manos a la carne de otras personas. Este delicioso aire campestre se llevará el olor: ¡qué lujo es esta purificación! —sus dedos se doblaron y se estremecieron, se encorvaban de momento para enderezarse de nuevo, se mostraban sucesivamente uno a uno, se entrelazaban violentamente y después se desplegaban como las varas de un abanico, hasta que me mareé de mirarlos. En cuanto a la señorita Jigall, alzó al cielo en un raptó sus pobres ojitos hundidos como para pedirle a la luz del sol que fuera testigo de que esta era la mujer más adorable que pisaba la tierra.

Pero la fascinación de las damas de edad en vano intenta seducir al hombre, ese animal tosco. En mi mente habían echado firmes raíces ciertas sospechas acerca de lo que movía a la señora Tenbruggen. ¿Por qué había abandonado la popular Masajista su brillante carrera en Londres para sumergirse en la oscuridad de un pueblo del interior? Ahora parecía presentármese la ocasión de aclarar esas dudas.

—¿Resultaría indiscreto preguntarle —dije—, si ha venido por razones profesionales?

La astucia de la señora Tenbruggen aprovechó la oportunidad para hacerme una pregunta taimada:

—¿Quiere convertirse en uno de mis pacientes?

—Desafortunadamente me resulta imposible —contesté—. Ya he hecho mis preparativos para regresar a Londres.

—¿De inmediato?

—Mañana a más tardar.

Aun con todas sus mañas, la señora Tenbruggen no pudo reprimir una fugaz expresión de alivio, que se evidenció en parte en sus maneras, en parte en su rostro. Para su satisfacción, había averiguado que podía confiar en mi rápida partida.

—Pero aún no le he respondido —continuó—. A decir verdad, me encantaría probar mis manos con usted. Los masajes, tal como los practico, reducirían su peso y le devolverían la figura; me atrevería a decir que le prolongarían la vida. Pensaré en mí uno de estos días, ¿no es cierto? Mientras tanto, ¡sí! Estoy aquí por razones profesionales. Hay varios casos interesantes; y una persona muy notable a la cual los médicos han puesto a las puertas de la muerte; un hombre rico y generoso a la hora de pagar sus honorarios. Esa es la razón de mi desavenencia con Londres y los londinenses. Algunas de sus publicaciones, publicaciones médicas, por supuesto, afirman que mis honorarios son exorbitantes; y los pacientes (me refiero a los pacientes que nadan en riquezas) muestran cierta tendencia a seguir la pauta de las publicaciones. No soy un gusano para que me pisoteen de esa forma. Los londinenses tendrán que esperar por mí, hasta que sientan mi ausencia; y cuando regrese, hallarán

que mis honorarios han subido. Nadie insulta impunemente mis dedos y mis pulgares, señor Alcaide.

La señorita Jigall asintió. Era un asentimiento elocuente. «Admire a mi fogosa amiga», fue la interpretación que le di.

Al mismo tiempo, mis más recónditos sentimientos me decían que la respuesta de la señora Tenbruggen era una explicación demasiado conveniente. Mis sospechas de ninguna manera desaparecieron; y estaba resuelto a no dejar que el tema se agotara aún.

—Hablando del señor Gracedieu y de las posibilidades de su parcial recuperación —dije—, ¿cree que unos masajes le resultarían beneficiosos al Ministro?

—No tengo ninguna duda, si es que puede usted deshacerse del médico.

—¿Considera que el doctor resultaría un obstáculo?

—Algunos médicos constituyen honorables excepciones a la regla general, y puede que este sea uno de ellos —admitió la señora Tenbruggen—. Pero no abrigue demasiadas esperanzas. El gremio de los médicos al cual pertenece es uno de los más tiránicos. ¿Puedo hacerle un comentario personal?

—Por supuesto.

—Hay algo en sus maneras —por favor, no suponga que estoy enojada— que me parece desconfianza; quiero decir, desconfianza de mí.

La siempre pronta bondad de la señorita Jigall intervino en mi defensa:

—¡Ah, no, Elizabeth! Casi siempre tienes razón, pero esta vez sin duda te equivocas. Mira a mi distinguido amigo. Recuerdo mi libro, cuando era yo una criaturita que aprendía a leer, en Inglaterra. Tenía líneas que copiábamos en grandes letras, y una de ellas decía: «La desconfianza es un sentimiento mezquino». Conozco a una joven cuyo nombre empieza con H que es toda mezquindad. ¡Pero —la excelente Selina hizo una pausa y me apuntó con el dedo en gesto de triunfo— ahí no encontrarás mezquindad alguna!

La señora Tenbruggen aguardó hasta oír lo que diría yo, burlonamente insensible a la bienintencionada interrupción de la señorita Jigall.

—No está usted totalmente equivocada —le dije—. No puedo decir que mi mente albergue desconfianza, pero reconozco que me tiene usted perplejo.

—¿Me haría el favor de decirme por qué?

—¿Puedo presumir que recuerda la ocasión en que nos encontramos a la puerta del hogar del señor Gracedieu? Vio usted que yo no la reconocía, y rehusó dar su nombre cuando la sirvienta se lo preguntó. Unos días después la oí (de modo completamente accidental) prohibirle a la señorita Jigall que mencionara su nombre cuando yo pudiera oírlo. No puedo comprender el porqué de todo ello.

Antes de que pudiera responderme, el calesín se detuvo ante la verja de la granja. La señora Tenbruggen se tomó el cuidado de prometer que me explicaría lo que me

inquietaba en la primera oportunidad.

—Si se me va de la memoria —dijo—, le ruego que me lo recuerde.

Decidí recordárselo. Otra cosa era si podía confiar en que me dijera la verdad.

CAPÍTULO XLVIII

La decisión de Eunice

Eunice salió corriendo a recibirnos y abrió la verja. De inmediato, la señorita Jigall la abrazó. Cuando quedó libre se me acercó, ansiosa de noticias sobre la salud de su padre. Una vez que le comuniqué todo lo que consideré adecuado del último parte del doctor, se percató de la presencia de la señora Tenbruggen. La aparición de una desconocida pareció turbarla. Le dejé a la señorita Jigall la tarea de presentarlas.

—Querida Eunís, ¿recuerdas el nombre de la señora Tenbruggen? Ésta es mi dulce niña; te la mencioné en mis cartas.

—Confío en que será mi dulce niña cuando nos conozcamos un poco mejor. ¿Puedo darte un beso, querida? Tienes unos ojos preciosos; pero lamento que no se vean alegres. Necesitas que Mamá Tenbruggen te anime. ¡Qué encantadora casa antigua!

Rodeó la cintura de Eunice con su brazo y la condujo hasta la puerta delantera. Su admiración por las enredaderas que trepaban por las columnas del portal era un modelo de actuación teatral. Cuando se presentó la esposa del granjero, la señora Tenbruggen se mostró tan irresistiblemente amable, le hizo comentarios tan halagadores sobre sus hijos, que la inocente matrona británica llegó a ruborizarse de placer.

—Estoy segura, señora, de que también tiene usted hijos —dijo.

La señora Tenbruggen bajó los ojos y suspiró con patética resignación. Una encantadora familia, y todos sus miembros arrebatados por la muerte. Esa era la única interpretación que admitían sus gestos.

—¡Qué maravilloso dominio de sí misma! —susurró alguien a mi oído.

Los niños que estaban en la habitación eran criaturas sanas y bien educadas, pero el nombre de la más inocente de los presentes era Selina.

Recorrimos la granja antes de almorzar.

La señora de la casa abría la marcha, y Selina y yo la acompañábamos. Los niños corrían frente a nosotros. Todavía en posesión de Eunice, la señora Tenbruggen nos seguía a cierta distancia. Al poco rato miré hacia atrás y vi que se había producido una separación. La señora Tenbruggen pasó a mi lado, con aire menos afable que de costumbre, se unió a los niños y cogió de las manos a dos de ellos, un modelo de bondad maternal. Me retrasé un tanto y le di a Eunice la posibilidad de emparejarse; había permitido, a propósito, que se formara su propia opinión, sin influencia adversa de mi parte.

—¿Esa dama es amiga suya? —me preguntó.

—No, sólo una conocida. ¿Qué piensas de ella?

—Al principio pensé que me gustaría; era muy amable, y parecía tomarse un interés muy grande en mí. Pero me dijo cosas muy extrañas; me preguntó si los amigos me encontraban parecida a mi madre, y cuál de las dos era la mayor, si mi hermana o yo, y si éramos las únicas hijas de mi padre, y si él mostraba preferencia por alguna de las dos. Lo que podía informarle, se lo informé. Pero cuando le dije que no sabía cuál de las dos era la mayor, me palmeó la mejilla con insolencia y me dijo: «No te creo, jovencita» y se fue de mi lado. ¿Cómo puede quererla Selina? No se lo comente a nadie; espero no volver a verla.

—Guardaré tu secreto, Eunice; y tu debes guardar el mío. Estoy totalmente de acuerdo contigo.

—¿Tampoco le gusta?

—Ni lo más mínimo.

No pudimos seguir hablando. Los amigos que nos precedían se habían detenido para esperarnos. Nos reunimos con ellos de inmediato.

Si había albergado alguna duda acerca de los motivos de la señora Tenbruggen para marcharse de Londres, toda incertidumbre había tocado a su fin. Tenía algún interés malsano en identificar a la hija adoptiva del señor Gracedieu; pero resultaba imposible adivinar la naturaleza de ese interés. Pensar en el futuro me llenó de espanto. No era fácil imaginar una posición más totalmente inerme que la mía. Advertirle al Ministro en su crítico estado de salud resultaba simplemente imposible. Mis relaciones con Helena me impedían dirigirme a ella. Y en cuanto a Selina, era poco más que un mero instrumento en manos de su adorada amiga. ¿Qué debía yo hacer, en nombre de Dios?

Al dirigirnos a la mesa encontramos al dueño de la casa esperando para darnos la bienvenida.

Su persona constituía un marcado contraste con la del típico granjero británico. No era ni corpulento ni desmañado; hablaba inglés con tanta corrección como yo; y nada en su vestido lo hacía un sujeto adecuado para dar una imagen de la vida rústica. Sabía conversar sobre temas que no tenían que ver con las actividades agrícolas; y no lo oí quejarse del tiempo y las cosechas. Resultaba agradable ver que su esposa se sentía orgullosa de él, y que era lo que todo padre debe ser: el mejor y más querido amigo de sus hijos. ¿Por qué me detengo en estos detalles sobre un hombre al que estaba destinado a no ver nunca más? Sólo porque tenía motivos para sentirme agradecido. En un momento en que me deprimían las preocupaciones, me sentí tranquilo con respecto al bienestar de Eunice mientras permaneciera en su hogar.

Una vez concluida la comida, todo se arregló socialmente de la mejor manera posible.

La señorita Jigall subió con la madre y los hijos a ver la habitación de los niños y los cuartos. La señora Tenbruggen descubrió un interés común con el granjero: ambos

eran diestros jugadores de chaquete, y se acomodaron para echar una partida de su juego favorito. Sin tener que satisfacer la tediosa necesidad de inventar excusas o estratagemas, Eunice me tomó del brazo y me condujo al bienvenido refugio de su propia sala de estar.

Pude felicitarla con toda sinceridad cuando me contó que se había establecido en la granja como un miembro más de la familia. Mientras fuera la institutriz de los niños estaría a salvo de los peligros que hubieran podido amenazarla de haberse visto obligada a regresar al hogar del Ministro.

A continuación colocó ante mis ojos la página de su Diario que deseaba con todo su corazón que yo leyera.

Seguí con un interés intenso todo el relato de la pobre niña acerca de la noche espantosa que había pasado. Un sueño terrible, que había impreso un sentimiento de realidad en la durmiente al alcanzar su clímax con un episodio de sonambulismo: esa era, sin duda, la explicación obvia, y una mente racional no vacilaría en aceptarla. Pero la posesión de una mente racional no es un don universal, incluso en un país que se enorgullece de rendir un culto idólatra a los Hechos. Esos buenos amigos que siempre conocen mejor que nosotros mismos nuestros errores, fallas y debilidades, habían descubierto hacía tiempo que tengo una naturaleza supersticiosa, y una fuerte tendencia a dejarme llevar por mi imaginación a un camino errado cuando lo propician los acontecimientos. ¡Y bien! Fui lo bastante débil como para no aceptar una explicación puramente racional de todo lo que Eunice había sufrido, oído y visto durante la noche fatal descrita en su Diario. El Bien y el Mal recorren con la misma libertad los caminos de este mundo ininteligible. Si nos aferramos, como hacemos muchos, a la reconfortante creencia de que los espíritus de los que se han ido pueden hacer el bien a las criaturas terrenales —que los podemos sentir removiéndose en nosotros, en nuestros pensamientos, y que podemos verlos como manifestaciones visibles en un sueño—, ¿por qué negar, con la excusa de la razón, que la misma libertad de ejercer una influencia sobrenatural para hacer el bien que se concede a los espíritus de los que ya no están, debe concedérseles también para hacer el mal? Si la tumba no puede separar por completo a la madre de la hija cuando la madre ha sido buena en vida, ¿acaso las separa la aniquilación eterna cuando ha sido malvada? ¡No! Si el espíritu de los difuntos puede traer consigo una bendición, el espíritu de los difuntos puede también traer consigo una maldición. No me atreví a confesarle a Eunice que la influencia de su madre-asesina pudo haber estado presente de manera sobrenatural cuando oyó los susurros de la tentación junto a su oído; pero no me atreví a negármelo a mí mismo. Dije todo lo que pude para confortarla y consolarla. Y cuando declaré —con todo mi corazón— que la noble pasión que había elevado todo su ser y triunfado sobre las más duras pruebas infligidas por el abandono de su amado triunfaría al final, vi la esperanza de ese corazón valiente y leal brillar como

una promesa de futuro en los ojos de Eunice.

La pobre niña cerró su Diario y lo cerró con llave. De común acuerdo buscamos el alivio de un cambio de tema de conversación. Eunice me preguntó si era realmente necesario que volviera yo a Londres.

No me atreví a informarle que ya no le podía ser de utilidad a su padre, mientras me considerara un enemigo sin que yo lo mereciera. Pero no vi ninguna razón para ocultarle que tenía el propósito de visitar a Philip Dunboyne.

—Ayer me dijiste —le recordé— que debía transmitirle que lo habías perdonado. ¿Todavía quieres que lo haga?

—¡Por supuesto!

—¿Lo has pensado seriamente? ¿No te habrás apresurado, en alas de un impulso generoso, a expresar más de lo que sientes?

—Lo he pensado —dijo— durante las horas de desvelo de la noche pasada, y ahora veo con claridad muchas cosas de las que no estaba segura cuando era feliz. Philip me ha causado la pena más amarga de mi vida, pero no puede quitarme el bien que le debo. Me hizo ser una persona mejor mientras su amor fue mío. Eso no lo olvido. Por más desastrosamente que todo haya terminado, eso no lo olvido.

Su voz temblaba; sus ojos se llenaron de lágrimas. Me resultaba imposible ocultar la aflicción que sentía. La noble criatura se percató de ello.

—No —dijo débilmente—, no voy a llorar. No se sienta mal por mi causa.

Su mano apretó levemente la mía: sentía lástima de mí. Cuando vi cómo luchaba para controlarse, y lo lograba, juro por Dios que habría podido arrodillarme ante ella.

Me pidió permiso para volver a hablar de Philip una última vez.

—Cuando lo vea en Londres quizás le pregunte si ha visto a Eunice.

—¡Hija mía!, no hay duda de que me lo preguntará.

—Dígaselo poco a poco, pero no deje que se engañe. No debe abrigar ninguna esperanza de volver a verme en este mundo.

Traté de objetar eso, con mucha suavidad.

—A tu edad, a su edad —dije—, ¿no crees que hay esperanza?

—No hay esperanza —apretó la mano contra su corazón—. Lo sé, lo siento aquí.

—¡Ay, Eunice, me resultará muy duro decirle eso!

—Trataré de hacérselo más fácil. Dígale que lo perdono, y nada más.

CAPÍTULO XLIX

El Alcaide en guardia

Lo único que deseaba después de dejar a Eunice era quedarme a solas. Tenía muchas cosas en que pensar y quería tener una oportunidad para recobrar-me. Cuando salía de la casa en busca del primer sitio solitario que encontrara, pasé por la habitación en la cual habíamos comido. La puerta estaba abierta de par en par. No pude escapar: la señora Tenbruggen salió de la habitación y me detuvo.

—¿Podría entrar un momento? —dijo—. Han llamado al granjero y quiero hablar con usted.

Muy a mi pesar (pero, ¿cómo negarme sin ofenderla?) entré en la habitación.

—Cuando mencionó que le ocultaba mi nombre —comenzó la señora Tenbruggen—, en presencia de Selina, me colocó usted en una situación difícil. Nuestra amiga es una excelente persona, pero en ocasiones no puede contener la lengua; me veo obligada a tener cuidado a la hora de hacerle confidencias. Por ejemplo, nunca le he mencionado mi apellido de soltera. ¿No quiere sentarse?

Me había quedado de pie a propósito como una indicación de que no debía prolongar la entrevista. La indicación de nada sirvió; tomé una silla.

—Selina me había informado en sus cartas —continuó—, que el señor Gracedieu padecía una enfermedad nerviosa que lo había incapacitado. Al venir a Inglaterra, confiaba en tratar de aliviarlo con mis masajes. La curación de uno de sus más populares predicadores me habría servido de propaganda en toda la secta congregacional. Para lograr el éxito, era esencial que no me reconociera. Podía confiar en que el tiempo y los cambios sufridos, así como mi apellido de casada (que el señor Gracedieu sin duda no conocía) me ayudarían a mantener el incógnito. De haber sabido que era yo la señorita Chance, el Ministro se habría negado a recibirme.

Comencé a sentir interés.

Esta era quizás una oportunidad de descubrir lo que el Ministro no había podido recordar cuando hablamos de esta mujer y le pregunté si la había ofendido alguna vez. Procedí con mis averiguaciones con especial cautela.

—Recuerdo en qué términos se dirigió al señor Gracedieu —dije— cuando nos reunimos usted y yo en mis habitaciones hace mucho tiempo. Pero sin duda no lo creerá capaz de recordar con rencor unas palabras irreflexivas que dejó usted escapar hace dieciséis o diecisiete años, ¿no es cierto?

—No soy tan tonta, señor Alcaide. Pensaba más bien en un desagradable intercambio de correspondencia entre el Ministro y yo. Antes de tener la fortuna de conocer al señor Tenbruggen, tuve la posibilidad de conseguir un empleo en una Institución pública, a condición de que entre mis referencias apareciera la de un

clérigo. Como no conocía a otro a quien pedirla, le escribí imprudentemente al señor Gracedieu, y recibí una de esas negativas frías y crueles que sólo proceden de los más estrictos principios religiosos. En aquel momento me sentí mortalmente ofendida; y si hubiera tenido a su amigo el Ministro al alcance de mis manos... —hizo una pausa y concluyó la frase con un gesto elocuente.

—Pues bien —dije—, ahora lo tiene al alcance de sus manos.

—Y con la mente extraviada —añadió—. Además, el sentimiento de ultraje no sobrevive (excepto en las novelas y las obras de teatro) al paso de los años. No lo compadezco; y de presentármese la ocasión de poner en jaque la encumbrada posición que ocupa y la admiración que despierta entre los miembros de su congregación, me atrevo a decir que me vengaría de la carta que me envió. Pero, por el momento, dejemos el tema. Supongo que ahora entiende por qué le oculté mi nombre y por qué me mantuve alejada de la casa mientras usted permaneció en ella.

Por supuesto, era muy claro. De haberla reconocido u oído su nombre, podría haberle dicho al Ministro que la señora Tenbruggen y la señorita Chance eran la misma persona. Y de haberla visto o hablado con ella en la casa, mi memoria podría haberse mostrado capaz de mejoría. Después de expresarle cortésmente mi agradecimiento, me puse de pie para marcharme.

Me detuvo cuando alcancé la puerta.

—Una última cosa —dijo—, mientras Selina anda alejada. Resulta innecesario que le diga que no le he confiado el secreto del Ministro. Creo, por tanto, que usted y yo somos los únicos que quedamos vivos de los que sabían la verdad sobre estas dos jóvenes. Y conservamos esa ventaja.

—¿Qué ventaja? —pregunté.

—¿No lo sabe?

—No.

—Yo tampoco. Tonterías de mujeres y un desliz de la lengua. Soy fea y vieja, pero sigo siendo una mujer. Sobre la señorita Eunice... alguien le ha dicho a esa tontita linda que nunca confíe en un desconocido. Le habría divertido escuchar cómo me mentía esa jovencita taimada. Hay algo en su apariencia que me llama la atención. No se parece ni a la infeliz que ahorcaron ni a la pobre víctima asesinada. ¿Será ella la hija adoptiva? ¿O lo será la otra hermana, a la cual aún no conozco? ¡Vamos! ¡Vamos! No ponga cara de no saberlo. Es realmente ridículo.

—Acaba usted de hacer alusión —respondí— a nuestra «ventaja» de ser los únicos que sabemos la verdad sobre las dos jóvenes.

Pues bien, señora Tenbruggen, me reservo mi ventaja.

—En otras palabras —me replicó—, quiere que lo averigüe por mí misma. ¡Pues bien, estimado amigo, me propongo hacerlo!



Esa noche, el hotel me brindó el refugio que necesitaba. Por primera vez durante el día pude reflexionar sin sufrir interrupciones.

Resuelto a ver a Philip, me preparé para la entrevista consultando una vez más mis resúmenes. La carta en la cual figura la señora Tenbruggen me inspiró la esperanza de que nada menos que la propia Helena protegiera al señor Gracedieu.

En primer lugar, sin dudas compartiría la aversión de Philip por la Masajista y era muy posible que su antipatía por la señorita Jigall se extendiera también a la amiga de ésta. Se podía confiar en que los sentimientos hostiles que ello le inspirara la hicieran vigilar las acciones de la señora Tenbruggen con una atención imposible para la capacidad más torpe de observación de un hombre. Si mejoraba la salud del Ministro, yo lo sabría por el doctor y por la señorita Jigall, y en ese caso regresaría de inmediato junto a mi desgraciado amigo para ponerlo en guardia.

Salí hacia Londres en el primer tren de la mañana.

El camino de la estación a mi casa pasaba junto al hotel en el cual se hospedaba el señor Dunboyne padre. Entré con la intención de hacerle una visita. Se me informó que estaba ocupado, o sea, inmerso en sus libros. Gracias a la dirección de una de las cartas de Philip, sabía que estaba hospedado en otro hotel. Al continuar mis averiguaciones en esa dirección, sufrí una seria decepción. El señor Philip Dunboyne había abandonado el hotel esa mañana; ni el propietario del hotel ni el camarero supieron informarme sobre su destino.

El correo del día siguiente me trajo la información que no había logrado obtener. La señorita Jigall me escribía para informarme, en el lenguaje más fuerte que era capaz de emplear, que Philip Dunboyne había regresado al lado de Helena. Indignada, Selina añadía: «Helena tiene la intención de hacer que se case con ella; y yo le prometo que no lo conseguiré, si es que puedo impedirlo».

Al despedirme de Eunice, le había dado mi dirección; le había aconsejado que tuviera cuidado si se volvía a encontrar con la señora Tenbruggen, y le había rogado que me escribiera o me fuera a ver si en mi ausencia sucedía algo que la alarmara.

Dos días después recibí unas líneas de ella, obviamente escritas en medio de una gran agitación:

Philip me ha descubierto. Ha estado aquí y ha insistido en verme. Me he negado. El buen granjero me ha apoyado con toda amabilidad. No puedo seguir escribiendo.

CAPÍTULO L

Noticias de la granja

Cuando volví a tener noticias de la señorita Jigall, la parte introductoria de su carta sólo tenía el propósito de recordarme que Philip Dunboyne se había establecido en el pueblo y que Helena se comunicaba con él diariamente. No cometeré ninguna injusticia con Selina si comienzo a extractar a partir de la segunda página.

«Sin duda comprenderá» (son sus palabras) «la indignación que me empujó a visitar a Philip para decirle cuál era el camino de la granja. ¡Imagine a Helena decidida a casarse con él, por las buenas o por las malas! Me temo que mi manera de expresarme no es muy correcta. Pero hay ocasiones en las cuales hasta una dama bien educada olvida las reglas de la buena escritura y casi envidia a los hombres su privilegio de maldecir cuando se sienten furiosos. El estado de mi mente resulta verdaderamente indescriptible. El dolor se mezcla con la rabia al contarle que mi dulce Eunís me ha defraudado por primera vez desde que tuve la alegría de conocerla y comenzar a admirarla. ¿Qué motivo puede haber tenido para negarse a recibir a su enamorado arrepentido? ¿Es orgullo? Nos dicen que a Satán lo perdió el orgullo. ¿Eunís satánica? ¡Imposible! Me siento tentada a ir a preguntarle qué ha petrificado su corazón contra un pobre joven que lamenta amargamente su propia necesidad. ¿Cree que se trata de malos consejos del granjero o de su esposa? En ese caso, emplearé mi influencia y me la llevaré de allí. Usted haría lo mismo, ¿no es cierto?»

Me avergüenza mencionar al pobre y querido Ministro en una postdata. Lo cierto es que no sé muy bien qué hago. El señor Gracedieu está tranquilo, duerme mejor que antes, come con más apetito, no causa ningún problema. ¡Pero, qué pena, ese ilustre intelecto se ha eclipsado! No suponga que porque describo su estado con una imagen no siento pena. No entiende nada; no recuerda nada; rezo por él.

Si tuviera la bondad de querer regresar a nuestro lado, podría hacerlo ahora. Su presencia no causaría ninguna alteración, tan lamentablemente cambiado está el pobre hombre. No obstante, debo añadir, por más que me pese, que el doctor recomienda que permanezca usted alejado. Entre nosotros, le diré que no es más que un cobarde. Imagine que ha dicho: “No, aún no debemos correr ese riesgo”. Me limito a mostrarme cortés con él, nada más.

En cualquier otro asunto (perdóneme por molestarlo con una segunda postdata), los lazos de compenetración que me unen a Eunís me habrían hecho entender sus razones; hubiera yo sentido lo que ella sentía. Pero nunca he estado enamorada; ningún caballero me brindó esa oportunidad cuando era yo joven. Ahora tengo una edad mediana, el descuido ha hecho su funesta obra, mi corazón es un cráter extinto.

¡Imágenes de nuevo! Es mejor que haga a un lado la pluma y me despida por el momento.»

La señorita Jigall puede cederle ahora su lugar a Eunice. El mismo correo me trajo ambas cartas.

Sería yo indigno de la confianza que esa afectuosa joven ha depositado en mí si no recibiera su explicación de la conducta que adoptó hacia Philip Dunboyne como un secreto sagrado que confiaba a mi cariño de padre. En la última parte de su carta, que ya no era confidencial, Eunice me contaba lo siguiente:

«He recibido noticias —¡y qué desgarradoras noticias!— de mi padre, a través de un mensajero que le envié a Selina. Ahora resulta más imposible que nunca que me arriesgue a volver a ver a Helena. Me ha escrito sobre Philip en un tono tan chocante, insolente y cruel que he destruido su carta. La visita de Philip a la granja, de la que no sé cómo se enteró, parece haberla enfurecido. Me acusa de todo lo que habría hecho ella en mi lugar, y me amenaza... ¡No! Temo los susurros malvados de ese segundo yo, si pienso en ello. Estuvieron a punto de tentarme cuando leí la carta de Helena. Pero pensé en lo que usted me dijo después de mostrarle mi Diario; y sus palabras hicieron que mi memoria volviera a los días en que fui feliz con Philip. El sufrimiento y el terror pasaron.

La mejor de las bondadosas mujeres ha sido una fuente de consuelo. La señora Staveley me ha escrito con el mismo amor que podría haberlo hecho mi madre, si la muerte no me la hubiera arrebatado. Le he contestado con toda la gratitud que siento, aunque he rechazado los favores que me ofrece. La señora Staveley ha concebido el plan, como lo concibiera usted, de volver a reunirme con Philip. ¿Olvida —¿lo olvida usted?— que Helena lo da como suyo? Pero tanto usted como ella lo hacen por bondad, y los amo a ambos por el interés que se toman en mí.

La esposa del granjero —¡tan adorable y buena!— no me entiende tan bien como su esposo. Me confiesa que compadece a Philip. “Es tan desgraciado”, dice. ¡Y el pobrecito es tan atractivo, y tiene unos modales tan agradables y seductores! Creo que de estar en tu lugar no habría tenido tanto valor. A decir verdad, habría saltado de alegría al verlo en la puerta; y habría bajado corriendo para hacerlo entrar... aunque quizás después me habría arrepentido. Si de verdad quieres olvidarlo, querida, haré todo lo posible para ayudarte.

Sé que estoy hablando de tonterías, pero temo que usted crea que soy infeliz, y quiero evitarlo.

Tengo mucho que agradecer, y los niños me quieren. Quizás podría enseñarles mejor si fuera más culta. Me temo que hacen más por su institutriz que su institutriz por ellos. Cuando entran en mi habitación por la mañana y me despiertan con sus besos, la hora de levantarme, que solía ser tan dura después de que Philip me

abandonara, es ahora la más feliz del día.»

Con esa reconfortante visión de su vida de institutriz termina la carta de la pobre niña.

CAPÍTULO LI

El triunfo de la señora Tenbruggen

Después de un tiempo, la señorita Jigall vuelve a aparecer en mis resúmenes. Mi agradable amiga merece esta vez una circunspecta acogida. Me informa de que la señora Tenbruggen ha comenzado las averiguaciones que tengo todas las razones para temer, porque sólo yo sé el fin que tienen por objeto.

La llegada de esa noticia me afectó en dos sentidos diferentes.

Me resultó desalentador percatarme de que las circunstancias no justificaban mi confianza en que la enemistad de Helena resultara una influencia que contrarrestara las intenciones de la señora Tenbruggen. Por otro lado, era un alivio ver confirmada la idea de que mi regreso a Londres no comprometía los intereses cuya defensa era mi principal preocupación, sino que más bien operaba a favor de ellos. Había yo previsto que la señora Tenbruggen esperaba a que desapareciera de su vista antes de poner en marcha sus planes; y había calculado que mi ausencia sería un acontecimiento que al menos pondría fin al suspenso, al animarla a comenzar.

Las primeras frases de la carta de la señorita Jigall explican la naturaleza de su interés en el proceder de su amiga y, por esa razón, vale la pena leerlas.

«Lamentablemente las cosas han empeorado (escribe Selina), pero no olvido que Philip estuvo comprometido con Eunís, y que la extraña conducta del señor Gracedieu hacia él nos dejó a todos perplejos. Parece ser que el modo de descubrir la verdad que Elizabeth me sugirió entonces por carta es el que está poniendo ahora en práctica. Cuando le pregunté por qué, me dijo: “Philip puede volver a Eunís; el Ministro puede recuperarse, y tendrá muchas más probabilidades de hacerlo si pruebo con los Masajes. En ese caso, probablemente repita la conducta que te sorprendió; y tu natural curiosidad me volverá a pedir que averigüe qué significa. ¿Soy o no tu amiga, Selina?” Sus palabras fueron tan encantadoramente amables y tan irresistiblemente convincentes que la besé en un transporte de gratitud. No necesito decirle con cuán enorme interés he observado su progreso en la resolución del misterio en torno a la edad de las jóvenes.»

Explicados ahora por la mejor fuente el método de la señora Tenbruggen para mantener a la señorita Jigall en la ignorancia de lo que realmente se traía entre manos, y la admirable confianza de la señorita Jigall en la integridad de la señora Tenbruggen, quedará completa la exacta presentación del estado de cosas si añado unas palabras acerca de la verdadera situación de mi corresponsal y la mía propia en relación con la operación emprendida por la señora Tenbruggen.

La señorita Jigall ignoraba totalmente que una de las dos jóvenes no era hija del señor Gracedieu, sino su hija adoptiva. Yo, por mi parte, ignoraba enteramente el propósito de la señora Tenbruggen al afanarse para identificar a la hija de la asesina. Hablando a título individual, permítaseme añadir que sólo esperaba que se produjera ese acontecimiento para proteger a los desvalidos: a mi pobre amigo demente y a la huérfana a quien su compasión había acogido en su corazón y en su hogar.

La señorita Jigall prosigue con su curiosa historia en los siguientes términos:

«Siempre deseosa de ser útil, pensé que podía darle a mi querida Elizabeth una pista que le ahorrara tiempo y dificultades. “¿Por qué no comenzar”, sugerí, “por pedirle ayuda al Alcaide?” Esa maravillosa mujer nunca olvida un detalle. Ya se había dirigido a usted, sin éxito.

En un nuevo intento de ser útil, violenté mis más íntimas convicciones y le presenté a la malvada Helena a la admirable Elizabeth. No fue una sorpresa que la primera se mostrara fría como el hielo al conocer a una amiga mía. La señora Tenbruggen pasó por alto ese hecho con la calma gentil de una mujer de mundo. En el curso de la conversación con Helena deslizó una pregunta: “¿Podrías decirme si eres mayor que tu hermana?” La respuesta, por supuesto, fue: “No lo sé.” Y, por una vez, la más embaucadora de las jóvenes decía la verdad.

Cuando volvimos a quedar a solas, Elizabeth me hizo un comentario: “Si el aspecto físico pudiera decidir la cuestión”, dijo, “esa joven desagradable sería la mayor de las dos”. Lo próximo es descubrir si, en este caso, se puede confiar en las apariencias.

El abogado de mi amiga recibió instrucciones confidenciales (que Elizabeth no me confió, lo cual me parece un poco violento) de rastrear los certificados de nacimiento de las dos señoritas Gracedieu. Elizabeth me explicó (no con mucha claridad, me parece) que este procedimiento era un medio para averiguar cuál de las jóvenes podía identificarse como la mayor por medio de su nombre.

El informe llegó esta mañana. Sólo se me dijo que, en uno de los casos, todas las averiguaciones habían sido en vano. En el otro, Elizabeth había auxiliado a su agente al remitirlo a un Nacimiento anunciado en las columnas habituales del *Times*. Aun en este caso apareció un obstáculo insalvable. En el anuncio no aparecía, como es usual, el nombre del lugar donde había nacido la hija del señor Gracedieu.

Seguí intentando ser útil. ¿Había conocido mi amiga a la esposa del Ministro? Mi amiga nunca había visto a la esposa del Ministro. Y, para colmo de males, su retrato ya no existía. Sólo pude comentar que Helena era como su madre. Pero Elizabeth pareció darle muy poca importancia a la evidencia que le ofrecía, si es que puedo darle un nombre tan ampuloso. “Las personas tienen ideas tan extrañas acerca de los parecidos”, dijo, “y llegan a conclusiones tan contradictorias. En un asunto como este sólo se puede confiar en lo que uno mismo ve.” A continuación mi amiga me

preguntó sobre el servicio doméstico. Sólo teníamos una cocinera y una doncella. De haber sido sirvientas antiguas que hubieran conocido a las jóvenes de niñas, quizás habrían resultado de cierta utilidad. La suerte nos seguía siendo adversa. Ambas habían sido contratadas cuando el señor Gracedieu asumió sus nuevos deberes pastorales, después de residir con su esposa en su pueblo natal.

Le pregunté a Elizabeth qué se proponía hacer a continuación.

Pospuso su respuesta hasta que le contesté si se esperaba ese día la visita del médico. Mi contestación fue negativa. Entonces Elizabeth me hizo una solicitud sorprendente; me rogó que le presentara al señor Gracedieu.

Le dije: “¿Has olvidado el lamentable estado de su mente?” No; sabía perfectamente bien que había perdido el juicio. “Quiero intentar”, explicó, “animarlo unos minutos”.

“¿Mediante los Masajes?”, pregunté.

Se echó a reír. “Los Masajes, querida, no actúan de esa forma. Son un proceso complicado que demora varias semanas. Pero mis manos tienen más de una virtud en la punta de los dedos. ¡Ah, no te preocupes! Si no le hago bien, ningún mal le haré. Llévame, Selina, a ver al Ministro”.

Fuimos a su habitación. No me culpe por ceder; quiero demasiado a Elizabeth para no complacerla.

El cuadro que vimos al entrar era triste. El Ministro estaba contento, jugando como un niño a introducir una pelota en un cestito. Le pedí a su acompañante que se retirara. Presenté a la señora Tenbruggen. El Ministro sonrió y le estrechó la mano. Dijo: “¿Es usted cristiana o pagana? Es usted muy bella. ¿Cuántas veces puede meter la pelota en el cesto?” Con eso cesaron sus intentos de conversación. Siguió jugando, y pareció olvidar que había alguien más en el cuarto. Me dolía el corazón verlo ahora y recordar cómo había sido.

Elizabeth me susurró: “Déjame a solas con él”.

No sé por qué hice algo tan descortés: vacilé.

Elizabeth me preguntó si no confiaba en ella. Me avergoncé de mí misma; los dejé a solas.

Pasó más de media hora. Un poco intranquila, volví a subir y eché una mirada al cuarto. El Ministro estaba reclinado en su asiento —su juguete estaba en el suelo— y miraba sin ver la luz que entraba por la ventana. Encontré a la señora Tenbruggen en el otro extremo de la habitación, haciendo sonar la campanilla. Nada fuera de lo corriente parecía haber sucedido. Cuando el acompañante respondió a la llamada, abandonamos juntas la habitación. El señor Gracedieu no pareció percatarse.

“Y bien”, dije, “¿cómo terminó todo?” Con mucha calma, mi noble Elizabeth respondió: “Con un fracaso total”.

“¿Qué le dijiste después de pedirme que saliera?” “Traté, de todas las formas

posibles, de lograr que me informara cuál de sus dos hijas es la mayor.” “¿Se negó a contestarte?” “Estaba completamente dispuesto a contestarme. Primero, me dijo que Helena era la mayor; después rectificó y declaró que Eunice era la mayor; después dijo que eran gemelas; después volvió a decir que Helena y que Eunice. Ahora una era la mayor, ahora la otra. No puedo decirte cuántas veces cambió de nombre, y parecía pensar que era un juego más entretenido que el de la pelota y el cestito.” “¿Y ahora qué haremos?” “No haremos nada, Selina.” “¿Cómo!”, exclamé, “¿te rindes?” Mi heroica amiga contestó: “Sé reconocer cuando soy derrotada querida: me rindo.” Consultó su reloj: era la hora de intervenir sobre los músculos de uno de sus pacientes. Allá fue, a cumplir la gloriosa misión de los Masajes, sin siquiera un murmullo de pesar. ¡Qué fuerza de carácter! ¡Pero, ay, dolor, qué decepción para este pobre ser que soy! Una cosa he decidido. Si empiezo a sentirme perpleja o asustada, de inmediato le escribiré a usted.”

Con esa expresión de confianza en mí, llegaba a su final la narración de Selina. Deseé creer, como ella, que el objeto de su admiración le había dicho la verdad.

Pocos días después, la señora Tenbruggen me honró visitando mi casa en los alrededores de Londres. Gracias a esa circunstancia tengo la posibilidad de añadir una postdata que completará las revelaciones que contenía la carta de la señorita Jigall. La ilustre Masajista, que tenía mucho que esconder a su fiel Selina, estaba totalmente al tanto de que a mí sólo tenía una cosa que ocultarme, a saber, la ventaja que habría obtenido de haber resultado exitosas sus averiguaciones.

—Pensé que podía lograr lo que quería —me dijo—, hipnotizando a nuestro reverendo amigo. Es tan débil como una mujer; le provoqué un ataque de histeria, y tuve que resignarme a tranquilizarlo para que no alborotara a toda la casa. No parece usted creer en el mesmerismo.

—Mi rostro, señora Tenbruggen, expresa exactamente mi opinión. ¡El mesmerismo es pura charlatanería!

—¡Qué gracioso y anticuado es usted! ¿Quiere que le induzca un trance? ¡No! Le produciré una conmoción de otro tipo: una conmoción de sorpresa. Sé tanto como usted sobre las hijas del señor Gracedieu. ¿Qué piensa de eso?

—Pienso que me gustaría oírle decir cuál es la hija adoptiva.

—¡Helena, sin duda!

Sus maneras eran desafiantes, su tono conclusivo; dudé de ambos. Bajo la superficie de su seguridad, vi algo que me dijo que trataba de leer mis pensamientos en mi rostro. Muchas otras mujeres habían tratado antes de hacer lo mismo. Lo lograron cuando era yo joven. Una vez rebasados los cincuenta, mi rostro aprendió a ser discreto, y fracasaron en sus intentos.

—¿Cómo llegó a esa conclusión? —pregunté—. No sé quién la puede haber auxiliado.

—¡Me auxilié yo misma, caballero! Lo deduje. Algo maravilloso en una mujer, ¿no es cierto? Me pregunto si podría usted seguir el proceso.

Mi respuesta fue una inclinación. Estaba seguro de poder controlar el rostro; pero el perfecto control de la voz es una rara capacidad. Aquí o allá la poseen un gran actor o un gran criminal.

La vanidad de la señora Tenbruggen la llevó a confiarme sus deducciones.

—En primer lugar —dijo—, es claro que, de las dos, Helena es la malvada. No dejé que lo que Selina me había contado de ella me inspirara prejuicios: lo vi, lo sentí a los cinco minutos de estar en su compañía. Si alguna vez la provocan las lenguas mentirosas como provocaron a su madre, seguirá su ejemplo. Muy bien. Ahora, en segundo lugar, aunque es muy leve, hay algo en su pelo y en su tez que me recuerda a la asesina: admito que no tienen más parecido. En tercer lugar, los nombres de las jóvenes apuntan a la misma conclusión. El señor Gracedieu es protestante y disidente. ¿Bautizaría acaso a una hija suya con el nombre de una santa católica? ¡No!, preferiría un nombre bíblico; Eunice es su hija. Y Helena fue en otros tiempos la niña que llevé a la prisión. ¿Lo niega?

—No lo niego.

¡Sólo tres palabras! Pero eran falsas, y la falsedad —practicada en interés de Eunice, resulta innecesario aclararlo— tuvo éxito.

La señora Tenbruggen había alcanzado el objetivo que se proponía con su visita; yo le había confirmado su creencia en la idea errada de que Helena era la hija adoptiva.

Se puso de pie para despedirse. Le pregunté si se proponía permanecer en Londres. No; regresaba esa misma noche junto a sus pacientes del interior.

Cuando la acompañaba a la puerta de la casa, se volvió hacia mí con una sonrisa traviesa.

—Me he tomado ciertas molestias para encontrar la clave del misterio del Ministro —dijo—. ¿No se pregunta por qué?

—Si me lo preguntara —respondí—, ¿me lo diría?

Rió ante esa posibilidad.

—Otra lección —dijo—, para ilustrar a un hombre carente de recursos en el estudio del sexo débil. Ya le he demostrado que una mujer puede razonar. Aprenda ahora que una mujer puede guardar un secreto. Adiós. ¡Dios lo bendiga!

Doy gracias al cielo de que no me resulte posible dar un testimonio personal de los acontecimientos que siguieron a la visita de la señora Tenbruggen. ¿Debería concluir con una expresión de arrepentimiento por el engaño del cual ya me he confesado culpable? No lo sé. ¡Sí!, la fuerza de las circunstancias me obliga, en verdad, a decirlo con toda seriedad: declaro, por mi honor, que no lo sé.

TERCER PERÍODO: 1876

CAPÍTULO LII

Resumen del diario de Helena

Mientras mi padre permanece en su actual estado de indefensión, alguien tiene que asumir el gobierno de esta casa. No hay duda de que soy la llamada a hacerlo.

En medio de mi agitación mental, a veces dudando de Philip, a veces cifrando en él mis esperanzas, la señora Tenbruggen me resulta sencillamente insoportable. En cualquier circunstancia, la idea misma de un médico femenino es algo que detesto. Es, a lo sumo, una mala imitación de un hombre. La Frotadora Médica es aún peor; es una mala imitación de un charlatán. Su buen humor siempre sonriente, adoptado sin duda para complacer a los tontos de sus pacientes, y su insolente disfrute de su propia conversación, me hacen lamentar por primera vez en mi vida ser una dama. De pertenecer a los órdenes inferiores de la sociedad, podría agarrar el primer palo que encontrara y disfrutar del placer de propinarle una buena paliza a la señora Tenbruggen.

Literalmente se pasa el tiempo rondando por la casa, alentada, por supuesto, por esa lamentable mentecata de la señorita Jigall. Esta mañana intenté ver si una insinuación muy general podía sugerirle que lo mejor sería poner fin a su visita.

—Verdaderamente, señora Tenbruggen —dije—, debo pedirle a la señorita Jigall que, en bien de usted, modere el disfrute egoísta de su compañía. Su tiempo es demasiado precioso, profesionalmente hablando, para malgastarlo con una mujer carente de ocupación que no se apiada de sus pacientes, quienes quizás necesitan alivio y lo esperan en vano.

Escuchó mis palabras, toda ella sonrisas y buen humor:

—Querida, ¿sabes lo que te respondería de ser una mujer de mal genio?

—No siento la menor curiosidad, señora Tenbruggen.

—Te pediría —insistió—, que me permitieras ocuparme de mis propios asuntos. Pero soy incapaz de no agradecerte el interés que muestras por mi bienestar profesional. Permíteme preguntarte si conoces el valor del tiempo.

—¿Va a seguir hablando mucho más, señora Tenbruggen?

—Voy a hacer un comentario sensato, querida niña. Si te sientes cansada, permíteme, aquí tienes una silla. El Padre Tiempo, querida señorita Gracedieu, siempre ha sido buen amigo mío, porque sé cómo hacer el mejor uso de él. El creador de la famosa frase *Tempus fugit* (entiendes latín, por supuesto) fue, me atrevo a pensar, un hombre ocioso. Mientras más cosas debo hacer, más dispuesto se muestra el Tiempo a esperar por mí. Permíteme ilustrártelo con algunos ejemplos interesantes. El mayor conquistador del siglo, Napoleón, dispuso de tiempo suficiente para todo. El mayor novelista del siglo, Sir Walter Scott, dispuso de tiempo suficiente para todo.

Sin pretender compararme con ellos, imito a esos hombres ilustres y mis pacientes nunca se quejan de mí.

—¿Ha terminado? —le pregunté.

—Sí, querida, por el momento.

—Es usted una mujer sagaz, señora Tenbruggen, y lo sabe. Tiene una lengua elocuente, y lo sabe. Pero es usted algo más de lo cual no parece tener conciencia: es usted una latosa.

Se echó a reír, con el aire de quien disfruta enormemente una broma. Miré a mis espaldas al abandonar la habitación y vi a la amiga del Padre Tiempo sentada en el sillón abriendo nuestro periódico.

Esta es una muestra de nuestros usuales torneos de ingenio. Lo registro en mi Diario para excusarme ante mí misma. Cuando al fin se marchó, más tarde ese día, le envié una carta al hotel. Como no guardé copia, escribiré aquí lo esencial de ella, que era como un sermón, con tres partes: rogaba que me excusara por haberle hablado con toda claridad; afirmaba que, a mi entender, no existía entre nosotras la menor simpatía; y le proponía que me privara de futuras ocasiones de recibirla en esta casa. La respuesta llegó de inmediato en los siguientes términos:

Recibí tu carta, querida niña. No estoy nada enojada, en parte porque te quiero mucho, en parte porque sé que me pedirás que regrese. P.S. Philip te envía todo su amor.

Esta última nota insolente era sin duda una mentira. Philip la detesta. Ambos se hospedan en el mismo hotel. Pero sé que él ni siquiera le dirige una mirada si se tropiezan por casualidad en la escalera.

Quienes disfrutan el melancólico espectáculo de la degradación de la naturaleza humana no sabrían qué exhibición preferir: el de una fea solterona furiosa o el de una fea solterona que llora. La señorita Jigall asumió ambos papeles cuando supo lo que había sucedido. Opino que la amiga del alma de la señora Tenbruggen es un ser indigno de ser visto u oído cuando pierde los estribos. Me limité a decirle que abandonara la habitación. Para mi gran solaz, me sacudió un puño huesudo en la cara y expresó un deseo apasionado:

—¡Ah, si fuera yo lo bastante rica para irme de esta casa malvada!

Me pregunto si habrá locura (además de pobreza) en la familia de la señorita Jigall.

Anoche mi mente estaba atormentada. Como de costumbre, la causa era Philip.

Quizás actué de manera apresurada cuando insistí en que se marchara de Londres y regresara aquí. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer? No se trataba sólo de mi interés, sino que era absolutamente necesario librarlo de la influencia de su odioso padre, a

quien considero ahora el único obstáculo de consideración a mi matrimonio. No hay esperanzas de que nos libremos del señor Dunboyne padre porque éste regrese a Irlanda. Ensayo ahora un nuevo remedio para su mano baldada: la electricidad. ¡Desearía que un rayo lo fulminase! Si le hubiera dado la oportunidad a ese malvado viejo, estoy firmemente convencida de que no habría dejado pasar un día sin hacer todo lo posible por rebajarme en la opinión de su hijo. Además, existía el riesgo, de haberle permitido a Philip permanecer demasiado tiempo alejado de mí, de perderlo —no, mientras conserve mi belleza no corro ese peligro—, mejor, de permitir que el tiempo y la ausencia debilitaran la influencia que ejerzo sobre él. Por más huraño y silencioso que se muestre cuando nos encontramos —y lo hallo en ese estado con demasiada frecuencia— siempre puedo, tarde o temprano, hacer que resurja su lado más vivaz. Mis ojos conservan su encanto, mi conversación aún lo entretiene, y, lo que es mejor aún, siento en él la pasión al corresponderme, que me dice cuán preciosos le resultan mis besos... ¡concedidos sin demasiada generosidad! Pero el momento en que me veo obligada a dejarlo librado a sí mismo es el que temo. ¿Cómo sé que sus pensamientos no vuelan hacia Eunice? Lo niega; afirma que sólo fue a la granja para expresarle su arrepentimiento por su conducta atolondrada, y para ofrecerle el amor de hermano que le debe a la hermana de su prometida. ¿Debo creerle? ¡Ah, cuánto daría por poder creerle! ¿Cómo puedo estar segura de que la negativa de Eunice a verlo no fue una astuta argucia para hacerlo ansiar otra entrevista, y planear, quizás en secreto, regresar y volver a intentarlo? ¡El matrimonio! Nada que no sea mi matrimonio con Philip aquietará estas espantosas dudas mías, nada me recompensará por todo lo sufrido, nada entibiará mi corazón con el delicioso sentimiento de haber triunfado sobre Eunice. ¿Y qué dice él cuando lo insto al matrimonio? Sí, tan bajo he caído, en medio de la desesperación de la que en ocasiones soy presa. Tiene su respuesta, siempre la misma, y siempre presta: «¿Cómo viviríamos? ¿Con qué dinero?» Lo enloquecedor del asunto es que no puedo acusarlo de plantear objeciones inexistentes. En casa somos más pobres que nunca desde que mi padre cayó enfermo, y la mensualidad de Philip es apenas suficiente para atender a sus necesidades de soltero. ¡Ah, cómo odio a los ricos!

Era inútil planear irme a la cama. ¿Cómo pensar en dormir si me latían las sienes y tenía pensamientos tan perturbadores? Me puse mi cómoda bata y me senté para ver si la lectura calmaba mi mente.

Había tomado un libro en préstamo de la Biblioteca, a la cual me había suscrito en secreto hacía algún tiempo. Era un viejo volumen, lleno de lo que ahora llamaríamos habladurías; relataba aventuras extrañas e incidentes escandalosos de historias familiares sustraídos de la luz pública.

Una de las últimas de esas historias tomadas de la vida real me despertó un profundo interés.

Era un extraño caso de intento de envenenamiento, que nunca llegó a consumarse. Una joven esposa de alta condición social, y de cuyo nombre sólo se daba la inicial, había sufrido una injusticia insoportable (no especificada) a manos de la madre de su esposo. Se describía a la esposa como una mujer de fuertes pasiones, que había decidido tomarse una horrible venganza privando de la vida a su suegra. Surgieron dificultades que le impedían cometer el crimen sin un cómplice que la auxiliara, y decidió confiarle sus planes a su doncella, una mujer de edad. Fue ésta quien consiguió en secreto el veneno, y cuando el ama y la doncella discutían la manera más segura de administrarlo, de repente se abrió la puerta de la habitación. El esposo, acompañado por su hermano, se abalanzó en el cuarto y acusó a su esposa de planear el asesinato de su madre. La joven (sólo tenía veintitrés años) debe haber sido una persona de valor y determinación fuera de lo común. Se percató de inmediato de que su doncella la había traicionado, y, con asombrosa presencia de ánimo, se volvió contra la traidora y le dijo al esposo: «¡Ésta es la malvada que ha tratado de persuadirme de que envenene a tu madre!» La anciana era de carácter soberbio y prepotente, y la doncella se había quejado, en presencia de otros sirvientes, de que la maltrataba. Las circunstancias hacían imposible decidir cuál de las dos era realmente la culpable. La sirvienta fue despedida, y poco después se separaron los esposos, con el pretexto de que sus caracteres eran incompatibles. Pasaron los años, y sólo la confesión de la esposa en su lecho de muerte permitió conocer la verdad. Una historia notable, que me ha impresionado tanto que la he copiado en mi Diario. No soy lo bastante rica como para comprar el libro.

Durante los dos últimos días he permanecido recluida en mi cuarto con fiebre producida por un fuerte catarro, pescado, supongo, por quedarme sentada ante la ventana abierta leyendo mi libro casi hasta las tres de la mañana. Le envié una nota a Philip para informarle de mi enfermedad. El primer día vino a casa para saber de mí. El segundo día ni vino ni escribió. Hoy es el tercer día, y aún no tengo noticias de él. Me siento mejor, pero todavía no estoy en condiciones de salir. Esperaré una hora más, y, si mi esforzada paciencia no se ve recompensada, enviaré una nota al hotel.

No hay noticias de Philip. Mandé a preguntar al hotel. La sirvienta acaba de regresar con mi nota. El camarero le informó que el señor Dunboyne se había marchado a Londres en el tren de la mañana. No me dejó ni explicación ni disculpas.

¿Será posible que me haya abandonado? Soy presa de un frenesí tan horrible de dudas y de rabia que casi no puedo escribir esa horrible pregunta. ¿Será posible...?, ah, siento que es posible que se haya marchado con Eunice. ¿Sabré dónde encontrarlos? Si lo supiera, ¿qué haría? ¡Siento que sería capaz de matarlos a los dos!

CAPÍTULO LIII

Resumen del diario de Helena

Una vez enfriado lo más terrible de mi ira, hice dos descubrimientos. Uno me costó una propina a un mensajero, el otro me expuso a la insolencia de un sirviente. Pago con gusto con mi bolsa y mi orgullo, cuando lo que compro es paz de espíritu. A través del mensajero supe que Eunice nunca había abandonado la granja. Mediante mis propias averiguaciones, satisfechas por el camarero con una sonrisa insolente, me enteré de que Philip dejó órdenes de que le reservaran su habitación. ¡Qué angustia me habría evitado nuestra estúpida doncella si hubiera pensado en hacer esa pregunta cuando la envié al hotel!

Pasé el resto del día en vanas especulaciones sobre los motivos de Philip para esta súbita partida. ¡Qué pobres seres débiles somos! Logré persuadirme de que la ansiedad por llevar a efecto nuestro matrimonio lo había urgido a realizar un esfuerzo por conmover el corazón de su mezquino padre. ¿Lo veré mañana? ¿Tendré razones para quererlo más que nunca?

Nos hemos vuelto a encontrar hoy, como de costumbre. Su conducta ha sido infame.

Cuando le pregunté cuál había sido el motivo de su viaje a Londres, me informó que se trataba de «un asunto de negocios». Me dio esa excusa idiota con aire tan desenfadado como si realmente pensara que le creería. La acepté en silencio, para no empañar su regreso con el desastre de una discusión. Pero era un día infortunado. Mi control sobre mí misma todavía se vería sometido a una prueba más dura. ¡Sin la menor muestra de vergüenza, Philip me informó que era el depositario de un mensaje que me enviaba la señora Tenbruggen! Esa dama quería encaje irlandés; ¿tendría yo la amabilidad de informarle de cuál era la mejor tienda para comprarlo?

¿Hablaría Philip realmente en serio?

—Tú —dije—, que desconfiabas de ella y la detestabas, ¿estás ahora en términos tan amistosos con esa mujer?

Objetó mis palabras:

—Querida Helena, no hables así de la señora Tenbruggen. Ambos nos hemos equivocado con respecto a ella. Es tan buena persona que me ha perdonado la manera brutal en que le hablé cuando atendía a mi padre. Fue ella quien se adelantó a proponer que nos estrecháramos las manos y lo olvidáramos. Mi amor, no permitas que los buenos sentimientos aniden sólo en una de las partes. No tienes idea de la bondad con que habla de ti, y de cuán ansiosa está de impulsar nuestro matrimonio.

¡Vamos! ¡Vamos! Da tu también alguna señal de amistad. Escríbeme en esta tarjeta el nombre de la tienda y yo se la llevaré.

El más puro de los asombros me privó de la palabra: lo dejé proseguir. No era más que un niño en manos de la señora Tenbruggen: ésta no tenía más que decidir burlarse de él para lograrlo.

Pero, ¿por qué lo hacía? ¿Qué ventaja podía obtener de ganarse de esta manera su buena disposición, evidentemente con la intención de trabajar a favor de nuestra reconciliación? ¿De qué mínima utilidad podíamos resultarle dos pobres jóvenes a la Masajista de moda?

Mi silencio comenzó a irritar a Philip.

—No sabía cuán obstinada puedes ser —dijo—; parece estar haciendo todo lo posible (no puedo imaginar por qué) para rebajarte en mi opinión sobre ti.

Refrené la lengua; fingí una sonrisa. Los hombres hablan con mucha facilidad de la falsedad de las mujeres. ¿Qué posibilidad (me gustaría preguntarle a alguien que conozca el asunto) nos dan de hacernos soportable la vida con ellos, que no sea mediante la falsedad? Por supuesto cedí y anoté la dirección de la tienda.

Philip se sintió tan complacido que me dio un beso. ¡Sí! El beso más afectuoso, más expresivo de cariño que me ha dado en las últimas semanas fue mi recompensa por someterme a la señora Tenbruggen. Esa dama tiene suficiente edad para ser su madre, y es casi tan fea como la señorita Jigall, ¡y, sin embargo, ya ha logrado hacer que Philip haga suyos sus intereses!

Al día siguiente estaba convencida de que recibiría la visita de la señora Tenbruggen. Pero la Masajista sabía lo que se traía entre manos. Sólo recibí una notita en la cual me daba las gracias por la dirección y añadía una confesión llena de ingenuidad: «Gano más dinero del que puedo gastar, y adoro el encaje irlandés».

Llegó el nuevo día y siguió teniendo el cuidado de no mostrarse demasiado deseosa de una reconciliación. Me envió un espléndido ramo de flores con otra notita: «Un tributo, querida Helena, que me ofreció uno de mis pacientes agradecidos. Es un presente demasiado hermoso para una anciana como yo. Estoy de acuerdo con el poeta: *Flores para una flor*. Un encantador pensamiento de Shakespeare, ¿no es cierto? Me encantaría comprobar la cita. ¿Podrías dejarme el volumen en el vestíbulo, si paso por tu casa mañana?»

¡Un golpe maestro, señora Tenbruggen! No quiere atreverse a molestar a la señorita Gracedieu en el salón; sólo desea comprobar una cita en el corredor. ¡Ah, diosa de la Humildad (si es que existe), qué bien vistes cuando tu costurera es una vieja mañosa!

Mientras pasaban por mi mente estas reflexiones, entró la señorita Jigall, vio el ramo de flores sobre la mesa e inmediatamente se abalanzó sobre él.

—¡Ah, para mí, para mí! —exclamó—. Lo vi esta mañana sobre la mesa de

Elizabeth. ¡Qué amable de su parte! —metió su nariz inquisitiva entre las pobres flores y elevó la vista al techo llena de sentimentalismo—. ¡El perfume del bien —apuntó—, mezclado con el perfume de las flores!

—Cuando hayas terminado con él, quizás tengas la bondad de devolverme mi ramo de flores.

—¡Tu ramo! —exclamó.

—Ahí está la carta de la señora Tenbruggen —respondí—, si quieres echarle una ojeada.

Le echó una ojeada. Toda la bilis del cuerpo le subió a los ojos y se los puso verdes; daba la impresión de querer arañarme el rostro. Después le di las flores a María; la nariz de la señorita Jigall las había estropeado por completo.

Habría sido demasiado ridículo permitirle a la señora Tenbruggen consultar a Shakespeare en el vestíbulo. Tuve el honor de recibirla en mi habitación. Escenificamos una conmovedora reconciliación y olvidamos a Shakespeare por completo.

Me preocupa; me preocupa mucho.

Goza ya de todo el favor de Philip y está decidida a realizar el mismo milagro conmigo. Su cambio es ya completo. Su humor vulgar se mantuvo bajo unas firmes riendas; se mostró tranquila y bien educada, y más deseosa de escuchar que de hablar. No desplegó este cambio de manera abrupta. Se las ingenió para expresar su amistoso interés en Philip y en mí mediante insinuaciones lanzadas aquí y allá, auxiliadas por respuestas de mi parte, a darle las cuales me empujó con tanta habilidad que sólo descubrí las trampas que me tendió cuando más tarde reflexioné sobre nuestro encuentro. ¿Qué es, vuelvo a preguntarme, lo que tiene en perspectiva para tomarse tanto trabajo? ¿Cuáles son sus motivos para alentar un romance que la señorita Jigall le debe haber descrito como una injusticia abominable infligida a Eunice? El dinero (incluso si existiera la posibilidad de tal cosa en nuestro caso) no puede ser su objetivo; es muy cierto que su éxito la coloca por encima de las preocupaciones pecuniarias. Sentimientos de rencor hacia Eunice no tienen sentido. Sólo se han visto una vez; y me expresó su opinión sobre ella con evidente sinceridad: «Tu hermana es una buena muchacha, pero es como todas las demás buenas muchachas: no me interesa». He ahí el carácter de Eunice, dibujado del natural en unas pocas palabras. ¡En qué irritante posición me encuentro situada! Nunca antes me he sentido tan interesada en tratar de descubrir los pensamientos secretos de alguien; y nunca antes me he sentido tan completamente confundida.

Había escrito hasta aquí, y estaba a punto de cerrar mi Diario cuando llegó una tercera nota de la señora Tenbruggen.

Se había quedado pensando en mí a intervalos (me escribía) durante el resto del

día; y aunque yo la había recibido con amabilidad, era consciente de ser objeto de ciertas dudas por mi parte que su visita no había logrado disipar. ¿Le permitiría ir a visitarme con la esperanza de que mejorara la opinión que tenía de ella? A continuación me pedía una cita para el día siguiente.

¿Qué tendrá que decirme que no me haya dicho ya? Me pregunto si será algo sobre Philip.

CAPÍTULO LIV

Resumen del diario de Helena

En nuestra entrevista del día siguiente, la señora Tenbruggen exhibió una nueva faceta de su capacidad de cambio. Eliminó toda familiaridad y me planteó el objeto de su visita sin palabras superfluas de explicación o disculpa.

Me pareció que ello constituía un esfuerzo notable para cualquier mujer, y reconocí su mérito dejándole a mi visitante la tajada del león de la conversación. Abordó el asunto en estos términos:

—¿Le ha dicho el señor Philip Dunboyne por qué fue a Londres?

—Me dio una excusa trivial —respondí—. Me dijo que lo habían llevado a Londres asuntos de negocios. No sé nada más.

—Tiene usted muchas posibilidades de ser feliz, señorita Helena, cuando se case: es evidente que su futuro esposo le teme. Yo no le temo; le diré en confianza algo que tiene interés en saber. El asunto de negocios que llevó al señor Dunboyne hijo a Londres fue el de consultar a una persona competente sobre un asunto que le concierne. La persona competente es el sagaz (para no decir taimado) anciano caballero a quien solíamos llamar el Alcaide. ¿Lo conoce usted?

—Sí. Pero no me imagino sobre qué querría Philip consultarle.

—¿Ha oído hablar o leído alguna vez, señorita Helena, eso que llaman «un capricho de viejo»?

—Creo que sí.

—Pues bien, el Alcaide se ha encaprichado con su hermana. Cuando estuve en la granja parecían entenderse de maravilla.

—Excúseme, señora Tenbruggen, eso ya lo sé. ¿Por qué se dirigió Philip al Alcaide?

La señora Tenbruggen sonrió.

—Si hay alguien que conoce el verdadero estado de los sentimientos de su hermana, ese es el Alcaide. Yo envié al señor Dunboyne a consultárselo: esa es la razón.

Este reconocimiento desnudo de sus motivos me dejó perpleja y me ofendió. Tras declararse interesada en mi compromiso matrimonial, ¿habría cambiado de idea y resuelto favorecer el retorno de Philip a Eunice? ¿Qué derecho tenía Philip a consultarle a nadie acerca del estado de los sentimientos de esa joven? Mis sentimientos constituyen el único tema de investigación apropiado para él. Habría dicho algo en ese momento que después habría lamentado si la señora Tenbruggen me hubiera dado la ocasión. Por suerte para ambas, continuó su narración.

—Philip Dunboyne es un excelente muchacho —continuó—; me resulta

realmente simpático, pero tiene sus defectos. Carece de la energía suficiente para llevar adelante sus propósitos; y, como generalmente sucede en los hombres débiles, sólo se decide a hacer algo cuando un amigo resuelto lo toma de la mano y lo guía. Yo soy ese amigo resuelto. Lo vi vacilar entre usted y Eunice; y decidí en bien de él —¿me permitiría decir que también en bien suyo?— poner fin a esa perjudicial indecisión. Es usted quien tiene derecho a él; es usted la esposa que le conviene, y el Alcaide era (me parecía probable por lo que yo misma había observado) la persona que podía hacérselo ver. Nadie me ha confiado sus secretos; se trató de pura intuición, y tuvo éxito. Ya no hay duda sobre los sentimientos de Eunice. El asunto está claro.

—¿A favor mío?

—Por supuesto que a favor suyo; de otra forma no habría dicho ni una palabra sobre el asunto.

—¿Fue Philip bien recibido? ¿O acaso se rió de él el vejestorio?

—Querida señorita Gracedieu, el vejestorio es un hombre de mundo y nunca comete errores de ese tipo. Antes de abrir los labios tuvo que estar seguro de que podía hablar sin reservas con su enamorado sobre el delicado tema de los sentimientos de Eunice. Llegó a una conclusión favorable. Puedo repetir con toda exactitud las preguntas de Philip y las respuestas del Alcaide tras someter al joven a un riguroso examen: «¿Pudiera decirme, caballero, si le ha hablado de mí?» «Me ha hablado a menudo de usted.» «¿Parecía enojada conmigo?» «Es demasiado buena y dulce para estar enojada con usted.» «¿Cree que me perdonará?» «Ya lo ha perdonado.» «¿Se lo dijo ella?» «Sí, sin que yo le preguntara.» «¿Por qué se negó a verme cuando fui a la granja?» «Tenía sus razones, buenas razones.» «¿Lo lamentó después?» «Por supuesto que no.» «¿Cree probable que consienta si le propongo una reconciliación?» «Yo le hice esa misma pregunta.» «¿Cómo la tomó, caballero?» «Se negó a considerarla.» «¿Quiere decir que se negó a una reconciliación?» «Sí.» «¿Está seguro de que hablaba en serio?» «Estoy totalmente seguro.»

Según la confesión del propio señor Dunboyne hijo, esa última respuesta le resultó más que suficiente. Se puso de pie para marcharse, y entonces ocurrió algo extraño. Después de darle las respuestas menos alentadoras, el Alcaide le palmeó el hombro paternalmente y lo instó a tener esperanzas. «Antes de que nos ligamos adiós, señor Philip, quiero decirle algo más. Si yo fuera tan joven como usted, no desesperaría.» ¡He ahí un súbito cambio de actitud! ¿Cómo explicarlo?

La explicación, por supuesto, era la perversa determinación del Alcaide de reconciliar a Philip y Eunice. Con las mejores intenciones (quizás), la señora Tenbruggen había contribuido a ese plan al reunir a los dos hombres.

—Siga —dije—; estoy lista para oír ahora que Philip ha vuelto a visitar a mi hermana, y que esta vez ha sido recibido.

Tengo que reconocer que la señora Tenbruggen sabe conservar la calma.

—No ha ido a la granja —dijo—, pero ha hecho algo casi tan tonto como eso. Le ha escrito a su hermana.

—Y, por supuesto, ha recibido una respuesta favorable.

Introdujo una mano en el bolsillo de su vestido.

—He aquí la respuesta de su hermana —dijo.

Cualquiera que haya sentido que le quitan de encima, de modo inesperado e instantáneo, un peso aplastante, sabrá lo que sentí al leer la respuesta. En el lenguaje más inequívoco, Eunice se negaba a mantener correspondencia con Philip, o a sostener con él una conversación. Sus palabras concluyentes demostraban que hablaba con total sinceridad:

Estás comprometido con Helena. Considérame una extraña hasta que os caséis. Después, serás mi cuñado y quizás te perdone por haberme escrito.

Nadie que conociera a Eunice habría supuesto que poseía esas dos valiosas cualidades: sentido común y orgullo. Me resulta agradable saber que cuando sea la esposa de Philip Dunboyne podré enviarle mi tarjeta a mi hermana.

Le devolví la carta a la señora Tenbruggen, con las más sinceras expresiones de arrepentimiento por haber dudado de ella.

—No he sido digna de su generoso interés —dije—. Casi me avergüenzo de ofrecerle mi mano.

Tomó mi mano y le dio un apretón firme y vigoroso.

—¿Amigas? —preguntó, del modo más simpático y sencillo—. Entonces, volvamos a ser llanas y agradables —continuó—. ¿Me llamas Elizabeth? ¿Me permites que te llame Helena? Muy bien. Ahora tengo algo más que decirte; otro secreto que hay que ocultarle a Philip (lo llamo ahora por su nombre, ¿ves?) por unos cuantos días. Tu felicidad, querida, no puede depender de su avaro padre anciano. Debe disponer de una pequeña entrada propia con la cual casarse. Entre los cientos de infortunados a quienes les he aliviado las torturas de la mente y el cuerpo, existe una minoría agradecida. ¡Pequeña! ¡Pequeña!, pero existe. Gozo de influencia con personas poderosas; estoy intentando que se nombre a Philip secretario privado de un miembro del Parlamento. Cuando lo haya logrado, tú le comunicarás la buena noticia.

Qué humor tan terrible debo haber tenido antes, pues no había sabido apreciar la deliciosa jovialidad de tan buena persona. Ahora me fui al otro extremo y me comporté como una joven efusiva, acabada de salir del colegio. Le di un beso.

Se echó a reír.

—¡Qué sacrificio! —exclamó—. ¡Darme un beso que debías haber reservado para Philip! Por cierto, Helena, ¿sabes qué haría yo en tu lugar? ¡Sacaría de ese hotel a

nuestro atractivo joven!

—Haré todo lo que me aconseje —dije.

—Y harás bien, hija mía. En primer lugar, el hotel es demasiado costoso para los reducidos recursos de Philip. En segundo lugar, dos de las doncellas han presumido audazmente de ser muchachas encantadoras; y los hombres, querida... ¡bueno! ¡bueno!, dejaré que lo aprendas por ti misma. En tercer lugar, debes tener a Philip al alcance de tu vista; la familiaridad doméstica lo hará quererte más que nunca. Mantenlo alejado de las compañías que conoce en la sala de billar y el salón de fumar. Sé que tienes una cama extra, y tu pobre padre no está en condiciones de ejercer su autoridad. Haz a Philip un miembro más de la familia.

Este último consejo me asustó. Le mencioné el Decoro. La señora Tenbruggen se rió del Decoro.

—Permítele a Selina ser útil —sugirió—. Mientras ella esté en la casa, el Decoro reina. ¿Por qué condenar al pobre y desvalido Philip a alojarse en un hotel de segunda? Ya tendrás tiempo de enviarlo de vuelta al colchón de plumas y las pulgas la noche antes de casarte. Además, yo entraré y saldré constantemente, porque me he propuesto curar a tu padre. La lengua del escándalo calla en mi temible presencia: una atmósfera de virtud rodea a Mamá Tenbruggen. Piénsalo.

CAPÍTULO LV

Resumen del diario de Helena

Lo pensé. Philip vino a vivir a nuestra casa.

Permítaseme añadir de inmediato que se tomó debida nota de la protesta del Decoro el día antes de la llegada de mi prometido. De pie en el umbral —no hubo manera de convencerla de que se sentara, o incluso de que entrara en la habitación— la señorita Jigall dio su opinión sobre la próxima estancia de Philip. La señora Tenbruggen la registró en su libreta de notas, como si fuera la corresponsal de un periódico en una reunión pública. Hela aquí, copiada de sus apuntes:

«Señorita Helena Gracedieu, mi primer impulso en las impúdicas circunstancias actuales fue el de abandonar esta casa y ganarme un mendrugo en la pocilga más inmunda que pudiera hallar en el pueblo. Pero mi corazón agradecido recuerda al señor Gracedieu. Mi pobre y afligido primo fue bueno conmigo cuando me encontraba desvalida. No puedo abandonarlo cuando es él quien se haya desvalido. Sea cual fuere el sacrificio al respeto que a mí misma me debo, permaneceré bajo este techo, que me es tan querido a causa del Ministro. Me doy cuenta, señorita, de que sonrío. Veo a Elizabeth, a quien en un tiempo quise y que tan amargamente me ha defraudado...», se calló y se llevó el pañuelo a los ojos antes de proseguir: «... que tan amargamente me ha defraudado, tomando notas de lo que digo con intenciones sarcásticas. No me avergüenzo de lo que digo. La virtud que no es capaz de hacer ciertas concesiones cuando el motivo es bueno, es una virtud muy endeble. Permaneceré en la casa, presenciaré horrores y me alzaré sobre ellos. Buenos días, señorita Gracedieu. Buenos días, Elizabeth.»

Nos dedicó una soberbia reverencia y (según la experiencia que la señora Tenbruggen tiene de las tablas) hizo mutis de manera aceptable.

Ha transcurrido una semana sin que haya abierto mi Diario.

Mis días se han deslizado en una deliciosa corriente de felicidad. Philip ha sido encantadoramente atento. En su ardiente cortejo, que supera con mucho cualquier atención similar que haya podido prestarle en un tiempo a Eunice, ha desplegado tal variedad y firmeza en su adoración que me resulta imposible describirla. Mi disfrute de esta nueva vida es para sentirlo, no para ser considerado fríamente y reducido a un imperfecto registro escrito.

Por primera vez me siento capaz, si me animaran las circunstancias, de realizar actos de exaltada virtud. Por ejemplo, podría salvar a mi país, si mi país lo mereciera. Podría ser una mártir de la religión, si creyera en alguna religión. En resumen, me siento muy satisfecha de mí misma. Las pequeñas frustraciones de la vida pasan sobre mí sin lastimarme. Ni siquiera lamento el fracaso de los esfuerzos de la buena señora Tenbruggen por encontrarle a Philip un empleo digno de sus capacidades y conocimientos. El miembro del Parlamento al cual se dirigió ha elegido a un secretario con influencias políticas. Esa es la excusa que le dio en su carta a la señora Tenbruggen. ¡Malvado y corrupto! Si mereciera un segundo de mis pensamientos, lo compadecería. Se ha perdido los servicios de Philip.

Han pasado tres días. Comienza a cambiar el aspecto de mi cielo en la tierra.

Quizás el autor de esa maravillosa novela francesa, *L'Ame Damnée*, tiene razón cuando dice que la felicidad humana no es más que desventura disfrazada. No sería justo decir que soy infeliz. Pero puede que esté en vías de serlo; estoy preocupada.

Hoy descubrí una mirada de inquietud en los ojos de Philip, en un momento en que no sabía que yo lo observaba. Cuando le pregunté si algo lo había molestado, se echó a reír. ¿Era una risa natural? Me rodeó con su brazo y me besó. ¿Lo hizo mecánicamente? No hay duda de que tampoco yo estoy del mejor humor. Creo que tenía un leve dolor de cabeza. Melancólico, probablemente. No seguiré pensando en el asunto.

Esta mañana se me ocurrió que quizás le disguste quedarse a solas mientras me dedico a los quehaceres domésticos. Si ese es el caso, aunque la odio intensamente, aunque me repugna la idea de ponerla al frente de mi reino doméstico, le pediré a la señorita Jigall que me reemplace en mis funciones de ama de casa.

Hoy me demoré en la zona de la cocina más de lo acostumbrado. Cuando terminé con mis tareas, no encontré a Philip por ningún lado. María, que miraba por la ventana de uno de los cuartos en vez de hacer su trabajo, había visto al señor Dunboyne salir de casa. Era posible que le hubiera dejado un mensaje para mí a la señorita Jigall. Pregunté si estaba en su habitación. No; ella también había salido. El día era hermoso, y sin duda Philip había salido a dar una vuelta; pero bien podía haber esperado a que yo me reuniera con él. Había que hacer algunas compras en la carnicería y la verdulería. Salí también, confiando en librarme del descontento causado por las ideas que me sugería lo sucedido. ¡Al regresar por High Street — incluso ahora me resulta difícil creerlo — vi a la señorita Jigall, sin posibilidad de equivocación, salir de una casa de empeños!

Dobló la esquina y no me vio. No tenía conciencia de que yo la había descubierto,

y nada le he dicho. Pero noté algo inusual en la manera en que colgaba la cadena de su reloj, y le pregunté la hora. Dijo: «Tienes tu propio reloj». Le dije que mi reloj se había parado. «El mío también», dijo. Ya no tengo dudas; ha empeñado su reloj. ¿Para qué? Aquí en casa no hace ningún gasto, y desde que la conozco no se cose un vestido nuevo. ¿Para qué quiere dinero?

Cuando llegué a casa, Philip no había regresado. ¿Otro misterioso viaje a Londres? No. Volvió después de una ausencia de más de dos horas.

Naturalmente, le pregunté a qué había salido. Había hecho una larga caminata. ¿En bien de su salud? No: para poder pensar. ¿Para pensar en qué? Bien, quizás me sorprendería, pero su vida de ocio empezaba a pesarle, quería ocuparse en algo. ¿Había pensado en algún empleo? Aún no. ¿En qué dirección había caminado? En cualquiera: no había notado adónde lo llevaban sus pasos. Todas sus respuestas fueron hechas en un tono que me ofendió. Además, había observado que no tenía polvo en las botas (después de una semana sin lluvias), y que su caminata de dos horas no parecía haberlo acalorado o cansado. En cuanto pude consulté con la señora Tenbruggen.

Ella había previsto que le pediría su opinión, siendo, como era, una mujer de mundo.

No describiré en detalle lo que me dijo. Una parte me resultó humillante; otra me asustó. En resumen, su opinión era la siguiente. A falta de experiencia, un cierto ardor del temperamento resulta esencial para lograr éxito en el arte de fascinar a un hombre. O bien mi temperamento dejaba que desear, o bien lo opacaba mi intelecto. Era natural que yo me considerara tan susceptible a la tierna pasión como la más emotiva de las mujeres. ¡Un engaño, Helena, un amable engaño! ¿Me había yo percatado, o me había dicho alguna amiga, que mis bellas manos eran frías? Mis ojos eran hermosos y expresaban vivacidad, inteligencia, todos los encantos femeninos, excepto el único encanto invitador que resulta favorecedor a los ojos de un hombre. A partir de ahí entró en particularidades que no niego que demostraban un verdadero interés en ayudarme. Me mostré desagradecida, huraña, terca. A partir de esa conversación con la señora Tenbruggen, mi nueva amistad comenzó a dar señales de haberse enfriado.

Pero hice todo lo posible por seguir sus instrucciones... y fracasé.

Quizás es cierto que mi intelecto opaca mi temperamento. O quizás es aún más cierto que el fuego de mi corazón, cuando lo enciende el amor, arde con una llama baja. Creo que sorprendí a Philip en lugar de fascinarlo. Respondió a mis avances, pero sentí que no lo hacía con sinceridad, espontáneamente. ¿Tenía yo algún derecho a quejarme? ¿Actuaba con sinceridad? ¿Era espontánea? Nos enamorábamos con fingimientos. ¡Ah, qué tonta fui al pedirle consejo a la señora Tenbruggen!

De repente me ha asaltado una duda humillante. ¿Se inclina su corazón hacia

Eunice de nuevo? ¿Después de una carta como la que ella le escribió? ¡Imposible!

Desde ayer han sucedido tres acontecimientos que, aun si son triviales, los considero indicios de que algo anda mal.

Primero, la señorita Jigall, quien en otra época ansiaba tomar mi lugar, se ha negado a reemplazarme en las tareas domésticas. Segundo, Philip volvió a ausentarse en otra larga caminata. Tercero, cuando regresó, deprimido y huraño, vi a la señorita Jigall mirarlo con interés y compasión visibles en su flaco rostro. ¿Qué significa todo esto?

Empiezo a dudar de todos. Nadie, incluido Philip, se preocupa por mí, pero al menos puedo asustarlos. Ayer por la tarde caí al suelo tan repentinamente como si me hubiera alcanzado una bala: un ataque. El médico declaró con toda honestidad que no sabía de qué se trataba. Le hubiera quedado eternamente agradecida si no me hubiera vuelto a la vida.

La realidad es que soy más sagaz que el doctor. Sé muy bien qué me produjo el ataque. La causa fue la rabia: una rabia feroz, abrumadora, mortal. Ahora dispongo de la suficiente sangre fría como para recordar el incidente con tanta tranquilidad como si le hubiera ocurrido a otra persona. Supongamos que esa otra joven le había permitido a su amado que supiera cuánto lo amaba de una forma que nunca antes le había permitido. Supongamos que un instante después de haber abandonado el cuarto, volvió a abrir la puerta, deseosa, pobre infeliz, de decirle una vez más, por quincuagésima vez: «¡Ángel mío, te amo!» Supongamos que encontró a su ángel de espaldas a ella, de modo que su rostro se reflejaba en el espejo. Y supongamos que descubrió en ese rostro, tan sonriente y dulce cuando la cabeza de su amado descansaba sobre su pecho, hacía sólo unos momentos, la más espantosa expresión de repulsión que pueden revelar rasgos humanos. No cabía duda; le había hecho mi pobre ofrenda de amor a un hombre que me odiaba en secreto. Me sorprende que yo haya podido sobrevivir a ese sentimiento de humillación. ¡Pues bien!, vivo, y al fin conozco su verdadero ser. ¿Soy acaso una mujer que se somete cuando es ultrajada? ¿Qué sucederá ahora? ¿Quién lo sabe? Estoy de buen humor. Lo que acabo de escribir me ha hecho reírme de mí misma. Helena Gracedieu tiene al menos un mérito: es una persona muy divertida.

Anoche dormí.

Esta mañana me siento de nuevo fuerte, calmada, perversamente capaz de engañar al señor Philip Dunboyne como él me ha engañado a mí. No tiene ni la más ligera sospecha de que lo he descubierto. Desearía que tuviera valor suficiente para matar. ¡Cómo disfrutaría al alquilar la ventana más cercana a la horca para ver cómo lo colgaban!

La señorita Jigall está más animada que nunca. Se va a tomar unas cortas vacaciones, y la astuta criatura hace de ello un misterio.

—Adiós, señorita Helena. Voy a visitar a una amiga uno o dos días.

¿A qué amiga? ¿A quién le importa?

Anoche me desvelé. En la oscuridad me asaltó una idea atrevida. Hoy puse en práctica la idea. Ella trajo aparejado un resultado que es digno de quedar registrado en mi Diario.

Salí de mi habitación a la hora acostumbrada para atender los quehaceres domésticos. La obstinada cocinera me hizo un favor; se mostró insolente; quería salirse con la suya. La dejé salirse con la suya. En menos de cinco minutos estaba yo de guardia junto a la despensa, desde donde se ve la puerta de la casa. Mi sombrero y mi parasol aguardaban sobre la mesa, para el caso de que yo también saliera.

Pocos minutos después, oí que se abría la puerta. El señor Philip Dunboyne salió de la casa. Iba a dar otra de sus largas caminatas.

Lo seguí hasta la calle donde está el punto de coches de alquiler. Tomó el primero de la fila, un calesín abierto; mientras eso ocurría, permanecí oculta en el umbral de una tienda.

En el momento en que dio inicio a su paseo, alquilé un coche cerrado.

—Doblo su tarifa —le dije al cochero—, sea la que sea, si sigue con habilidad ese coche y hace lo que le digo.

Asintió y me hizo un guiño. Era un viejo de apariencia malvada; exactamente lo que necesitaba.

Seguimos al calesín.

CAPÍTULO LVI

Resumen del diario de Helena

Una vez que dejamos atrás el pueblo, el cochero empezó a conducir más lentamente. En mi ignorancia, le pregunté qué significaba ese cambio de paso. Señaló con su látigo el camino despejado y el calesín a lo lejos.

—Si nos pegamos demasiado al caballero, señorita, lo único que tiene que hacer es mirar atrás para ver que lo estamos siguiendo. Lo más seguro es dejar que el calesín se adelante un poquito. Aquí no hay manera de que lo perdamos de vista.

Me había sentido inclinada a confiar en la experiencia del cochero, y él ya justificaba mi confianza. Ello me animó a consultar su opinión sobre un asunto de cierta importancia para mis planes. Entendía la necesidad de evitar que nos descubrieran una vez que hubiéramos seguido al calesín hasta su destino; pero no tenía la menor idea de cómo lograrlo. El viejo marrullero me dio su consejo en cuanto se lo pedí.

—Cuando el calesín se detenga, señorita, tenemos que seguir de largo como si fuéramos a otro sitio. Yo me fijaré en el lugar cuando pasemos; y usted hará bien en recostarse en la esquina del coche para que el caballero no la vea.

—Muy bien —dije—, ¿y después qué?

—Después, señorita, pararé, sea donde sea, en un lugar donde no nos pueda ver el cochero del calesín. Es una excelente persona, no lo niego; pero hace años que lo conozco, y es mejor no confiar en él. Yo le diré dónde se bajó el caballero; y usted regresará a ese sitio (a pie, por supuesto) y verá usted misma qué hacer, sobre todo si hay una dama de por medio. No se ofenda, señorita; por experiencia sé que por lo general hay una dama de por medio. De cualquier forma podrá juzgar por sí misma, y sabrá dónde encontrarme cuando me necesite de nuevo.

—¿Y si pasa algo —pregunté— que no nos esperamos?

—Suceda lo que suceda, señorita, no perderé la cabeza.

—Muy bien, cochero; pero lo único que tengo es su palabra.

En medio del irritable estado de mi mente, la suficiencia que manifestaba el hombre me molestaba.

—Con perdón, señorita, tiene (aunque quien lo diga sea yo mismo) lo que se llama una garantía. Cuando era joven conduje un coche en Londres durante diez años. ¿Le basta?

—Supongo que lo que quiere decir —respondí—, es que aprendió trapacerías con las malas mañas de la ciudad.

Lo tomó como un cumplido.

—Gracias, señorita. Así es.

Tras un largo recorrido, o al menos eso le pareció a mi impaciencia, pasamos junto al calesín detenido ante una casa solitaria, separada del camino por un jardín. Dos o tres minutos después nos detuvimos al sobrepasar una curva y descender una elevación. El cochero conocía la casa que habíamos dejado a nuestras espaldas. Me guió hasta una verja a un lado del camino y la abrió para que yo pasara.

—En su lugar, señorita —me dijo con aire ladino—, yo tomaría el sendero de atrás, que está más apartado. Búsquelo por los sembrados. Doble a la derecha cuando llegue al granero y estará en la parte trasera de la casa —se calló y consultó su gran reloj de plata—. Las doce y media —dijo—, los Chawbacon (son los sirvientes de la granja, señorita) almuerzan ahora. Hasta el momento, todo la favorece. Si el perro está suelto, no olvide que se llama Grinder; llámelo por su nombre, acarícielo unas cuantas veces antes de darle tiempo para pensar, y la dejará tranquila. Cuando me necesite aquí estaré, esperando sus órdenes.

Miré hacia atrás al cruzar los sembrados. El cochero estaba sentado junto a la verja, fumando su pipa, y el caballo mordisqueaba la hierba de los lados del camino. ¡Dos bestias felices, sin nada que abrumara sus mentes!

Después de dejar atrás el granero no encontré ni rastro del perro. No se veía ninguna criatura viviente, ni lejos ni cerca; los sirvientes debían estar almorzando, como había previsto el cochero. Al llegar a una cerca de madera, abrí la verja y me encontré en un pequeño baldío. A mi izquierda había una gran laguna de patos. A mi derecha vi el corral de las aves y la pocilga de los cerdos. Ante mí se alzaba un seto alto e impenetrable, y a cierta distancia, detrás de él —una arboleda o un jardín, supuse, llenaba el espacio intermedio— se levantaba la parte trasera de la casa. Me encaminé al refugio del seto por temor a que alguien se acercara a una ventana y me viera. Una vez a salvo de ser descubierta podría considerar qué hacer. Imposible dudar de que ésta fuera la casa en la que vivía Eunice. Y tampoco podía dejar de concluir que Philip había intentado persuadirla de que lo recibiera en las ocasiones anteriores en las cuales me había dicho que había dado largas caminatas.

Al agacharme detrás del seto, oí voces que se acercaban por el lado opuesto. Al fin me sonreía la fortuna. Quien hablaba en ese momento era la señorita Jigall, y quien respondía era Philip.

—Me temo, querido señor Philip, que no entiende a mi dulce Eunís. ¡Es honorable, magnánima, generosa y, ah, sus sentimientos son tan delicados! No quiero alarmarlo, pero cuando sepa que ha estado usted engañando a Helena...

—¡Palabra, señorita Jigall, que es usted exasperante! No he estado engañando a Helena. ¿No le he contado cuán desalentadoras respuestas obtuve cuando fui a ver al Alcaide? ¿No le he mostrado la contestación de Eunice a mi carta? No puede ser que ya la haya olvidado.

—Pues sí, la he olvidado. ¿Por qué tendría que recordarla? ¿Acaso no sé que

pensaba usted en Eunís todo el tiempo?

—¡De nuevo se equivoca! No pensaba en Eunice todo el tiempo. Estaba herido, estaba ofendido por el modo cruel en que me había tratado. ¿Y cuál fue la consecuencia? Estaba yo tan lejos de engañar a Helena que, por el contrario, en comparación con su hermana, creció la estima en que la tenía.

—¡Ah, vamos, vamos, señor Philip!, no le creo. ¿Que Helena crezca en la estima en que alguien la tiene? Ja, ja, ja!

—Ría cuanto quiera, señorita Jigall, pero la risa no borra los hechos. Helena me amaba; Helena me era fiel. No sea dura con un pobre hombre que casi ha perdido la cabeza. Lo que uno encuentra que puede hacer un día, le resulta imposible el siguiente. Trate de entender que a veces los sentimientos de una persona pueden cambiar.

—¡Bendito sea, señor Philip, eso es exactamente lo que he entendido todo el tiempo! Conozco sus pensamientos tan bien como usted mismo. No puede usted olvidar a mi dulce Eunís.

—¡Le digo que traté de olvidarla! Palabra de honor de caballero que traté de olvidarla, para hacerle justicia a Helena. ¿Acaso es culpa mía haber fracasado? Eunice seguía en mis pensamientos, como acaba usted de decir. ¡Ah, amiga mía (porque estoy convencido de que es usted mi amiga), convénzala de que me reciba, aunque sea un minuto!

(¡Nunca hubo hombre que exhibiera mayor confusión mental! Primero, crezco en su preciosa estima y Eunice cae. Después, crece Eunice y yo caigo. ¡Idiota! ¡Maldito idiota! Hasta Selina parecía exasperada con él cuando volvió a tomar la palabra.)

—Señor Philip, es usted duro e irrazonable. He tratado de persuadirla, y he hecho llorar a mi niña. Nada que me diga usted me inducirá a volver a afligirla. Regrese, hombre indeciso, regrese a Helena.

—Demasiado tarde.

—¡Tonterías!

—Digo que es demasiado tarde. Si hubiera podido casarme con Helena al inicio de mi estancia en la casa, habría podido quizás afrontar el sacrificio. Pero ahora no la soporto; y (se lo digo en confianza) ella es la única culpable de lo sucedido.

—¿Es eso cierto?

—Muy cierto.

—Cuénteme qué hizo.

—¡Ah, no me hable de ella! Convenza a Eunice para que me reciba. Volveré una y otra, y otra, y otra vez hasta que me la traiga.

—Le ruego que no diga tonterías. Si Eunís cambia de idea, se la traeré con todo placer. Si aún se opone, considero sagrados sus sentimientos. Haga caso de mi consejo; no la presione. Dele tiempo para pensar en usted y para compadecerlo, y

puede que ese fiel corazón vuelva a ser suyo, si es usted digno de él.

—¿Digno de él? ¿Qué quiere usted decir?

—¿Está completamente seguro, mi joven amigo, de que no volverá a Helena?

—¿Volver a ella? ¡Me abriría el cuello de un tajo si me creyera capaz de hacerlo!

—¿Cómo logró ponerlo en su contra? ¿Acaso esa malvada se enfadó con usted?

—Quizás habría sido mejor para los dos que lo hubiera hecho. ¡Ah, sus groseras caricias! ¡Qué contraste con el pudor de Eunice! Si fuera rico, recompensaría al primer hombre pobre que me librara de Helena casándose con ella. No me gusta decir estas cosas de una mujer, pero si quiere saber la verdad...

—Sí, señor Philip, ¿cuál es la verdad?

—Helena me da asco.

CAPÍTULO LVII

Resumen del diario de Helena

De modo que lo han arreglado todo. Philip me echará a un lado, como a uno de sus habanos defectuosos, por esta razón incontestable: «Helena me da asco». Y persuadirá a Eunice de ocupar mi lugar y ser su esposa. ¡Sí!, si yo se lo permito.

No seguí escuchando su conversación. Con ese último insulto quemándome en la memoria, abandoné el lugar.

En mi camino de regreso al coche, el perro me salió al paso. Era, verdaderamente, una criatura majestuosa. Lo llamé por su nombre y le di unas palmadas. Me lamió la mano. Sentí deseos de hablarle. Le dije:

—Si te pidiera que hicieras pedazos al señor Philip Dunboyne, ¿lo harías?

El gran bruto, de buen carácter, levantó su pata para dármele. ¡Bien! ¡Bien! No le inspiraba asco al perro.

Pero el cochero se sobresaltó al verme llegar. Dijo algo, no sé qué, y sacó del bolsillo un pequeño termo que creo que contenía una bebida espirituosa. Tal vez creyó que me desmayaría. Qué poco me conocía. Le ordené que regresara al lugar donde había alquilado el coche, y que se ganara su dinero. Se lo ganó.

Al llegar a la casa encontré a la señora Tenbruggen caminando de un lado a otro del comedor, absorta en sus pensamientos. Se sobresaltó cuando nuestras miradas se cruzaron.

—Pareces terriblemente enferma —dijo.

Le respondí que había salido a hacer un poco de ejercicio y que me había fatigado demasiado; después cambié el tema de conversación.

—¿Parece mejorar mi padre con su tratamiento? —pregunté.

—Todo lo contrario, querida. Prometí que probaría qué podían hacer por él los Masajes, y me veo obligada a suspenderlos.

—¿Por qué?

—Lo agitan de una manera espantosa.

—¿En qué sentido?

—Habla sin ton ni son de acontecimientos de su vida. Su cerebro está en un estado que trasciende mis capacidades de examen. Señaló un gabinete en su cuarto y dijo que su vida pasada estaba allí guardada bajo llave. Le pregunté si debía abrirlo. Tembló de miedo; dijo que debía dejar salir el fantasma de su difunto cuñado. ¿Tienes alguna idea de qué quiso decir?

El gabinete estaba lleno de cartas viejas. Eso podía asegurarle, y nada más. Nunca había oído hablar de su cuñado. Sin duda, uno más de sus delirios.

—¿Alguna vez lo oíste hablar —continuó la señora Tenbruggen— de un lugar

llamado Low Lanes?

Esperó mi respuesta a esta última pregunta con un aire de ansiedad que me sorprendió. Nunca había oído hablar de Low Lanes.

—¿Tiene algún interés particular en ese lugar? —pregunté.

—Ninguno.

Se fue para atender a un paciente. Me retiré a mi cuarto y abrí mi Diario. Leí una y otra vez la fascinante historia del intento de envenenamiento y de la manera en que había terminado. Me quedé sentada pensando en esa historia tomada de la vida real hasta que me interrumpió el anuncio de la cena.

El señor Philip Dunboyne había regresado. En ausencia de la señorita Jigall, estábamos solos en la mesa. Yo había perdido el apetito. Fingí que comía y fingí también que me alegraba de ver a mi rendido enamorado. Me dirigí a él de la manera más encantadora. Me igualaba en hipocresía: se mostró galante, divertido. Si una infamia como la nuestra hubiera sido sancionada por la ley, la prisión habría sido el lugar adecuado para ambos.

La señora Tenbruggen volvió después de la cena, todavía preocupada por mi salud.

—¡Qué encendida estás! —dijo—. Déjame tomarte el pulso.

Reí y la dejé con el señor Philip Dunboyne.

Al pasar junto a la puerta de mi padre eché un vistazo al cuarto para ver si continuaba en el estado de agitación que me había descrito la señora Tenbruggen. Sí; el efecto que le había producido (cómo, sólo ella lo sabe) aún no había cedido; seguía hablando. Su acompañante me dijo que llevaba varias horas así. Cuando me acerqué a su silla, gritó:

—¿Cuál de las dos eres? ¿Eunice o Helena? —tras mi respuesta, me hizo una seña de que me acercara—. Con cada minuto me pongo más fuerte —dijo—. Mañana saldremos de viaje, para visitar el lugar donde naciste.

¿Donde nací? Nunca me había dicho dónde había nacido. ¿Habría mencionado el lugar en presencia de la señora Tenbruggen? Le pregunté al acompañante si se había quedado con ella en la habitación. Sí; había permanecido en su puesto; había oído también la alusión a un lugar de nombre extraño. ¿Había dicho algo más el señor Gracedieu sobre ese sitio? Nada más; la mente del pobre Ministro había desvariado hacia otros temas. Ahora mismo desvariaba. A veces se dirigía a su congregación; a veces se preguntaba qué le darían de comida; a veces hablaba de las flores del jardín. Y después me miró, frunció el entrecejo y dijo que le impedía pensar.

Regresé a mi cuarto, abrí mi Diario y volví a leer la historia.

¿Actuaría con lentitud el veneno que esa joven y decidida esposa se proponía usar, y no lo notarían los médicos si lo investigaban después de la muerte?

¿Sería un riesgo demasiado grande mostrarle la historia al doctor y tratar de

obtener así un poco más de información valiosa? Sería inútil. Haría una broma insípida; diría que el veneno no es buena compañía para las jóvenes.

Pero hay otra forma de averiguar lo que quiero saber. Puedo ir a visitar al médico después de que haya salido a hacer su ronda vespertina de visitas, y puedo decirle a su sirviente que esperaré el regreso de su señor. Nadie me molestaría; podría consultar la literatura médica en el consultorio y encontrar yo misma la información.

Un golpe a mi puerta me interrumpió en medio de mis planes. ¡De nuevo la señora Tenbruggen!, todavía inquieta por el tema de mi salud.

—¿De qué se trata? —dijo—. ¿De un dolor del cuerpo, querida, o de un dolor del espíritu? Estoy preocupada por ti.

—Mi querida Elizabeth, malgastas tu compasión en mí. Como ya te dije, estoy muy cansada, nada más.

Se sintió aliviada de que no me quejara de ningún mal del espíritu.

—La fatiga —comentó— se cura con el sueño. ¿Fue muy larga tu caminata?

—Sí.

—¿Hasta más allá de los límites del pueblo? Philip también dio un paseo a pie por el campo. No me dijo que se encontrara contigo.

Las personas sagaces a veces se exceden. No sé qué me lo sugirió, no puedo asegurarlo. Pero sospeché que, mientras habían permanecido a solas en el piso de abajo, la señora Tenbruggen había llevado a Philip a confesarle lo que ya le había dicho a la señorita Jigall. Sentí tanta furia que traté de tantear a mi excelente amiga, como ella había tratado de tantearme a mí: una expresión vulgar, pero a veces el lenguaje vulgar es una manera muy conveniente de expresarse. Mi primer intento de tenderle una trampa a la Masajista fracasó completamente. La señora Tenbruggen cambió de tema con la mayor sangre fría.

—¿Te interrumpí mientras escribías? —dijo señalando mi Diario.

—No; me entretenía leyendo algo que ya había escrito: una historia extraordinaria que copié de un libro.

—¿Me dejas verla?

Le pasé el Diario por encima de la mesa. Si era yo objeto de una sospecha que quería confirmar, me producía curiosidad ver si la historia del envenenamiento la ayudaba.

—Es la historia de una familia —dije—; creo que estarás de acuerdo conmigo en que es muy interesante.

Comenzó a leer. A medida que avanzaba, ni siquiera todo el control que tenía sobre sí misma pudo evitar que palidciera. Esta alteración del color (en una mujer como esa) me alarmó un poco. Cuando el odio mortal a un hombre devora a una joven, ¿son capaces otras personas de leer ese sentimiento en su rostro? Debo practicar ante el espejo y entrenar mi rostro a seguir una disciplina en la que pueda

confiar.

—¡Burdo melodrama! —declaró la señora Tenbruggen—. Mero sensacionalismo. No hay ningún análisis de los personajes. ¡Una historia inventada!

—Bien inventada, ¿no es cierto? —respondí—. No estoy de acuerdo —su voz carecía de la firmeza usual.

De repente me preguntó si mi reloj marchaba bien y afirmó que se le hacía tarde para una cita. Al despedirse me apretó con fuerza la mano, me miró con ojos desconfiados y me dijo con gran énfasis:

—Cuídate, Helena, por favor, cuídate.

Me temo que cometí una gran tontería enseñándole la historia del envenenamiento. ¿Habrá ayudado a esa vieja marrullera a adivinar mis más íntimos pensamientos?

¡Imposible!

Hoy regresó la señorita Jigall, con aspecto ominosamente saludable y malévolamente animado. Aunque intentó ocultarlo mientras me encontraba presente, pude darme cuenta de que Philip ha recobrado el lugar que ocupaba en su favor. Después de lo que él le dijera tras el seto, en la finca, seguramente se había liberado de todo temor de que me convirtiera en su esposa, y preveía con alborozo su matrimonio con Eunice. Me pasan por la mente pensamientos que no anoto en mi libro. Me limito a decir: Ya veremos.

Esta tarde decidí hacerle una visita al doctor. Cuando me abrió la puerta, el sirviente lamentó insistentemente que su amo hubiera salido a hacer su ronda de visitas. Dije que lo esperaría. El sirviente temía que la espera me resultara muy tediosa. Le recordé que siempre podía marcharme si la encontraba tediosa. Al fin el cortés anciano me dejó a solas.

Entré en el consultorio, leí los lomos de los libros de medicina ordenados a lo largo de las paredes y encontré un volumen que me interesó. Contenía una información tan curiosa que me entretuve extractándola en las primeras hojas de papel que encontré. En la parte superior tenían indicaciones impresas, lo que mostraba que el doctor solía escribir en ellas sus recetas. En la casa teníamos muchas, demasiadas de sus recetas.

Las dudas del sirviente sobre mi paciencia demostraron haber estado bien fundadas. Me cansé de esperar y me fui a casa antes del regreso del doctor.

La señora Tenbruggen no apareció hoy ni durante el día ni por la noche. Y tampoco se ha recibido una disculpa por el abandono en que nos ha tenido, aun cuando le encanta escribir notitas. ¿La habrá espantado la historia de mi Diario? Veremos lo que trae el día de mañana.

El día de hoy no ha traído nada nuevo. La señora Tenbruggen sigue alejada de

nosotros. Parecería que mi Diario tiene algo que ver con su ausencia.

Hoy no estoy de buen humor. Mis nervios —si es que los tengo, cosa que la experiencia no me ha permitido comprobar— se han visto un poco alterados por un sueño horrible. La información médica que mi sed de conocimientos absorbió en el consultorio del doctor me traicionó —se armó de los grotescos horrores de una pesadilla— y me asustó de tal manera que estuve a punto de cometer la tontería de destruir mis apuntes. Lo pensé mejor y están a salvo, guardados bajo llave.

El señor Philip Dunboyne está intentando preparar el terreno para su fuga de la casa. Habla de sus amigos de Londres, cuyo interés contribuirá a ayudarlo a encontrar el empleo que es el objeto de su ambición.

—En unos pocos días —dijo—, te pediré licencia para ausentarme.

En vez de mirarme, sus ojos se desviaron hacia la ventana; sus dedos jugueteaban inquietos con la cadena del reloj mientras hablaba. Pensé en darle una oportunidad, una última oportunidad, de darme la satisfacción que me debe. Ello es muestra de una vergonzosa debilidad de mi parte. ¿Me sobresalta mi propia decisión? ¿O es que el infeliz despierta... qué? ¿Mi compasión? No puede ser mi amor; estoy absolutamente convencida de que lo odio. Bien, no soy la primera joven que es un enigma insoluble para sí misma.

—¿Tiene algún otro motivo tu partida? —pregunté.

—¿Qué otro motivo puede tener? —contestó.

Se lo dije con palabras aún más claras:

—Dime, Philip, ¿estás comenzando a desear volver a ser un hombre libre?

Siguió mintiendo. ¿Lo hará porque me teme o porque no es lo bastante grosero como para insultarme en mi cara? Volví a intentarlo por tercera y última vez. Casi le puse las palabras en la boca.

—Me parece que últimamente no has estado de buen humor —dije—. No te has mostrado a la altura de tu gentileza y amabilidad habituales. ¿Es ésta la interpretación correcta del cambio que creo ver en ti?

Me contestó:

—Últimamente no me he sentido muy bien.

—¿Y eso es todo?

—Sí, eso es todo.

No había nada más que decir; me volví para irme de la habitación. Me siguió hasta la puerta. Tras una vacilación momentánea, hizo ademán de besarme. Me limité a mirarlo: se apartó en silencio. Dejé al nuevo Judas, de pie y a solas, mientras las sombras de la noche comenzaban a inundar la pieza.

TERCER PERÍODO (CONTINUACIÓN)

*Acontecimientos ocurridos en la familia, relatados por la
señorita Jigall*

CAPÍTULO LVIII

Peligro

Si sucede cualquier cosa de importancia, le encomiendo la tarea de ponerla por escrito y advertirme por carta. Si algo me hace creer que mi presencia resulta necesaria, acudiré de inmediato a su lado.

Esas líneas de su última amable respuesta a mis cartas me insuflaron valor, querido señor Alcaide, y aguzaron el celo que siempre ha sido uno de los puntos fuertes de mi carácter. ¡Mi pluma se abalanzará (es un decir) sobre cualquier circunstancia sospechosa que ocurra en esta casa para someterla (de nuevo es un decir) a su juicio infalible! ¡Que tiemblen los malvados! No digo sus nombres.

Retomo mi narración donde la interrumpí cuando le escribí por última vez, pero antes tengo que apuntar algo sobre el tema de mis averiguaciones respecto a los movimientos de Philip.

El anuncio de una oficina de investigaciones privadas que leí en un periódico me dio la idea. Me hice del dinero con que pagar los gastos —me sonrojo al escribirlo— mediante el expediente de empeñar mi reloj. La humillación del pobre ser que soy se vio recompensada por el éxito. La investigación profesional ha puesto en evidencia que nuestro joven ha recuperado la cordura, exactamente como yo suponía. En todas las ocasiones en que se ausentó sospechosamente de la casa, lo siguieron hasta la granja. Yo misma pasé allí uno o dos días, con la esperanza de persuadir a Eunís a ceder. Esa esperanza aún no se ha convertido en realidad. Pero el afecto de Philip, con el auxilio de mi influencia, terminará por vencer. No debo desesperar.

No sé decirle si Helena está totalmente al tanto de que ha perdido su malvada influencia sobre Philip. No parece muy probable que lo haya descubierto. Lo único de lo cual estoy segura es de que parece una arpía.

Juiciosamente, Philip ha seguido mi consejo y ha empleado una mentira piadosa. Se alejará de la pérfida que ya lo tentó una vez y puede volver a tentarlo, con el pretexto de poner en juego el interés de sus amigos de Londres para encontrar un empleo en el Gobierno. En estos últimos días no se ha sentido muy bien, lo que ha dilatado la ejecución de nuestro proyecto.

Creo que lo sorprenderán las noticias que tengo de la señora Tenbruggen.

Se ha apartado de nosotros de la manera más injustificable. Fui a verla al hotel y me dijeron que estaba ocupada con su abogado. Al día siguiente, de pronto, recuperó sus viejos hábitos y nos hizo su visita acostumbrada. Observé una alteración similar en sus sentimientos. Ahora se muestra fríamente cortés con Helena, y pregunta por Eunís con un conmovedor interés maternal. Le dije:

—Elizabeth, pareces haber cambiado de opinión sobre las dos jóvenes desde que nos vimos por última vez.

Me respondió con una encantadora franqueza que me recordó los viejos tiempos:

—¡Totalmente!

Le dije:

—Una mujer de tu calibre intelectual, querida, no cambia sus convicciones sin una buena razón para ello.

Elizabeth, cordial, se mostró de acuerdo conmigo.

Me aventuré a ser un poco más explícita:

—No hay duda de que has hecho algún descubrimiento interesante.

Elizabeth volvió a mostrarse de acuerdo, y me aventuré de nuevo:

—¿Supongo que no debo preguntarte de qué descubrimiento se trata?

—No Selina, no debes preguntarme.

Ya eso resulta curioso, pero no es nada comparado con lo que debo contarle a continuación. En el mismo momento en que yo anhelaba abrirle de nuevo mi corazón como amiga y confidente, Elizabeth ha desaparecido. Y —¡ay! ¡ay!— tuvo una razón para ello que ninguna persona compasiva puede dejar de tener en cuenta.

Acabo de recibir una noticia pavorosa en forma de un primoroso paquete dirigido a mí.

Se ha producido un escándalo en el hotel. Ese monstruo con forma humana, el esposo de Elizabeth, está al tanto de la fama profesional de su esposa, ha oído de las grandes sumas de dinero que gana por ser la más renombrada profesional de los masajes, hace tiempo que la buscaba y al fin ha dado con ella. No sólo se abrió camino a la fuerza hasta el salón que ocupa en el hotel; insiste en que vuelva a vivir a su lado; la fuerza de atracción, resulta innecesario aclarar, es el dinero de Elizabeth. Si se niega, la amenaza con la ley, la ley bárbara que, para emplear su propia expresión grosera, le «restituirá sus derechos conyugales».

Todo esto lo infiero de la narración de mi infeliz amiga, que es una de las dos cosas que contiene el paquete. Ya ha escapado. ¡Ja!, no ha nacido el hombre que pueda embaucar a Elizabeth. No se ha erigido el Tribunal inglés que pueda atraparla cuando recorre el libre y glorioso Continente.

Debo detenerme a admirar la vastedad del intelecto de esta mujer sorprendente. En medio de la espantosa catástrofe que le ha sucedido, aún dispone de tiempo para pensar en Philip y Eunís. Está ansiosa por enterarse de su matrimonio y rechaza a Helena con todo su corazón. «A mí también me engañó esa astuta joven», escribe. «Cuídate de ella, Selina. O mucho me equivoco, o acabará mal. Cuida a Philip, cuida a Eunís. Si necesitas ayuda, dirígete de inmediato al Alcaide, mi héroe preferido en la vida real.»

No me atrevo a corregir el lenguaje de Elizabeth. Yo lo habría llamado el ídolo de

las mujeres.

El otro contenido del paquete supongo que es un regalo de bodas. Está cuidadosamente sellado —no es mayor que una carta— y exhibe una inscripción que su cultivada inteligencia quizás podrá explicar. La copio a continuación:

Envíese con un mensajero de confianza en sobre dirigido al señor Duboyne padre, al Percy's Private Hotel, de Londres, el día del casamiento del señor Philip Dunboyne con la señorita Eunice Gracedieu. Hasta ese momento debe permanecer bajo la custodia de la señorita Selina Jigall.

¿Por qué hay que enviar esta carta misteriosa al padre de Philip? Me pregunto si el asunto lo dejará a usted tan perplejo como a mí.

No he querido terminar esta carta antes de poder enviarle las últimas noticias sobre el estado de salud de Philip. Lamento decirle que su enfermedad parece haberse agravado mucho desde ayer. Cuando le pregunto si siente dolor, me dice:

—No es precisamente dolor; siento que me estoy debilitando. A veces tengo mareos; y a veces siento sed y náuseas.

No tengo la posibilidad de cuidarlo como quisiera, porque Helena insiste en atenderlo, ayudada por la doncella. A su manera, María es una muchacha muy buena, pero demasiado tonta para resultar de real utilidad. Si Philip no está mejor mañana, insistiré en llamar al médico.

No está mejor; y desea tener asistencia médica. Helena no parece entender su enfermedad. No fue hasta que Philip insistió en ver al doctor que consintió en enviar a buscarlo.

Tuvo usted la oportunidad de conversar con este experimentado médico cuando estuvo aquí, y sabe cuán inteligente es. Cuando le diga que tiene dudas sobre lo que aqueja a Philip, se sentirá usted tan alarmado como yo. No llevaré esta carta al correo hasta que pueda enviar noticias más precisas.

Han pasado dos días más. El doctor me ha hecho dos preguntas muy extrañas.

Me preguntó primero si además de las personas usuales alguien más se alojaba en la casa. Le dije que no teníamos ningún visitante. A continuación quiso saber si el señor Philip Dunboyne había hecho algún enemigo durante su estancia en nuestro pueblo. Le dije que ninguno, que yo supiera, y me tomé la libertad de preguntarle qué quería decir. A esto me respondió que todavía debía hacer algunas averiguaciones, y que mañana me diría qué quería decir.

Por Dios, venga lo más rápido que pueda. Yo sola estoy cargando este fardo, y no puedo soportarlo.

Hoy recibí al doctor en el salón. Para mi sorpresa, me rogó que habláramos en el jardín. Cuando le pregunté por qué, me respondió:

—No quiero que nadie escuche detrás de la puerta. Salgamos al prado, donde podemos estar seguros de que estamos a solas.

Una vez que llegamos al jardín, notó que yo temblaba.

—Haga acopio de valor, señorita Jigall —dijo—. Con el Ministro en el estado de desvalimiento en que se encuentra, sólo con usted puedo hablar.

Me atreví a recordarle que también podía hablar con Helena.

Mostró un enojo terrible cuando mencioné su nombre. Todo lo que dijo fue:

—¡No!

¡Pero, ah, si hubiera oído su voz (tan gentil y amable en otros momentos) habría advertido, como yo, que pensaba precisamente en Helena!

—Escúcheme bien —prosiguió—. Todo lo que mi arte puede hacer por el señor Philip Dunboyne cuando me encuentro a su cabecera, es deshecho por otra persona cuando me voy. Hoy está peor que nunca.

—Ah, caballero, ¿cree que morirá?

—Sin duda morirá si no se toman, y de inmediato, las medidas adecuadas para salvarlo. Mi deber me exige que no vacile en contarle la verdad. Ayer descubrí algo que me confirma que tenía razón. Alguien está intentando envenenar al señor Dunboyne, y ese alguien lo logrará a menos que nos llevemos al enfermo de esta casa.

Soy una pobre y débil criatura. El doctor me sostuvo, porque si no habría caído sobre el césped. No fue un desmayo. Era sólo que temblaba y me estremecía tanto que no tenía fuerzas para permanecer de pie. Animada por el doctor, me recobré lo suficiente para preguntarle adónde se llevaría a Philip. Dijo:

—Al hospital. Ningún envenenador puede seguir a mi paciente hasta allí. Convénzalo de que me permita llevármelo cuando regrese en una hora.

En cuanto pude sostener una pluma le envié a usted un telegrama. Por favor, por favor, venga en el próximo tren. También le envié un telegrama al señor Dunboyne padre, a su hotel de Londres.

Me resultaba imposible enfrentarme a Helena; reconozco que estaba asustada. La cocinera me hizo el favor de subir para ver quién estaba en el cuarto de Philip. Era el turno de la doncella de quedarse a su lado por un rato. De inmediato fui junto a su lecho.

No hubo forma de persuadirlo de que se dejara conducir al hospital.

—Me muero —dijo—. Si siente usted alguna piedad por mí, mande a llamar a Eunís. Antes de morir, quiero verla una vez más, quiero oírla decir que me perdona.

Vacilé. Me resultaba demasiado terrible pensar en Eunís en la misma casa que su hermana. ¡Su vida podía correr peligro! Philip me lanzó una mirada, la espantosa mirada de un cadáver.

—Si se niega —dijo en un arrebato—, la tumba no me impedirá perseguirla durante el resto de su vida.

—Eunís sabrá que está enfermo —respondí, y salí corriendo de la habitación antes de que pudiera volver a hablar.

Escribí lo que había prometido que escribiría. Pero colocada entre el peligro que podía correr Eunís y el que corría Philip, mi corazón estaba con Eunís. ¿Le perdonaría Helena la vida si corría junto al lecho de Philip? Presa de un terror que nunca antes había sentido, añadí unas palabras para exhortarla a no abandonar la granja. Prometí mantenerla informada sobre la enfermedad de Philip, y le mencioné que esperaba que el Alcaide regresara de inmediato a nuestro lado. «No hagas nada», escribí, «sin oír su consejo.» Terminada mi carta, envié con ella a la cocinera en un calesín. Era vecina del lugar y conocía bien la granja.

Poco menos de dos horas después, oí que el calesín se detenía frente a la puerta y corrí afuera, impaciente por saber cómo había recibido la carta mi dulce niña. ¡Dios nos ayude! Cuando abrí la puerta, la primera persona a quien vi fue a la propia Eunís.

CAPÍTULO LIX

Defensa

Después de encontrar a Eunís en la puerta, se sucedieron las sorpresas.

Una vez que mi cariño se encargó de disculparla por no atender el bienintencionado consejo expresado en mi carta, esperé verla presa del llanto, y preocupada, angustiosamente preocupada por oír qué esperanzas había de que Philip se recuperara. No vi lágrimas, no escuché preguntas. Estaba pálida, tranquila, silenciosa. No me dijo ni una palabra cuando nos encontramos, ni cuando me dio un beso, ni cuando abrió la marcha hacia la habitación más cercana: el comedor. Sólo habló cuando estuvimos a solas y con la llave echada a la cerradura.

—¿Cuál es el cuarto de Philip? —preguntó.

¡No quería saber cómo estaba, sino dónde estaba! Señalé hacia la habitación contigua al comedor, que había sido convertida en cuarto para Philip. La había escogido él mismo al llegar a nuestra casa, porque la ventana daba al jardín, de modo que podía salir a fumar a cualquier hora del día o de la noche, cuando sentía deseos.

—¿Quién está con él en este momento? —fue la siguiente extraña pregunta que me hizo esa joven, tan lamentablemente cambiada.

—Es María quien está de guardia —respondí—; está ayudando a cuidar a Philip.

—¿Dónde está...? —Eunís no continuó. Su respiración se aceleró, desapareció el color de sus mejillas. He visto personas con el mismo aspecto que el de ella en ese momento, cuando las aquejaba un dolor súbito. Antes de que pudiera yo ofrecerle mi ayuda, hizo acopio de fuerzas y prosiguió:

—¿Dónde —volvió a empezar—, está la otra enfermera?

—¿Te refieres a Helena? —dije.

—Me refiero a la Envenenadora.

Cuando le recuerde, querido señor Alcaide, que en mi carta había tomado todos los cuidados para ocultarle el horrible descubrimiento del doctor, su imaginación podrá hacerse una imagen de lo que cruzó por mi mente. Eunís se percató de que me sentía abrumada. Su dulce natural, tan extrañamente glacial hasta ese momento, al fin se deshizo.

—No sabes lo que he oído —dijo—, no sabes qué pensamientos me han asaltado —se puso de pie, se sentó sobre mis rodillas con la familiaridad de otros tiempos, y sacó de su bolsillo la carta que le había escrito.

—Mírala tú misma —dijo— y dime si alguien podría leerla sin darse cuenta de que ocultabas algo. Querida, pasé por casa del doctor antes de venir aquí, lo vi y lo persuadí, o quizás debería decir que la sorpresa de mi visita lo obligó a contarme la verdad. Pero ese anciano bondadoso es obstinado. No quiso creerme cuando le dije

que venía hacia aquí para salvar la vida de Philip. Me dijo: «Hija mía, lo único que conseguirás es poner en riesgo tu propia vida. De no haber considerado ese peligro, nunca te habría contado el espantoso estado de cosas reinante en tu hogar. Regresa junto a los buenos granjeros y déjame a mí la tarea de salvar a Philip».

—Tenía razón, Eunís, tenía toda la razón.

—No querida, se equivocaba. Le rogué que viniera y juzgara por sí mismo; y te pido a ti que hagas lo mismo.

Me mostré obstinada.

—¡Vete! —insistí—. ¡Regresa a la granja!

—¿Puedo ver a Philip? —preguntó.

He oído a algunos hombres insolentes afirmar que las mujeres son como los gatos. Me temo que si lo que quieren decir con eso es que, en sentido figurado, a veces arañamos, quizás no estén totalmente equivocados. Un impulso irresistible me hizo decirle a la pobre Eunís:

—Mucho has cambiado: antes te negabas a recibir a Philip.

—¿Acaso no han cambiado las circunstancias? —me preguntó triste—. ¿Acaso no está enfermo y no corre peligro?

Le rogué que me perdonara; le dije que mis intenciones eran buenas.

—Renuncié a él en aras de mi hermana —continuó—, cuando creí que su felicidad no dependía de mí, sino de ella. Lo vuelvo a reclamar ahora que está a merced de un demonio que amenaza su vida. Ven, Selina, vayamos junto a Philip.

Me rodeó con su brazo y me hizo ponerme de pie. Tanto me había convencido, que el temor de la reacción que podían provocar los celos y la ira de Helena se apartó casi por completo de mis pensamientos. La puerta de comunicación tenía el cerrojo puesto por el lado del cuarto. Me dirigí al pasillo para entrar en la habitación de Philip por la otra puerta. Eunís me siguió, y aguardó a mis espaldas. Oí la conversación que sostuvo con María cuando ésta salió a su encuentro.

—¿Dónde está la señorita Gracedieu?

—Descansando en el piso de arriba, señorita, en su cuarto.

—Mira el reloj y dime cuándo te dijo que volvería a bajar.

—Debo llamarla dentro de diez minutos, señorita.

—Espera en el comedor, María, hasta que te llame.

Se reunió conmigo. Mantuve abierta la puerta para que entrara en el cuarto de Philip. No fue curiosidad, sino un sentimiento de simpatía lo que me hizo esperar un momento para ser testigo de ese primer encuentro. Eunís se inclinó sobre ese pobre hombre pálido, tembloroso, sufriente, lo abrazó para incorporarlo y apoyó su cabeza en su pecho.

—¡Philip mío! —murmuró esas palabras mientras lo besaba.

Cerré la puerta. Lloré mucho; ¡y cuánto me consoló hacerlo!

Cuando salió de la habitación sólo restaba un minuto del plazo. María esperaba. Eunís dijo, con la misma tranquilidad que hasta allí había mostrado:

—Ve y llama a la señorita Gracedieu.

La doncella la miró y vio... no sé qué. María se alarmó. Pero subió la escalera y regresó a toda prisa para informarnos de que su joven ama ya bajaba.

En medio del silencio llegó a nuestros oídos el frufrú del vestido de Helena cuando ésta abandonó su cuarto. Permanecí junto a la puerta abierta del comedor, y María se me acercó y se quedó a mi lado. Ambas estábamos asustadas. Eunís dio un paso al frente y se paró en la alfombra, al pie de la escalera, aguardando. Me daba la espalda; sólo vi que estaba tan inmóvil como una estatua. El frufrú del vestido se hizo más cercano. ¡Ah, cielos!, ¿qué sucedería? Los dientes me castañeteaban; agarré del hombro a María. En la frente de la doncella aparecieron gotas de transpiración; tenía la vista clavada con terror estólido en la esbelta y menuda figura, erguida firme e inmóvil sobre la alfombra.

Helena dio vuelta al ángulo de la escalera, se detuvo un instante en el último descansillo y vio a su hermana.

—¿Tú aquí? —dijo—. ¿Qué quieres?

No hubo respuesta. Helena descendió hasta el penúltimo escalón. Allí se detuvo. Abrió, enormes y trastornados, los ojos, que no se apartaban de su hermana; su mano tembló cuando tanteó en busca del pasamanos; trastabilló cuando se aferró a él, pero logró sostenerse. Aún no se había roto el silencio. Algo, más fuerte que yo misma, guió mis pasos a lo largo del pasillo, cada vez más cerca de la escalera, hasta que pude ver el rostro que había aterrorizado a la malvada asesina.

Miré.

¡No!, no era mi dulce niña; era un horrible remedo de ella. Vi a una criatura temible, de ojos relumbrantes que amenazaban con una venganza inimaginable. Por entre sus labios abiertos se le veían los dientes apretados. Un rubor de fuego le teñía el rostro. Sus cabellos comenzaron a erizarse, poco a poco, lentamente. Y, lo más espantoso, parecía, en medio de la inmovilidad reinante, escuchar algo. De haber podido moverme habría huido hacia el primer refugio que hubiera podido encontrar. De haber podido alzar la voz, habría gritado pidiendo ayuda. No pude hacer ninguna de las dos cosas. Sólo pude mirar, mirar, mirar, atrapada con mano de hierro por el horror de la escena.

Helena debe haber hecho acopio de valor para resistir el terror. Oí su voz:

—¡Déjame pasar!

—No.

Lenta, categóricamente, en un susurro, Eunís le dio esa respuesta.

Helena volvió a intentarlo, todavía luchando contra el terror que sentía; lo supe por el temblor de su voz.

—Déjame pasar —repitió—; voy al cuarto de Philip.

—No volverás a entrar en el cuarto de Philip.

—¿Quién me lo impedirá?

—Yo.

Hasta ahí había empleado una suerte de susurro al hablar, pero en ese momento se movió. La vi poner un pie en el primer escalón. Vi el horrible brillo de sus ojos centellear cerca del rostro de Helena. La oí decir:

—Envenenadora, regresa a tu cuarto.

Temblorosa, en silencio, Helena se apartó de ella, intimidada por sus ojos brillantes, dominada por su mano que se alzaba apuntando a la escalera.

Helena subió lentamente hasta llegar al descansillo. Se volvió para mirar hacia abajo; trató de hablar. La mano con el índice extendido la dejó muda y la obligó a subir otro tramo de escalera. Dejamos de verla. Sólo oíamos el leve frufrú del vestido, cada vez más lejano; después un momento de absoluto silencio; el sonido de una puerta que se abría y se cerraba; y ningún otro sonido, sino un cambio visible: la criatura transformada estaba arrodillada, inmóvil y en silencio, con el rostro cubierto por las manos. Sentí temor de aproximarme a ella; sentí temor de hablarle. Pasado un tiempo, se puso en pie. De repente, velozmente, ocultándome el rostro, abrió la puerta del cuarto de Philip y desapareció.

Miré a mi alrededor. En el pasillo vacío solo quedaba María. ¿Debo intentar describirle mis sensaciones del momento? Puede parecer extraño, pero es cierto: me sentía como quien dormido, sueña, y sólo a medias despierta de su sueño.

CAPÍTULO LX

Respuestas

Un poco más tarde ese mismo día pleno de acontecimientos, cuando más necesitaba de la guía de su sabiduría y su bondad, llegó el telegrama en el cual anunciaba que sufría usted un ataque de gota. En cuanto me recuperé un tanto de mi decepción, recordé que le había dicho a Eunís en mi carta que esperaba que su bondadoso y viejo amigo se reuniera con nosotras. Con el telegrama en la mano, llamé suavemente a la puerta del cuarto de Philip.

La voz que me dijo que entrara era la voz gentil que yo tan bien conocía. Philip dormía. A su cabecera, con una mano de él entre las suyas, estaba Eunís, tan completamente vuelta a su dulzura habitual que yo casi no podía creer lo que había visto hacía menos de una hora. Cuando le mostré su mensaje, se refirió a usted con afectuoso interés y pesar. Retorne, mi admirable amigo, a lo que escribí dos o tres páginas antes, y explíqueme, si puede, ese sorprendente contraste.

Eunís fue a ver a su padre y dejó a Philip a mi cuidado. Poco después, María me reemplazó; el doctor, que había llegado, me enviaba a llamar a la habitación contigua.

Su aspecto era de preocupación y pesar. Le dije que temía que trajera malas noticias.

—Las peores noticias posibles —respondió—. Una terrible revelación pública de los hechos amenaza a la familia, y soy impotente para evitarla.

Me pidió entonces que recordara el día en que me habían sorprendido las singulares preguntas que me había hecho, y cuando se comprometió a explicármelo todo después de realizar algunas averiguaciones. Por qué y cómo había llevado a cabo dichas averiguaciones era lo que me debía contar ahora. Repetiré lo que me dijo con sus propias palabras, hasta donde las recuerdo. Al examinar a Philip había observado síntomas que lo habían hecho sospechar que al joven se le habían suministrado repetidas dosis de Digital. Los intentos de envenenamiento con esa medicina eran tan raros que se sintió obligado a comprobar sus sospechas recorriendo las farmacias —con excepción, por supuesto, de la que preparaba sus propias recetas— para preguntar en ellas si habían despachado recientemente algún compuesto de Digital, en cantidad quizás superior a la usual. En la segunda farmacia que visitó, el farmacéutico se echó a reír.

—Cómo, doctor —dijo—, ¿ha olvidado usted su propia receta?

Inmediatamente el doctor solicitó que le mostraran la receta, cosa que hizo el farmacéutico. Estaba en uno de los formularios del doctor, una hoja que tenía en la parte superior su dirección y un aviso a los pacientes de que cuando acudieran a consultarlo por segunda vez llevaran la receta. A continuación, y escrito a mano,

aparecía lo siguiente: «Tintura de Digital, una onza», con su firma al pie, bastante bien imitada, pero no por ello menos falsa. El farmacéutico se percató del efecto que este descubrimiento le producía al doctor, y le preguntó si la firma era suya. Como hombre honesto que era, no podía admitir que una firma falsificada hubiera sido escrita por su propia mano. De modo que contestó la verdad y preguntó quién había presentado la receta. El farmacéutico le pidió a su ayudante que se les uniera.

—¿Me dijiste que conocías de vista a la dama que trajo la receta?

El ayudante admitió que así era.

—¿Me dijiste que era Helena Gracedieu?

—Sí.

—¿Estás seguro de no haber cometido ningún error?

—Totalmente seguro.

El farmacéutico dijo entonces:

—Yo mismo preparé la tintura de Digital, y la dama pagó por ella y se la llevó. Ahora ya tiene toda la información que puedo ofrecerle, caballero; y le pregunto si puede usted arrojar alguna luz sobre este asunto.

Nuestro buen amigo pensó en el pobre Ministro, tan gravemente enfermo, y en la fama de su nombre, tan sinceramente respetado en el pueblo y sus alrededores, y dijo que no podía dar una respuesta inmediata. El farmacéutico se encolerizó.

—Sabe usted tan bien como yo —dijo— que, en ciertas dosis, el Digital es un veneno, y no puede negar que creí con toda buena fe que despachaba su receta. Mientras usted vacile en darme una respuesta, mi reputación puede verse afectada; puedo resultar incluso sospechoso.

Terminó declarando que consultaría a su abogado. El doctor regresó a su casa e interrogó a su sirviente. El hombre recordaba la tarde de la visita de la señorita Helena, y la intención que le había expresado de aguardar hasta el regreso de su amo. Él mismo la había conducido al salón contiguo al consultorio. Ningún otro visitante había estado en la casa a aquella hora o en el resto del día. Los recuerdos del doctor de lo que había ocurrido ese día cuando llegara a su hogar lo hicieron concluir que Helena había estado en el consultorio. A su regreso, el doctor había ido a esa habitación para escribir algunas recetas, y se había dado cuenta de que había disminuido el número de los formularios que usaba con ese propósito. Después de lo que había oído y de lo que había averiguado (para no hablar de lo que sospechaba), se le ocurrió aún revisar los estantes de su biblioteca médica. Encontró un volumen (dedicado a los Venenos) con un pedazo de papel entre las páginas; el veneno descrito en el lugar marcado era el Digital, y el papel era uno de sus formularios.

—Si, como me temo, es probable que se investigue judicialmente la conducta de Helena —concluyó el doctor—, esa es la evidencia que me verá obligado a dar cuando me citen a testificar.

Creo firmemente que no me habría sentido más afligida si el largo brazo de la Ley se hubiera posado sobre mí mientras el doctor hablaba. Le pregunté qué debíamos hacer.

—Si abandona la casa de inmediato —contestó el doctor—, puede escapar a la deshonra de que la acusen de intento de asesinato por envenenamiento; y, en su ausencia, respondo de la vida de Philip. No la insto a que se lo advierta, porque puede resultar peligroso. Es usted, como miembro de la familia, quien tiene que decidir si correrá ese riesgo.

Traté de hablarle de Eunís, y de contarle lo que ya le he relatado a usted. No estaba de humor para prestarme atención.

—Déjelo para mejor momento —respondió— y piense en lo que acabo de decirle. Con eso, se fue de mi lado y se encaminó al cuarto de Philip.

Todo esfuerzo mental quedaba más allá de mis posibilidades. ¿Se imagina a una pobre mujer soltera de mediana edad tan asustada que hace algo peligroso? Puede parecer un sinsentido. Pero si me pregunta por qué escribí en un pedazo de papel la advertencia que me daba miedo comunicar de palabra; por qué subí las escaleras con piernas temblorosas y abrí la puerta del cuarto de Helena sólo lo suficiente para que cupiera mi mano; por qué lancé hacia adentro el papel, cerré de un portazo y bajé las escaleras corriendo como no había corrido desde que era una niña, sólo puedo decirle, a manera de explicación, lo que ya le he dicho: estaba tan asustada que lo hice.

Con el correo de la noche le enviaré lo que he escrito.

El doctor volvió a buscarme después de examinar a Philip y hablar con Eunís. Estaba muy enojado; y debo reconocer que no le faltaba razón. Philip se había negado en redondo a que lo trasladaran al hospital; ¡y Eunís, «una simple muchachita», había afirmado que asumía la responsabilidad de lo que sucediera! El doctor me advirtió de que se retiraría del caso, y que declarararía ante los magistrados. A mis ruegos, consintió en regresar por la noche, y en juzgar sobre la base de los resultados antes de dar el terrible paso con que amenazaba. Mientras yo permanecía en la casa de guardia y mantenía echado el cerrojo de las puertas de ambas habitaciones, Eunís salió a buscar la medicina de Philip. Regresó seguida de un muchacho que cargaba una cocina portátil.

—Podemos preparar todo lo que Philip necesite —explicó—, y todo lo que necesitemos nosotras. Dame un pedazo de papel para escribir.

Tras desenganchar el lapicito que colgaba de la cadena de su reloj, hizo una pausa y miró hacia la puerta.

—Alguien escucha detrás de la puerta —susurró—. Que escuche —escribió una lista de artículos de comer y beber que resultaban necesarios y me pidió que fuera a buscarlos yo misma—. No desconfío de las sirvientas —dijo, en voz lo bastante alta

para que la oyeran desde afuera—; pero temo lo que pueden la astucia y la desesperación de una Envenenadora en la cocina.

Fui a realizar mi encargo y no descubrí afuera, casi resulta innecesario aclarar, a nadie que escuchara detrás de la puerta. A mi regreso encontré que la puerta que comunica con el cuarto de Philip estaba cerrada, pero ya no tenía echado el cerrojo.

—Ahora podemos atenderlo por turnos —dijo—, sin abrir ninguna de las dos puertas que conducen al pasillo. Por la noche podemos relevarnos una a la otra, y dormir, mientras no veamos, en la butaca grande del comedor. Philip debe estar seguro a nuestro cuidado, o el doctor insistirá en llevarlo al hospital. Cuando requiramos la ayuda de María, de tiempo en tiempo, podemos emplearla, siempre bajo nuestra vigilancia. ¿Se te ocurre algo más, Selina?

Nada quedaba por sugerir. Joven e inexperta como era, ¿cómo (le pregunté) se las había ingeniado para pensar en todo? Su respuesta fue sencilla:

—Te aseguro que no lo sé: me vinieron las ideas a la mente mientras contemplaba a Philip.

Poco después encontré la oportunidad de averiguar si Helena había abandonado la casa. Acababa de hacer sonar su campanilla, y María se la había encontrado leyendo tranquilamente en su habitación. Horas después, mientras velaba por la noche, oí que alguien intentaba abrir suavemente desde afuera la puerta del cuarto de Philip. Aun en las actuales circunstancias no había abandonado su terrible propósito.

El doctor nos visitó por la noche, como había prometido, y encontró una mejoría en el estado de Philip. Le conté las precauciones que habíamos tomado, y que se le habían ocurrido a Eunís.

—¿Va a abandonar el caso? —le pregunté.

—Regresaré a visitar al paciente —contestó— mañana por la mañana.

Me había sorprendido no recibir respuesta al telegrama que había enviado al señor Dunboyne padre. El correo del día siguiente trajo consigo la explicación en una carta de su padre para Philip, dirigida al hotel del pueblo. Ello demostraba que no había recibido mi telegrama, que incluía la dirección de la casa. El señor Dunboyne anunciaba en su carta que había regresado a Irlanda, ya que le resultaba insoportable el aire de Londres después de las brisas de su hogar. Si Philip ya se había casado, su padre lo sancionaba a una vida de pobreza decorosa junto a Helena Gracedieu. Si lo había pensado mejor, lo esperaba a su lado con los brazos abiertos.

¡No imaginaba el señor Dunboyne los cambios que habían tenido lugar desde su último encuentro con su hijo, y las esperanzas que aún podían surgir de días más felices para la pobre Eunís! Pensé en escribirle. Pero, ¿cómo recibiría ese anciano avinagrado una carta confidencial de una dama que le resultaba una extraña?

El propio Philip se encargó de disipar mis dudas. Me pidió que le escribiera unas cortas líneas de respuesta a su padre, en las que le informaba que su compromiso con

Helena había terminado, que no abandonaba las esperanzas de que se le permitiera ofrecerle a Eunís la sincera expresión de su arrepentimiento, y que correría a sus brazos en cuanto su salud le permitiera emprender el viaje a Irlanda. Una vez que firmó la carta me sentí tan complacida que le hice un comentario ingenioso. Dije:

—Éste es un tratado de paz entre el padre y el hijo.

Cuando el doctor llegó por la mañana y pudo confirmar la mejoría de su paciente, al fin nos hizo justicia. Se dirigió a Eunís amablemente, incluso agradecido. No se le escaparon más alusiones al hospital como un lugar seguro. Con discreción me pidió noticias de Helena. Sólo pude informarle que había salido a su hora acostumbrada, y que había regresado a su hora acostumbrada. No intentó ocultar que mi respuesta lo intranquilizaba.

—¿Teme aún que logre envenenar a Philip? —le pregunté.

—Temo su astucia —dijo—. Si la acusan de tratar de envenenar al señor Dunboyne hijo, tendrá a mano una defensa para la que no estamos preparados, créame. Opino que ésa es la verdadera razón de su extraordinaria insensibilidad al peligro que corre.

Pasaron otros dos días y seguimos seguros bajo la protección del cerrojo y la llave.

En la noche del segundo día (que era lunes) María vino a verme muy atribulada. Cuando le pregunté qué sucedía, su respuesta fue intranquilizadora:

—La señorita Helena me tienta. Se siente tan desgraciada porque le impiden ver al señor Philip y ayudar a atenderlo, que aflige mucho verla. Y al mismo tiempo, señorita, es duro para una pobre sirvienta. Me pide que saque la llave de la puerta en secreto y que se la preste por la noche durante unos pocos minutos. Me temo que si sigue insistiendo mucho más tiempo, terminaré por hacerlo.

Le alabé a María sus escrúpulos, que demostraban que era una excelente muchacha, y le prometí librarla de todo temor a futuras tentaciones. Ello no suponía mayor dificultad. Eunís se guardó en el bolsillo la llave de la puerta del cuarto de Philip, y yo en el mío la de la puerta del comedor.

CAPÍTULO LXI

Atrociadad

Al día siguiente, martes, tuvo lugar un incidente que nos llenó de desconfianza a Eunís y a mí. A primera hora de la tarde llegó a la casa un joven con una nota para Helena. Solicitaba que se la entregaran de inmediato, y no requería respuesta.

María acababa de cerrar la puerta y se encaminaba al piso de arriba con la carta cuando otra llamada a la puerta le hizo volver sobre sus pasos. El que llegaba ahora era el doctor. Se dirigió a María en el pasillo:

—Me parece ver una nota en sus manos. ¿Se la dio el joven que acaba de abandonar la casa?

—Sí, señor.

—Si es tu novio, querida, no tengo nada más que decir.

—¡Qué dice doctor! Nunca había visto a ese joven en mi vida.

—En ese caso, María, te pido que me dejes ver la dirección. ¡Ajá! ¡Lo imaginaba!

En cuanto oí sus palabras abrí de un tirón la puerta del comedor. No es fácil satisfacer la curiosidad. Cuando una oye, quiere ver; cuando ve, quiere saber. Todas las damas estarán de acuerdo con esta observación.

—Le ruego que entre —dije.

—Un minuto, señorita Jigall. Hija mía, cuando le entregues esa nota a la señorita Helena, échale una ojeada disimulada cuando la abra y ven a decirme lo que viste — se reunió conmigo en el comedor y cerró la puerta—. El otro día —continuó—, cuando le dije lo que había descubierto en la farmacia, creo que mencioné a un joven a quien el farmacéutico llamó para que confirmara la identidad de la clienta: un asistente que conocía de vista a la señorita Helena Gracedieu.

—¡Sí, sí!

—Ese joven dejó la nota que María acaba de subir.

—¿Quién la escribió, doctor, y qué dice?

—Preguntas naturales, señorita Jigall, y de muy difícil respuesta. ¿Dónde está Eunice? Su ingenio quizás nos ayude.

Eunís había salido a comprar frutas y flores para Philip.

El doctor aceptó con resignación este contratiempo.

—Veamos qué podemos hacer sin ella —dijo—. El patrón de ese joven ha consultado a su abogado (quizás recuerde por qué), y quizás a Helena la amenace una investigación ante los magistrados. Si esta especulación mía resulta correcta, la envenenadora del piso de arriba acaba de recibir un aviso.

Le pregunté si el farmacéutico habría escrito la nota. Tonto de mi parte, cuando lo pensé mejor. Era muy improbable que el farmacéutico se mostrara amistoso con

Helena, siendo ella responsable de la situación incómoda en la cual se encontraba. Quizás el joven que acababa de dejar el aviso fuera también su autor. El doctor me recordó que Helena le resultaba casi desconocida.

—Generalmente no nos interesamos —apuntó— en una persona a la que sólo conocemos de vista.

—Recuerde que se trata de un joven —me atreví a decir. Ésta era una insinuación fuerte, pero el doctor no la entendió. Era evidente que había olvidado su propia juventud. Hice un nuevo intento.

—Y aunque Helena es malvada —continué—, no es posible negar que esta joven que deshonra a su sexo es atractiva.

Al fin cayó en la cuenta.

—¡La perspicacia femenina! —exclamó—. Ha dado en el clavo, señorita Jigall. Ese joven tonto se ha dejado impresionar por ella y le ha dado una oportunidad de escapar.

—¿Cree que Helena aprovechará la oportunidad?

—¡Por el bien de todos, le pido a Dios que lo haga! Pero no estoy seguro de ello.

—¿Por qué?

—Recuerde lo que han hecho usted y Eunice. Le han mostrado claramente que sospechan de ella. Si la hubieran encerrado en una prisión, no habrían impedido de manera más perfecta su plan infernal. ¿Cree usted que es una persona que se someta fácilmente a ello, sin hacer un esfuerzo por vengarse?

En el preciso instante en que pronunciaba estas palabras aterradoras, María regresó. El doctor le preguntó de inmediato por qué se había demorado tanto en el piso superior.

Era evidente que la muchacha tenía algo que decir, y que estaba inflada (si es que se me permite emplear esa expresión) con la convicción de su propia importancia.

—Por favor, caballero, déjeme decirlo a mi manera —respondió—. La señorita Helena se puso blanca como una sábana cuando abrió la carta, entonces dio una vuelta por el cuarto, y me miró con una sonrisa, y bueno, señorita, lo único que puedo decirle es que esa sonrisa me puso los pelos de punta. Traté de salir por la puerta. Me detuvo. Me dice: «¿Dónde está la señorita Eunice?» Yo digo: «Salió». Dice: «¿Hay alguien en el salón?» Digo: «No, señorita». Dice: «Dile a la señorita Jigall que quiero hablar con ella, y dile que la espero en el salón». ¡Así mismo fue! Y si algún valor tiene la opinión de una pobre sirvienta, no me gusta ni un poquito.

El doctor despidió a María.

—Sea lo que fuere —me dijo—, debe usted ir y oírlo.

No soy una mujer valiente; le expresé al doctor que estaba dispuesta a ir a verla si él me acompañaba. Me dijo que era imposible; Helena probablemente se negaría a hablar en presencia de cualquier testigo, y, sin duda, en su presencia. Pero prometió

cuidar de Philip en mi ausencia y esperar en el piso de abajo por si lo necesitaba. Yo no tendría más que hacer sonar la campanilla y acudiría a mi lado. Supongo que tanta amabilidad me infundió valor. Sea como fuere, subí la escalera.

Helena estaba de pie ante el hogar, acodada sobre la repisa de la chimenea y con la cabeza apoyada en una mano. Me detuve junto a la puerta en espera de lo que me diría. Desde esa posición solo podía ver un lado de su rostro. Era un rostro cadavérico. El ojo que me resultaba visible se volvió con maldad hacia mí cuando entré, y después miró en sentido opuesto. Su dueña no hizo ningún otro movimiento. Confieso que temblaba, pero hice todo lo posible por disimularlo.

Comenzó a hablar abruptamente:

—No permitiré que continúe este estado de cosas. El horror que he sentido de que se produzca una revelación pública que deshonre a la familia me ha hecho permanecer en silencio, en un silencio desacertado, hasta el momento. La vida de Philip corre peligro. Si permito que me sigáis manteniendo apartada de mi prometido, estaré olvidando mi deber para con él. Abrid esas puertas cerradas y libradme de vuestra presencia. Abrid las puertas, os digo, o ambas —tú, la cómplice; ella, la malvada que te manda— os arrepentiréis hasta el fin de vuestros días.

Me pregunté en silencio si se habría vuelto loca. Pero sólo respondí:

—No te entiendo.

Volvió a decirme:

—Eres cómplice de Eunice.

—¿Cómplice en qué? —pregunté.

Volvió lentamente el rostro para mirarme de frente. No pude sostenerle la mirada.

—Lo prueban todos los indicios —prosiguió—. He suplantado a Eunice en el afecto de Philip. Ella estuvo comprometida antes para casarse con él; es conmigo con quien está comprometido ahora. Eunice está decidida a impedir que me haga su esposa. Si sigo esperando, Philip morirá. Morirá si no la aplasto como el reptil que es. Viene aquí, ¿y qué hace? Lo mantiene preso bajo su vigilancia. ¿Quién le da sus medicinas? Ella. ¿Quién cocina sus alimentos? Ella. Las puertas están cerradas con llave. Yo podría servir de testigo de lo que acontece; y se me mantiene apartada. Se mantiene apartadas a las sirvientas que debían cuidarlo. Eunice puede hacer lo que desee con sus medicinas; puede hacer lo que desee con sus alimentos; está furiosa con él porque la abandonó y prometió casarse conmigo. Devolvedlo a mis cuidados; o, por terrible que resulte denunciar a mi propia hermana, exigiré a los magistrados que lo protejan.

Perdí todo temor; me acerqué al lugar donde permanecía de pie; grité:

—¿De qué, por Dios, acusas a tu hermana?

Respondió:

—La acuso de envenenar a Philip Dunboyne.

Salí corriendo de la habitación; me precipité hacia la escalera. El doctor me oyó y vino corriendo al pasillo. Me aferré a él como una loca.

—¡Eunís! —no tenía aliento. Sólo podía decir «¡Eunís!»

El doctor me arrastró hasta el comedor. En el armario había un vino que le había recetado a Philip. Me obligó a tomar un poco. Me bajó por la garganta como fuego; me ayudó a hablar.

—Ahora cuénteme —dijo—, ¿qué le ha hecho a Eunice?

—La acusa de algo horrible —respondí—. ¿De qué la acusa?

Se lo dije.

Me miró con ojos escudriñadores.

—¡Atención! —dijo—. Ni histerias ni exageraciones. Puede usted producir consecuencias terribles si no está segura de lo que dice. Si es realmente cierto, dígamelo de nuevo.

Se lo repetí, ahora con calma.

Su rostro me sobresaltó; estaba pálido de ira. Agarró con furia su sombrero, que estaba sobre la mesa del pasillo.

—¿Qué hará? —le pregunté.

—Cumplir con mi deber.

Salió tan rápido de la casa que no me dio tiempo a pronunciar otra palabra.

TERCER PERÍODO (CONCLUSIÓN)

Aprietos y alegrías de la familia, contados por el Alcaide

CAPÍTULO LXII

Se dicta sentencia

Los mártires de la gota saben, por triste experiencia, que sufren una de las enfermedades más caprichosas. Un ataque de esa dolencia se puede desplazar, de la manera más impredecible, de una a otra parte del cuerpo; o dejar de atormentar a su víctima cuando existen todas las razones para temer que está a punto de afianzar el dominio que ejerce sobre ella; o, habiendo mostrado las más optimistas promesas de ceder ante el tratamiento médico, volver a postrar con toda crueldad al paciente con una recaída. En mi caso, la fortuna adversa me sometió a esta última y suprema prueba de paciencia. Transcurrieron dos meses —meses de dolor agravados por las preocupaciones— antes de que pudiera auxiliar a Eunice y a la señorita Jigall personalmente con mi apoyo y mis consejos.

Durante ese tiempo recibí noticias de manera regular de la afectuosa y fiel Selina.

El terror y el suspenso, valientemente sobrellevados día tras día, parecieron quebrantar su resistencia, pobre amiga, cuando el buen nombre y la tranquilidad de Eunice se vieron amenazados por la más infame de las falsas acusaciones. A partir de ese momento, las exposiciones de la señorita Jigall revelaron un deterioro gradual. Evitaré presentar de manera desfavorable a una corresponsal a quien debo gratitud transmitiendo sólo la sustancia de lo que me escribió, con la ayuda del periódico que me envió durante el transcurso del proceso judicial.

La indignación honesta en ocasiones es una sabia consejera. Al dejar, de prisa y airado, a la señorita Jigall, el doctor había decidido adoptar una actuación que como hombre humanitario y fiel amigo había evitado hasta entonces. Ya había pasado el momento de temer la perspectiva de una revelación pública. La única esperanza de contrarrestar con éxito la maldad vengativa de Helena consistía en resolverse a adelantársele y apelar a los magistrados con los cuales había amenazado a Eunice y a la señorita Jigall. La declaración jurada del doctor dejó constancia del horrible caso de envenenamiento, desde las primeras sospechas que había experimentado y su posterior confirmación, hasta el atroz intento de Helena de acusar a su hermana inocente de su propio crimen. Tan firmemente quedaron convencidos los magistrados de la grave naturaleza del caso así expuesto ante ellos, que no vacilaron en incoar la causa. El granjero y su esposa estuvieron entre los testigos cuya presencia solicitó de inmediato el asesor legal al cual se dirigió el doctor.

Helena fue arrestada cuando se vestía para salir. No perdió la tranquilidad ni por un instante.

—Me dirigía —dijo con aplomo— a prestar declaración ante los jueces. Cuanto más pronto oigan lo que tengo que decirles, mejor.

El intento de esa desvergonzada de echar sobre los hombros de Eunice sus propias culpas —inspirado, como descubrí después, en la historia de una familia que había copiado en su diario— fue derrotado con facilidad. El granjero y su esposa testificaron sobre la fecha en la cual Eunice había dejado de residir bajo su techo. A continuación vino la evidencia aportada por el doctor, quien demostró, al mostrar su diario profesional, que el descubrimiento del intento de envenenar a su paciente se había producido antes de la partida de Eunice de la granja, y que la primera mejoría de la salud del señor Philip Dunboyne había ocurrido tras la llegada de la joven para desempeñar las labores de enfermera. El doctor atribuía la preservación de la vida del joven a las sabias precauciones que ella tomara, calumniadas por Helena con el propósito de sustanciar una acusación falsa.

Helena produjo la peor impresión en los magistrados, y, por tanto, fue imputada de cargos. Su asesor legal había previsto ese resultado; pero la vengativa obstinación de su cliente no hizo caso ni de su experiencia ni de las exhortaciones que le dirigió.

En el juicio, la estrategia de defensa que adoptó el abogado de la prisionera fue la de poner en tela de juicio su identidad.

Se afirmó que Helena nunca había ido a la farmacia; y también que el asistente había identificado erróneamente como la señorita Helena Gracedieu a alguna otra dama; y, además, que no existía ni una partícula de evidencia que la conectara con el robo de la receta del doctor y la falsificación de su firma. Hubo otras afirmaciones similares en las que resulta innecesario detenerse.

Afortunadamente, la acusación estaba en manos competentes. Con excepción de un caso, las preguntas del abogado de la defensa a los testigos de la acusación no ayudaron a sustentar sus descargos.

El farmacéutico juró que la dama que había presentado la receta se parecía a Helena. Su asistente, presionado sobre la cuestión de la identidad, se derrumbó ante las preguntas del abogado de la defensa, se comentó que a propósito, para beneficiar a la prisionera. Pero la victoria alcanzada momentáneamente por la defensa fue contrarrestada con éxito por la declaración del próximo testigo, un respetable comerciante del pueblo. Había visto el informe periodístico de la primera vista legal, y se había presentado voluntariamente para testificar. Era miembro de la congregación del señor Gracedieu, y su banco en la capilla estaba ubicado en una posición que le permitía ver a las hijas del ministro cuando ocupaban el suyo. Había visto a la prisionera todos los domingos durante varios años, y juró que pasaba frente a la puerta de la farmacia en el mismo momento en que ella salía a la calle con una botella, envuelta en el usual papel blanco, entre las manos. Los próximos testigos fueron el doctor y su sirviente. El abogado de la defensa los sometió a un severo interrogatorio. Algunas de sus declaraciones —a las cuales opuso con éxito objeciones de procedimiento— recibieron una confirmación inesperada y de peso

cuando se descubrió y se presentó en el juicio el diario de la prisionera. Sus apuntes, aunque algunas veces estaban redactados de manera encubierta, revelaban sus razones para intentar envenenar a Philip Dunboyne; probaban que había ido a ver al doctor a propósito cuando sabía que no estaría, que había estado en la consulta y examinado los libros médicos, que había hallado (para usar sus propias palabras) «un volumen que le interesó», y que había empleado las recetas para tomar notas. No hubo manera de encontrar las notas mismas; no había duda de que habían sido destruidas. La fiscalía contaba con material más que suficiente para completar su caso. Los magistrados dictaminaron que Helena Gracedieu fuera remitida a los tribunales.

Creo recordar que llegué al pueblo más o menos una semana después del juicio.

El jurado había hallado culpable a la prisionera y había pedido clemencia para ella, en parte en consideración a su juventud; en parte como expresión de simpatía y respeto por su infeliz padre. El juez (padre él también) le impuso una sentencia leve. Fue condenada a dos años de prisión. La precavida celadora se había provisto de un frasco de sales, por temor a que Helena las necesitara cuando oyera la sentencia. Ni en su rostro ni en sus maneras se vio la más leve señal de agitación. Mintió hasta el final; reafirmó su inocencia con voz firme y regresó del banquillo de los acusados a la prisión sin necesidad de asistencia.

Tras relatarme estos particulares en un estado de alteración ingobernable, la buena de la señorita Jigall terminó con una pequeña confesión que alivió mi mente abrumada por lo que acababa de escuchar.

—No se lo contaría —dijo—, a nadie que no fuera un amigo muy querido. Hay algo, en la terrible desgracia que nos ha alcanzado, que me resulta imposible comprender. ¡Piense que la hija del señor Gracedieu se ha convertido en una de esas criminales a las cuales en otra época constituía su terrible deber encerrar bajo llave! ¿Por qué no se suicidó?

—Querida amiga, ninguna persona absolutamente malvada se ha suicidado nunca. La autodestrucción, cuando no es un acto de locura, supone cierta sutileza de sentimientos: sensibilidad al remordimiento o a la vergüenza, o quizás una idea distorsionada de expiación. En la naturaleza de Helena no existe el remordimiento o la vergüenza, ni la esperanza de expiar sus culpas.

—Pero, ¿qué será de ella cuando salga de la prisión?

—No se alarme, querida amiga. Le irá muy bien.

—¡Ah, calle, calle! Justicia poética, señor Alcaide!

—Disparate poético, señorita Jigall.

CAPÍTULO LXIII

Desaparece el obstáculo

Superado felizmente el tema del juicio, mi primera pregunta fue relativa a Eunice. La respuesta vino acompañada de suspiros y miradas tristes. Eunice había regresado a sus obligaciones de institutriz en la granja. Al oírlo, naturalmente pregunté qué había sido de Philip.

De nuevo, escuché noticias deplorables.

El señor Dunboyne padre había muerto de repente, en su casa de Irlanda, mientras Philip regresaba al hogar. Al terminar la ceremonia funeraria, se había leído el testamento. Su redacción databa de sólo unos pocos días antes de la muerte del testador, y la cláusula mediante la cual legaba todas sus propiedades a su hijo estaba precedida de expresiones de afecto paternal, en un momento en que Philip sentía aguda necesidad de consuelo. Tras aludir a una carta de su hijo, el anciano añadía:

Siempre lo amé, aunque no me ocupé de confesárselo; detesto las escenas sentimentales, de besos, abrazos, lágrimas y cosas semejantes. Pero Philip ha cedido a mis deseos y ha renunciado a un matrimonio que lo habría hecho, y a mí también, infeliz toda la vida. Después de ello puedo decir, desde la tumba, lo que pienso, y puedo confesarle a mi hijo que lo amé. Si mis deseos son de alguna utilidad, añadiré {por si acaso), que Dios lo bendiga.

—¿Philip acepta mantenerse alejado de Eunice? —pregunté—.

¿Sigue en Irlanda?

—¡De ningún modo, pobre muchacho! Llegará mañana o pasado mañana. Cuando le escribí por última vez —continuó la señorita Jigall— le dije que esperaba verlo a usted muy pronto. Si no puede usted ayudarnos (con Eunice, quiero decir), ese joven infeliz hará algo desesperado. Se unirá a esos locos desatados que hostigan a los pobres salvajes de África, o irá a un lugar ignoto para no encontrar nada en el Ártico.

—Con gusto haré todo lo que pueda, señorita Jigall. ¿Es posible, realmente, que Eunice se niegue a casarse con él después de haberle salvado la vida?

—Por favor, señor Alcaide, tenga un poco de paciencia; deje que sea Philip quien le cuente la historia. Si tratara yo de hacerlo lo único que conseguiría sería llorar, y en los últimos tiempos hemos tenido suficientes lágrimas en esta casa.

Aplazada así toda consulta ulterior, subí a la habitación del Ministro.

Estaba sentado junto a la ventana, en su butaca favorita, ¡absorto haciendo media!

El hombre que lo cuidaba, un individuo paciente y de buen natural, había sido marino en su juventud, y le había enseñado al señor Gracedieu a usar las agujas.

—Como verá, lo entretiene —dijo bondadosamente el enfermero—. No se da cuenta de sus gazapos, piensa que nadie en el mundo teje como él. Ya puede ver, caballero, cómo persevera.

El Ministro estaba tan absorto en su tarea que tuve que dirigirme a él dos veces antes de poder inducirlo a mirarme. La ruina total de su intelecto no parecía haber ejercido una influencia desastrosa sobre su salud corporal. Por el contrario, había engordado desde la última vez que lo viera; su tez había perdido la palidez que yo recordaba: sus mejillas tenían color.

—¿No recuerda usted a su viejo amigo? —dije.

Sonrió, asintió y repitió mis palabras:

—Sí, sí, mi viejo amigo.

Era obvio que no me recordaba.

—Ha perdido la memoria —dijo su acompañante—. Por la noche deja su tejido, y tengo que encontrárselo a la mañana siguiente. Pero, ¡ahí está!, es feliz, disfruta sus comidas, le gusta sentarse en el jardín a contemplar los pájaros. La familia ha pasado por muchas dificultades, caballero; han pasado sobre él como una esponja mojada por una pizarra.

El viejo marino estaba en lo cierto. Si esa ruina de hombre hubiera sido capaz de sentir y de pensar, la deshonra de su hija le habría partido el corazón. En un mundo de pecado y aflicción, ¿debe siempre inspirar lástima una estulticia apacible? Sé de hombres que habrían respondido, sin vacilar: «Es de envidiar». ¿Y cuál era (podrían preguntar algunos) la recompensa del pobre Ministro por la piadosa acción que había salvado a Eunice en su infancia? ¡La que tenía que ser! El hombre que lleva a cabo dignamente una buena acción encuentra su recompensa en la acción misma.

Durante el desayuno del día siguiente la conversación se centró en los pasajes del diario de Helena que se habían presentado al tribunal como evidencia en su contra.

Expresé el deseo de ver las revelaciones de una naturaleza depravada que los apuntes del diario podían poner de manifiesto, y satisfice mi curiosidad. Quizás en un momento más apropiado encuentre una oportunidad de mencionar la impresión que me produjo el diario. Por el momento, el regreso de Philip reclama el primer lugar en nuestra atención.

El pobre muchacho se sintió tan contento de verme que me estrechó la mano con la efusión de quien me hubiera conocido desde niño.

—¿Recuerda con cuánta amabilidad me habló usted cuando lo visité en Londres? —preguntó—. Si no he repetido sus palabras cien veces... ¿quizás no las recuerda? Usted me dijo: «Si fuera tan joven como usted, no desesperaría». ¡Pues bien!, me lo he repetido una y otra vez, al menos cien veces. Eunice le prestará oído, caballero,

aun cuando no haga caso de nadie más. Éste es el primer momento feliz que he tenido en varias semanas.

Supongo que debo haberme mostrado contento de sus palabras. Sea como fuere, Philip volvió a estrechar mi mano.

La señorita Jigall estaba presente. La gentil solterona se sintió tan conmovida por nuestro encuentro que se abandonó a un impulso momentáneo de cordialidad y le dio un beso a Philip. Fue presa de inmediato de los reclamos del decoro. Se ruborizó como si hubiera retornado a los lejanos días de su niñez y salió corriendo de la habitación.

—Y ahora, Philip —dije—, a sugerencia de la señorita Jigall he esperado para que fuera usted quien me informara de todo. Hay algo que no anda bien entre Eunice y usted. ¿De qué se trata? ¿Y de quién es la culpa?

—La culpa es de su vil hermana —respondió—. Ese reptil estaba decidido a herirnos. ¡Y lo ha logrado! —exclamó, al tiempo que se levantaba de un salto y comenzaba a recorrer la habitación, empujado a la acción por el insoportable peso de la injusticia sufrida—. Juro que lo logró, después de que Eunice me salvara; lo logró cuando ya Eunice estaba dispuesta a ser mi esposa.

—¿Cómo lo logró?

Hija del dolor y la indignación, su respuesta fue una confusión de palabras pronunciadas en un tono vehemente que no intentaré reproducir. Eunice le había recordado que su hermana había sido públicamente condenada por un crimen infamante, y públicamente sentenciada por él a prisión. «Si consiento en casarme contigo», había dicho, «te mancho con mi deshonor; eso no sucederá nunca.» Con esa decisión se había apartado de él.

—He intentado convencerla —dijo Philip—, de que cuando lleve mi nombre nadie la relacionará con la deshonor de su hermana; he prometido llevármela lejos de Inglaterra, donde nadie ha oído hablar de Helena. La señorita Jigall ha empleado su influencia en mi favor. ¡Todo en vano! Usted es nuestra única esperanza. No pienso sólo de manera egoísta en mí mismo. ¡Eunice trata de ocultarlo, pero tiene el corazón destrozado! Pregúntele a la esposa del granjero, si no me cree. Juzgue usted mismo, caballero. Vaya, por Dios, vaya a la granja.

Lo hice tomar asiento y recuperar la calma.

—Puede contar con que visitaré la granja —respondí—. Le escribiré hoy a Eunice, y mañana iré en persona —intentó darme las gracias, pero no se lo permití—. Antes de consentir en aceptar las expresiones de su gratitud —dije—, tengo que conocerlo un poco mejor de lo que lo conozco. Ésta es sólo la segunda ocasión en que nos vemos. Recapitulemos un poco, Philip Dunboyne. Usted era el prometido de Eunice; usted la traicionó. Esa fue una acción digna de un tunante. ¿Qué puede aducir en su defensa?

Inclinó la frente.

—Me avergüenzo de aducir algo en mi defensa —respondió.

Lo presioné sin conmiseración.

—¿Reconoce —dije— que es digna de un tunante?

—Emplee contra mí un lenguaje incluso más fuerte que ese, caballero; lo merezco.

—Hablando claro —continué—, ¿no encuentra ninguna excusa para su conducta?

—En otros tiempos —dijo— habría quizás encontrado alguna excusa.

—¿Pero ahora no la encuentra?

—Ahora ni siquiera debo buscarla.

—¿Por qué no?

—Le debo a Eunice dejar que mi conducta se entienda de la peor manera posible, y no alegar nada en mi defensa.

—¿Qué ha hecho Eunice para que le deba usted tal cosa?

—Eunice me ha perdonado.

Sus palabras demostraban gratitud y delicadeza. ¿Debí permitir que esa circunstancia me convenciera? Pregunto, a mi vez, si acaso nunca he cometido un error. Siendo yo también mortal y pecador, ¿tenía acaso algún derecho a cerrar mi corazón a una expresión de arrepentimiento que me pareció sincera?

Pero estaba obligado a pensar en Eunice. Y en ella pensé antes de aceptar la condición —la crítica condición, como mostraré de inmediato— de amigo de Philip.

Después de más de una hora de preguntas planteadas sin reservas, y de respuestas brindadas sin fingimientos, yo había recorrido todo el territorio de las narraciones contenidas en estas páginas y había llegado a una conclusión en lo que concierne a Philip Dunboyne.

Me percaté de que no había en él ni una pizca de maldad, pero de que su carácter era tan peligrosamente débil, en muchos aspectos, que podía deslizarse a la maldad a menos que tuviera cerca un carácter más fuerte que se lo impidiera. Casado con una mujer carente de fortaleza de espíritu, lo más probable sería que siguiera ejemplos que podrían hacer de él un mal esposo. Casado con una mujer dotada de voluntad, y que sintiera un amor verdadero que la sostuviera, una mujer que supiera cuándo tomar el mando y cómo tomarlo, una mujer que al sentirlo tentado a cometer acciones indignas de lo mejor de él tuviera la perspicacia suficiente para darse cuenta de que el sentido del honor de su esposo podía en ocasiones perder su equilibrio, sin que él fuera por ello totalmente depravado; en ese caso, y sólo en ese caso, lo más probable sería que Philip fuera un hombre mejor y más feliz cuando lo ataran los lazos del matrimonio.

Pero la pregunta más seria aún no estaba respondida.

¿Podía considerar que se justificaba que yo colocara a Eunice en la situación con

respecto a Philip que me he esforzado en describir? No me atreví a reflexionar demasiado sobre la generosidad que con tanta nobleza lo había perdonado, ni en la fortaleza de carácter que tan valientemente había soportado las más amargas decepciones, las más crueles humillaciones. Lo único que debía yo tomar en cuenta era la sagrada consideración de la felicidad de su vida futura.

Dejé a Philip con unas pocas palabras de simpatía que pudieran ayudarlo a soportar el suspenso y me retiré a mi cuarto a pensar.

Pasó el tiempo sin que yo pudiera llegar a una conclusión definitiva. Con o sin Philip, el futuro de Eunice me llenaba de dudas. Incluso de haber superado mi vacilación y haberme decidido a aprobar la unión de los dos jóvenes, no habrían desaparecido las dificultades que ahora me asaltaban. Sabiendo lo que sólo yo sabía, no había duda de que podía eliminar la objeción de Eunice al matrimonio. En otras palabras, no tenía más que relatar lo sucedido el día que el Capellán llevó al Ministro a la prisión, y desaparecería el obstáculo a su unión. Pero, aun sin tomar en consideración a Philip, era simplemente imposible hacerlo, por piedad con la propia Eunice. ¿Qué significaba la deshonra de Helena comparada con la infamia que manchaba el nombre de la madre de la pobre niña? Tenía ante mí la otra alternativa—contarle sólo parte de la verdad—, siempre que pudiera persuadirme de usarla. No logré hacerlo; mi enfermiza preocupación por su bienestar volvió a hacerme vacilar. La paciencia humana no puede soportar más. Prevalció la irreflexión y cedió la prudencia: decidí dejar que la decisión dependiera de mi próxima entrevista con Eunice.

Al día siguiente me dirigí en un coche a la granja. Los ruegos de Philip me convencieron de permitirle acompañarme, con una condición: que esperaría en el coche mientras yo me dirigía a la casa.

Había ordenado mis ideas con todo cuidado y decidido esmeradamente el procedimiento a seguir antes de aventurarme a pronunciar las palabras decisivas que, una vez dichas, no podría borrar. La peor de las preocupaciones que habían quebrantado la delicada salud del señor Gracedieu era mía ahora. ¿Podía, con buena conciencia, permitir que un hombre, totalmente ignorante de la verdad, se casara con la hija de una asesina convicta sin confesarle honestamente lo que hacía? ¿Era yo digno de compasión? ¿Era culpable? Todavía no lo había decidido al entrar a la casa.

Eunice corrió a mi encuentro como si hubiera sido mi hija; me besó como si hubiera sido mi hija; me miró con cariño como si hubiera sido mi hija. Al ver ese rostro juvenil y dulce, tan pesaroso y que soportaba con tanta paciencia el pesar, todas mis dudas y vacilaciones, todo lo que había en mí de espurio y que me había acompañado al entrar en la habitación, desapareció en un instante.

Después de agradecerme que fuera a verla, la vi temblar ligeramente. El interés supremo de su corazón pujaba por expresarse, por más que ella intentara impedirlo.

—¿Ha visto usted a Philip? —preguntó.

El tono con que me hizo la pregunta me decidió: resolví permitirle que se casara con él. ¡Un impulso! Sí, un impulso que se imponía inexcusablemente en un hombre que estaba llegando al final de sus días. No debí haber cedido. Es muy probable. Pero, ¿acaso soy el único mortal que no debió ceder y lo hizo?

Cuando Eunice me preguntó si había visto a Philip le dije que estaba afuera, en el coche. Antes de que me lo reprochara, proseguí con lo que tenía intención de decirle:

—Hija mía, conozco el sacrificio que has hecho; y respetaría tus escrúpulos, si tuvieras alguna razón para sentirlos.

—¿Razón para sentirlos? —palideció al repetir mis palabras.

Se me ocurrió una idea. Llamé a la sirvienta y la envié al coche para decirle a Philip que viniera.

—Querida, no te estoy sometiendo a una prueba injustificada —le aseguré—. Voy a probar que te quiero tanto como si fueras mi propia hija.

Cuando ambos estuvieron presentes, resolví que no debían sufrir ni un momento de suspenso innecesario. De pie en medio de ambos, tomé la mano de Eunice, puse mi otra mano sobre el hombro de Philip y les hablé con toda claridad.

—Estoy aquí para haceros felices a ambos —dije—. Puedo eliminar el último obstáculo que se interpone en el camino de vuestro matrimonio, y pretendo hacerlo. Pero debo insistir en una condición. Prométeme, Philip, que no me pedirás explicaciones, y que te sentirás satisfecho sólo con la declaración verdadera que te ofrezco.

Me lo prometió sin vacilar un instante.

—Philip me ha concedido lo que le he pedido —le dije a Eunice—. ¿Tú también me lo concedes?

La mano que estaba entre las mías se enfrió; pero su voz era firme al decirme:

—Sí.

La puse al cuidado de Philip. Era privilegio de él consolarla y apoyarla. Mi deber consistía en pronunciar las palabras decisivas.

—Levanta el ánimo, querida Eunice; la deshonra de Helena no te afecta más que a mí. No eres su hermana. Su padre no es tu padre; su madre no fue tu madre. Yo estaba presente, en tu infancia, cuando la bondad paternal del señor Gracedieu te acogió como hija adoptiva. A ambos os doy mi palabra de honor de que ésta es la verdad.

No sé decir cómo recibió Eunice la noticia. Mis tontos y viejos ojos se llenaron de lágrimas. Sólo pude ver lo justo para hallar el camino hasta la puerta y dejarlos a solas.

En medio de mi atolondramiento nunca me pregunté si el Tiempo sería mi cómplice y mantendría oculta la parte del secreto que yo no había revelado; o si sería

mi enemigo y me traicionaría. Quizás las probabilidades de una cosa o de la otra eran iguales. La suerte estaba echada.

CAPITULO LXIV

La verdad triunfante

El matrimonio se pospuso, a petición de Eunice, como expresión de respeto a la memoria del padre de Philip.

Cumplido este aplazamiento, se dispuso que la ceremonia matrimonial se celebrara —tras la debida publicación de las amonestaciones— en la iglesia de la parroquia del suburbio londinense donde está mi casa. La señorita Jigall fue la madrina y yo conduje a la novia al altar. Antes de salir hacia la iglesia, Eunice quiso hablar conmigo en privado un momento.

—No crea —dijo— que olvido mi promesa de contentarme con lo que me ha contado de mi vida. No soy tan desagradecida. Pero antes de consentir en ser la esposa de Philip quiero estar segura de que no soy totalmente indigna de él. ¿Fue porque mi cuna es innoble que me dijo usted que era la hija adoptiva del señor Gracedieu y nada más?

Hasta ahí podía satisfacer su curiosidad.

—¡Por supuesto que no! —dije.

Me rodeó el cuello con sus brazos.

—¿Lo dice para tranquilizarme —pregunto—, o me da su palabra de honor de que es verdad?

—Palabra de honor.

Llegamos a la iglesia. Dejemos que sea la señorita Jigall quien describa el matrimonio a su inimitable manera:

Nada de desayuno de día de bodas, donde nadie siente apetito. Nada de discursos que nadie quiere pronunciar y nadie quiere oír. Y nada de falso sentimentalismo, de lágrimas derramadas y narices enrojecidas el día mas feliz del año. ¡Un matrimonio modelo! Nada mejor habría deseado de haber sido la novia.

Fueron de luna de miel a un sitio tranquilo junto al mar, no muy lejos del pueblo en el cual Eunice había pasado algunos de los días mas felices y más desgraciados de su vida. La joven insistía en creer que era posible que el señor Gracedieu recuperara el uso de sus facultades hacia el final de su vida, y que quisiera verla junto a su lecho de muerte.

—Su hija adoptiva —me recordó con dulzura—, es ahora su única hija.

El doctor meneó la cabeza cuando le conté lo que me había dicho Eunice, y la triste verdad era que el doctor tenía razón.

La señorita Jigall regresó el día del matrimonio para hacerse cargo del buen hombre que le había tendido la mano cuando la necesitó.

Antes del término de la semana recibí noticias de ella, y me vi desagradablemente obligado a recordar un incidente que ambos habíamos olvidado, absortos como estábamos en esa época en otros asuntos de mayor envergadura.

¡La señora Tenbruggen había vuelto a aparecer en escena! Le había escrito a la señorita Jigall desde París para decirle que se había enterado de la muerte del señor Dunboyne padre, y que deseaba que le devolviera la carta que había dejado para entregar al padre de Philip el día en que éste y Eunice se casaran. Yo tenía ciertas sospechas del probable contenido de la carta, y lamenté que la señorita Jigall la devolviera sin antes consultarme. Mis celos se vieron incrementados por nuevas y no muy agradables noticias. La señora Tenbruggen había decidido reiniciar su práctica profesional en Inglaterra. Los masajes, ahora de moda en todas partes, le habían llenado de dinero los bolsillos en tierras extranjeras, y su esposo, al percatarse de que ella insistía en mantenerse lejos de su alcance, había consentido en una solución de compromiso. Estaba dispuesto a aceptar una separación judicial a cambio de una pequeña suma de dinero que su esposa había decidido entregarle siguiendo el consejo de su abogado.

Unos días después recibí una carta encantadora de Philip y Eunice en la cual me recordaban que me había comprometido a hacerles una visita en su casa junto al mar. Mi cuarto ya estaba listo, y sólo tenía que decir el día. Había comenzado a redactar mi respuesta, en la que aceptaba con gusto la invitación, cuando se produjo un incidente de mal agüero. Mi sirviente anunció a «una dama», ¡y me di de bruces con la señora Tenbruggen!

Se mostraba tan animada como siempre, y tan eminentemente sociable como siempre.

—Selina me lo ha contado todo —dijo—. El matrimonio de Philip con Eunice (iré a felicitarlos, por supuesto), y la catástrofe (¡qué dramático!) de Helena Gracedieu. Ya le había advertido a Selina que la señorita Helena terminaría mal. A decir verdad, me asustaba. No niego que soy rencorosa cuando me siento injuriada, y que soy muy capaz de tomar venganza por mis pequeños resentimientos. Pero el veneno y el asesinato... ¡ah, qué tema amedrentador!, dejémoslo y hablemos de algo que no me ponga los pelos (es mío el pelo, qué duda cabe) de punta. ¿Le ha contado Selina que me deshice de mi encantador esposo mediante una transacción pecuniaria? Ah, ¿lo sabe? Muy bien. Le diré algo que no sabe. Señor Alcaide, ya descubrí que no me dijo la verdad.

—¿Puedo atreverme a preguntarle cómo lo hizo?

—Cuando intenté adivinar cuál era cuál de las niñas —respondió—, y me equivoqué, usted deliberadamente alentó mi error. Muy astuto, pero exageró. Desde

ese momento, aunque no lo comenté con nadie, comencé a temer que podía haberme equivocado. ¿Recuerda Low Lanes, estimado caballero? Una encantadora iglesia antigua. Volví a consultar a mi abogado. Sus preguntas me llevaron a mencionarle cómo había oído hablar de Low Lanes. Después de volver a leer el anuncio del nacimiento aparecido en el periódico sin mención al lugar en que se había producido, me propuso examinar el registro de la iglesia de Low Lanes. ¿Necesita que le diga cuál fue el resultado? Sé, igual que usted, que Philip se casó con la hija adoptiva. Su suegra fue ahorcada, y, además, tiene el honor, por el lado paterno, de ser pariente político de la asesina: ¡era su tía!

El azoro y la consternación me privaron de presencia de ánimo.

—¿Cómo lo averiguó? —fui tan tonto como para preguntarle.

—¿Recuerda cuando lleve a la niña a la prisión? —dijo—. Su padre (como le mencioné en ese momento) había sido un amigo querido y estimado. Nadie podía estar más calificado que él para contarme con quién se había casado la hermana de su esposa. Si esa dama no hubiera fallecido, nunca me habría tenido que molestar haciéndome cargo de la niña. ¿Más preguntas?

—Sólo una. ¿Llegará Philip a saber todo esto?

—¡Ah, qué cosa! No negaré que Philip me insultó groseramente, en cierto sentido; y que el difunto padre de Philip también me insultó groseramente, en otro. Pero mamá Tenbruggen es cristiana. Paga un mal con un bien, y por nada en el mundo perturbaría la felicidad conyugal del señor y la señora Dunboyne.

En el instante en que la mujer salió de mi casa le envié un telegrama a Philip en el que le decía que me esperara esa misma noche. Viajé en el último tren de la tarde, y cené con esas dos criaturas inocentes, sabiendo que debía advertir al esposo sobre lo que los amenazaba, y posponiéndolo por debilidad, una vez que estuve con la pareja, hasta el día siguiente. Hasta cierto punto, Eunice fue responsable de mi vacilación. Nadie podía mirar a su esposo sin percatarse de que era un hombre extremadamente feliz. Pero detecté señales de preocupación en el rostro de la esposa.

Antes del desayuno del día siguiente me encaminé a la playa para tratar de decidir cómo hacer la inevitable revelación. Eunice se me unió. Ahora, a solas, le pregunté si era real y completamente feliz. En voz baja y triste me respondió:

—Aún no.

No supe qué decir. Mi rostro debe haber expresado decepción y sorpresa.

—Nunca seré totalmente feliz —continuó—, mientras no sepa lo que me ocultó usted aquel día memorable. No me gusta guardar secretos a mi esposo, aun cuando no se trate de un secreto mío.

—Recuerda tu promesa —dije.

—No la olvido —respondió—. Sólo que desearía que mi promesa impidiera que me asaltaran los pensamientos que me asaltan a mi pesar.

—¿Qué pensamientos?

—Temo que hay algo en la historia de mis padres que tiene usted miedo de confiarme. ¿Por qué el señor Gracedieu me hizo creer e hizo creer a todos que yo era su hija?

—Querida, yo disipé esas dudas de tu mente la mañana de tu matrimonio.

—No. En ese momento sólo pensaba en mí misma. Mi madre... las dudas sobre ella son las que ahora me atormentan.

—¿Qué quieres decir?

Se aferró a mi brazo con ambas manos. ¡La madre falsa! —murmuró—. ¿Recuerda esa terrible Visión, esa horrenda tentación susurrante en lo más negro de la noche? ¿Era en realidad una madre falsa? ¡Ah, tenga piedad de mí! No sé quién fue mi madre. Una horrenda idea sobre ella abrumba mi mente. Si era una mujer buena, sin duda usted, que me quiere, me habría hecho feliz hablándome de ella.

Esas palabras terminaron de decidirme. ¿Podía sufrir más de lo que ya había sufrido si le confiaba la verdad? Corrí el riesgo. A continuación se produjo un silencio que me llenó de terror. Pasó el momento. Me tomó una mano y la puso sobre su corazón.

—¿Late como si yo estuviera asustada? —preguntó.

¡No! Latía con ritmo tranquilo.

—¿Alivia esto su preocupación?

Su corazón me decía que mi revelación no la había cogido por sorpresa. La recordada Visión de la noche la había preparado para lo peor después de que yo le revelara que era una hija adoptiva.

—Ya sé —le dije— qué tentaciones volvieron a adueñarse de ti cuando tú y Helena os encontrasteis en las escaleras y le prohibiste que entrara en la habitación de Philip. Y sé también que el amor volvió a vencer cuando te sentaste junto al lecho de Philip. Dime, ¿albergas ahora algún recelo? ¿Sientes en tu corazón algún temor de que resurja en ti ese espíritu tentador en el futuro?

—¡Nunca, mientras viva Philip!

Allí, en su amor, residía también su seguridad. ¡Y ella lo sabía! De repente se apartó de mi lado. Le pregunté adónde se dirigía.

—A contárselo a Philip —fue su respuesta.

Me esperaba en la puerta cuando regresé a la casa.

—¿Ya? —le dije.

—Ya —me respondió.

—¿Qué dijo?

—Dijo: «Querida, si pudiera quererte más, ahora lo haría».

Se me ha culpado de estar demasiado dispuesto a confiar a Philip el precioso tesoro que es la felicidad de Eunice. Si esa respuesta no justifica mi actitud, ¿qué

podría justificarla?

POSTDATA

Más tarde, ese mismo día llegó la señora Tenbruggen para felicitarlos. Pidió hablar unos pocos minutos a solas con Philip. Igual que un gato que realiza sus preparativos para matar un ratón, la gata humana se disponía a matar la felicidad de Philip, pero no pudo herirlo con sus colmillos y con sus garras.

—¿Ya se lo han contado? —dijo la señora Tenbruggen.

Y Philip respondió:

—Sí, me lo contó mi esposa.

El señor Gracedieu sobrevivió unos meses más. Una mañana le dijo a Eunice:

—Quiero enseñarte a tejer. Siéntate a mi lado y mira como lo hago.

Sus manos cayeron suavemente sobre su regazo; su cabeza se recostó poco a poco sobre el hombro de Eunice, quien lo oyó apenas murmurar:

—¡Qué bueno es dormir!

Nunca fue la obra terrible de la Muerte tan gentil.

Nuestra pareja vive ahora en la mansión paterna de Irlanda, y la señorita Jigall reina sobre la esfera doméstica. Aún conservo fuerzas suficientes para pasar las vacaciones de otoño en ese hogar placentero.

En ocasiones mi memoria vuelve a Helena Gracedieu y a lo que descubrí al leer su diario.

¡Cuán poco sabía de ese ser terrible cuando la conocí e imaginé que había heredado el carácter de su madre! Era una pobre comparación la que equiparaba los vicios mezquinos de la señora Gracedieu con la depravación diabólica de su hija. En este caso la doctrina de la transmisión hereditaria de las cualidades morales debe reconocer que no tuvo en cuenta la fertilidad (para el desarrollo tanto del bien como del mal) inherente en la naturaleza humana. Hay virtudes que nos exaltan y vicios que nos degradan cuyo origen no está en nuestros padres, sino en nosotros mismos. Cuando pienso en Helena me pregunto qué indicio nos revela que el primer asesinato cometido en el mundo fue producto de la maldad heredada.

Al expirar su sentencia, la criminal abandonó la prisión de modo tan discreto que resultó imposible seguir su rastro. Algunos meses después, la señorita Jigall recibió un periódico ilustrado que se publica en los Estados Unidos. Me mostró una de sus ilustraciones.

—¿Reconoce al ilustre original? —preguntó con un énfasis de indignación en las dos últimas palabras.

Reconocí a Helena. —Lea ahora cuál es su nuevo título —continuó la señorita Jigall.

Leí: «*La Reverenda señorita Gracedieu*».

Seguía una nota biográfica. He aquí un extracto:

Esta eminente dama, víctima de una absurda injusticia cometida por los tribunales ingleses, es ahora la distinguida líder de una nueva comunidad en los Estados Unidos. Saludamos en ella el tremendo intelecto que reafirma la superioridad de la mujer sobre el hombre. El intento realizado por algunos representantes del sexo masculino durante la Revolución francesa de fundar una religión que tuviera por base la razón, gozó sólo de un éxito temporal. Le estaba reservado al espíritu superior de la mujer sentar sus bases con más firmeza y dedicar uno de los más nobles edificios de esta ciudad al Culto de la Razón Pura. Los lectores que deseen más información pueden obtener un ejemplar de las Oraciones de la Reverenda señorita Gracedieu, cuya décima edición se anuncia en nuestras páginas.

—Una vez le pregunté —me recordó la señorita Jigall—, qué sería de Helena cuando saliera de la prisión, y usted me dijo que le iría muy bien. ¡Ah, señor Alcaide, Salomón no era nada comparado con usted!



WILKIE COLLINS, nació el 8 de enero de 1824 en Londres (Inglaterra), hijo de Harriet Geddes y del pintor William Collins. Estudió pintura en su niñez y más tarde leyes en Lincoln's Inn, aunque jamás ejerció la abogacía, dedicando todo su tiempo a la literatura, profesión que le llevó a convertirse en el impulsor de la novela detectivesca en el Reino Unido. Después de redactar en 1848 una biografía de su padre, Collins escribió el título histórico "*Antonina o la caída de Roma*" (1850) su primera novela, continuada por "*Basil*" (1852), un libro alabado por Charles Dickens, a quien le unía una estrecha amistad desde 1851. En 1858 Wilkie se enamoró de una mujer viuda llamada Caroline Graves, con quien convivió durante largos años. "*La dama de blanco*" (1860) le granjearía la inmortalidad. Novela de intriga y misterio victoriana aparecida por entregas en «Household Worlds», publicación dirigida por Dickens en la que colaboraba desde el año 1856. El empleo de diversas perspectivas, la captación de sugerentes atmósferas, su retrato de personajes y la habilidad para la creación de complejas tramas fueron algunos de los factores clave del éxito de los textos de Collins.

Posteriormente y de manera prolífica publicó varios libros de relatos y novelas como "*Sin nombre*" (1862), "*Armada*" (1866), "*La piedra lunar*" (1868), uno de los primeros títulos de detectives en la historia de la literatura británica. "*Doble engaño*" (1873), "*La ley y la dama*" (1875), "*El Hotel encantado*" (1878), "*El Hombre de negro*" (1881), "*El legado de Caín*" (1889), o la novela póstuma "*Blind Will*" (1890), libro terminado de escribir por su íntimo amigo Walter Besant. El mismo año de la publicación de *La piedra lunar*, Collins, sin dejar a Caroline, comenzó también una

relación amorosa con Martha Rudd. Wilkie Collins, que sufría de agudos dolores reumáticos y era habitual consumidor de láudano, murió el 23 de septiembre de 1889. Tenía 65 años.

NOTAS

[1] En otras partes de la novela, se da al lugar de nacimiento de Helena el nombre de Low Lanes. (*N. de la T.*) <<